Afrika Korps

Comandante
K. J. Macksey

SAN MARTIN
HISTORIA DEL
SIGLO DE LA
VIOLENCIA

campañas
libro n.° 1

El autor de Afrika Korps: comandante K. J. Macksey

Pertenece al Real Regimiento de Carros de Combate y ha servido en el Cuerpo Acorazado Real desde que se incorporó al Ejército en 1941. Aparte varios ensayos de temas militares, ha publicado dos libros, una historia del Real Regimiento de Carros de Combate. «To the green fields beyond», y la historia del ejército inglés en Arras, «The Shadow of Vimy Ridge».

Afrika Korps:

PRESENTACION

Pocos episodios tan bellos, en la Segunda Guerra Mundial, como el protagonizado por el Afrika Korps en los campos abrasados de Egipto y de Libia. Este cuerpo expedicionario germano se batió en condiciones realmente innenarrables, logrando que incluso sus más tenaces enemigos concluyesen por admirar las virtudes militares que le adornaban. Fue una unidad brillante, heroica y generosa envuelta en unas auras de romanticismo semejantes a las que, en los años de la Primera Guerra Mundial distinguieron a los ejércitos alemanes que —en enorme desigualdad de circunstancias— se batían contra los aliados en las selvas del Africa ecuatorial.

Todo lo tenía en contra suya el mariscal Rommel cuando se trasladó a Libia. Era el comandante de unos soldados sin experiencia alguna en la guerra del desierto; contaban como aliado a un ejército descompuesto, de mínima efectividad combativa; tenía enfrente a fuerzas de choque avezadas en el conocimiento de los parajes norteafricanos y, como si todo esto fuera poco, luchaba con el mar a las espaldas mientras que el enemigo —que amenazaba constantemente sus comunicaciones con el Sur de Italia— tenía las suyas perfectamente aseguradas.

El Afrika Korps, como afirmó uno de los más grandes analistas del último conflicto mundial, era un ejército **kamikaze,** lanzado a una confrontación sin futuro, pese a lo cual consiguió acumular laureles e inflingir graves reveses a lo más granado del ejército británico. Si a la larga fracasó no fue a causa de sus fallos, sino más bien por el derrumbe de toda una armazón logística que le era ajena. La Armada italiana fue incapaz de asegurar el vital transvase de elementos de combate —y sobre todo de petróleo— entre la costa europea y la africana, con lo que los «panzers» acabaron inmovilizados y el Afrika Korps, vencido en la infraestructura que no en el corazón, hizo mutis con todos los honores que el juicio de la Historia le concede a los bravos.

Vicente Talón

Afrika Korps

Major K. J. Macksey, M.C.

Director Editorial: Barrie Pitt.
Asesor Militar: Sir Basil Liddell Hart.

Director Artístico: Peter Dunbar.
Editor Gráfico: Robert Hunt.
Dibujo: Gibson/Marsh.
Christopher Lawton.
David Eldred.
Cubierta: Denis Piper.
Ayudante de Investigación: Yvonne March.
Cartografía: Gastrell Ltd.
Dibujos Especiales: John Batchelor.

Prolonguista y presentador de la
Edición Española:
Vicente Talón.

Las fotografías de este libro fueron especialmente seleccionadas de los archivos siguientes: de izquierda a derecha, págs. 2-3 Ullstein; 10 Imperial War Museum; 12 Suddeutscher Verlag; 14 US Nsional Arcuives Sudd. Verlag; 16 Sudd. Verlag; 17 Associated Press; 18 Sado Opera Mundi. 19 Sudd. Verlag; 21 Bibliothek fur Zeitgeschichte; 22-23 Zennaro; 24-25 Ullstein; 27 Ullstein; 28 Sudd. Verlag Sado Opera Mundi; 29 Sudd. Verlag Sado Opera Mundi; 30 Sado Opera Mundi Nowara; 31 Verlag Ullstein; 32 Ullstein; 33 Sudd Verlag; 34 Sado Opera Mundi; 36 Sudd. Verlag; 37 Sudd. Verlag; 39 Bundesarchiv; 40 Sudd. Verlas; 41 Sado Opera Mundi; 36 Sudd. Verlang; 37 Sudd. Verlag; 39 41 Popperfoto; 42 IWM; 45 Bundersachiv; 46-47 Sado Opera Mundi; 47 Sudd. 49 Yllstein; 50 Ullstein; 51 Sudd. Verlag/Sado Opera Mundi; 53 Ullstein; 54-55 Zennaro; 58-59 Uilstein; 60 Ullstein; 62 Sado Opera Mundi; 63 IWM/Sado Opera Mundi; 64 Sudd. Verlag; 65 Sado Opera Mundi; 66-67 Ullstein; 69 US Nat.; 70 Sado Mundi; 71 Sado Mundi Ullstein; 72-73 Ullstein; 72 US Nat. Artch; 74 US Nat. Arch; 77 US Nat. Sudd. Verlag; 78 Sado Opera Mundi; 80-81 US Nat. Arch; 82-83 Sudd. Verlag; 85 US Nat. Arch; 87 Sado Opera Mundi US Nat. Arch; 88 Sado Opera Mundi; 90 Sado Opera Mundi; 92-93 US Nat. Arch; 94-95 Zennaro; 95 Nat. Arch; 96-97 Nat. US Nat. Arch; 98-99 Sado Opera Mundi Ullstein; 102-103 Sado Opera Mundi Ullstein; 103 Sudd. 104-105 Bundesarchiv; 107 IWM; 108-109 Ullstein; 111 Bibliothek fur Zeitgeschichte; 112 IwM; 114-115 IwM; 114 US Nat. Arch; 115 IwM; 118-119 Bundesarchiv; 120 IWM; 121 IWM; 123 Zennaro; 125 Sado Opera Mundi; 126 Sudd. Verlag; 127 IWM; 128 Sudd. Verlag; 131 Sado Opera Mundi; 133 Ullstein; 134-135 US Army; 136-137 Sado Opera Mundi; 139 Sado Opera Mundi; 140-141; 142 Ullstein; 143 US Nat. Arch; 144 Sado Opera Mundi Ullstein; 147 IWM; 149 Sado Opera Mundi; 151 IWM; 154-156 US Army; 158 IWM.
Cover: Bapty y Co. Ltd.

Traductor: Eduardo Mallorquí.

Primera Edición Publicada en Estados Unidos por Ballantine
Copyright © David Mason.
Copyright © en Lengua Española.
LLIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN.
Puerta del Sol, 6.
Madrid-14.

Printed in Spain - Impreso en España.
Gráficas Lormo. Isabel Méndez, 15.
Madrid.
Depósito Legal M: 10.965 - 1.977
I.S.B.N. 84-7140-032-4

Indice

1 Presentación.
6 Compañía de soldados.
8 Perspectiva africana.
15 Primera ofensiva: La carrera de la suerte.
26 Verano de 1941: El punto de equilibrio.
42 Crusader: Batalla se desgaste.
61 Contragolpe de Gazala.
68 Estrategia: Ayudarse a sí mismo.
82 Tobruk: El lazo fatal.
86 El Alamein: La camisa de fuerza
101 Batalla de frustración.
112 Segundo Alamein: Perdida la iniciativa.
122 Abierta retirada.
128 Batallas de desgaste.
150 En la línea del frente.
156 Balance final.
158 Una página desconocida.

Compañía de soldados

Introducción por el capitan Sir Basil Liddell Hart

Rommel se ha convertido en uno de los hombres más famosos de cuantos intervinieron en la Segunda Guerra Mundial, y, por esta causa, también ha conseguido gran renombre el Afrika Korps; cuerpo de ejército alemán, que como resulta sabido, estuvo a su mando en las campañas del Norte de Africa. Ambos nombres se encuentran grabados, indeleblemente, en las páginas de la historia. No obstante, el público conoce menos a este cuerpo de ejército que al mismo Rommel, por lo que resultaba evidente la necesidad de llenar tamaño vacío con un libro dedicado al Afrika Korps y en el que se detallase su asombroso historial en el desierto desde su llegada a Trípoli, en febrero de 1941, hasta su liquidación en Túnez, en mayo de 1943.

Cuando los primeros elementos del Afrika Korps desembarcaron en Africa, en 1941, hacía una semana que los restos del gran ejército italiano de la Cirenaica, al mando del mariscal Graziani, habían sido capturados, en Beda Fomm, por las fuerzas inglesas mecanizadas del general O'Connor. Las restantes unidades italianas con base en Tripolitania se vieron afectadas de tal forma por este tremendo desastre, que no se sentían capaces de mantener el escaso dominio que aún conservaban en esta área. El primer buque transporte alemán atracó en el puerto de Trípoli el 14 de febrero, dos días después de la llegada de Rommel por vía aérea. El buque únicamente transportaba dos unidades avanzadas. Rommel las mandó en seguida al frente (sólo defendido entonces por un regimiento italiano), con objeto de desplegar la mayor actividad posible y, de esta forma, ocultar su debilidad e impedir a los ingleses que continuaran en su afortunado intento de expulsar a los italianos de Africa. Hasta mediados de marzo no desembarcó en Trípoli el regimiento Panzer de la primera divisón, y a fines de marzo aún no había llegado todavía la 5.ª División Ligera, que más tarde fuese bautizada con el nombre de 21.ª Panzer. La segunda de las dos divisiones alemanas, la 15.ª Panzer, no era esperada hasta mayo.

No obstante, a finales de marzo Rommel inició una contraofensiva de tanteo con su única (y aún incompleta) división del Afrika Korps, al darse cuenta de que los ingleses estaban agotados y en proceso de organización tras su prolongada ofensiva a través de la Cirenaica. Con su enérgica actitud, Rommel consiguió que los italianos le apoyaran con parte de sus tres divisiones de refresco llegadas a Africa. El avance de tanteo tuvo más éxito del esperado, y Rommel se apresuró a aprovecharlo con tan devastador efecto que, en una quincena, logró que los británicos se retirasen de todas sus recientes conquistas en la Cirenaica, excepto de Tobruk, donde habían quedado cercadas la mayor parte de las fuerzas británicas restantes. Aunque los esfuerzos de Rommel por apoderarse de Tobruk no tuvieron éxito, el equilibrio bélico en Africa cambió totalmente de signo.

Los ingleses lanzaron renovadas ofensivas en mayo, y luego en junio, con las fuerzas de refresco recién llegadas al Norte de Africa, pero en todas las ocasiones Rommel y el Afrika Korps consiguieron rechazarlas, sin abandonar el asedio de Tobruk. En noviembre, cuando Auchinleck sustituyó a Wavell como Jefe Supremo del Oriente Medio, los ingleses organizaron una ofensiva de mucha mayor envergadura con la que Winton Churchill confiaba destruir el Afrika Korps y expulsar de Africa tanto a alemanes como a italianos. Las fuerzas británicas, denominadas ahora «Octavo Ejército», superaban en número de carros de combate al dispositivo ítalo-germano en una proporción de 9 a 4, y a los alemanes «columna vertebral del ejército enemigo», en opinión de Auchinleck), en una proporción de más de 4 a 1. (De hecho, el total de carros británicos armados con cañones era de 756, con más de un tercio en reserva, mientras que el número total de blindados alemanes de las mismas características era de 174, y el de los italianos de 146 de modelo anticuado). Sin embargo, en esta «Operación Crusdaer», la desproporción numérica fue la única causa de que, tras un prolongado tira y afloja, Rommel y sus fuerzas se vieran obligados a retirarse desde la Cirenaica hasta la frontera de Tripolitania, desde la que habían inicado su avance en primavera.

Un mes más tarde, tras la tardía llegada de un convoy de refresco que elevó sus agotados contingentes de carros de combate de 50 a 500, el Afrika Korps devolvió el golpe, destruyó una divisón acorazada británica desembarcada hacía muy poco tiempo y volvió a apoderarse de la línea Gazala, en la Cirenaica Oriental, a principios de febrero. Luego, en mayo, Rommel se adelantó a otra ofensiva inglesa al atacar la línea Gazala. Esta vez disponía de 280 carros alemanes y de 230 italianos, de modelo anticuado, contra casi 1.000 ingleses. Además ahora, los ingleses poseían 167 potentísimos blindados americanos Grant. Pese a ello, tras quince días de lucha, la superior habilidad del Afrika Korps quedó patente y el dominio del espacio cambió de manos. Tobruk cayó por sorpresa y los restos del Octavo Ejército fueron obligados a retroceder desordenadamente hacia la línea del Alamein, su último reducto antes de llegar al delta del Nilo. Solamente allí se detuvieron, por fin, Rommel y sus fatigados hombres.

Durante este dramático periodo, el Afrika Korps estuvo integrado únicamente por sus dos pequeñas divisiones de origen (compuesta cada una por dos batallones de carros y tres de infantería), más una división ligera improvisada por Rommel con algunas unidades dispersas de infantería y artillería. Sólo después de verse obligado a detener su avance en El Alamein, le envió Hitler, como refuerzo una divisón aerotransportada de infantería. También contó con seis débiles divisiones italianas, pero de ellas, únicamente una estaba mecanizada y otra motorizada (y aunque llegaron dos más de refuerzo a El Alamein, éstas se encontraban mal equipadas).

Sólo al tomar Montgomery el mando del Octavo Ejército, en agosto y cuando su superioridad sobre los alemanes se incrementó en la enorme proporción de más de 6 a 1 en carros —y en aviación— las tornas se volvieron contra Rommel y el Afrika Korps, fue finalmente destruido. Incluso entonces, los supervivientes, en seis meses, realizaron una retirada de 3.200 kilómetros hasta Túnez, sin poder ser interceptados nunca por sus perseguidores, superiores en número, y no se dieron por vencidos hasta que tuvieron a sus espaldas el mar, dominio de los aliados.

La pequeña fuerza de Rommel, compuesta básicamente por el Afrika Korps, atrajo al teatro bélico norteafricano el equivalente de más de 20 divisiones británicas, casi la mitad de la fuerza de operaciones inglesa. En esencia, el resultado conseguido por el Afrika Korps fue distraer fuerzas enemigas.

A principios de 1942, en la Cámara de los Comunes, Winston Churchill le dedicó a Rommel un elogio raras veces dirigido a un enemigo en tiempo de guerra:

«Tenemos frente a nosotros a un valiente y hábil rival, y permítaseme decirlo a pesar de los horrores de la guerra, a un gran general.» Este tributo puede ser dedicado con igual justicia a los miembros del Afrika Korps, utilizando el término «grandes soldados», ya que, a la luz de la historia, merecen ser recordados con los máximos elogios.

Perspectiva africana

Los colonos italianos de Tripolitania vivían en un constante temor durante los primeros días de febrero de 1941, y la razón era obvia: el ejército italiano, o más bien lo que de él quedaba, se estremecía bajo los efectos de una aplastante derrota, y a los supervivientes no les quedaban ánimos para seguir luchando. Y no solamente en Tripolitania mostraron los italianos signos de desfallecimiento; en Africa Oriental, su ejército colonial había sido desbancado y se precipitaba hacia su total disolución, mientras que en Albania, la invasión emprendida a instancias de Mussolini e iniciada en noviembre con objeto de conquistar Grecia había fracasado y el ejército se esforzaba ahora el afianzar al máximo sus posiciones para repeler una contraofensiva griega que amenazaba con repetir lo que los ingleses había conseguido en Africa.

Además, desde la agresiva isla de Malta los inglesses que atacaban por aire y por mar los convoyes que debían de recontruir la hegemonía del Eje en Tripolitania, y mantenían invariablemente a los ejércitos del Norte de Africa escasos de suministros, pese a sufrir los constantes ataques de la Luftwaffe y la Regia Aeronautica. De esta forma, cuando los colonos italianos oían a sus soldados hablar abiertamente de hacer las maletas y volver a Europa como fuese, sus temores se multiplicaban ante la idea de quedar a merced de los indígenas árabes, de quienes no podían esperar demasiada simpatía.

Pero en esta ocasión, y no por ansia de conquista, ni por alturismo, el canciller del Reich alemán, Adolfo Hitler, decidió ayudar a su aliado del Eje, Benito Mussolini. La victoria absoluta en Europa, el abierto desprecio ante el pobre papel que estaba representando su aliado, y una inteligente apreciación de que el creciente poder alemán no era inagotable (teniendo en cuenta sobre todo su reciente decisión de invadir aquel mismo año Rusia y los Balcanes), fueron factores que influyeron en la situación. Pero Hitler sabía además que no podía permitir un colapso total de los italianos en ningún lugar, puesto que eso supondría exponer todo el flanco meridional del Eje al ataque por mar de los ingleses, lo que incluso podría minar la estructura de su recién adquirido imperio. Italia, necesitaba de apoyo, recibiría ayuda pero sólo en la medida suficiente para que pudiera estabilizar sus fronteras. Desde aquel momento Alemania tuvo que ayudar cada vez más a su débil aliado, preguntándose a veces si no habría sido mejor que Italia hubiese permanecido neutral desde el principio.

Para los inquietos colonos italianos de la Tripolitania, el bombardero Heinkel 111 que aterrizó en Castel Benito el día 12 de febrero no fue más que uno de los tantos aviones de la flota aérea alemana que llevaban varios días yendo y viniendo de Sicilia en el proceso de instalación de una base de la Luftwaffe cerca de Trípoli. La presencia de las unidades de servicio alemanas tenía un efecto bastante más tranquilizador que el que producían los descontentos hombres del X Cuerpo italiano, que con sus mal armados carros, pasaban rumbo al frente del Este, en proceso de desmoronación. De ese Heinkel, sin embargo, bajó un general alemán de corta estatura, aspecto enérgico, semblante franco, expresión y ademanes rápidos y dinámicos, que pronto modificaría totalmente el curso de los acontecimientos del Norte de Africa.

Se trataba de Erwin Rommel el hombre que, siendo oficial, contribuyó a derrotar a los italianos en Caporetto, en 1917, que presenció la victoria alemana sobre Polonia, en 1939, siendo comandante de la escolta personal de Hitler, y que en Francia, en 1940, hizo que la 7.ª División Panzer desempeñase un papel prominente en la destrucción de los ejércitos franco-británicos. Y ahora se encontraba al borde del desierto, vacilando entre su inclinación personal a atacar a la primera oportunidad y la orden de Hitler y del Mariscal de Campo von Brauchitsch, que le prohibía iniciar ninguna ofensiva hasta que desembarcase un cuerpo acorazado alemán completo. Se debían tener, también en cuenta los temores del Mando Supremo Italiano en Roma, de que los ingleses se lanzaran a la conquista de la totalidad de Tripolitania, y las órdenes que prohibían a la Luftwaffe bombardear Bengasi a causa del peligro que ello supondría para las autoridades civiles italianas que aún estaban allí.

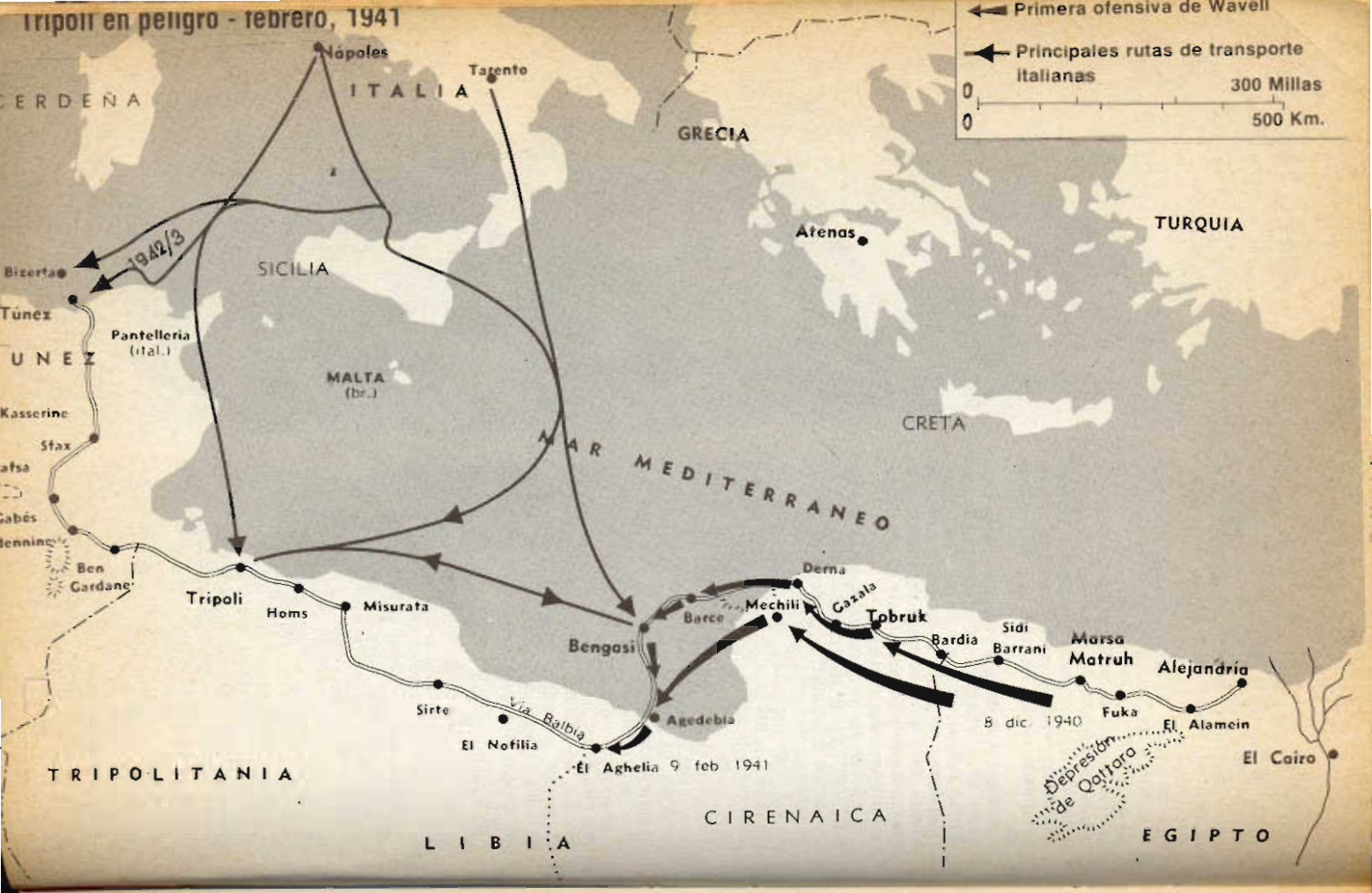
Rommel opinaba que la guerra mecanizada exigía un movimiento constante y que una actitud defensiva no excluía las ofensivas locales dentro del marco general del sistema defensivo. Pero muchas cosas dependían de lo que los ingleses hicieran antes de que empezase a desarrollar su estrategia.

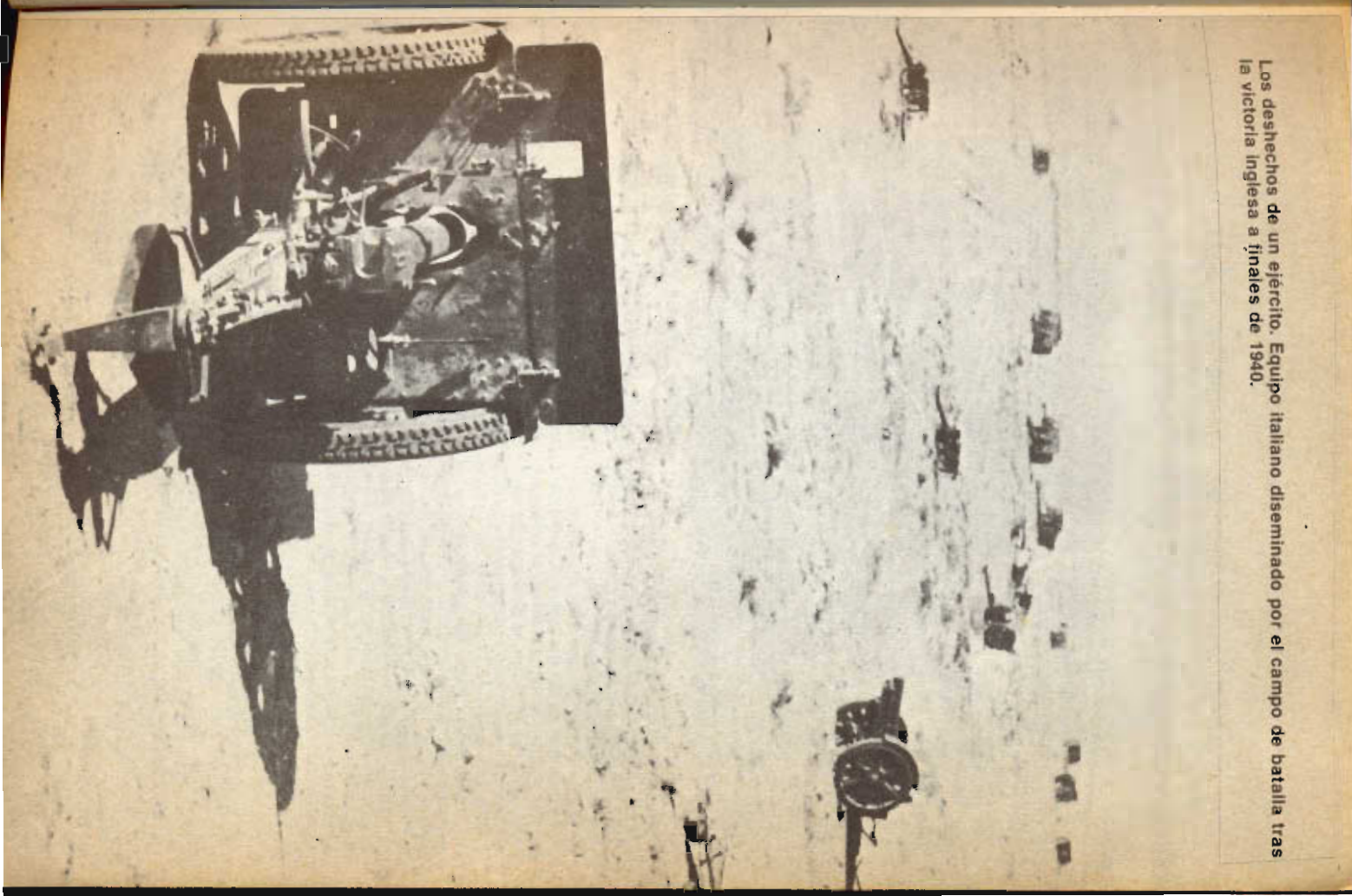
El ejército del desierto del general Wavell, llegó a El Agueila tras una demostración de espléndida movilidad en el desierto usando unidades mecanizadas ligeras (y a veces provocativamente pequeñas) que llegaron a ser, gracias a una práctica intensiva, unas fuerzas perfectamente aclimatadas al desierto. Todo hacía suponer a Rommel y a los italianos que nada se oponía a que Wavell continuara su avance por la costa hacia Trípoli, ya que a principios de febrero no podía enfrentársele ninguna fuerza de importancia, y el plan italiano para la defensa de la posición de Buerát, a medio camino entre El Agueila y Trípoli, era algo más deseable que posible. Se sabía además que, en aquellos momentos, estaban internándose profundamente en Tripolitania patrullas inglesas de amplio radio de acción, precursoras tal vez de otro avance del cuerpo principal.

No obstante, según su costumbre, Rommel se dedicó a hacer planes intuitivos, ya que sólo poseía escasos informes sobre el enemigo. Quizá supiera vagamente que el golpe de gracia infligido el 7 de febrero al ejército de Graziani por el teniente general inglés O'Connor, en Beda Fomm, había sido obra de sólo 32 carros cruceros y 3.000 hombres; podía incluso adivinar que este esfuerzo, aunque pequeño, había dejado totalmente extenuados a los ingleses que, en realidad, estaban desarrollando un proceso de defensa estática en la Cirenaica (respaldados por fuerzas acorazadas a todas luces insuficientes), mientras enviaban a Grecia todo aquello que podía sobrar para cumplir con una obligación política hacia un aliado valiente, pero débil.

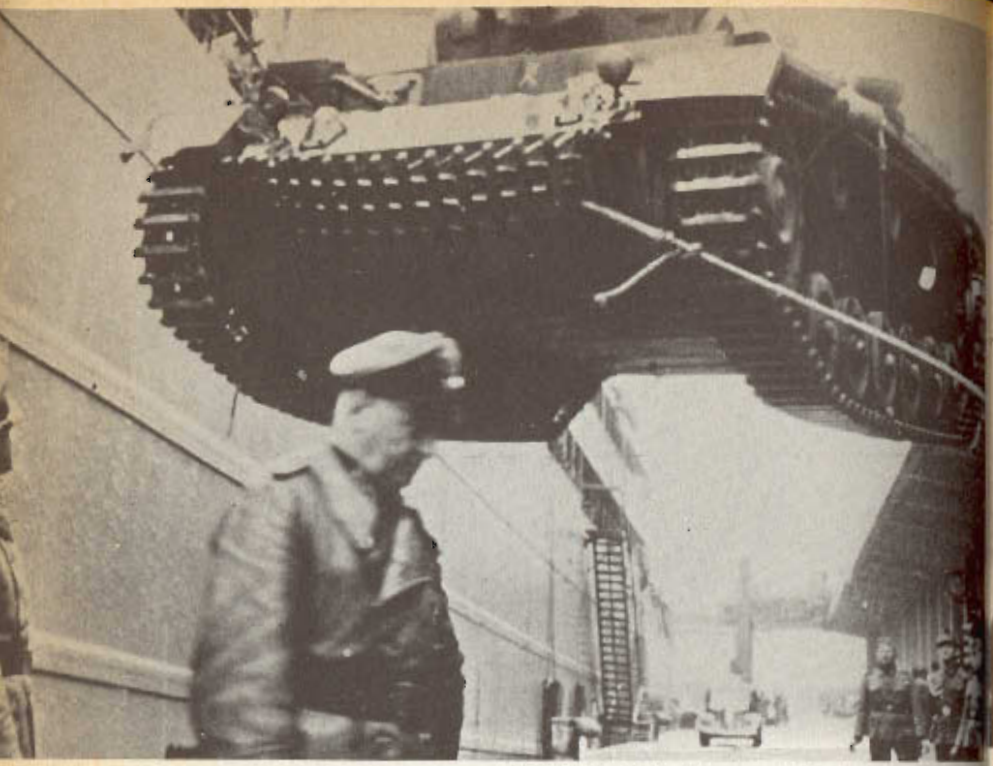
En su interior, Rommel también debía temer que las fuerzas móviles alemanas, sacadas de su marco europeo y emplazadas en una situación enteramente nueva en un tiempo mínimo, pudieran fallar tanto por razones técnicas como por razones psicológicas. El

Erwin Rommel.





Los deshechos de un ejército. Equipo italiano diseminado por el campo de batalla tras la victoria inglesa a finales de 1940.



Envíos de PzKw III para Africa del Norte.

desierto presenta muchos imponderables para quienes no están acostumbrados a él. Podía ser suave o temperamental, como una mujer, eran frecuentes las repentinas tormentas y los momentos de tranquilidad, y muy a menudo conquistaba de tal forma el corazón del hombre que, mientras se esforzaba en superar sus riesgos, se veía dominado por un entrañable cariño o por la impotente rabia.

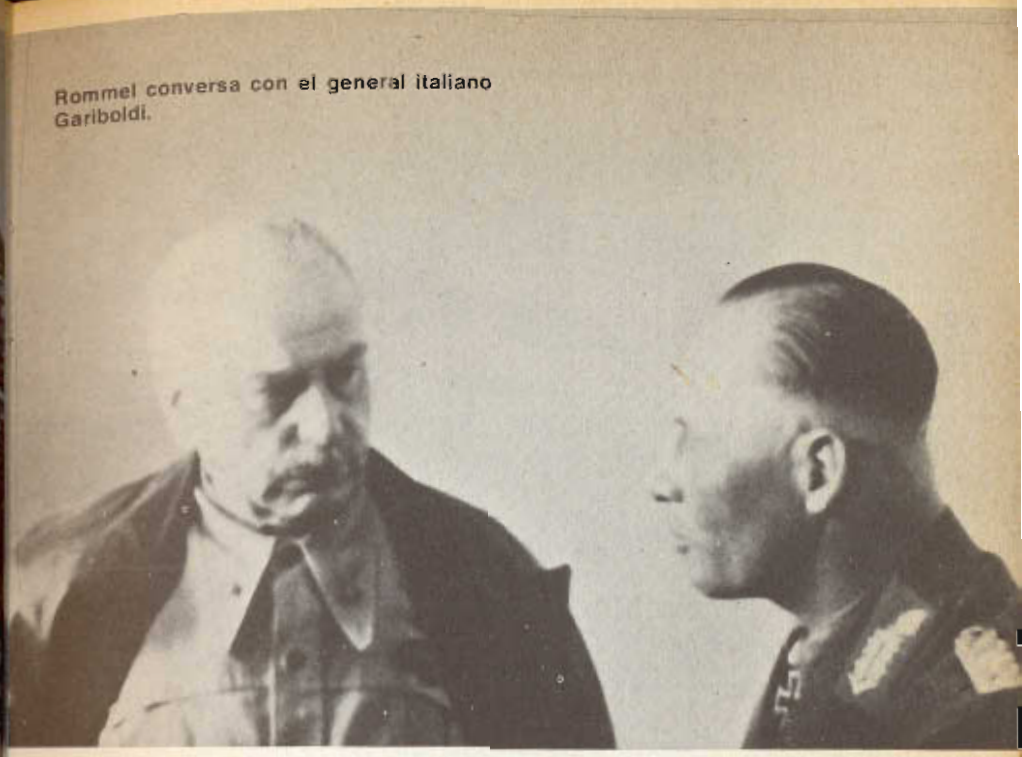
Su superficie es, en su mayor parte, un seco erial, asfixiante durante el día y gélido durante la noche. La vegetación natural, sólo crecía profusamente en los lugares que los colonos italianos habían irrigado y cultivado con gran eficacia a lo largo de la franja costera, en los alrededores de las ciudades más importantes. En el interior, los pozos permitían vivir a unas cuantas tribus nómadas y salvaban a muchos viajeros perdidos de morir de sed. En esta tierra árida, el hombre tenía que llevar consigo todo lo que necesitaba, y nada le era más necesario que el agua.

No se podía decir que en parte alguna dominase un accidente topográfico especial. Varios acantilados como los de Halfaya y los de la frontera egipcia, marismas como las situadas en el parte meridional del desierto, en el sector occidental de El Agueila y en la depresión de Quattára, al Sur de El Alamein, y grandes mares de arenas movedizas desperdigados por doquier, canalizaban los movimientos en una tierra que sólo podía preciarse de una carretera principal en la costa y una multitud de inciertos senderos en el interior. El abastecimiento de las tropas de la costa, presentaba muchísimos menos problemas que el de las situadas sólo a unos pocos kilómetros hacia el interior. El movimiento costero se basaba en la carretera y en los puertos, el del interior en la experta utilización de vehículos de ruedas o llantas de oruga conducidos por hombres que, aunque totalmente aclimatados al desierto, en su mayor parte lo odiaban. El sentido de la orientación perdía allí su significado, las tormentas de arena borraban toda señal y los espejismos hacían que la apreciación de las distancias se convirtiera en un martirio.

Rommel tenía mucho que aprender y muy poco tiempo para ello, y lo mismo se podía decir de sus hombres. El mero hecho de que los italianos poseyeran una experiencia del desierto mayor que la de los alemanes, hizo que el general Gariboldi, Jefe de Estado Mayor en Roma, discutiera con Rommel. Una observación de Gariboldi, en el sentido de que no se podía esperar que Rommel tuviera idea de las dificultades del país, provocó la siguiente respuesta: «No me llevará mucho el conocerlas... le echaré una ojeada desde el aire esta tarde e informaré al Estado Mayor esta noche.»

No obstante, aunque con ciertas reservas,

Rommel conversa con el general italiano Gariboldi.

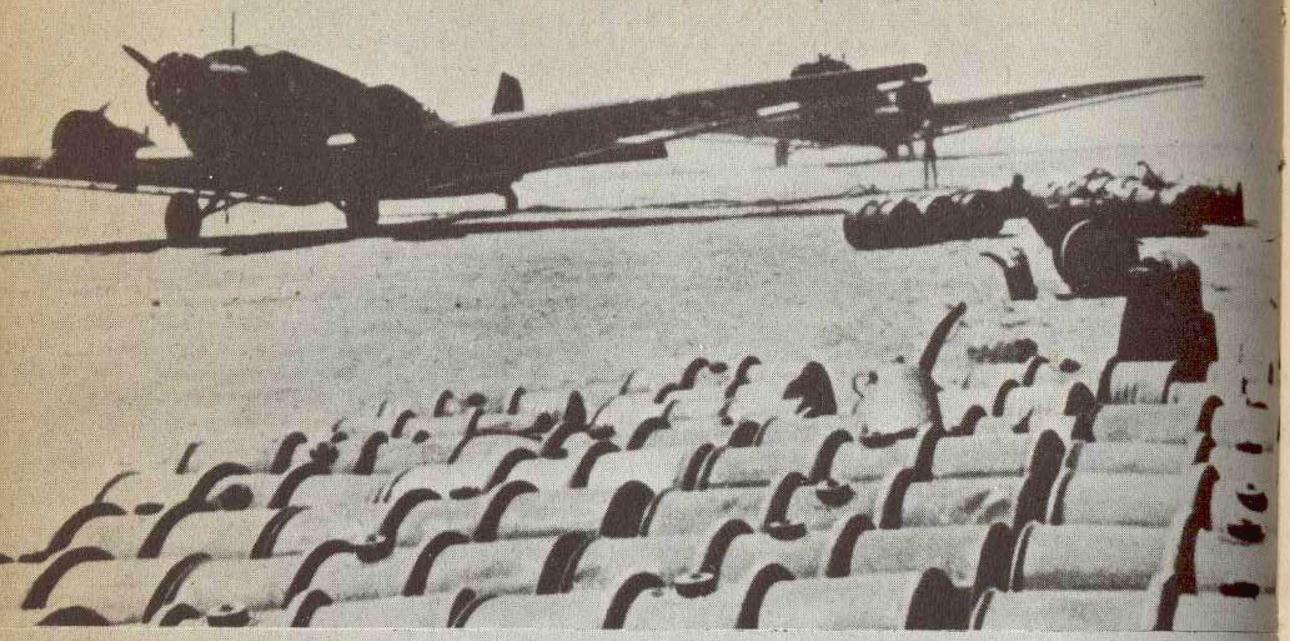


Gariboldi tenía razón. Las condiciones del desierto, el polvo, la soledad de su inmenso vacío, los problemas de orientación y los espejismos, eran sólo algunos de los fenómenos que podían imponer increíbles tensiones destructivas en hombres y máquinas. No parecía que el cuerpo en embrión al mando de Rommel —el Afrika Korps— pudiera tener tiempo de conjuntarse. La vanguardia, la 5.ª División Ligera, estaba recién formada (era un trasplante procedente de la 3.ª División Panzer) y actuaba como una versión reducida de la División Panzer convencional. Constaba únicamente de una brigada acorazada; la 5.ª, dos batallones de carros totalizando 150 blindados y apoyados por tres batallones de infantería, la artillería, y el 3.er Batallón de Reconocimiento. Rommel comentaba orgullosamente el entusiasmo que había despertado entre los italianos el excelente equipo de los alemanes pero, en realidad, sólo 80 carros eran de los poderosos tipos PzKw III y IV (circunstancia que obligó a Rommel a camuflar algunos Volkswagen para que parecieran carros de combate) y, aunque la capacidad de transformación de la maquinaria alemana era indiscutible hubo muy poco tiempo para adaptarla a las condiciones del desierto. Lo extremado de las condiciones de operación, iban a imponer durísimas cargas a las fuerzas acorazadas alemanas, y Rommel, procedente de la infantería, tenía entre los mecánicos, menos simpatías de las que hubiese suscitado un general de fuerzas acorazadas. Por esta razón exigía a menudo más de lo posible, y a veces lo conseguía.

No cabe duda de que el Afrika Korps, aunque muy inferior en número al ejército italiano de Tripolitania, cargó sobre sí todo el peso del esfuerzo de guerra del Eje desde el momento en que pisó Africa. Posteriormente se le iban a agregar hasta dos divisiones Panzer, con la llegada de la 15.ª División Panzer y la estructuración de la 5.ª Ligera, a la que se dio el nuevo nombre, de 21.ª Panzer. Más tarde estarían bajo su mando otras formaciones alemanas, como la 90.ª División Ligera.

El Afrika Korps fue desde el principio el centro y la fuerza de ataque de todos los movimientos del Eje en el desierto. Donde acudía se producían las más enconadas batallas. Cuando se ocultaba, los ingleses detenían el avance llenos de dudas, pero una vez establecido contacto, se tenía que contar con él como el epicentro de erupción.

Aviones Ju 52 descargando en Castel Benito.



Carros de combate PzKw II camino del frente.

Primera ofensiva: la carrera de la suerte

Los primeros elementos del Afrika Korps llegaron a Trípoli el 14 de febrero. Para entonces Rommel ya había hecho su vuelo de reconocimiento y con la aprobación de Mussolini tomó el mando de todas las fuerzas del frente. Aquel mismo día ordenó que las primeras unidades italianas se dirigieran al frente de Sirte en el plazo de veinticuatro horas. Les seguiría el 3.er Batallón Alemán de Reconocimiento y un batallón antitanque. Llegaron a Sirte el día 16. Rommel había decidido ya «abandonar las instrucciones recibidas, para dedicarse sólo al reconocimiento», así pues no es sorprendente que el primer roce con una patrulla inglesa se efectuara el día 28 en Nofilia —a unos 120 kilómetros de Sirte.

Desde aquel momento Rommel desarrolló nuevas conclusiones intuitivas acerca de las intenciones británicas. Las negativas de éstos a contestar a sus provocaciones le convencieron de que no debía esperar ningún avance más hacia el Oeste. Afirmado en tal opinión, voló a Berlín el 19 de marzo (inmediatamente después de que todo el 5.º Regimiento Panzer hubo sido desembarcado y enviado al frente) con objeto de pedir la autorización de Hitler para emprender la reconquista de toda la Cirenaica —habiendo ya dado órdenes para los movimientos preliminares contra El Agueila antes de su partida—. Sin embargo, se encontró con un recibimiento bastante frío. Brauchitsch dijo que no tenía intención de dar un golpe decisivo en Africa en el próximo futuro, que no se iban a mandar más fuerzas que las ya señaladas, pero que, a finales de mayo, se podría atacar El Agueila, cuando llegara la 15.ª Dvisión Panzer. No comunicaron a Rommel, los planes de invasión de Rusia y los Balcanes (es probable que, de haberlos conocido, se hubiera desanimado), pero desde el primer momento, el enfoque dado por Berlín a esta «Perspectiva del Desierto», no dejó lugar a dudas de que siempre se apoyaría poco al Afrika Korps y, desde luego, nunca se le integraría en la estrategia general del Eje. Sin embargo, Rommel regresó a Africa decidido a atacar El Agueila, en contra de las órdenes recibidas, y el 24 de marzo pudo comunicar que no solamente había caído esta posición, sino que los ingleses se habían retirado al siguiente desfiladero, el de Marsa Brega. Su optimismo fue considerable, aunque sólo fuera por haber hecho lo que en Berlín le había prohibido.

Rommel y su Afrika Korps, que iban aprendiendo la acción en largas marchas por el desierto y en operaciones cortas y cuidadosamente limitadas, se hubieran sentido sin duda aún más oportunistas, de conocer la verdadera situación en el campo enemigo. Todas las fuerzas inglesas que se habían podido retirar del desierto, regresaron al delta del Nilo. Los jefes victoriosos y algunas tropas, lo hicieron con objeto e descansar; otros, para ser enviados a nuevos frentes. En su lugar quedaron tropas y mandos inexpertos cuyos planes ni eran aptos para el terreno que pensaban defender, ni apropiados para la clase de enemigo que debían afrontar. Distribuída la atención del general Wavell por las crisis que se acumulaban a lo largo y a lo ancho de multitud de frentes que estaban bajo su mando, no podía prestar a ninguno de ellos la debida dedicación.

El 5º Regimiento Panzer por la carretera del desierto.

Puesto de mando aéreo de Rommel: Un Storch.

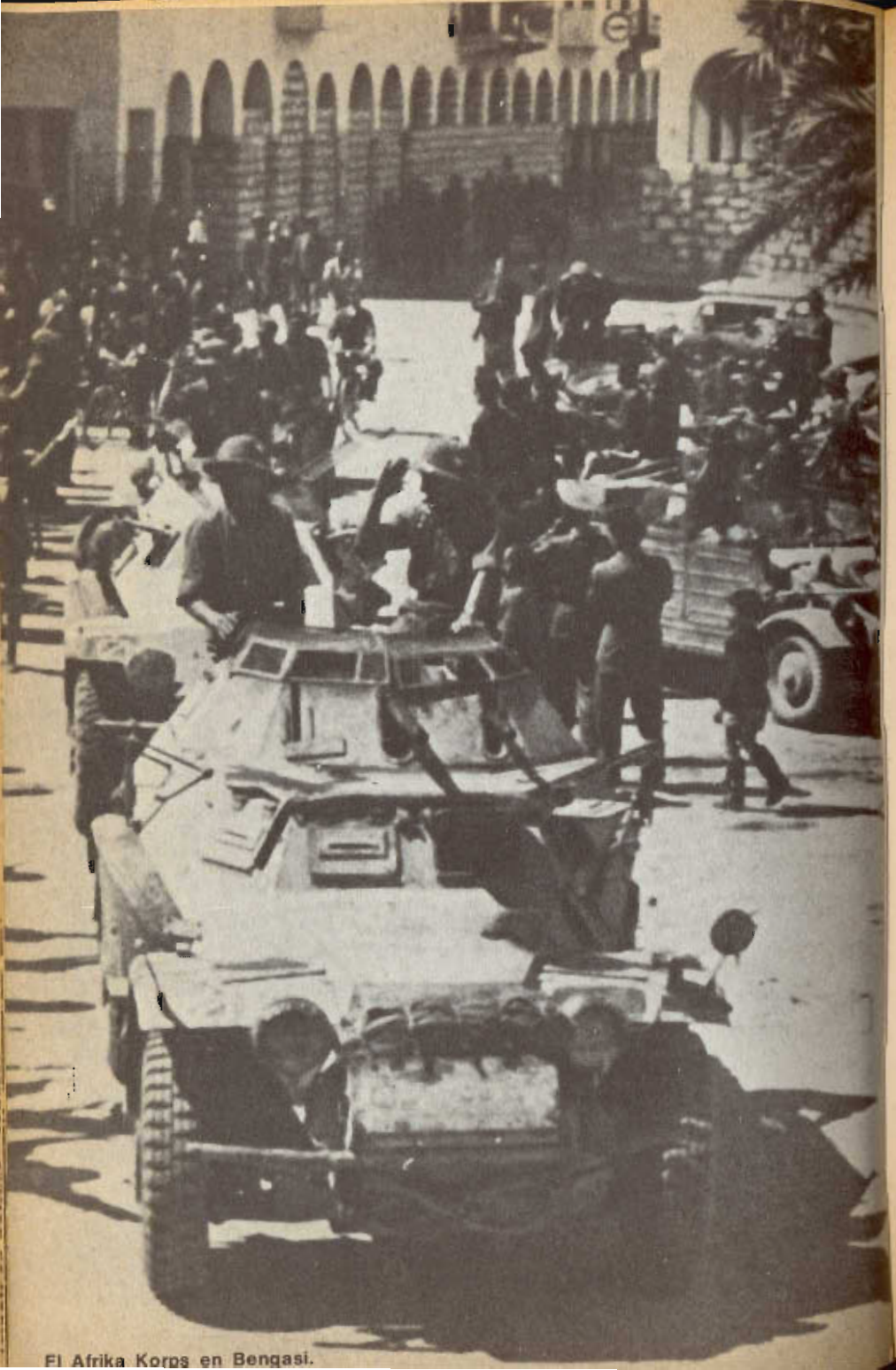
Wavell, por supuesto, tenía que demostrar confianza hacia sus subalternos, pero el teniente general Wilson,, antes de marcharse a Grecia, dio una impresión totalmente falsa de las posibilidades de defensa del escarpe Sur de Bengasi. El teniente general Neame, que reveló a Wilson, parecía no tener confianza en sí mismo y proponía planes tácticos impartícables, y el servicio de espionaje de Wavell sólo proporcionaba información incompleta sobre el material alemán. De hecho, el jefe de la Información Militar inglesa (Intelligence Service), apuntó que era posible que se efectuara una irrupción repentina del Afrika Korps en la Cirenaica, pero Wavell, tan serio, práctico y ortodoxo como Brauchitsch, no creyó que esto pudiera suceder antes de mayo. La lógica común militar hacía improbable un acto tan peligroso.

La situación inglesa difícilmente parecía más prometedora desde el punto de vista de las armas y el factor humano. Los únicos elementos capaces de sobrevivir en una batalla móvil en el desierto son las formaciones aclimatadas, mecanizadas, y preferentemente acorazadas. Sin embargo, la 2.ª División Acorazada inglesa, sólo lo era de nombre, ya que no respondía a la realidad. Sus unidades (con una excepción) eran nuevas en el desierto, sus carros cruceros y ligeros estaban muy deteriorados y su único registro, que desplazaron a toda prisa desde el delta, sólo disponía de algunos carros italianos M13 en pésimas condiciones, capturados en Beda Fomm. La mejor formación de infantería era la 9.ª División Australiana, pero aún necesitaba ponérsela a prueba, y en cualquier caso tenía que destacar una se sus tres brigadas a Tobruk para que pusiese a punto el viejo sistema italiano de defensas, en parte porque el escalafón de apoyo administrativo no podía suministrar más que la 2.ª División Acorazada y dos brigadas de infantería como avanzada en Bengasi.

Hasta cierto punto, Rommel adivinó la debilidad de las disposiciones británicas al interceptar diversos mensajes radiados. También se basó para sus cálculos en la falta de respuesta positiva a sus tanteos, en la escasez de actividad aérea (por estas fechas la RAF sólo runía en el desierto dos cazas, un bombardero y una escuadrilla de cooperación con el ejército) y en la información recogida por su pequeña pero eficiente fuerza aérea. Cada vez más envalentonada, la 5.ª División Ligera atacó Marsa Brega el 31 de marzo, y por primera vez tropezó con la fuerte resistencia de un batallón inglés de infantería, un regimiento de artillería de campaña con piezas de 25 libras, y un regimiento de cañones antitanques.

Rommel había luchado contra los ingleses en Francia en mayo del año anterior y aprendió a respetar su tenacidad; la 3.ª División Panzer, madre de la 5.ª Ligera, sólo se había enfrentado a los franceses en aquella campaña y había visto que eran una presa más fácil. Al atardecer sobrevino la crisis: la 5.ª Ligera estaba detenida en la franja de 15 kilómetros que había entre el mar y las marismas, y el comandante inglés, al darse cuenta de que luchaba con sus últimas fuerzas, pidió un contraataque por parte de los carros de la 3.ª Brigada Acorazada. La 5.ª Ligera estaba ocupada en organizar un nuevo ataque, sus carros estaban agrupados entre el espeso polvo levantado por las orugas y el fuego de la artillería; por un momento se encontró desequilibrada. Pero el general de división Gambier-Parry, que mandaba la 2.ª División Acorazada, no accedió a utilizar su brigada porque pensó que quedaba muy poco tiempo para el anochecer; en su lugar se vio obligado a repeler el siguiente ataque del Afrika Korps y retirarse de la garganta defensiva.

En sólo unas horas, se había alcanzado tres hitos sicológicos vitales. Los británicos ha-



El Afrika Korps en Bengasi.

La tripulación de un carro instalado en el desierto.

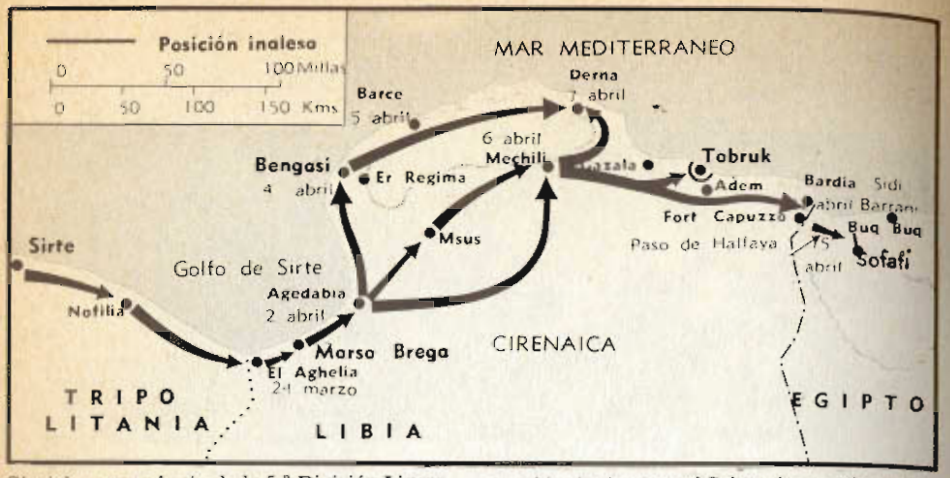
bían sido expulsados de una de las posiciones defensivas realmente fuertes cerca de la costa y ahora tendrían que luchar, con fuerzas móviles muy débiles, contra un enemigo muchísimo más peligroso en desierto abierto. En segundo lugar, el Afrika Korps había ganado su primera batalla contra un enemigo difícil y como consecuencia asentó los pies en el suelo, ganó confianza y se preparó para lo que pudiera venir. Y sobre todo, Rommel había probado lo que antes sólo sospechaba, que su enemigo estaba en óptimas condiciones para ser expulsado. No sólo no había necesitado esperar a los últimos días de mayo para atacar. El Agheila sino que podía continuar ya que tenía a su alcance a casi toda la Cirenaica. Los ingleses estaban en franca retirada.

El día 2 de abril Rommel llegó a Agedabía, meditando sobre cual escoger entre tres rutas alternativas. La primera llevaba a Bengasi, en el Norte, un centro de abastecimiento y distribución protegido por el escarpe; la segunda se dirigía al Este y luego al nordeste hasta Mechli, vía Tengeder, por una línea situada lejos, en la retaguardia enemiga; y la tereera, bisectriz de las otras dos, a Maus, y desde allí también a Mechilli. Las reglas de la guerra (porque las tiene, como cualquier arte), afirman que un jefe no debe dividir sus fuerzas frente a un enemigo derrotado. Rommel hizo caso omiso del manual y dividió a la 5.ª División Ligera para que pudiese seguir las tres rutas, al mismo tiempo ordenó que avanzaran las divisiones italianas de infantería para ocupar el territorio reconquistado y mezcló las unidades móviles italianas con el grueso de las fuerzas alemanas. Así estableció una base móvil para seguir a la rápida fuerza de ataque: el Afrika Korps.

En el bando opuesto, los generales británicos procuraron eludir la responsabilidad cuando Wavell la repartió entre la cadena de mandos. Al llegar al cuartel general de Neame, en Barce, y sacar la conclusión de que Neame había perdido el control del combate, Wavell ordenó a O'Connor, el vencedor de Beda Fomm, que había vuelto al desierto después de su convalecencia, que tomase el mando; simultáneamente canceló sus instrucciones previas de abandonar Bengasi si fuera necesario. Esto dividió a la 2.ª División Acorazada, en contra del deseo de Gambier-Parry, de mantenerla unida, ya que el 2 de abril su Grupo de Apoyo tuvo que destacarse, por orden de Wavell, para proteger Bengasi. En cualquier caso la 3.ª Brigada Acorazada sólo disponía de 22 carros cruceros y 21 ligeros y, en opinión de Gambier-Parry, se perdería por averías uno por cada 16 kilómetros de recorrido. Además O'Connor, que detestaba tomar el mando en medio de una batalla, sólo accedió a actuar como consejero de Neame.

En las pocas ocasiones en que se entablaron luchas de carros contra carros, los honores se repartieron equitativamente. El uso de tiendas beduinas para ocultar los carros cruceros ingleses mostró al Afrika Korps que el camuflaje se puede utilizar en el desierto lo mismo que en cualquier otra parte, pero Rommel, avanzando con ardor irresistible, eliminó cualquier vestigio de oposición, incluso entre sus aliados. A Gariboldi, que deseaba evitar el vertiginoso avance le dijo claramente que «no tenía intención de desperdiciar las buenas oportunidades», y rechazó la propuesta del italiano de remitir el asunto a Roma. Afortunadamente, el desacuerdo desapareció casi en seguida al recibirse un despacho del oportunista o quizá extremadamente perspicaz Alto Mando Alemán, que daba a Rommel carta blanca.

La oposición inglesa disminuyó. Al mismo tiempo, empezaron a aparecer las obstaculizadoras debilidades inherentes al Afrika Korps. Los carros, que funcionaban en condiciones totalmente extrañas, necesitaban una revisión cada 2.400 kilómetros en vez de cada dos veces esa distancia. Abastecer de combustible a las tropas de cabeza suponía un enorme esfuerzo, pero cuando el general



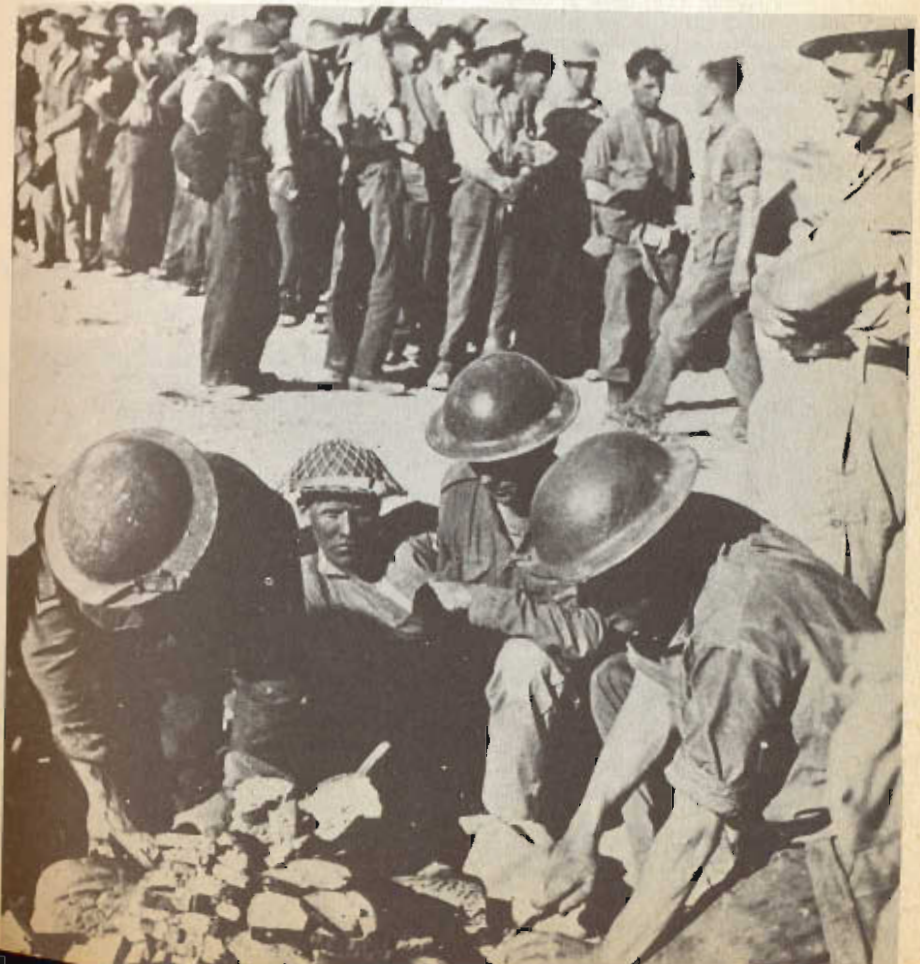
Streich, comandante de la 5.ª División Ligera, informó el 3 de abril que necesitaba cuatro días a fin de recoger gasolina suficiente para continuar el avance, se le ordenó que descargara todos sus vehículos, que los aprovisionara con más gasolina y que se pusiera en marcha en veinticuatro horas. En medio de la batalla, Rommel entrenaba a su Korps para que alcanzase el nivel de eficacia que se consideraba «normal» el año anterior en su vieja división, la 7.ª Panzer. Los hombres, a regañadientes, pero orgullosos por la victoria, trabajaban con redoblada energía para satisfacer las demandas de un hombre que daba sus órdenes desde el aire, o en un vehículo ligero que se lanzaba hacia el vértice de las tropas de cabeza. Muchos, que se perdían, o que más que correr se arrastraban, se encontraban con un rapapolvo cuando el airado Rommel les alcanzaba en su veloz avioneta y aterrizaba a su altura.

El 4 de abril, la trifásica ofensiva avanzó prácticamente inobservada. Dos de sus puntas cercaron cada una de las alas de la 2.ª División Acorazada, que se estaba desintegrando, aislándola del Este y del Oeste. El 3.er Batallón de Reconocimiento entró en Bengasi sin resistencia, encontrándose con los almacenes ingleses ardiendo; pero al volverse hacia el Este, tropezó en Regima con un batallón australiano, apoyado por cañones de 23 libras, y sufrió un brusco revés. Saliendo de Agedabia en formación abierta, las otras dos columnas del Eje se dirigieron hacia Mechili por caminos diferentes, cada una era un grupo de batalla autosuficiente, con carros de combate, cañones e infantería capaces de realizar cualquier tipo de combate, excepto un asalto prolongado contra una posición bien dispuesta. Por la ruta más alejada hacia el interior avanzaba la División Acorazada «Ariete», siguiendo el camino que un general italiano había descrito como «una trampa mortal», pero que Rommel quiso utilizar porque «no me fío más que de mi propio criterio». Tenía razón, y este grupo, mandado por el teniente coronel Schwerin, pronto representó la mayor amenaza contra los ingleses (mucho más que la columna del coronel Olbrich, que iba a Msus, donde una mala racha y el gran gasto de gasolina les impusieron su castigo). El 6 de abril, Schwerin llegó a Mechili, en la retaguardia inglesa, sólo, pero no en peligro.

La 2.ª División Acorazada inglesa había dejado prácticamente de existir, de modo que lo único que quedaba al Oeste de Mechili era la 9.ª División australiana, y sólo podía hacer una cosa: replegarse lo más rápidamente posible al interior del perímetro de Tobruk. Rommel observó que Mechili estaba defendido por la 3.ª Brigada Motorizada india (grupo de infantería casi desprovisto de armas antitanque), a la que se habían unido los rezagados. Por todo el desierto se entremezclaban amigos y enemigos. En cierta ocasión el mismo Rommel estuvo a punto de hacer aterrizar a su Storch junto a una columna inglesa que había confundido con una propia; pero en Mechili y a lo largo se la carretera de Derna, la bolsa alemana se llenó con generales británicos capturados, todos menos Morsbead, de la 9.ª División australiana. El mismo O'Connor estaba entre ellos, y Gambier-Parry se unió a la partida cuando fracasó una salida desde Mechili, no dejando a los indios más alternativa que la rendición.

Hacia el 7 de abril, el control británico del Oriente Medio estaba en peligro. Su flanco defendido del desierto se había derrumbado; sólo la 9.ª División australiana y algunas fuerzas acorazadas y de artillería reunidas de cualquier forma retenían el puerto de Tobruk, mientras que en el Este la carretera hacia la base principal de Egipto se encontraba abierta y sin defensa. Por supuesto el Afrika Korps, o mejor la 5.ª División Ligera, estaba casi exhausta, con mucha de su impedimenta desparajada, atascada, destrozada o sin gasolina en los caminos que llevaban de regreso a Agedabia. Según todas las reglas, ambos bandos necesitaban un descanso, pero la situación estratégica no se lo permitía a ninguno. La prioridad de refuerzos

Generales ingleses prisioneros. O'Connor en el centro Gambier-Parry a la derecha. La tropa. Prisioneros ingleses e indios compartiendo raciones.



británicos tenía que desviarse en seguida de Grecia a la Cirenaica y Rommel no podía permitirse el lujo de estarse quieto y perder ímpetu o iniciativa.

El hacer un alto, aunque fuera para descansar, se convirtió así en un lujo del que el Afrika Korps tuvo que acostumbrarse a renunciar, como la bailarina de las zapatillas rojas, que no podía dejar de bailar una vez que se iniciaba la música. Sudando y esforzándose, los desperdigados restos del Afrika Korps se agruparon en Mechili, seguidos por los italianos. El 10 de abril se les incorporó la vanguardia de la 15.ª División Panzer, cuyo jefe era el general de división von Prittwitz. Ni siquiera éste disfrutó de un período de aclimatación, porque Rommel estaba seguro hacia el 10 de abril de que los ingleses estaban destrozados y que, cuando cayera en su poder Tobruk, proporcionándole una entrada segura para sus sumisnistros, nada impediría un avance directo hacia el canal de Suez. La precipitación con que reorganizó sus divisiones, que aún no habían recuperado el aliento, parecía totalmente justificada por la creencia instintiva de que sólo por medio de una presión incesante se podía mantener a raya a los peligrosamente desequilibrados ingleses. Además, la Luftwaffe había detectado signos de recuperación en el perímetro defensivo de Tobruk. Así, pues, Rommel se dirigió a toda velocidad a Tobruk, encargando a von Prittwitz de la operación. Pero los hombres cansados y desorganizados son más propensos a errores innecesarios, y los esfuerzos de la semana anterior desgastaron el antes agudo filo del Afrika Korps.

El 3.er Batallón de Reconocimiento, seguido por el resto de la 5.ª Ligera, las divisiones italianas «Brescia» y posteriormente «Ariete», llegaron fragmentariamente a las afueras de Tobruk el día 11 de abril, tanteando, torpe y aprensivamente, su camino alrededor del perímetro, tropezándose de vez en cuando con partidas australianas errantes y perdiendo a von Prittwitz, que murió en una de las primeras escaramuzas. Incluso Rommel tuvo que admitir que la situación se había hecho algo confusa, y pasó el resto del día 11 en el frente, organizando el siguiente ataque. El tiempo y los sucesos, sin embargo, le iban desplazando.

Los australianos habían asumido una tarea más dura de lo que podía esperarse. Los depósitos de agua, munición y comida en la guarnición eran considerables, y el trabajo realizado por la brigada australiana de reserva parecía adecuado. Ahora esperaban cuatro brigadas, los restos de la 3.ª Brigada Acorazada, con 25 carros cruceros y algunos ligeros, cuatro regimientos de artillería de 25 libras, suficiente artillería antiaérea para hacer difícil a los bombarderos al área del puerto, e incluso durante algún tiempo, un escuadrón de cazas Hurricane, con objeto de dar a los defensores aún más oportunidades de desembarcar suministros sin demasiadas molestias.

También en la frontera se reunió una nueva fuerza móvil con base en el paso de Halfaya y bajo el mando del brigadier Cott, que tenía la misión de penetrar hacia Tobruk con la esperanza de distraer a Rommel sólo podía soportar con ira esos amagos y tomar nota de que el paso de Halfaya tendría que ser suyo a la primera oportunidad. Ante todo debía tomarse Tobruk, aunque el primer ataque del día 11 no tuvo éxito.

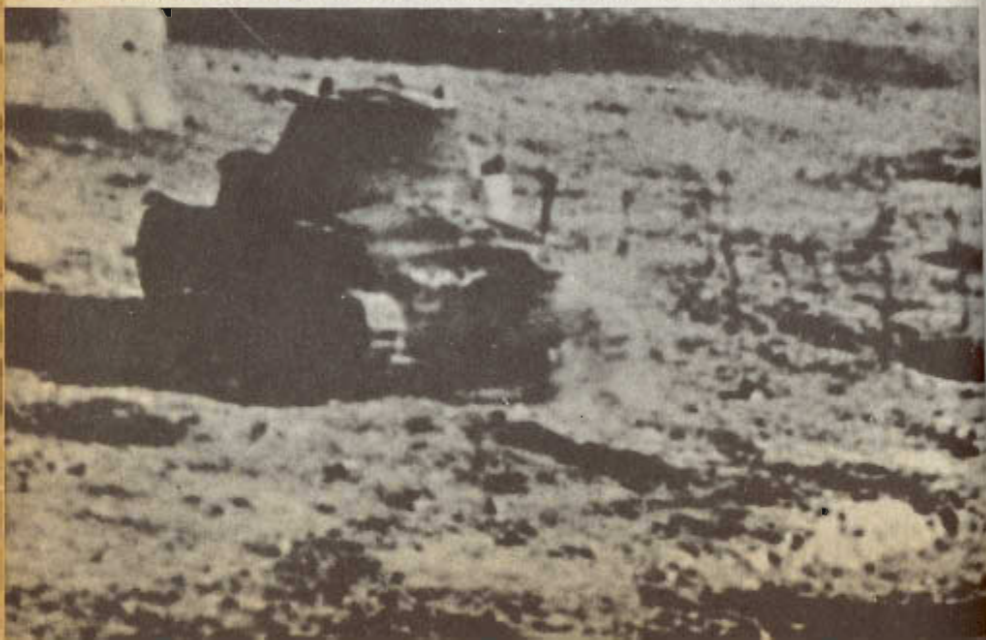
El sistema defensivo inglés en sus 48 kilómetros no podría ser defendido nunca de forma lineal con una fuerza tan reducida como la que encerraba. Sólo una defensa elástica, móvil, basada en puntos fuertes, emplazada entre campos de minas, era la única que ofrecía garantías. Romper una defensa semejante exige una elección cuidadosa del lugar de penetración, seguida de la concentración de todos los recursos sobre aquel punto, mientras que las actividades de diversión apartan al enemigo y le confunden sobre el sitio y hora reales del choque. Rommel admitía que desconocía la extensión de las defensas de las posiciones inglesas y que todas sus decisiones las tomaba sobre la marcha.

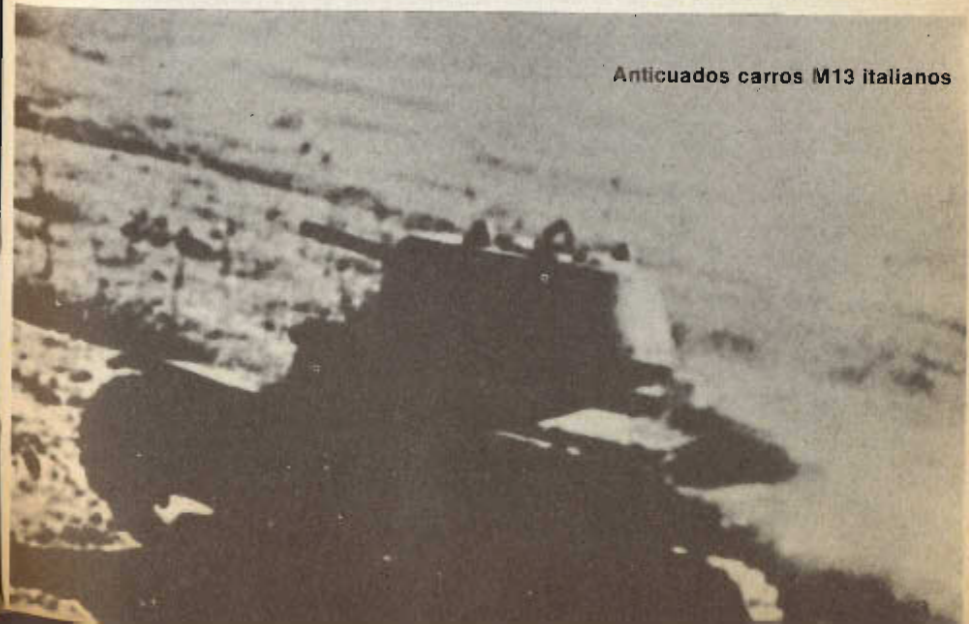
Encontrando parte de la 5.ª Ligera al Sur de Tobruk, la desplazó rápidamente hacia el Este, para cerrar por completo el cerco. Luego agrupó al 5.º Regimiento Panzer y lo mandó precipitadamente sobre la carretera de El Adem, bajo una lluvia de objeciones por parte de su jefe, el coronel Olbrich. Pero Rommel rechazó tales objeciones y se trasladó con los blindados hasta que se precipitaron en una tormenta de fuego que cubría las cercanías de una zanja antitanque. Así se detuvo aquel ataque; mientras tanto, frente a la parte occidental del perímetro, un débil avance del «Brescia» apenas pasó de su línea de partida. Sin embargo, las líneas del cerco se extendían ahora totalmente alrededor de las entradas a Tobruk por tierra, y la Luftwaffe empezaba a menudear sus ataques sobre los barcos que entraban y salían del puerto.

Rommel esperó tres días para reagrupar y preparar a su hombres, luego lanzó a la 5.ª Ligera y a la «Aiete» en la clase de asalto que nunca había fallado en Francia: una sólida falange de tropas acorazadas y de infantería apoyada por fuego de artillería, y avanzando por un frente muy estrecho con todos los cañones disparando. Los franceses se habían doblegado ante este tratamiento, pero los australianos se mantuvieron firmes. Además, el reconocimiento previo al ataque, demasiado evidente para el enemigo por la premura con que se efectuó, no dejó a los defensores ninguna duda sobre el lugar del mismo.

A la 5.ª División Ligera todo le fue mal desde el principio: «Ariete» no llegó a tiempo de ampliar la base del asalto, y entonces la profunda penetración primaria condujo directamente a una zona batida por nutrido fuego de metralla y sujeta a diestros ataques de apoyo por los flancos, por parte de los blindados y cañones antitanques ingleses. Para Olbrich, el golpe y la rápida pérdida de 17 carros fue muy duro. Se retiró dejando a su suerte a la infantería, convenciendo incluso a Rommel de que por el momento no se podía hacer nada más. Ese día aún recibieron una lección cuando la indolente «Ariete» se desbandó en el momento de llegar al frente.

Por primera vez, el Afrika Korps fue presa de las dudas. Sus tensas líneas de comunicación estaban a punto de romperse, no podía contarse con los refuerzos precisos, y se encontraba junto a un aliado de calidad más que dudosa: una debilitada división se tenía que enfrentar a un enemigo en trance de recuperación. El día 11 de abril llegó a Bardia el 3.er Batallón de Reconocimiento, mandado por el coronel von Herff, pero a partir de entonces fue objeto de los constantes aguijonazos del brigadier Gott. El 16 de abril, en un intento de redimir su reputación, «Ariete» efectuó un ataque independiente con-





Anticuados carros M13 italianos

Las dunas: Mal lugar para efectuar marchas.

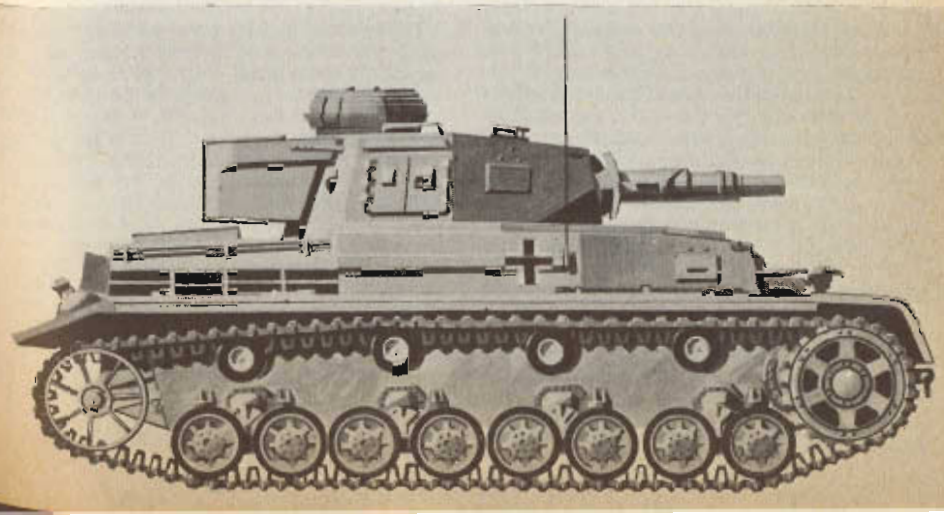
tra Tobruk, fracasando a la primera señal de un contraataque australiano. Para desesperación de Rommel, «Ariete» huyó «hacia las líneas británicas». Cada noche, de la guarnición salían patrullas cuyo cometido era el de hostigar a los alemanes e italianos que componían la fuerza asediante, y esto, en un par de días, condujo a fuertes incursiones que produjeron graves pérdidas a las fuerzas del Eje. La iniciativa había pasado a manos inglesas; el equilibrio sólo podía volverse a establecer convirtiendo al Afrika Korps en una reserva móvil independiente.

Tan pronto como fue posible se enviaron divisiones italianas a Tobruk, y la 5.ª División Ligera se retiró, no muy lejos, para descansar y reorganizarse, en espera de los primeros contingentes de la 15.ª División Panzer. No obstante, casi de inmediato, la situación cerca del paso de Halfaya se hizo insostenible para von Herff, que, presa del pánico, persuadió a Rommel de que sus tropas de Bardia y Capuzzo estaban en peligro de quedar aisladas. En consecuencia, el 15.º Batallón de Infantería Ligera Motorizada, recién llegado y mal aclimatado, entró en acción por primera vez junto al 3.º Batallón de Reconocimiento en un pequeño pero enconado combate, que obligó a Gott a levantar el campo del paso de Halfaya.

El frente estaba a punto de romperse. Rommel maldijo a los italianos y éstos replicaron convenciendo a Hitler (y a Rommel) de que ningún avance hacia Egipto tenía la más mínima posibilidad de éxito hasta que Tobruk hubiera sido tomado. El Alto Estado Mayor alemán de Berlín, tan contento sólo hacía quince días que daba a Rommel carta blanca, ahora pensaba que la situación había cambiado. El general Halder observó: «Sus vehículos de motor están en malas condiciones y muchos motores de los blindados necitan ser sustituidos... El transporte aéreo no puede atender a sus insensatas demandas, principalmente por falta de combustible...» Y envió al general Paulus, jefe adjunto de estado mayor, para que examinara la situación y diera un informe. Todos descargaban su enojo sobre los italianos, no sólo a causa de su mala actuación en el desierto, sino también porque el movimiento de tropas y suministros en buques italianos por el Mediterráneo se había hecho muy lento y peligroso. Nápoles estaba repleta de vehículos y abastecimientos que esperaban ser transportados, pero la Marina Real inglesa se movía a su gusto por las rutas del mar, y el 12 de abril, entre otros éxitos, hundió todo el batallón de Transmisiones de reserva de la 15.ª División Panzer.

Entonces, entre el agobiante calor, surgió la fría presencia del general Paulus, decidido a conseguir que Rammel no se saliera de la línea marcada por sus superiores.

PzKw IV con cañón de 75 mm.
El principal carro de combate de la Wehrmacht durante la primera parte de la Segunda Guerra Mundial y del Afrika Korps durante casi toda su actuación. Las primeras versiones, aquí reproducidas, tenían un cañón de baja velocidad como armamento principal, con una velocidad inicial de tiro de 385 m. por segundo, y un blindaje que podía ser fácilmente perforado por los cañones ingleses de 2 libras. No obstante, su capacidad para disparar a mayor distancia que la que cubrían los cañones de 2 libras de los carros de combate ingleses le confirió una transitoria ventaja táctica. Más importante que ésto fue el hecho de que acertado diseño permitió la implantación de grandes mejoras en su protección y fuerza de ataque.
Peso: **20 toneladas.** Velocidad: **40 k/h.**
Blindaje (máximo): **30 mm.** Tripulación: **5 hombres.**
Armamento: **Un cañón de 75 mm. y 2 ametralladoras de 7,9 mm.**



Verano de 1941: el punto de equilibrio

El éxito tiene la desagradable costumbre de volverse contra sus creadores, porque, una vez se hace del dominio público, la gente exige repeticiones. Aun entre el clamor de grandes victorias en los Balcanes, el nombre de Rommel y de su Afrika Korps resonó por toda Alemania, gracias a la maquinaria propagandística, llegando Rommel incluso a la protesta por los excesos imaginativos de cierto escritor.

Pero Paulus adoptó una fría actitud, el 27 de abril prohibió un nuevo ataque a Tobruk planeado para el 30, retirando su veto cuando sólo faltaba un día para la hora H. Entre tanto, comenzaron a llegar grandes fuerzas de la 15.ª División Panzer, mientras todo el Afrika Korps se sometió a un adiestramiento intensivo para la guerra de posiciones, en la que tanta superioridad habían demostrado los ingleses, mientras que los alemanes fracasaban por falta de perspicacia. Sin embargo, la destitución de Streich, el jefe de la 5.ª Ligera, y su reemplazo por el general Kirchheim, no produjo ningún cambio esencial en el método de mando, porque el que dominaba y el que dirigía en todos los niveles era Rommel.

El 29 de abril se efectuó un bombardeo concentrado aéreo y artillero sobre el sector elegido para el asalto, alertando a los australianos, que de todas formas, podían observar al Afrika Korps y a «Ariete» formando en su zona de reunión. Así, cuanso se inició el ataque el día 30, el encuentro fue más enconado que nunca; ambos bandos se vieron mezclados en un torbellino de polvo que no les permitía darse completa cuenta de lo que sucedía en el punto de choque. No obstante, volvieron a evidenciarse las deficiencias del Afrika Korps, ya que la importancia dada al adiestramiento para la guerra de posiciones les indujo a efectuar costosos ataques contra todos y cada uno de los puestos australianos que continuaban resistiendo. Así, en vez de sacar el máximo partido de la inicial penetración en profundidad, el ataque se vio confinado al perímetro del campo de minas, desperdiciándose su empuje en numerosos combates aislados. Cuando al fin los blindados intentaron abrir brecha en las proximidades de Ras el Medauar, se encontraron frente a los carros blindados ingleses. Ambas partes sufrieron bajas y la penetración quedó cortada. El 1 de mayo se reanudó el ataque, pero la obstinada defensa y el profuso bombardeo artillero impidieron que se lograsen avances de importancia. Además, los furiosos contraataques australianosl acabaron por convencer a Rommel—y, sobre todo, a Paulus—de que en aquellos momentos el Eje carecía de la fortaleza necesaria para tomar Tobruk.

De la carta que Rommel escribió a su esposa el 6 de mayo se desprende una ominosa sensación de derrota. Habla de la escasez de agua en Tobruk, y se queja de los efectos del calor, del viento del desierto y de su propia sed abrasadora (lo que evidencia las penalidades de muchos de sus hombres). Paulus recomendó a Halder, con la aprobación de Rommel y del mando italiano, que se hiciera un alto. Halder se quejaba de que «Rommel ha provocado una situación para la que nuestra capacidad actual de abastecimiento es insuficiente». Pero una de las cosas que los ingleses no estaban dispuestos a conceder al Afrika Korps era un momento de respiro.

La serie de éxitos ingleses en el Mediterráneo había culminado el 28 de marzo con la batalla de Matapán. La evacuación de Grecia había hecho poco para fortificar a Egipto, ya que todo el material que se pudo salvar se envió a Creta. No obstante, unos pocos carros pudieron ser sacados a duras penas de los depósitos y los talleres de reparación y ser enviados a la frontera de la Cirenaica. Mientras, el primer ministro británico, Mr. Churchill, envió, bajo su responsabilidad, un convoy cargado de vehículos acorazados y aviones con objeto de reforzar la posición en el Mediterráneo y vigorizar los diezmados ejércitos de Wavell. Pero el convpy llamado «Tiger» no llegaría hasta el 12 de mayo (ocho días antes del ataque aéreo alemán sobre Creta), y en el mejor de los casos sus objetivos no estarían listos para entrar en acción hasta el 7 de junio, e incluso entonces parecía improbable que las tripulaciones de los carros de combate estuvieran convenientemente entrenadas para usar nuevos tipos de vehículos.

El centro de acción: Tobruk desde el aire.

Wavell no podía esperar tanto. Sabía que una nueva división panzer, la 15.ª, llegaría al desierto antes que los integrantes del convoy «Tiger». En todo caso, Wavell suponía que la posición alemana en Halfaya era débil y sabiendo que sus fuerzas acorazadas permanecían todavía en las proximidades de Tobruk, calculó que Halfaya podía ser rebasada y Tobruk relevada (lo cual era mucho esperar). Operaciones de este estilo, efectuadas por fuerzas poco potentes (y el general Gott sólo disponía de 29 carros cruceros y 26 carros pesados Matilda para apoyar al equivaleute de dos brigadas de infantería) dependen ante todo de la sorpresa. Desgraciadamente para él, la Operación «Brevity»—el ataque de Wavell—no disfrutó de esta ventaja esencial.

Mucho antes de que se disparase el primer tiro del ataque, el 15 de mayo, Rommel interpretó como un aviso un comunicado de la agencia Reuter Press que decía que todas las tropas alemanas habían sido expulsadas de Egipto. En seguida destinó un batallón extra de panzer para reforzar la frontera cuando tuviera lugar el ataque inglés, aunque esto no evitó la destrucción de casi todo el grupo de von Herff.

Según Rommel había experimentado ya en Francia, los Matilda se demostraron casi totalmente inmunes al fuego artillero, abriéndose paso fácilmente por Halfaya y Sollum, hasta llegar a Fort Capuzzo, fulminando una compañía del 15.º Batallón de Infantería Ligera motorizada y los contingentes de infantería y artillería italianos que pretendían bloquear el camino. En Capuzzo, un batallón de infantería británico penetró en el fuerte y fue rechazado por un violento contraataque de las fuerzas blindadas de Herff, contraataque que a su vez fue sorprendido en su retaguardia por los Matilda. Estos encuentros de carros marcaron una nueva pauta ya que las dotaciones de los blindados alemanes vieron con enorme consternación que sus disparos no conseguían inutilizar a los Matilda, mientras que frecuentemente los proyectiles de dos libras de estos últimos, lograban perforar con facilidad los blindajes de los carros alemanes. En consecuencia, a partir de ese momento, las dotaciones del Afrika Korps se mostraron esquivas, y muchas veces los ingleses tuvieron ciertas dificultades en conseguir que sus desgastados vehículos permanecieran en funcionamiento durante el tiempo suficiente para lograr tener a tiro a un enemigo que, con frecuencia, eludía la acción.

Mientras tanto, el refuerzo de panzers de refreseo procedente del Tobruk, se aproximaba a loa carros cruceros ingleses, los cuales, habiéndose desviado previamente por las orillas del desierto, se habían establecido ya en Sidi Azaiz. Para escapar de entre los ingleses que

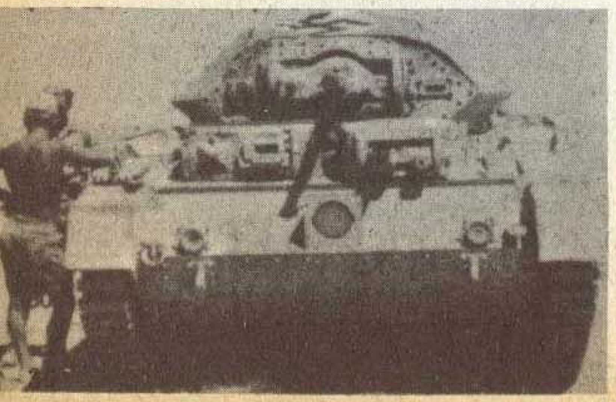
Izquierda: **Derrota: el conductor de un carro Matilda inglés se rinde a punta de pistola.** Arriba: **Tensión: La infantería del Afrika Korps atrincherada.** Izquierda: **Abastecimiento de neumáticos.** Abajo: **Abastecimiento: Agua, esencial para beber, un lujo para lavarse.**

Los desechos de la victoria: Carros Matilda inutilizados.

estaban en Capuzzo y Sidi Azaiz, von Herff también se desplazó para unirse a los refuerzos, ignorando que el jefe, Gott, había ordenado a los carros cruceros que se retiraran por la noche de Sidi Azaiz, temiendo que fueran destruidos por los sitiadores de Tobruk, los dos bandos pasaron sin detectarse en direcciones opuestas en la oscuridad, y al día siguiente ante su mutua sorpresa, encontraron vacío el campo de batalla. Y precisamente en aquel momento, cuando los panzers de Tobruk llegaron a Sidi Azaiz, se les acabó el combustible.

Para los ingleses, la única ganancia territorial de la Operación «Breviry» fue el paso de Halfaya. La potencia de la reacción enemiga les había sorprendido: no llegarían a saber hasta qué punto estaban cansadas las tripulaciones de carros del Afrika Korps, ni la cuantía de las pérdidas del 15.º Batallón motorizado. Pero deberían haber adivinado lo importante que era Halfaya para Rommel, y sin duda podrían haber hecho mucho más para guarnecer el área y proteger sus flancos. Rommel creía en efecto, que sin tener Halfaya, el mantenimiento de sus posiciones en torno, Tobruk estaba en el aire. El paso tenía

El botín de la victoria: Un Crusader, capturado que el Afrika Korps utilizará.



que ser recuperado en seguida y mantenida luego su posesión de modo permanente.

En realidad, en estos momentos el poder de Rommel excedía al de los ingleses, cuyos nuevos blindados aún estaban sin armar en los talleres del delta o funcionaban en manos de tripulaciones novatas. El ataque de Rommel, rápido y poderoso, que tuvo lugar en la parte superior del paso de Halfaya y alrededor de su flanco el 27 de mayo, inmovilizó a la guarnición inglesa y no dio a los nuevos Matilda ninguna posibilidad de maniobra contra una fuerza tan abrumadora. Complacido por la toma del paso, la destrucción de la mitad de sus defensores y cierta cantidad de material italiano recuperado, Rommel ordenó su total fortificación, destinando a este propósito varios cañones italianos, e inspeccionó personalmente su perfecta ejecución.

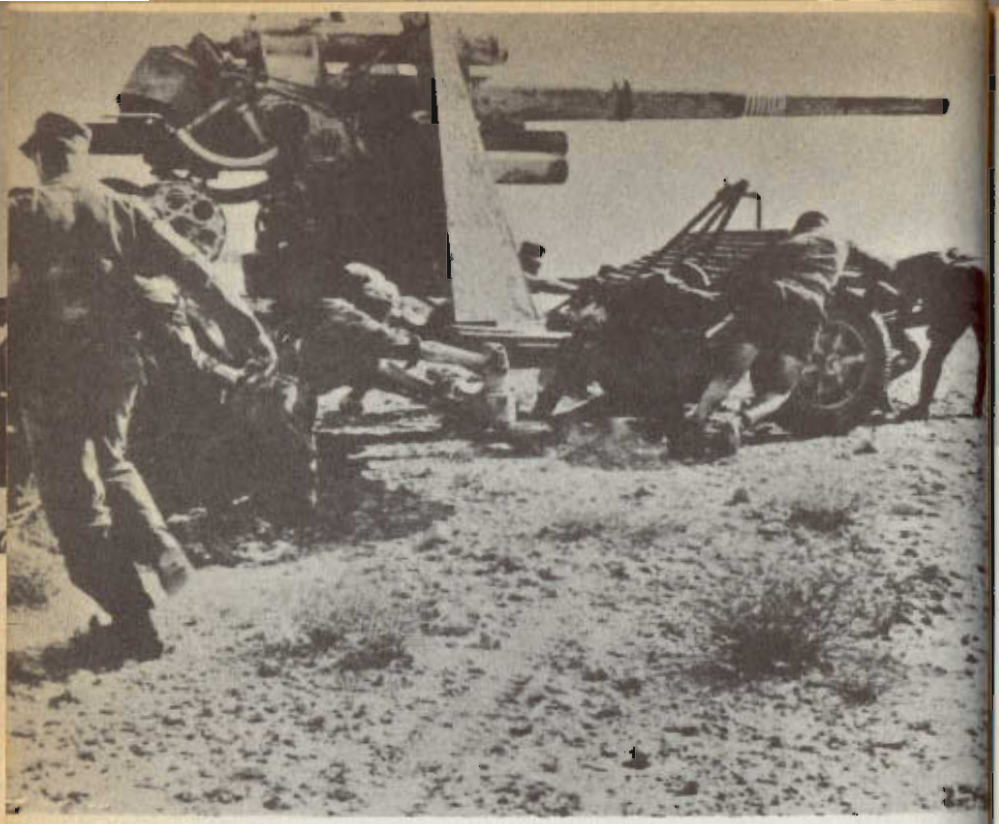
Y precisamente entonces, recibió un mensaje sorprendente del general Gariboldi, informándole de que sólo los italianos estaban autorizados para utilizar material italiano, por lo que rogaba a los alemanes que se atuvieran a tal orden. Rommel comentó con acritud el descuido con que hasta entonces habían tratado sus aliados este mismo material y dijo simplemente «No iba a consentir que se me despojara», mientras que Halder observó hoscamente que «Africa era un problema de equipo y provisiones».

Así finalizó una fase de la lucha en Africa, y todas las operaciones futuras tendrían que partir de nuevas premisas. Los intentos ingleses de consolidar la posición de Tobruk, habían demostrado ser totalmente efectivos, las reservas de material, suministros y mano de obra continuaban aumentando noche tras noche a pesar del acoso continuo de las fuerzas aéreas y terrestres del Eje. La barrera antiaérea se amplió y al mismo tiempo las tropas de la guarnición extendieron los atrincheramientos, alambradas y los campos de minas, y tomaron la decisión de asumir la inciativa de la lucha en cuanto fuera posible.

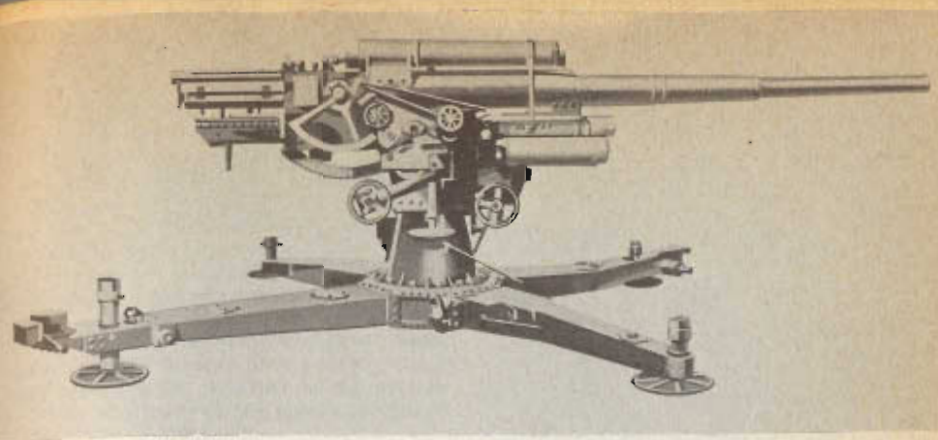
Rommel estableció una barrera alrededor del perímetro de Tobruk y sobre la cercana frontera egipcia, para reorganizar sus crecientes fuerzas y reabastecer sus famélicos depósitos. No deseaba por el momento realizar más operaciones de gran envergadura porque, más de una vez, la escasez de combustible había inmovilizado prácticamente sus fuerzas acorazadas.

Pero al menos, Rommel y sus alemanes luchaban a sabiendas que en su patria eran héroes, los niños mimados de un ministerio de propaganda, e incluso los italianos vivían a la sombra de una gloria que les alcanzaba de rechazo, omitiendo a veces con desenvoltura menciones al mando alemán que les había devuelto sus anteriores fronteras. Sin embargo, el ejército del desierto del general Wavell, a pesar de sus triunfos de aquel año, era visto por el público con cierta incertidumbre. Es posible, pensaban los entendidos, que la ante-

Arriba: **Paso de Halfaya: el Eje se fortifica. Las rocas del Paso de Halfaya.**



Arriba y abajo: **Un cañón de 88 mm. entrando en acción** Abajo derecha: **¡Fuego! Adviértase el polvo y el observador del flanco indicando si el tiro ha sido corto o largo.**



Cañón Flak de 18-88 mm.

Diseñado como cañón antiaéreo, la importancia del 88 como arma antitanque fue advertida y utilizada mucho antes de su aparición con el Afrika Korps en el desierto. Aunque podía acabar con cualquier carro inglés a larga distancia, su característica silueta y las restricciones inherentes a su protección, unidas a la imposibilidad de su utilización inmediata, hacían imperativo que se utilizasen posiciones preparadas, de ser posible, antes de iniciarse la acción. El 88 fue la obsesión de las tripulaciones de carros aliadas durante toda la guerra. Para Rommel, fue la base de sus recursos anticarro. Dotación: **6 hombres.** Velocidad de tiro: **Hasta 20 disparos por minuto.**

rior victoria sobre los italianos no tuvieran la importancia que se le dio, y que el dominio de Tobruk no representara más que otra dilación defensiva, un Dunkerque salvado a medias. ¿Cuándo sería capaz un ejército inglés de derrotar a uno alemán en combate abierto?

Mr. Churchill hizo esta misma pregunta a Wavell, que no se mostró demasiado dispuesto a efectuar la prueba en un futuro inmediato aunque su fuerza de blindados se había visto incrementada recientemente con 238 «Tiger Cubs» (cachorros de tigre) como los había llamado Churchill en un momento de orgullo paternal. Habiendo decidido que el riesgo de enviar los «cachorros» por el Mediterráneo justificaba una acción instantánea, el ministro exigió que participasen en una batalla de importancia, y Wavell ya no tenía ánimos para negárselo, quizá porque sabía que el primer ministro confiaba cada vez menos en us dotes de general.

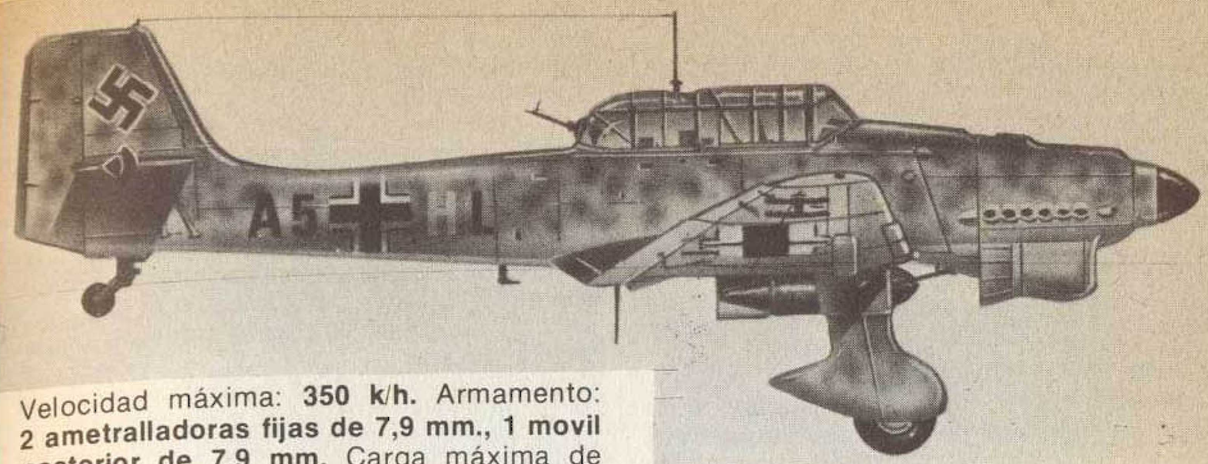
En realidad, la ejecutoria militar de los alemanes superaba a la de los ingleses en casi todo, excepto quizá en valor y experiencia del

Izquierda y Derecha: **Junkers Ju 87 «Stuka». Este monomotor para bombardeo en picado constituía el equipo standar de la Luftwaffe y prestó apoyo al Afrika Korps en casi todas sus compañas. Sus precisos ataques contra los transportes marítimos ingleses constituían siempre una ayuda indirecta para las fuerzas de tierra alemanas. En tierra su impacto sobre la moral no siempre era equivalente a los daños físicos. Sin embargo, como arma de apoyo inmediato el Ju 87 contribuyó grandemente a complementar la potencia de la artillería pesada. Era muy vulnerable a los cazas enemigos.**

desierto. En cuanto a técnica militar y dotes de mando, los alemanes tenían su propia y buena estrategia, su labor de combinaciones de fuerza de b,indados con cañones e infantería, compensaba el celo de sus mandos que veían y aprovechaban las oportunidades sin dudar. En cuanto a calidad y cantidad de equipo, la ventaja en junio de 1941 se inclinaba hacia los ingleses que disponían de 200 blindados contra 170 alemanes. Los Matilda superaban todavía a los PzKw III y IV en todo, excepto en velocidad, pero el nuevo Crusader que llegó en el convoy *Tiger* no tenía mejores cañones que el Matilda, y perdía todas las ventajas que le proporcionaba su rendimiento superior campo a través, a causa de su defectuoso funcionamiento.

Por desgracia para los ingleses, los alemanes habían aprendido a armonizar los esfuerzos de todas las armas. La Luftwaffe volaba a petición de las fuerzas de tierra y sabía el modo de encontrar y atacar objetivos cecanos al frente de batalla; los cañones antitanque formaban barreras detrás de las cuales esperaban las fuerzas acorazadas para arrojarse sobre cualquier agresor que hubiera perdido su cohesión bajo el fuego de los cañones. Los alemanes luchaban como grupos de combate homogéneos dentro de una trama bien urdida, mientras que los ingleses se inclinaban a operar como entidades separadas de infantería y fuerzas acorazadas, llegando sólo a la cooperación tras largas deliberaciones. Además el punto más cercano al frente donde se unían las comunicaciones de los mandos británicos de aire y tierra, estaba situado en el cuartel general de XIII Cuero que mandaba el teniente general Beresford-Peirse, absolutamente desconectado de los detalles reales del combate, en el que sólo las fuerzas aéreas podían prestar una ayuda efectiva a los elementos de tierra. En resumen, los alemanes eran profesionales y los británicos se portaban como aficionados.

Desde el cuartel general de Rommel, la evolución del ataque de Wavell —Operación «Battleaxe»— no representaba ninguna sor-



Velocidad máxima: **350 k/h.** Armamento: **2 ametralladoras fijas de 7,9 mm., 1 movil posterior de 7,9 mm.** Carga máxima de bombas: **1 bomba de 500 kg., 4 de 50 kgs.** Tripulación: **2 hombres.**

presa a mediados de junio. Pero esto no quiere decir que fuera bien recibida, ya que las existencias de gasolina eran muy escasas y no permitían contraataques tácticos de tipo expansivo. Por esa razón, Rommel planeó su defensa con cuidado y precisión desusados, aunque quizá esto se debiera también a que se sentía atemorizado a causa de sus continuas desavenencias con el jefe de la Wehrmacht, Brauchitsh, que se había quejado del tono de sus informes. Halfaya se había convertido ya en una posición casi inexpugnable. Su centro de resistencia era una batería de cañones antiaéreos de 88 mm. camuflados entre las rocas para ser usados como armas antitanque. Esta barrera defensiva de extendía también hacia el interior a lo largo del macizo de Hafid, haciendo más difícil para las fuerzas acorazadas inglesas llegar hasta Sidi Azaiz dando un rodeo, como hicieron durante la Operación «Brevity». Escalonada hacia atrás en gran profundidad, la división italiana «Trento» sostenía la zona Sollum-Capuzzo-Bardia, situada toda ella bajo el mando de la 15.ª División Panzer, cuyo 8.º Regimiento de dos batallones de carros (80 vehículos en total), se encontraba en reserva entre Capuzzo y Bardia. La 5.ª División Ligera, como reserva general y disfrutando de un merecido descanso, esperaba cerca de Tobruk.

Los reconocimientos aéreos y los comunicados de radio intervenidos, indicaron pronto la presencia de dos divisiones inglesas en el área fronteriza, mientras que el creciente tráfico por ferrocarril hacia Matruh y el tenor de los mensajes radiados, daban suficiente información a Rommel sobre la fecha exacta del ataque: el 15 de junio. A las 21,02 horas del 14, alertó a todo su frente y luego esperó. De madrugada se detectaron tres columnas inglesas en marcha, una por la carretera de la costa, como si intentara subir al escarpe; la segunda por la parte superior del escarpe se dirigía a la parte más protegida del nido de 88 mm. mientras que desde el borde del desierto, carros cruceros ligeros levantaban densas nubes de polvo a su avance. Pero aquí terminaba todo parecido con «Brevity».

En la costa, los defensores advirtieron con satisfacción, que sus recién instalados campos de minas volaban las orugas de los Matilda que avanzaban, haciendo que la 4.ª División India quedara sin protección, a tiro, primero de la artillería y luego al seguir adelante, de las ametralladoras. Las cosas estaban resultando casi demasiado fáciles. Y en lo alto del escarpe, las dificultades no fueron mayores. Los Matilda avanzaron lentamente por el terreno abierto, seguidos por la infantería, pero sin contar con el más mínimo fuego artillero que hostigase a los tiradores alemanes, ya que la batería de apoyo inglesa había quedado atascada en la arena durante su traslado. Los 88 abrieron fuego, destrozando a los Matilda uno por uno, y la infantería alemana que aguardaba, vio como las tropas inglesas se esfumaban para no reaparecer.

Pero en el flanco extremo del desierto, los artilleros antitanque alemanes del macizo de Hafid no dominaban por completo la situación, sino que, atrincherados en huecos, tenían que esperar la carga de los rápidos carros crucero de la 7.ª División Acorazada, y meterse en estrechísimas trincheras cuando nada podía impedir el avance inglés. En este lugar, ambos bandos practicaban la lucha sin someterse a reglas: los artilleros disparaban a la mayor distancia posible, eliminando a los carros ingleses uno a uno hasta que la línea de tiro se hacía demasiado corta, mientras que los ingleses disparaban a los cañones con fuego de ametralladoras (por falta de algo más destructivo, ya que su artillería, al principio, estaba muy rezagada y fuera de tiro), y corriendo descabelladamente tras ellos. El macizo de Hafid fue defendido durante todo el día. Los artilleros alemanes se mantenían tenazmente junto a sus cañones, ganando tiempo a fin de que el 5.º Regimiento Panzer pudiera llegar desde Tobruk vía Sidi Azaiz, y entrar en combate durante las últimas horas de luz diurna.

En el centro del macizo tampoco salierron muy bien librados los artilleros alemanes, ya que un avance masivo de los Matilda, apoyado por la artillería y la infantería actuando

al fin en conjunto tras un desastroso ataque anterior carente de coordinación, logró dominar la posición. La visión de los blindados enemigos en llamas y los alentadores informes radiados, actuaron como un tónico para el 8.º Regimiento Panzer que llegaba desde Badia con objeto de rescatar a los artilleros antitanque. Con suerte podrían llegar en el momento psicológico exacto de la retirada del enemigo. Sin embargo, en su avance se encontraron con un gravísimo problema: un regimiento completo de Matilda rodeó su flanco, y eludiendo la barrera de cañones antitanque, se apoderó de Capuzzo. Horrorizado ante la posibilidad de que Bardia sucumbiera también, y desorientado aún más por un erróneo cálculo de la fuerza inglesa de carros que hizo que 30 Matildas se convirtieran en 300 (error común entre los que en momentos de crisis buscan escapatorias fáciles), el 8.º Panzer dio media vuelta y regresó hacia Bardia.

Al caer la tarde Rommel asumió el mando. La posición inglesa estaba ya clara en su mapa gracias al generoso uso que los británicos habían hecho de mensajes radiados sin codificar. Un arriesgado plan se le vino a la cabeza. La 5.ª Ligera avanzaría, formando la primera un gran arco, iría a Sidi Suleiman vía Sidi Omar, y el segundo trazaría un círculo más pequeño alrededor de Capuzzo para inmovilizar a las principales fuerzas enemigas de aquella zona. Lo genial de este plan radicaba en la súbita concentración de ambas divisiones «... en un foco, a fin de asestar al enemigo un golpe inesperado en su lugar más sensible». Mejor aún, encontraría a los ingleses con sus fuerzas acorazadas dispersas, mientras ayudaban a limpiar el terreno que ya para entonces habría sido tomado por la infantería alemana; si todo salía bien, se podría conseguir envolver por completo al enemigo, aplastándole contra las victoriosas defensas de Halfaya.

Al amanecer empezó la marcha vigilada desde prudente distancia por algunos tímidos blindados ingleses. Al principio, lo que quedaba de las fuerzas inglesas continuó batiendo con artilkería a Sollum y el macizo de Hfid, enzarzándose allí en una cruenta batalla con el 8.º Panzaer que iba hacia el Sur. Pero esta vez fueron los alemanes quines se encontraron en una posición nada envidiable al cruzar el abierto terreno del desierto a merced de la artillería antitanque y de campaña inglesa, que había llegado por la noche sin ser detectada.

A las 05,00 horas iniciaron el ataque 80 blindados alemanes; a las 10,30 sólo quedaban 30 aptos para la acción y regresaron al lugar de donde habían partido.

Una lucha absolutamente diferente se produjo cuando la 5.ª División Ligera se dirigió al Sur, hacia Sidi Omar. En aquel flanco, las topas móviles de la 7.ª División Acorazada lucharon por una vez como un equipo debidamente integrado de carros y cañones, haciendo perfecto uso del terreno mediante rápidos desplazamientos hasta alcanzar posiciones cubiertas y trabando luego combate con la columna alemana a las distancias que ya conocían como idóneas. Se necesitaban nervios templados y una gran vista, pero había suficientes artilleros ingleses con estas cualidades para hacer que la mañana fuera costosa para el Afrika Korps.

El Afrika Korps normalmente prefería efectuar sus marchas de ataque a poco menos de 24 kilómetros por hora. Teniendo en cuenta que los cañones ingleses de campaña de 25 libras necesitaban unos tres minutos para ponerse en marcha tras una acción, esto significaba que tenían que colocarse en posición frente a los blindados en avance, cuando éstos estaban todavía a 3,5 kilómetros de distancia, so pena de correr el riesgo de ser arrollados. Pero los cañones de dos libras de los carros ingleses sólo eran realmente efectivos a 500 metros, no por falta de potencia, sino porque su puntería fallaba más allá de esa distancia, particularmente por el polvo y los reflejos del desierto: así pues, para tener la certza de un ataque eficaz, las tripulaciones de carros ingleses tenían que esperar con los nervios en tensión hasta que los blindados alemanes se colocasen a tiro de las ametralladoras. Pero tras varias amargas lecciones, los alemanes tendíían cada vez más a mantenrse fuera de tiro; al fin, ambos bandos optaron por abrir fuego a distancias de 900 a 1.300 metros, lo cual resultaba inútil, porque no era probable que ninguno consiguiera una penetración efectiva aunque se las ingenieran para dar en el blanco.

Así, en una sucesión de intermitentes combates y escaramuzas, los británicos se mantuvieron al costado y a la espalda de la 5.ª Ligera en su camino hacia Sidi Omar, en el desierto fueron quedando los restos de los vehículos destrozados en los confrontamientos de ambos bandos. La 5.ª Ligera llegó a su base muy maltrecha. Sin embargo, se recuperó para entrar inmediatamente en acción al siguiente día 17 de junio. Además, Rommel tenía la total certeza ce que su temerario golpe había dado en el blanco, porque la retirada inglesa a compás de su avance y las continuas quejas de la red inglesa de transmisiones y las pérdidas de blindados, confirmaban la superioridad alemana. Redoblando su ataque, Rommel, el día 17 sacó de Cappuzzo los restos del 8.º Regimiento Panzer y los envió al Sur y más tarde al Este, directos hacia Halfaya, paralelamente con la 5.ª División Ligera.

Al principio nada obstaculizó su camino, porque los carros cruceros de la 7.ª División Acorazada (los que aún quedaban) habían vuelto a Egipto para reabastecerse de combustible y municiones, y los Matilda, situados cerca de Capuzzo y Halfaya, con la 4.ª División India, se encontraron con que toda la fuerza acorazada del enemigo, había rebasado sus posiciones y tomado dirección hacia el Sur, y pronto le sería posible cortar la retirada a todos los soldados ingleses situados al Oeste de la frontera. Sin esperar a la autorización de Baresford-Peirse para retirarse, los jefes de la 4.ª División India y de la 7.ª Acorazada, ordenaron a sus formaciones que volvieran atrás a toda velocidad, en la esperanza de que unos cuantos Matilda podrían mantener abierto un paso por el que escapase la infantería y la artillería. Al llegar al cuartel general de Beresford-Peirse pocas horas después de haberse tomado esta decisión, el general Wavell descubrió consternado que «Battleaxe» había fracasado sin que su jefe tuviera ocasión de intervenir. Rommel y su Afrika Korps habían sido demasiado rápidos para él.

Los vehículos e infantería de la 4.ª División India, llegaron en acelerada retirada desde Capuzzo y bajaron atropelladamente por el escarpe, mientras que la 15.ª División Panzer y la 5.ª División Ligera intentaban romper la tenaz resistencia del puñado de Matildas. Pero una vez más el duro blindaje de los carros ingleses les mantuvo a salvo, y la habilidad de los oficiales británicos fue también superior a la de sus adversarios alemanes cuando a éstos les faltó el apoyo de sus cañones del 88. Los contrincantes lucharon durante seis horas, y los alemanes se mantuvieron pegados a los flancos y a la espalda de los ingleses, pero sin conseguir dispersarles ni atraparles.

No parece que Rommel se diese plena cuenta de esta deficiencia de sus regimientos de panzers, porque cuando llegaron a Halfaya por la tarde, tenía la plena convicción de que

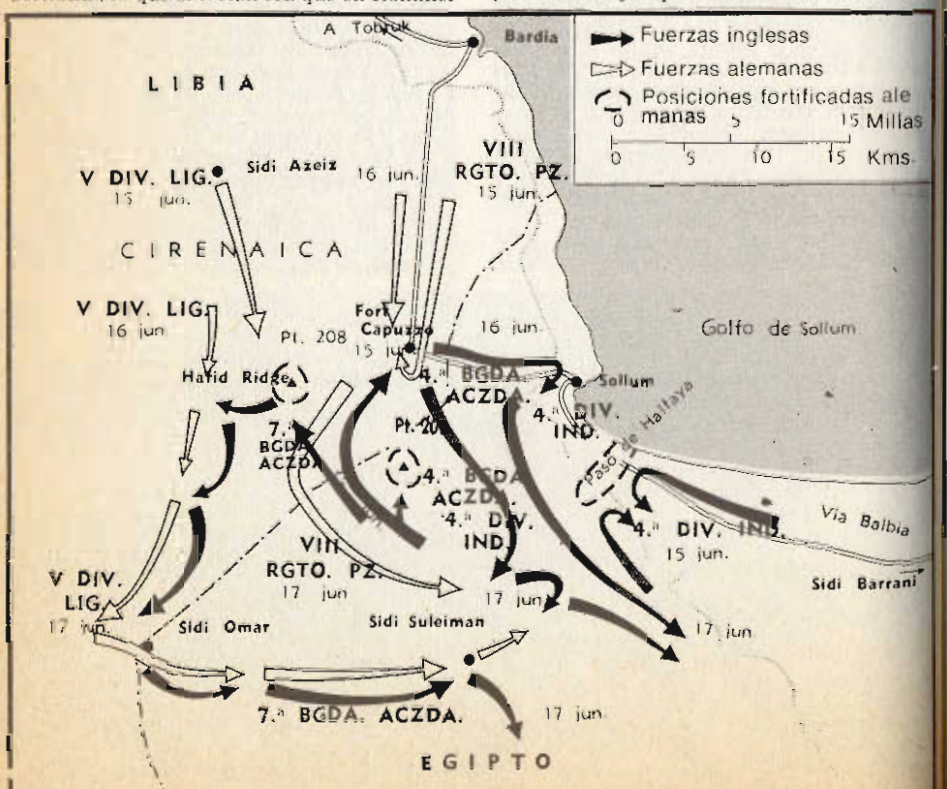
Izquierda: **Un carro de combate del Afrika Korps en descanso. Adviértanse las improvisadas instalaciones domésticas.**
Carros en formación de cuña.

el grueso de los británicos estaba limpiamente bloqueado en el Norte, cerca de Capuzzo, en vez de estar a salvo de regreso en Egipto, en el Sur. No obstante, el Afrika Korps se había apuntado una victoria decisiva, ya que únicamente perdió 25 blindados que quedaron totalmente destruidos contra 87 ingleses (muchos sólo averiados).

De hecho, «Battleaxe», marcó un momento crucial en la guerra del desierto: verdaderamente, precedió en menos de una semana al momento crucial básico de toda la guerra, la invasión alemana de Rusia el 22 de junio. Pero en su contexto local más reducido, el Afrika Korps hizo mucho más que derrotar a una fuerza inglesa más: alumbró lo que en todo momento había estado en gestación, la leyenda de la invencibilidad de Rommel, que quedó grabada en las mentes de los militares ingleses. Este concepto se confirmó cuando tanto Wavell como Beresford-Peirse, así como el jefe de la 7.ª División Acorazada fueron destituidos de sus puestos poco después de la batalla. Tras «Battleaxe», ingleses y alemanes por igual, sintieron un enorme respeto hacia el general alemán, y si bien los componentes del Afrika Korps apenas podían sentirse superiores en equipo a los ingleses (el castigo que los Matilda les infligieron no se lo permitía), lo que sí creían era que en Rommel tenían un triunfo que, en sí mismo, valía más que toda una división.

En gran medida la guerra es un conflicto de psicología y confianza, y los británicos habían visto cómo dos de sus sus equipos de mando eran inutilizados por un solo hombre en cuestión de semanas. Los que participaron en la lucha sabían también que les habían superado en estrategia, y algunos conocían la razón. Sin embargo, los nuevos mandos llegados sucesivamente a la lucha, no tuvieron tiempo de aprender la lección de que la guerra móvil es un juego de nervios que gana el que sabe calcular los riesgos y conoce algunas leyes fundamentales. Una de esas leyes es que aunque la calidad relativa del equipo tiene un gran valor, la forma en que se emplee es mucho más importante. Otra, que las fuerzas acorazadas deben usarse concentradas y en conjunción con la artillería y los cañones antitanque, y que en el desierto, la infantería por sí sola no es más que un peón insignificante. Los ingleses eran fundamentalmente soldados de infantería que en 1941 pensaban y luchaban según unos rígidos esquemas lineales.

Rommel, debido a su continuada permanencia en el mando, tuvo oportunidad de enseñar las lecciones aprendidas a las nuevas remesas de mandos que llegaban para cubrir las profundas bajas que sufría su alto estado ma-



«Battleaxe». La última ofensiva de Wavell en el desierto es un fracaso en la frontera.

El desierto.

yor. Ahora conocía sobradamente la mejor forma de combinar sus blindados con la artillería, teniendo siempre a su barrera de cañones antitanque como eje sobre el cual maniobrase su fuerza acorazada. También sabía por experiencia lo costosa que podría resultar la escasez de suministros, aunque nunca permitía que tal escasez estropeara un plan táctico posible, aún a costa de condicionar toda su estrategia básica.

En consecuencia, reflexionaba mucho, aunque sin demasiada precisión, sobre las ventajas combativas de los carros ingleses. A este respecto él no era técnico «pocos mandos podían serlo en un campo tan especializado», y además, en aquella época ciertos cambios fundamentales empezaban a complicar grandemente la tecnología de los blindados. En el umbral de la campaña de Rusia, los carros estaban a punto de sufrir un rápido aumento en el peso de sus blindajes, y en el calibre de su artillería. Al estallar la guerra, la mayoría de los carros ingleses iban armados con un cañón de dos libras (40 mm.) cuyos proyectiles podían perforar fácilmente los blindajes de 30 mm. de los carros PzKw III y IV alemanes a distancias hasta de 1.000 metros.

Sin embargo, los cañones alemanes de 37 ó 50 mm. del PzKw IV no eran tan eficaces como ya hemos visto, contra el grueso blindaje de 80 mm. de los Matilda, ni siquiera contra el de 40 mm. de los carros cruceros. Pero Rommel había aprendido esa lección en 1940, y un año más tarde empezaron a aparecer cañones antitanque alemanes más poderosos, primero en emplazamientos de tierra, y luego en las torretas de sus blindados. Desde entonces, y poco después de «Battleaxe», empezaron a llegar al desierto los grande cañones de 50 mm. con emplazamientos en tierra Automáticamente, la distancia a que los encuentros que producían aumentó —facilitando

ésto la superior calidad de las miras ópticas alemanas— y luego en marzo de 1942, salió a relucir un hecho relacionado con el aumento en grosor de los blindajes alemanes de superficie endurecida. A distancias muy cortas, los proyectiles de dos libras perforaban con facilidad las defensas del PzKw IV, pero entre los 300 y los 1.000 metros se advirtió que los proyectiles se fragmentaban, aunque a partir de los 1.100 se conseguían ocasionales perforaciones que ya no volvían a producirse rebasados los 1.600 metros. Tales cifras variaban según los ángulos de tiro, y oscilaban aún más con el aumento del grosor de los blindajes.

Así pues, los alemanes, en 1941, empezaron a adelantarse en tecnología, mientras los ingleses se mantenían casi en un punto muerto, porque, después de Dunkerque, se cortó el desarrollo de nuevas armas a fin de que la industria pudiera dedicarse plenamente a la producción de todo lo necesario para cubrir las enormes pérdidas de Francia. Este desfase en la calidad nunca se equilibró y hasta el fin de la guerra del desierto, entorpeció a las formaciones acorazadas británicas, y por consiguiente, a todo el ejército. Esto ayudó a recobrar la confianza a las dotaciones del Afrika Korps, cuya moral había sido muy minada durante «Battleaxe». Pero en la siguiente batalla en el desierto la desgana del ejército acorazado alemán para buscar batalla con su contrincante inglés iba a ser un factor crítico.

El precio de la derrota: Prisioneros ingleses heridos.

El vencedor.

Crusader: batalla de desgaste

Un PzKw II irreparable. Un Stuart inglés pasa de largo mientras un operador de transmisiones verifica las líneas.

Durante los meses de verano y otoño, ambos ejércitos del desierto se dedicaron a reorganizarse. El general Auchinleck tomó el relevo de Wavell y la Fuerza británica Occidental del desierto (o el XIII Corps como se la denominaba últimamente) se convirtió en el Octavo Ejército al mando del general Cunningham. Estaba formado por dos Cuerpos, el XIII y el XXX. En la base de Suez desembarcaron cantidad de hombres y material transportados desde Inglaterra y Estados Unidos, vía cabo de Buena Esperanza, y la moral inglesa aumentó ante esta demostración de buena voluntad y apoyo absoluto. Rommel no recibió refuerzos de esa importancia ni recibió el menor estímulo de un Alto Mando, pendiente del enorme conflicto de Rusia y que no tenía deseos de convertir Africa en un avispero.

Por supuesto, los alemanes también recibieron nuevos abastecimientos —algunos de ellos de gran importancia—, y Rommel mismo fue ascendido. La 5.ª Ligera fue elevada de categoría y convertida en la 21.ª División Panzer. Se reagrupó a determinado número de unidades especiales, dándoseles el nombre de 90.ª División Ligera, fuerte en potencia de fuego e infantería motorizada, pero carente por completo de blindados. Pero básicamente, el Afrika Korps continuó siendo el mismo: un cuerpo acorazado compuesto de dos divisiones de panzer y que sólo ocasionalmente ausmía el mando de otras formaciones.

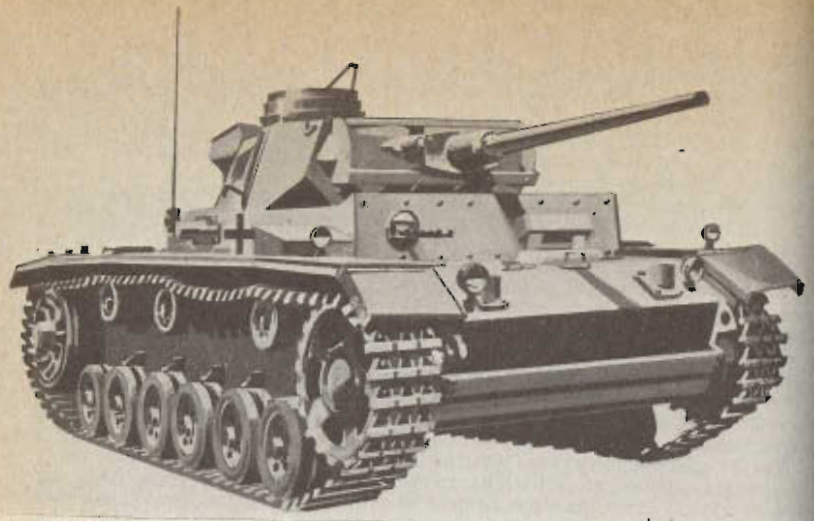
Junto a los contingentes alemanes, formaban dos divisiones italianas, la acorazada «Ariete» y la motorizada «Trieste», encuadradas dentro del XX Cuerpo Motorizado, más cuatro divisiones de infantería. Pero el mando de toda la fuerza del Eje en el desierto, ahora llamada Grupo Panzer Afrika, correspondía entonces a Rommel, mientras que el Afrika Korps en sí, pasaba a manos del teniente general Crueweli. Al fin Rommel podría poner en práctica oficialmente lo que en las primera batallas se debió a la necesidad y la impaciencia diplomática, es decir, emplazar compañías del Afrika Korps entre los italianos para que actuaran como guías, con oficiales alemanes dispuestos a dirigir a los soldados italianos, los cuales eran maleables, valientes a menudo y con frecuencia, dispuestos a colaborar.

Sin embargo, la organización alemana conservaba una rígida estructura que la hacía fallar cuando efectuaba reconocimientos o incursiones. Así mientras que los ingleses tenían siempre bajo estrecha vigilancia, y a veces incluso a tiro al Afrika Korps, en las zonas de retaguardia, el reconocimiento alemán tuvo como única manifestación una mal dirigida incursión de la 21.ª División Panzer hacia Sofafi, a mediados de septiembre. No se trató de ninguna acción fulgurante, ya que el grupo de ataque constaba de vehículos, carros de combate, artillería e infantería con apoyo aéreo, e iba mandado por el general von Ravenstein, jefe de la división, y acompañado por el propio Rommel. Desgraciadamente para ellos, no dieron con los principales depósitos ingleses de las zonas avanzadas y tuvieron que retirarse apresuradamente hacia Capuzzo, víctimas del fuego aéreo y perseguidos por las fuerzas móviles inglesas.

Sin embargo, esta única incursión convenció a Rommel de que los ingleses no proyectaban operaciones ofensivas inmediatas contra él, ya que no se habían encontrado depósitos de suministros. Así, con esta falsa certidumbre, volvió a Tobruk y reforzó más las fortificaciones de Halfaya. Sin embargo, continuaba temiendo que la acumulación de fuerzas inglesas en el desierto, por su simple peso, pudieran acabar derrotándole. Preocupado por el incesante bombardeo de sus líneas de abastecimiento, y temeroso de que la marina italiana no pudiera mantener siquiera su propia fuerza, y no digamos incrementarla, Rommel luchó con tesón para que le permitieran tomar la iniciativa, y al fin lo consiguió. Tobruk sería atacado a fines de noviembre por dos divisiones italianas, más la 90.ª Ligera y la 15.ª Panzer, mientras que el resto del Grupo Panzer se quedaría de guardia contra la intervención inglesa desde Egipto.

Pero el general Auchinleck se le anticipó. En efecto, los preparativos ingleses para librar Tobruk, estaban ya muy avanzados en septiembre cuando se efectuó la incursión de Sofafi. No obstante, hay un triunfo implícito al Afrika Korps en el mismo objetivo y desarrollo del plan de Auchinleck y en su ejecución por Cunningham. Porque el XXX Cuerpo, la principal fuerza acorazada inglesa, tenía que avanzar en círculos desde el Sur con la misión de buscar y destruir las fuerzas acorazadas alemanas, dejando que el XIII Cuerpo aislara el área Halfaya-Sollum y avanzase impetuosamente, con la infantería y los carros pesados, para unirse a la batalla central cerca de Tobruk. Así, el Afrika Korps se convirtió en el punto focal de la atención inglesa, adoptando inconscientemente la estrategia ideal al permanecer en plena concentración mientras los ingleses, como batidores, recorrían el desierto en tres grupos separados.

Como las fuerzas acorazadas dominaban en el desierto, aún cuando los cañones antitanque abatían los blindados contrarios y causaban más bajas que cuando los blindados luchaban entre sí, su presencia equivalía a la de una flota naval en un puerto o en el mar. De aquí que el resultado de una batalla entre fuerzas acorazadas dependiese de la capacidad de los contendientes para mantener sus blindados a punto, de ahí que asumiese una función de primera importancia el mantenimeiento, recuperación y reparación de los vehículos averiados. A diferencia de una batalla naval, en la que los derrotados se habían hundido sin dejar rastro, una victoria en tierra dejaba el campo de batalla en posesión de los vencedores, dándoles ocasión de recuperar su propio



PzKw III con cañón L/60 de 50 mm.
Junto con el PzKw, IV este blindado constituía la fuerza de ataque principal del Afrika Korps. Dotado inicialmente de un cañón de 37 mm., recibió sucesivas mejoras cuyo resultado final fue el aquí reproducido. Los proyectiles del cañón L/60 alcanzaban velocidades de hasta 1.000 metros por segundo, utilizando un proyectil especial que le permitía alcanzar con éxito a los carros ingleses a más de un kilómetro de distancia. Peso: **20 toneladas.** Velocidad: **40 k/h.** Blindaje (máximo): **60 mm.** Tripulación: **5 hombres.** Armamento: **1 cañón de 50 mm.; 2 ametralladoras de 7,9 mm.**

equipo averiado y de destruir o apresar el del enemigo.

En aquellos momentos, ésto adquirió una importancia sin precedentes hasta entonces, ya que, dado que las pérdidas por desgaste del material producían a las fuerzas blindadas tanta merma como la destrucción por acciones enemigas, el que los equipos de recuperación comenzaran a operar en cuanto la batalla hubiese terminado, se convirtió en una ventaja crucial táctica. Y en este tipo de maniobra los alemanes eran superiores a los ingleses.

Además, en el desierto, la infantería sin motorizar era presa fácil de las agrupaciones de carros más insignificantes. Debido a ello, los ingleses, que creían fervientemente en la tradicional omnipotencia de la infantería, se vieron obligados a destinar la cuarta parte de sus 756 carros (Matilda y Valentine en su mayor parte), al XIII Cuerpo de infantería pesada para darle protección, mientras que el resto formaba las tres brigadas acorazadas de caza, con equipo de crucero. Así, las fuerzas acorazadas inglesas luchaban en cuatro grupos, teniendo unos efectivos de poco más de 150 unidades cada uno.

La división italiana «Ariete» contaba con alrededor de 150 carros M 13, vehículos deficientes y anticuados, pero el Afrika Korps poseía 249 blindados, 174 de los cuales eran potentísimos PzKw III y IV. El Grupo Panzer, totalmente concentrado y respaldado por sus recién llegados cañones antitanque de 50 mm. con montura de campaña, podía así lograr una superioridad local sobre cualquier acorazado británico, aunque el Afrika Korps no contaba con reservas materiales, mientras que los ingleses tenían una reserva de carros del 50 por ciento que podían reforzar el frente a razón de 40 unidades diarias. Por tanto, si el Afrika Korps, ayudado por «Ariente» conseguía realizar en el menor tiempo posible una serie de concentraciones decisivas contra cada una de las brigadas inglesas por separado, los ingleses serían totalmente destruidos antes de que su preponderancia material venciera a las menguantes formaciones del Eje.

Reducida a su mínima expresión, la guerra moderna mecanizada sólo consta de uno o dos objetivos que se combinan en una gran meta si la inteligencia y la imaginación se dan cita en el vértice del mando. Puede darse una batalla de aniquilamiento en la que el bombre mata al hombre, la máquina destroza a la máquina, hasta sólo quedar el más fuerte para contemplar un campo lleno de despojos, o puede darse también un golpe dirigido al cerebro o al corazón, que paralice cualquier acción posterior. Los teóricos aspiran siempre a esto último, los pragmáticos se inclinan hacia la primera posibilidad, pero aceptan como una bonificación cualquier cosa que se gane por medio de un golpe psicológico.

Preparados para lo peor. Carros M13 italianos fuertemente protegidos con sacos terreros para compensar su inferior blindaje.

La combinación de ambas posiciones se aproxima más al arte real de la guerra. A veces es un enfoque que emana de un solo cerebro, otras un proceso evolutivo logrado por la interacción de dos o más intelectos. La experiencia y el instinto de Rommel le inclinaban a la práctica de un tratamiento de choque con el fin de paralizar al enemigo psicológicamente. El general Cruewell, imbuido de la necesidad de destruir para ganar, buscaba la victoria material.

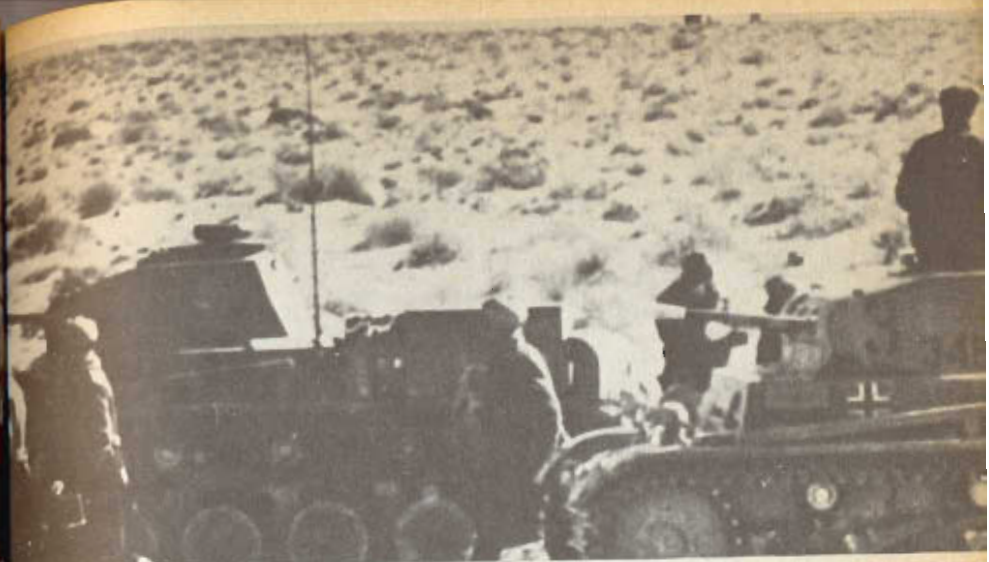
Sin embargo, el intento de los ingleses en su operación «Crusader» planeó asestar un auténtico golpe al cerebro: nada menos que la supresión del mismo Rommel. La noche del 17 de noviembre, un comando de ataque que había desembarcado tres noches antes en la costa desde un submarino atacó la casa de Beda Littoria que albergaba el cuartel general de retaguardia del Grupo Panzer, con la esperanza de matar a Rommel en vísperas de la ofensiva principal. Simultáneamente, otros grupos de incursión se infiltraron desde el desierto en un esfuerzo para destruir los suministros y la aviación del Eje en sus aeropuertos. Pero aunque las incrusiones contra el material tuvieron algún éxito, el atentado contra Rommel fue un rotundo fracaso, ya que el interesado había ido a Roma por vía aérea para asistir a una conferencia y no había vuelto todavía, e incluso en el caso de que hubiera regresado, su destino no habría sido Beda Littoria.

Aquella misma noche, las principales fuerzas inglesas se aproximaron a la frontera en gran número. Sus movimientos a diferencia de «Battleaxe», desafiaron todo intento por descubrirles, no sólo porque la espesa lluvia impedía despegar a la aviación del Eje en vísperas de la ofensiva, sino también porque los reconocimientos del Eje fallaron por completo en su intento de descubrir a los bien camuflados depósitos y concentraciones de tropas. Por esta razón no ocurrió nada importante el 18 de noviembre; las brigadas acorazadas inglesas se desplegaron a ciegas desde Bir el Gubi hasta Didi Omar. Todas tomaron dirección a Tobruk, pendientes del Afrika Korps, que estaba escondido entre Gambut y Sidi Axeiz y no hizo nada, simplemente porque el Grupo Panzer no se enteró hasta aquella tarde del comienzo de la ofensiva.

Rommel abandonó inmediatamente el proyectado ataque a Tobruk regresó para atacar a Cunningham, ordenando que el Afrika Korps esfectuara una penetración de reconocimiento contra los ingleses que avanzaban hacia Gabr Saleh, mientras todo se preparaba para esperar el desarrollo de los acontecimientos. Este instinto de adoptar una acción ofensiva demostró ser afortunadísimo, porque cuando el grupo de batalla del coronel Stephan, de la 21.ª Panzer se enfrentó a la 4.ª Brigada Acorazada inglesa, la colocó en un dilema, ya que dicha formación no sólo protegía el ala derecha del XXX Cuerpo en su avance hacia Tobruk, sino también el ala izquierda de la infantería neozelandesa del XIII, que esperaba la orden de rodear Sidi Omar.

Desde este momento, los alemanes tomaron la iniciativa, alentados por la División «Ariete», que el día 9 mantuvo la posición de Bir el Gubi contra la 22.ª Brigada Acorazada. Sólo la brigada inglesa central, la 7.ª, triunfó claramente al alcanzar Sidi Rezegh, cerca de Tobruck, quedando aislada, pero con posibilidades de ponerse en contacto con la guarnición.

Para Cruewell, en el cuartel general del Afrika Korps, la situación en cercanías de



Sidi Azaiz, el día 19, era motivo de preocupación. Carros ligeros ingleses Stuart se habían precipitado a través de Trihg Capuzzo y cercado el 3.er Batallón de Reconocimiento, y las llamadas de ayuda de su comandante hicieron creer a Cruewell que el grueso de las fuerzas inglesas se encontraba por el Este. Debido a ello, el día 20 movilizó a todo el Afrika Korps hacia el Este, alejándolo del centro de la acción. Además, llegada la media tarde, los carros quedaron inmovilizados por falta de conbustible. La falta de una información exacta y oportuna obstaculizó así al Afrika Korps y, lo que es peor, lo dividió, porque a plazo inmediato sólo se puso recoger gasolina suficiente para la 15.ª Panzer.

Aprovechando de este reaprovisionamiento, la 15.ª Panzer se lanaó a toda prisa hacia el sudoeste, y esta vez tuvo suerte en su ataque, contra el ala izquierda de la 4.ª Brigada Acorazada, que tanteaba cautelosamente su camino hacia el Norte en busca del Afrika Korps. Metiéndose a través de la formación inglesa, los artilleros de los blindados alemanes, ayudados por tener el sol poniente a sus espaldas, vencieron indudablemente con brillantez. Muchos Stuart en llamas iluminaron la tarde (las pérdidas alemanas fueron de siete carros). Las brigadas acorazadas inglesas habían fracasado en su intento de apoyarse mutuamente.

Además, Rommel, el 20 por la noche, supo al fin dónde se encontraban los principales componentes de ataque ingleses: amenazando Bir el Gubi, frente a la 90.ª Ligera, que estaba fortificándose en Sidi Rezegh para bloquear el acceso a Tobruk, mientras un tercer y maltrecho componente se hallaba detenido en las proximidades de Gabr Saleh. Al amanecer del día 21, el Afrika Korps había vuelto a reagruparse, teniendo orden de Rommel de atacar hacia el noroeste contra la retaguardia del la 7.ª Brigada Acorazada de Sidi Rezegh. De este modo se formó una especie de pirámide militar: el Afrika Korps sobre la 7.ª Acorazada, y ésta sobre la 10.ª Ligera, que, con contingentes italianos, presionaba contra la guarnición de Tobruk, que aquella mañana inició una rotura de cerco. Las Brigadas Acorazadas inglesas 4.ª y 22.ª hubieran podido aplastar al Afrika Korps contra la 7.ª Brigada Acorazada se mantuvieron en la inmovilidad hasta que, cuando al fin recibieron orden de avance, fueron a estrellarse contra una nutrida barrera de cañones del 88 y el 50 que protegía la retaguardia del Afrika Korps y tenía el cometido de diezmar los efectivos ingleses de carros en un enfrentamiento duna por duna.

En consecuencia, la 90.ª Ligera y las fuerzas italianas situadas en torno a Tobruk no tenían más que aguantar codo con codo, impedir la salida de los ingleses del perímetro alambrado y minado, frenar a la 7.ª Brigada Acorazada y al 7.º Grupo de Apoyo cuando lanzasen su planeado asalto, y quedar a la espera para barrer a los supervivientes una vez el Afrika Korps atacase el frente inglés. Para alegría de los alemanes, de pronto la masa de blindados británicos cogidos entre el Afrika Korps y la 90.ª Ligera pareció dividirse en tres grupos. Uno avanzó directamente hacia Tobruk y fue blanco de los cañones antitarro situados frente al escarpe. Los grupos segundo y tercero se dirigieron independientemente hacia el Afrika Korps, y los carros de combate alemanes, deteniéndose para disparar según su acostumbrado método, aniquilaron a uno de los grupos antes de que el otro pudiera reducir distancias. Pero el tercer grupo resultó un enemigo más difícil. Sus disparos sobre la marcha tuvieron una devastadora precisión y consiguieron poner en fuga a algunos elementos del Afrika Korps, al que comenzaba a escasearle las municiones y el combustible.

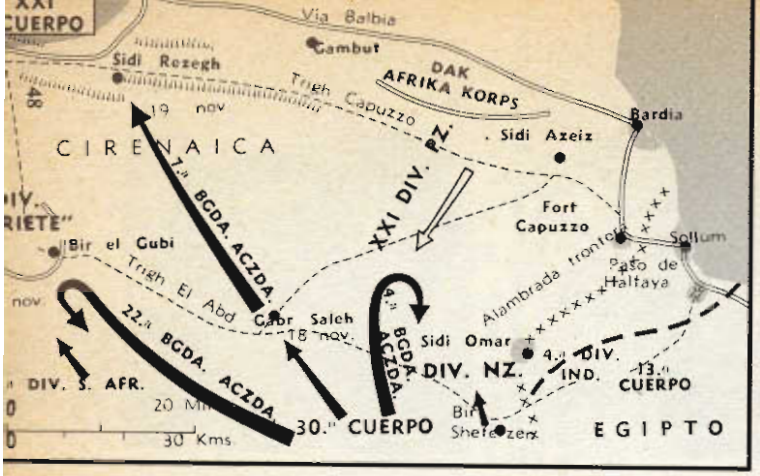
Ahora resultaba posible repostar con rapidez, ya que la marcha hacia el Norte del Afrika Korps la había aproximado a su base inicial. Por la tarde, ambas divisiones Panzer volvían a encontrarse listas para el combate. La 21.ª marchó contra el 7.º Grupo de Apoyo inglés y cayó bajo el nutrido fuego de los cañones de 25 libras. La 15.ª embistió contra los carros que intentaban proteger a la 7.ª Brigada Acorazada. Los alemanes, utilizando sus cañones antitanque en estrecha cooperación con los carros, produjeron graves daños, y sólo se disgregaron en el último momento, cuando los carros de la 22.ª Brigada Acorazada hicieron su tardía aparición por el Sur. Ahora, cada brigada acorazada inglesa había recibido ya un fuerte castigo, y a la 7.ª sólo le quedaban 28 conductores de sus 141 iniciales. Sin embargo, previendo erróneamente la posibilidad de un éxito (a causa de ciertos exagerados informes de pérdidas alemanas de carros), Cunningham permitió que la 1.ª División Sudafricana se metiese en la «melée» de blindados, y envió al XIII Cuerpo hacia Sidi Azeiz —como corderitos de infantería entrando en la guarida del lobo—, como paso preliminar para la liberación de Tobruk.

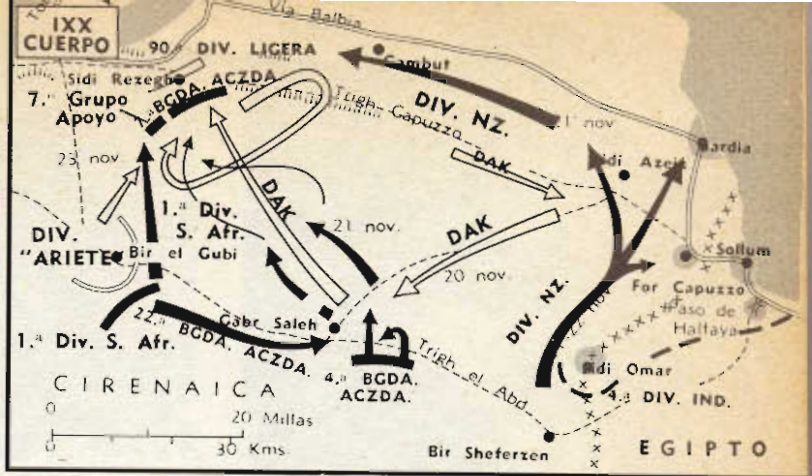
Al día siguiente, 22, la salida de Tobruk se encontraba donde quedó encallada el 21, entre las líneas de sitio italianas. Satisfecho de la firmeza de su retaguardia, Rommel ordenó que el Afrika Korps efectuase «operaciones de movimiento» al Sur de Trigh Capuzzo. Cruewell, según lo planeado con letal pericia la noche anterior, dividió sus «korps», enviando a la 15.ª Panzer hacia el Este, y haciendo que la 21.ª Panzer expulsara a los ingleses del aeródromo de Sidi Rezegh.

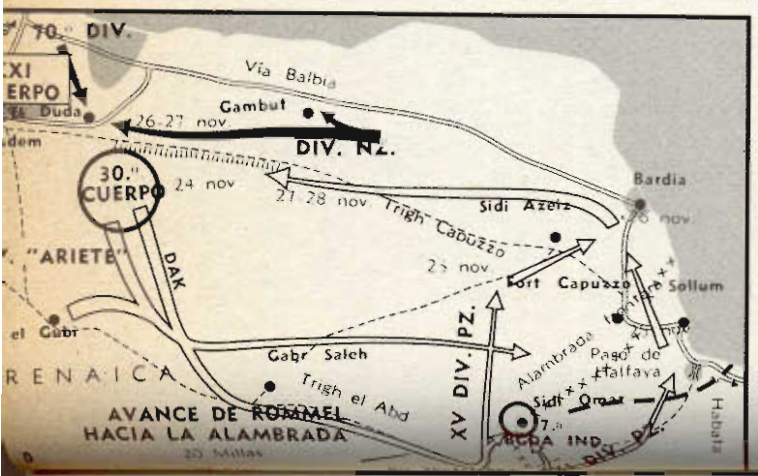
Los ingleses volvieron a dar satisfacción a

Una pausa en «Crusader» mientras se agrupan los prisioneros.

Rommel, ayudado por Von Mellenthin, empuja su coche atascado en la arena. El general Cruewell, maestro del combate a corta distancia.



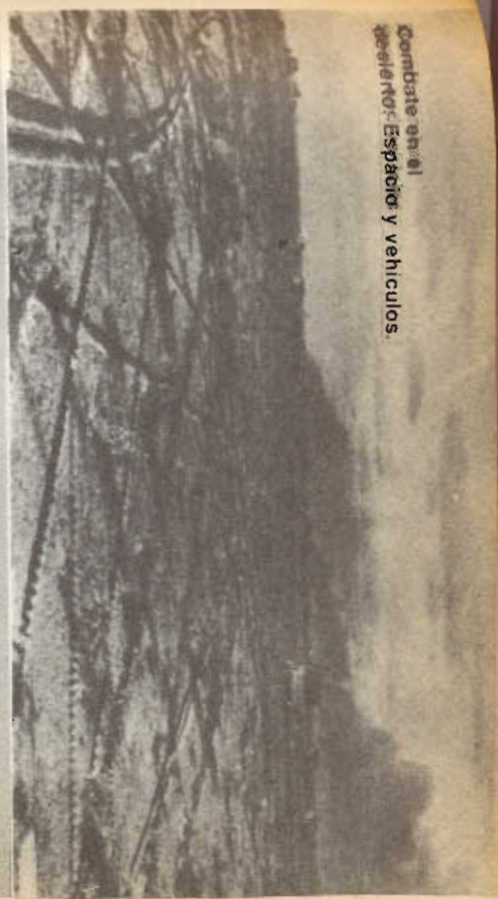




Carga a terreno descubierto.

Granadas y lucha a corta distancia.

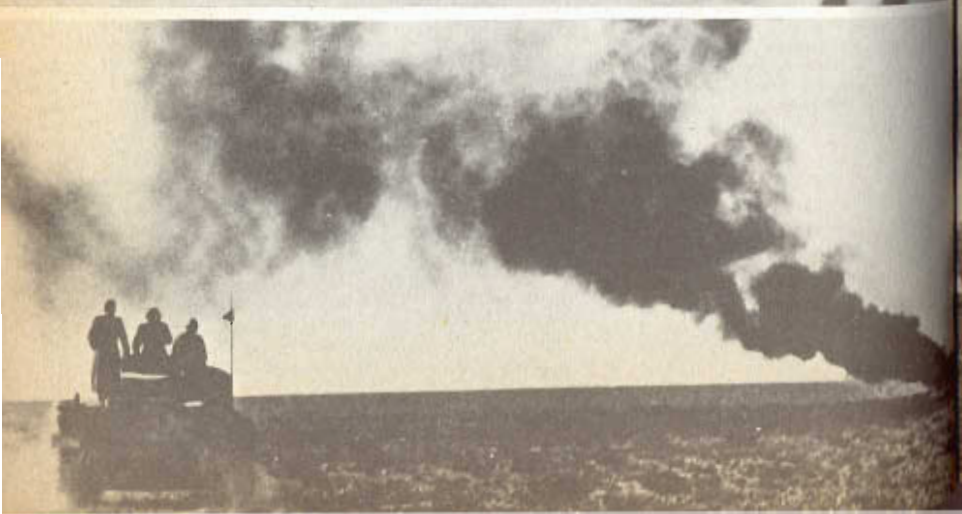
Hombres y arena.



Combate en el desierto. Espacio y vehículos.

Izquierda: Etapas de lucha por Tobruk. Retirada del Afrika Korps.

Posición en el desierto. Los blindados y cañones, fuera. Los vehículos más vulnerables, dentro. Los centinelas, alerta. Abajo: Batalla de carros: Un vehículo inglés arde.



El centro del combate. Mientras unos vehículos arden, otros aguardan.

Cruewell. La 4.ª Brigada Acorazada no consiguió establecer contacto; los patéticos restos de la 7.ª Brigada Acorazada se congregaron en torno al 7.º Grupo de Apoyo en Sidi Rezegh y recibieron el castigo de una columna alemana de hostigamiento. Mientras la 5.ª Brigada Sudafricana se lanzó contra un punto fuerte alemán situado al suroeste del aeródromo y fue rechazada, al tiempo que la 22.ª Brigada Acorazada pasaba tranquilamente por las proximidades para unirse al Grupo de Apoyo en el aerodromo, el cual se había convertido en un campo de aniquilamiento. La 21.ª Panzer (siguiendo instrucciones de Rommel, no de Cruewell) atacó cruzando las pistas desde el Oeste, para verse metida en un salvaje torbellino de polvo y fuego en el que reinaba una dantesca confusión. Parte del 7.º Grupo de Apoyo quedó desbordado; la 22.ª Brigada Acorazada combatió a amigos y enemigos por igual y sufrió grandes bajas, mientras la 4.ª Brigada Acorazada permanecía aparte de un pandemónium en el que no podía penetrar, actitud que fue imitada por el jefe de la brigada cuando también él se vio bajo el fuego de la 22.ª Brigada Acorazada.

No toda esta confusión era evidente para Cruewell, que había partido desde el Este al frente de la 15.ª Panzer sin ser observado. Al anochecer, sus fuerzas llegaron al cuartel general de la 4.ª Brigada Acorazada, hicieron prisionero al estado mayor, capturaron 35 carros Stuart y el parque de camiones, y desarticularon totalmente la brigada. La lucha se prolongó durante una noche iluminada por las llamas de los vehículos incendiados y al fin fue extinguiéndose, pero Cruewell se había retirado ya para considerar minuciosamente lo que había logrado y lo que podía hacerse a continuación. Creía que las fuerzas acorazadas inglesas debían estar prácticamente aniquiladas, y, de hecho, la 7.ª y la 22.ª Brigada Acorazada no poseían entre ambas más que 50 blindados, y la 4.ª se había dispersado. Evidentemente, el grueso de los blindados ingleses supervivientes se encontraban al Sur de Sidi Rezegh; también allí aguardaban las divisiones «Ariete» y «Trieste». Por tanto, en aquella dirección se encaminaría él, con los efectivos restantes del Afrika Korps y con el resto de la 15.ª Panzer, dejando a lo que quedaba de la 21.ª Panzer para que apoyase a la 90.ª Ligera que guardaba el Trigh Capuzzo.

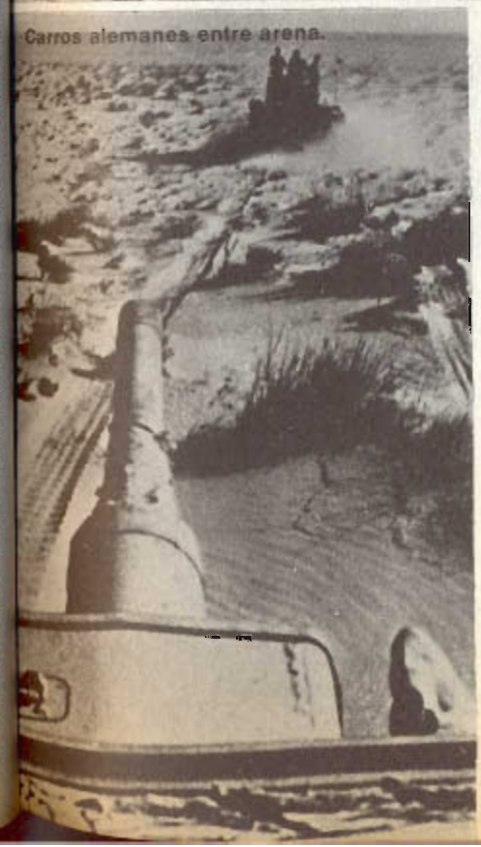
Apenas el plan—que consistía nada menos que en concentrar todos los elementos acorazados del Grupo Panzer en la *retaguardia* inglesa—hubo tomado forma, comenzó a llegar un largo mensaje cifrado de Rommel. Cruewell ni podía ni quería esperar. A las 05,30, junto con el estado mayor del Afrika Korps, fue a colocarse en cabeza de la 15.ª Panzer y luego, como primera sorpresa de un agitadísimo día, se tropezaron de frente con la División Nueva Zelanda, que avanzaba hacia el Oeste al Sur de Trigh Capuzzo. De todo el grupo, sólo Cruewell y su jefe de estado mayor, el coronel Beyerlein, escaparon, pero el plan no sufrió ninguna alteración y siguió adelante. Las columnas convergieron inexorablemente: tres divisiones acorazadas y una motorizada cayeron sobre las desafortunadas brigadas acorazadas supervientes: la 7.ª y la 22.ª, la 5.ª Brigada Sudafricana y el 7.º Grupo de Apoyo, y llegando desde el Sur, descansada y desapercibida, la 1.ª Brigada Sudafricana.

En su avance por entre la niebla matutina el Afrika Korps se encontró con el sueño de todos los comandantes de fuerzas blindadas: una masa de transportes en formación cerrada y sin protección. La matanza comenzó y se prolongó hasta que la creciente resistencia, fortalecida por los carros y cañones que desde el Sur llegaban a toda prisa y en pequeños contingentes, obligó a Cruewell a ordenar un alto a fin de llevar su ataque más hacia el Sur. Para él resultó toda una sorpresa encontrarse con el enemigo tan hacia el Sur: su golpe había alcanzado el flanco y no la retaguardia de los ingleses, y evitó el contacto con los italianos.

A primera hora de la tarde, el nuevo despliegue de Cruewell se había efectuado ya. En cerrada formación, alemanes e italianos se lanzaron hacia el Norte, pero el tiempo desperdiciado para enlazar con los italianos (que se retrasaron) perjudicó ahora a la fuerza del Eje. Por la mañana, nada se interpuso en su camino; ahora les aguardaba una barrera de antitanques ingleses, mientras que los más vulnerables vehículos de transporte habían huido a refugiarse hacia el Este, más allá de las últimas formaciones del Afrika Korps. En vez de arrollar a su antojo, haciendo fuego contra un desorganizado enemigo, el Afrika Korps tuvo ahora que pelear por cada metro de terreno, enzarzándose cada grupo de combate en acciones individuales mientras avanzaba con grandes dificultades en dirección Norte, hacia Sidi Rezegh, atravesando las desesperadas fuerzas británicas. Se iniciaron duelos artilleros, los cañones no dejaban de disparar hasta ser definitivamente silenciados, los carros se detenían, giraban o estallaban en llamas. La infantería se refugiaba en sus atrincheramientos y sucumbía ante los imponentes blindados. Y las pérdidas de carros alcanzaron alarmantes proporciones, ya que el ataque de Cruewell ya no era indirecto; ahora se dirigía derechamente a las bocas de los cañones, y su costo en hombres y material era altísimo.

Aquel día se celebraba el *Totensonntag* alemán, el día de los caídos en la Primera Guerra Mundial. Uno de los germanos escribió: «Amaneció sobre el caos de Sidi Rezegh. Los destrozados vehículos aún humeaban. Los hombres yacían con los ojos vidriados, mirando sin ver un sol que no salía para ellos. Se formaron hileras de prisioneros que luego fueron conducidos a la retaguardia —prácti-

Un Stuka entre el polvo.



Carros alemanes entre arena.

Infantería del Afrika Korps hacia la lucha.

camente, la 5.ª Brigada Sudafricana había desaparecido—, escoltados por unos pocos vehículos y destacamentos de nuestras tropas... Sin poderse contener, un sargento mayor llamado Taudt comenzó a cantar burlonamente: "Colgaremos nuestra ropa a secar en la Línea Sigfrido..." Algunos de los prisioneros que iban en cabeza le dirigieron hoscas miradas. Pero los que iban detrás sonrieron irónicamente, imperturbables. Alguien coreó el estribillo. Al cabo de unos segundos, toda la columna cantaba a pleno pulmón "Colgaremos nuestra ropa a secar en la Línea Sigfrido..." ¿Qué podíamos hacer?

Elementos principales del Grupo de Batalla: carros, cañones antitanque, vehículos oruga, soldados.

Más bien podía haber preguntado qué deseaban hacer. Exultante por la victoria, pero en fría actitud mental, Cruewell se encontró con Rommel cerca del Tobruk a primera hora del día 24 y le anunció el aniquilamiento del enemigo en Sidi Rezegh, aunque advirtiéndole también que algunos habían escapado hacia el Este. Cruewell consideraba que éstos debían ser perseguidos hasta su destrucción final, ya que ésta era la conclusión lógica de la clásica batalla de aniquilamiento que cuadraba perfectamente con la espléndida profesionalidad de Cruewell. Tanto éste como Rommel se daban cuenta de que la infantería inglesa del XIII Cuerpo y los formidables Matilda de la 1.ª Brigada de Carros inglesa se encontraban en los alrededores de Halfaya, concentrados en grueso en Sidi Omar y más allá de Sidi Azeiz, dirigiéndose hacia Tobruk. Pero la salida de Tobruk había sido frenada y los italianos y la 90.ª Ligera podían cuidar de la fuerza inglesa de la plaza.

Pero la victoria de Cruewell del día 23 se había producido en desacato a las instrucciones de Rommel, ya que, de haber Cruewell esperado a la terminación del mensaje radiado, y luego hubiera cumplido las órdenes que en él se daban, el resultado habría podido ser más concluyente. Olvidando el Grupo Panzer, Rommel impuso su antigua autoridad sobre el Afrika Korps, desechando la solución local de Cruewell e imponiendo otra, aparentemente grandiosa, de su propia cosecha.

El Afrika Korps repetiría el decisivo contraataque de «Battleaxe» y se abriría en amplio abanico por el desierto, alcanzando la retaguardia enemiga, destruyendo sobre la marcha los restos del XXX Cuerpo, aniquilando la plétora de indefensas unidades administrativas repartidas por la zona, socorriendo a la inviolada guarnición de Halfaya y Sollum y, sobre todo, aislando de su base al XIII Cuerpo.

El plan parecía maravilloso y ha sido elogiado como una obra maestra de la estrategia psicológica; pero inmediatamente dejó libre de agobios al XXX Cuerpo, apartó al omnipotente Afrika Korps del punto decisivo (donde su desgastado equipo se hubiera podido recuperar) y evitó al Ejército inglés la derrota total, dándole la oportunidad de recuperar los restos abandonados en el campo de batalla y de reparar sus averiados carros. Además, la derrota sufrida por otro general inglés —Cunningham— abrió el camino para la intervención de otro de superiores cualidades. Lo que muy probablemente ocurrió fue que Rommel perdió la paciencia: al reafirmar su autoridad, aplicó una fórmula que había dado buenos resultados anteriormente, y se lo jugó todo a una carta, pero consiguió la victoria en un conflicto de personalidades contra el jefe del Octavo Ejército.

Cunningham perdió la moral al enterarse del desastre sufrido por el XXX Cuerpo el día 23. Pretendió abandonar la ofensiva, a lo cual se negó el general Auchinleck, el cual acabó haciendo explícita su decisión de insistir, destituyendo a Cunningham el día 26 y nombrando en su lugar a un sustituto provisional, el general de división Ritchie. Este era un hombre de estado mayor con limitada experiencia en los puestos de alto mando. En realidad, esta circunstancia convertía a Auchinleck en el auténtico rival de Rommel; pero el Afrika Korps sólo se dio cuenta de ello de forma muy paulatina.

Sin embargo, mientras el Afrika Korps avanzaba impetuosamente hacia Egipto, haciendo que los transportes del Octavo Ejér-

cito escaparan por el desierto como antílopes huyendo de un rapaz león, la infantería india se atrincheró cerca de la frontera, al tiempo que los que trabajaban en los grandes depósitos de provisiones interrumpían su labor preguntándose si no sería aquel su momento.

Pero la falta de informes volvió a perjudicar a Rommel. Dos grandes y repletos depósitos ingleses de suministros habían quedado ocultos en la Cirenaica, pero Rommel no conocía su existencia, y los pasó velozmente de largo, ansioso de romper la frontera en las proximidades de Bir Sheferzen. Llevaba consigo a la 21.ª Panzer, mientras el resto del Afrika Korps y el XX Cuerpo Motorizado italiano le seguían rezagados, ya que no pudieron partir con la rapidedez deseada por Rommel. Entraron fragmentariamente en Egipto y del mismo modo fueron enviados por Rommel—que permanecía en la frontera como un agente ordenador del tráfico— a cumplir misiones separadas. La 15.ª Panzer debía destruir a los indios de Sidi Omar; la 21.ª Panzer recibió orden de acudir a Halfaya. Pero de nuevo el Afrika Korps tendría que luchar en solitario, puesto que «Ariete» —no sería la primera ni la última vez—se había demorado, siendo luego detenida por la 4.ª Brigada Acorazada al Este de la frontera. Y en aquellos momentos, tanto Rommel como Cruewell desaparecieron. El automóvil del primero quedó averiado; Cruewell recogió a su superior y luego uno y otro se extraviaron entre las unidades inglesas, sin poder establecer contacto radiofónico con sus subalternos.

El día 25 se produjo el más completo caos. El 5.º Regimiento Panzer, en vez de acompañar hasta Halfaya a la 21.ª División Panzer, atacó Sidi Omar sin apoyo y perdió la mitad de sus carros frente a dos regimientos de artillería provistos de cañones de 25 libras. Ya todos los vehículos se encontraban escasos de combustible, así que la 15.ª Panzer abandonó al 5.º Regimiento Panzer en su ataque contra Sidi Omar y tomó dirección a Sidi Azeiz, mientras la 21.ª Panzer cruzaba apresuradamente Halfaya—entre los vítores de los sitiados—e iba a chocar directamente con una brigada neozelandesa en Musaid; «Ariete» continuaba en vacilante actitud, y en consecuencia el Afrika Korps vio cómo sus contingentes iban mermándose con gran rapidez a causa de las pérdidas en combate y las averías.

Mientras, los ingleses se encontraban en plena recuperación.

Al Sur de Sidi Rezegh, el XXX Cuerpo estaba reponiendo sus fuerzas gracias al material recuperado del campo de batalla y a los refuerzos llegados de la base. Los neozelandeses bajaron por el Trigh Capuzzo (pasando por terreno en los que, 48 horas atrás, el Afrika Korps campaba triunfalmente), y, tras un ataque nocturno con carros, se unieron a la guarnición de Tobruk. A ellos volvía una vacilante sensación de confianza, justificando la decisión de Auchinleck de seguir la lucha, y el cambio que efectuó el día 26 en la jefatura del Octavo Ejército. Ambos bandos se encontraban casi totalmente exhaustos, pero el Afrika Korps, tras un triunfo inicial, parecía el más fatigado.

Al anochecer del día 26, cuando el Afrika Korps y «Ariete» unieron fuerzas, el completo curso de los acontecimientos cambió de nuevo. Los intentos de Rommel de concentrar fuerzas en la frontera fracasaron, ya que, en realidad, el punto decisivo había continuado siendo Sidi Rezegh, y ahora el teniente coronel Westphal, el jefe de estado mayor de más alta graduación que quedaba en el cuartel general del Grupo Panzer, mantuvo a raya a los nerviosos jefes de cuerpo italianos y se dispuso a pasar por encima de los órdenes de su superior, Rommel. Según su criterio, era imperioso enviar al menos parte del Afrika Korps de regreso a Sidi Rezegh: a tal efecto envió orden directa a la 21.ª Panzer de que marchara hacia el Oeste, aumentando así el caos que ya reinaba en torno a Fort Capuzzo, donde se había congregado la mayor parte del Korps.

Un buen jefe militar persevera en su propósito, y Rommel así lo hizo con su utópico plan de la frontera, llevando casi su empeño hasta el amargo final, pero al fin, el 27 de noviembre, desistió (demostrándo ser un *gran* jefe militar), ordenando que sus blindados volviesen a la refriega de Sidi Rezegh, casi como si el raid contra la frontera no se hubiese producido nunca. Pero durante las 72 horas transcurridas, la situación sufrió un cambio total. Las fuerzas acorazadas inglesas se habían hecho más fuertes y cautas, y, si bien el Afrika Korps consiguió derrotar a la infantería neozelandesa y sellar de nuevo el perímetro de Tobruk, ahora se encontró teniendo que batallar concentrado, pero con menguantes energías y nervios tensos, enfrentado a un enemigo que volvió a cometer los antiguos errores, pero no tan irrevocablemente como antes.

Cuando los carros del Afrika Korps o de los italianos se retiraban, los blindados ingleses ya no les seguían tan de cerca como antes, temiendoo encontrar una barrera de cañones antitanque en cada promontorio. Además, los alemanes experimentaron una continua y quizá fatal disminución de sus energías. Por ejemplo, machacaron repetidamente a los neozelandesas, y con tal dureza, que la división hubo de retirarse por considerársela demasiado débil para la batalla, pero cada combate produjo sus pérdidas en los alemanes, pérdidas que sólo pudieron suplirse con apresuradas reparaciones y refuerzos de poquísima entidad. Ni un solo carro alemán nuevo había cruzado el Mediterráneo desde el comienzo de «Crusader», y los alemanes comenzaban a darse cuenta de que su enemigo se limitaba a absorber los golpes, recuperándose elásticamente su forma en cuanto la presión disminuía. Además, los mandos alemanes se daban cuenta de que el creciente número de formaciones de infantería inglesas que estaban concentrándose en torno a Halfaya y Bardia y al Este y al Sur de Tobruk no tardarían en convertirse en invencibles.

Los distintivos que sobre el mapa indicaban las posiciones del Afrika Korps dejaron de representar fortaleza: la línea defensiva cavada ya por los italianos en Gazala comenzó a parecer enormemente atractiva. Sólo hacía falta conseguir que la batalla pudiera ser interrumpida.

Descorazonado, Rommel efectuó un último esfuerzo por enviar suministros a Bardia el 3 y el 4 de diciembre. No lo consiguió. Los bombarderos ingleses cubrían la zona de batalla y atacaban los puertos situados detrás de la misma. Los vehículos blindados ingleses efectuaban patrullas e incursiones con casi plena impunidad. El 4 de diciembre, Rommel ordenó abandonar la cara oriental del perímetro de Tobruk. Incluso en maniobras efectuadas en tiempo de paz, una acción de este tipo puede suscitar grandes dificultades. En guerra, los peligros se multiplican. Hace falta espacio y tiempo, y, caso de tener éxito, es la máxima prueba de la pericia de una formación.

El Afrika Korps venció, atacando a las tropas indias que desde Bir el Gubi se dirigían a El Adem el día 5, después de que los italianos efectuasen una tenaz acción defensiva. La crisis pasó. Se había conseguido abrir una limpia brecha, permitiendo al Afrika Korps—cuyos contingentes ascendían sólo a 50 carros—volver a cubrir el flanco meridional de la línea Gazala, mientras la 90.ª Ligera se retiraba aún más hacia Agedabia, indicio seguro de que Gazala no sería la parada final, pese a las afirmaciones en tal sentido efectuadas por Rommel.

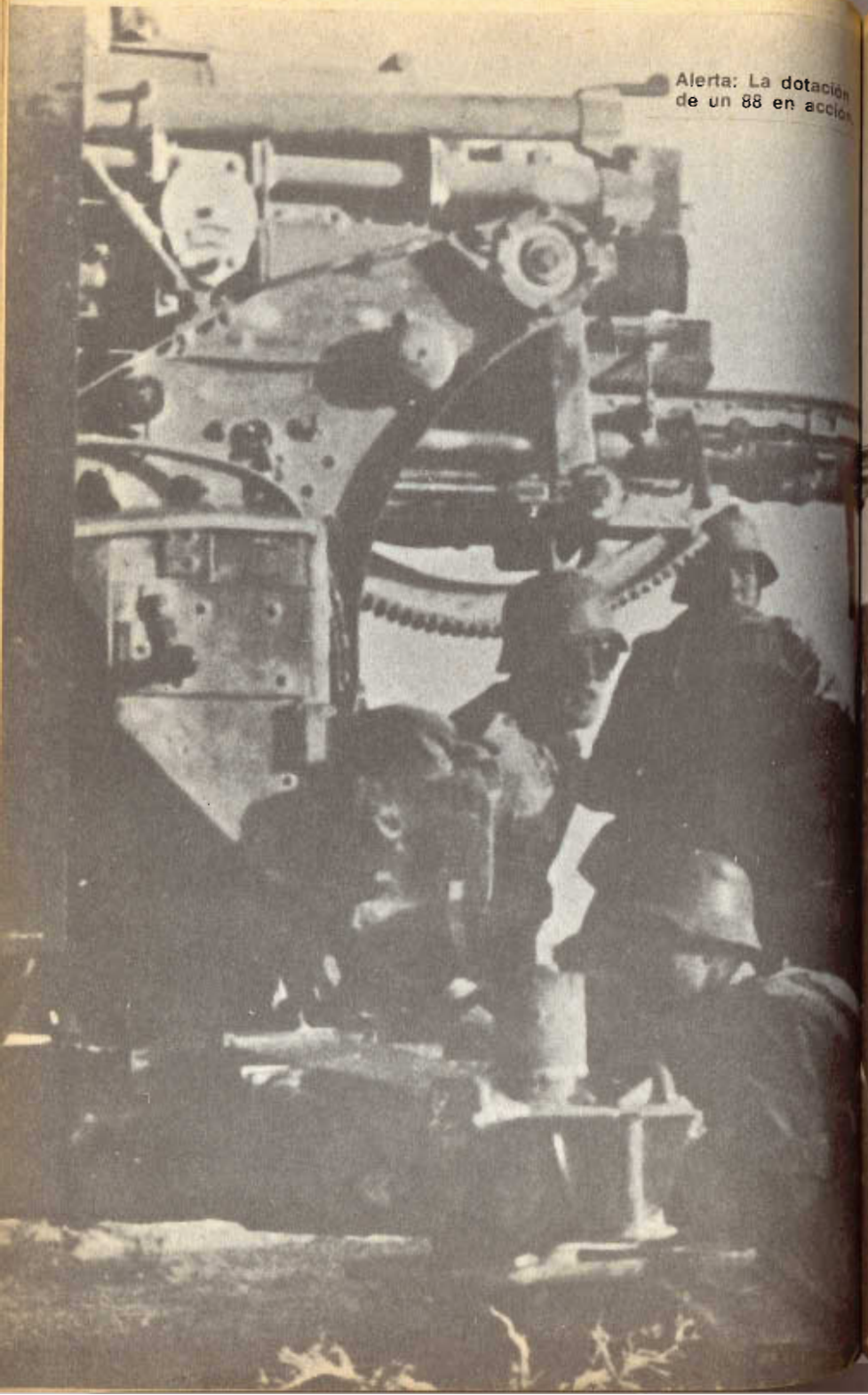
Aquellos fueron días de inmensa confusión mental para los alemanes tanto de Berlín como de la Cirenaica. Lo que en determinado momento pareció una aplastante victoria sobre Rusia era ahora un motivo de incertidumbre, y pese a que los informes periodísticos sugerían que el éxito era inminente, Moscú y Leningrado resistían y los rusos luchaban con redoblada tenacidad. Luego, del Pacífico llegó a la noticia del ataque japonés y de los demoledores golpes asestados al poderío naval angloamericano. Pero... ¿hasta qué punto repercutiría contra Alemania la entrada de Norteamérica en la guerra? Ahora el Eje decidió acelerar las cosas en Africa, y fuentes bien informadas aseguraban que había fricciones entre los italiano—que no podían permitirse perder de nuevo la Cirenaica—y los alemanes, cuya ayuda les había permitido reconquistar la región. De modo característico, Rommel resistió las intensas presiones que pretendían obligarse a permanecer en Gazala, haciendo caso omiso de la reducida fortaleza del Afrika Korps y de la aguda debilitación de la capacidad de lucha italiana.

El 15 de diciembre, el mariscal de campo Kesselring (nombrado recientemente jefe supremo alemán en el Sur), los italianos y Rommel, se enfrentaron en recriminatoria actitud alrededor de la mesa de conferencias. Desde que los ingleses se hicieron fuertes en Tobruk, los italianos habían hecho todo lo posible por frustar la intención de Rommel de abandonar por completo la Cirenaica, y día a día, Rommel, diplomáticamente, adujo las intenciones inglesas a fin de sacar a los italianos de su irreal actitud. Decidido a conservar en sus manos el poder decisivo, Rommel indicó su intención de sostener posiciones sucesivas—en especial las de Gazala—, aunque siempre efectuaban una penetración en profundidad hacia Mechili, él tendría que retirarse. Insistió en que se podía y se debía defender Tripolitania, suplicó refuerzos de hombres y material y, maliciosamente, surgió que los italianos volviesen a Trípoli para efectuar la batalla.

El mismo día, 15 de diciembre, los ingleses atacaron a los italianos en Gazala, rodeando la 4.ª Brigada Acorazada el flanco meridional, y aproximándose tanto a la retaguardia del Afrika Korps—que intervino para restablecer la supremacía italiana—que la presencia inglesa pasó inadvertida. Pero otro movimiento inglés —éste de menor importancia— en el desierto dio a Rommel el pretexto que deseaba: se inició la retirada hacia Agedabia, y el Afrika Korps se puso en marcha con gran celeridad.

Por contraste, la consiguiente persecución inglesa comenzó con lentitud, y su ejecución estuvo mediatizada por el desconcierto, ya que se había esperado encontrar en Gazala una fuerte resistencia. Hasta el día de Navidad, las unidades avanzadas inglesas no llegaron a Bengasi, y para entonces el Afrika Korps se encontraba a buen seguro más hacia el Sur, tras las líneas defensivas. En los muelles de Bengasi ardieron los almacenes alemanes, pero seis días antes un buque de transporte había descargado 22 carros nuevos para la 15.ª Panzer, y otros más llegaron a Trípoli. Desgraciadamente, otros yacían en el fondo del mar; pero, en conjunto, la posición podría haber sido peor. Recuperadas las fuerzas, Cruewell lanzó un fuerte contragolpe contra los perseguidores ingleses. El 26 de diciembre se rechazó un ataque de infantería contra Agedabia. Luego Cruewell efectuó un repentino contraataque con 60 blindados que destruyeron 27 vehículos de la 22.ª Brigada Acorazada, sin que los alemanes perdieran más que siete.

Tres días más tarde, el Afrika Korps dio una nueva lección de oportunismo al efectuar un ataque en el que, a costa de 7 carros, destruyeron 23 blindados ingleses y redujeron a la impotencia a las fuerzas acorazadas inglesas. Siéndole ya posible recuperar tranquilamente



Alerta: La dotación de un 88 en acción.

su fortaleza, Rommel volvió a los desfiladeros de Mersa. Brega, en los que, el día de nochevieja, en contra de las instrucciones de ahorrar munición, el Afrika Korps lanzó un *feu de joie* de proyectiles trazadores de bengalas que produjo una salva similar por parte de los ingleses que les observaban desde lejos.

Los honores se habían repartido equitativamente y los soldados habían combatido como hombres de honor. Los principales remordimientos de Rommel se centraban en las abandonadas guarniciones de Bardia y Halfaya, por las que nada pudo hacer el Afrika Korps. Su rendición el 12 de enero de 1942 era algo previsto; los frutos finales de una victoria inglesa.

En aquella coyuntura, la moral del Afrika Korps pudo alcanzar su cota más baja; pero no parece que reacciones de ese tipo se produjeran nunca. Un militar alemán escribió «Por el momento, el Afrika Korps era una fuerza derrotada, pero no desmoralizada. Entre las tropas de retaguardia no capté ningún indicio de descorazonamiento. Resistimos y atacamos siempre que surgió la ocasión.»

¿Cómo pudo ésto ser posible? Una multitud de factores contribuyó a darles ánimos: un magnífico adiestramiento, un dominio del arte de la guerra, unos mandos espléndidos a todos los niveles, una acendrada fe en su causa, un enorme orgullo por haber alcanzado la victoria en casi todos los combates pese a ser

superados en número por el enemigo, y, quizá, un orgullo aún más grande en su decisión de demostrar una superioridad total sobre un aliado al que despreciaban (y que tampoco sentía ni la menor simpatía hacia ellos). El Afrika Korps no tuvo oportunidad de reflexionar sobre las razones de su derrota. Mientras que los ingleses poseían hombres suficientes para efectuar cambios en las fuerzas con bastante frecuencia, los alemanes luchaban sin tregua, enviando directamente a la línea de combate a cuantos refuerzos llegaban.

En consecuencia los alemanes, que atribuían su derrota en «Crusader» a la falta de apoyo aéreo, de provisiones, de información, de ayuda procedente de Alemania o de los italianos, apenas advirtieron en aquellos momentos el frío aliento del fracaso. Muy pocos entonces, y no muchos ni siquiera ahora, preguntaron si la raíz de la derrota no se encontraría en el rápido avance de Rommel hacia la frontera, cediendo territorios vitales al enemigo en el momento crítico. Pero, no obstante, el genio demostrado por Rommel y Cruewell en la utilización del Afrika Korps, conjuntando a la perfección todos los elementos del Grupo Panzer, tanto uno como otro, enzarzados en la ejecución de incontenibles maniobras, perdieron de vista la premisa principal que debió mediatizar todas y cada una de sus campañas: el tiempo y el material no estaban de su lado, y sólo una victoria aplastante conseguida en breve espacio de tiempo podría hacer que la decisión final en Africa del Norte se inclinase en favor del Eje.

La velocidad de fuego del 88 dependía en gran parte de la pericia de los servidores artilleros.

Contragolpe hacia Gazala

El 12 de enero, cuando la guarnición alemana del paso de Halfaya se rindió, el comandante Friedrich von Mellenthin, jefe de los servicios de información militar (inteligencia) del Cuartel General del Grupo Panzer presentó su evaluación sobre la fortaleza relativa de las fuerzas que se oponían a Rommel. De nuevo los ingleses habían utilizado libre y abiertamente la radio para tratar de sus identidades y situaciones individuales, por lo que la tarea del comandante nada tuvo de difícil. En las zonas avanzadas, la recién llegada e inexperta 1.ª División Acorazada inglesa presionaba sobre las posiciones alemanas de Marsa Brega, con sus contingentes de infantería aumentados al doble por la veteranía de la 201.ª Brigada de Guardias (cuya presencia no detectó Mellenthin), encontrándose su 2.ª Brigada Acorazada en las proximidades de Antelat. Se localizó a la 4.ª División India cerca de Bengasi, y era evidente que los abastecimientos británicos funcionaban al límite de rendimineto, ya que el puerto se encontraba en ruinas (debido a la meticulosidad alemana), y el largo trecho entre Derna y Tobruk consumía todos los elementos de transporte. Además, las actividades de la RAF habían disminuido, y también ésto parecía implicar dificultades en el suministro.

Por otra parte, el Afrika Korps había redoblado su fortaleza. Gracias a la llegada de convoyes de Trípoli, el número de carros alemanes se elevó a 84, y el de italianos a 89, también llegaron municiones y combustible, y cupo la posibilidad de utilizar a un mismo tiempo más de 300 aviones alemanes e italianos. Por consiguiente, ahora, mientras el Grupo Panzer disfrutaba de una ventaja temporal, había llegado el momento de asestar un golpe preventivo a fin de eliminar la amenaza que se cernía sobre Tripolitania. En cuanto se convenció de que sus posibilidades de transporte bastarían a las necesidades probables, Rommel dio su visto bueno de no informar del plan a sus colegas italianos ni al Alto Mando alemán y ni siquiera al Afrika Korps hasta que faltaron cinco días para su comienzo, fijado para el 21 de enero.

Dos columnas alemanas partieron de Mersa Brega el 20 de enero por la noche. Una, el Grupo Marcks, constaba de la 90.º Ligera y parte de la 21.ª Panzer, y marchó por la carretera de la costa. Las otra, formada por el Afrika Korps, rodeó el flanco del desierto por Wadi Faregh. Los británicos retrocedieron ante el Grupo Marcks, pero el Afrika Korps se quedó atascado en la arena. A fin de rematar el éxito, Rommel espoleó inmediatamente al Marcks, cambiando su centro de gravedad con fuerzas ligeras a fin de mantener a los ingleses en fuga, en la esperanza de que el Afrika Korps pudiese recuperar terreno y llegar a tiempo de afianzar la atrevida y arriesgada penetración. Pero el riesgo era menor de lo que parecía.

El 22 de enero, sin ser observado, el teniente Schmidt, situado en un punto desde el que dominaba a 30 carros ingleses, hizo que sus cañones antitanque entrasen en acción. «El enemigo quedó totalmente desconcertado cuando abrimos fuego y una docena de panzers se lanzaron contra los carros... Con nuestros doce cañones antitanque, fuimos de una posición ventajosa a otra, mientras nuestros panzers, inmóviles y ocultos si tal era posible, nos cubrían con su fuego. Luego, una vez nosotros nos situábamos, les protegíamos con nuestros cañones mientras ellos atacaban de nuevo... El enemigo sufrió fuertes pérdidas... No se nos escapó que no nos enfrentábamos a

los duros y expertos rivales que tanto nos hostigaron en el «Trigh Capuzzo».

Esta debilidad implícita escapó a la comprensión del teniente general Ritchie, jefe del Octavo Ejército, que consideró que Rommel estaba asomando el cuello dándole a él «una providencial oportunidad para asestarle el golpe decisivo», a pesar del hecho de que la 1.ª División Acorazada se encontraba en trance de aniquilación a manos del Afrika Korps. A media tarde del 22 de enero, Marcks se había infiltrado entre los estupefactos ingleses de Antelat, produciendo el caos en las líneas de comunicaciones de la 1.ª División Acorazada, hasta que, próximo el atardecer, llegó la 5.ª Panzer para unirse al Afrika Korps en la tarea de sacar el máximo partido de un inesperado éxito.

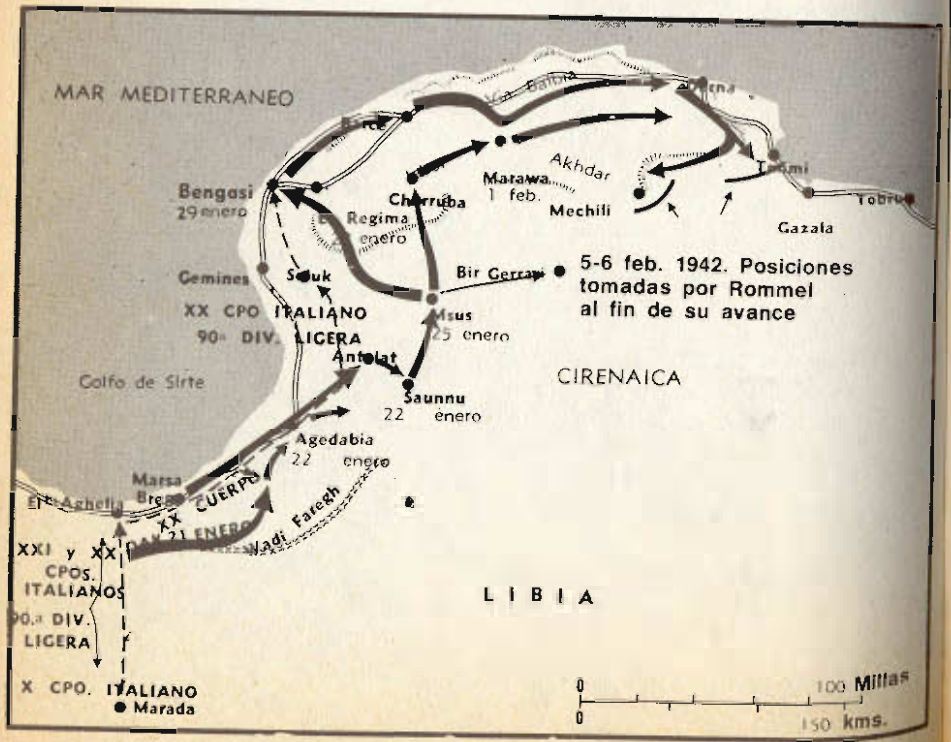
De modo característico, el 23 de enero, en el Cuartel General del Panzerarmeè Afrika, ascendido a tal categoría el mismo día anterior, reinaban las disensiones encontrándose la victoria al alcance de la mano. El general Cavallero, jefe del Estado Mayor de las fuerzas italianas, había efectuado una visita para prohibir todo nuevo avance pese al evidente éxito, que había prohibido todo nuevo retroceso seis semanas antes en Gazala, cuando el desastre era inminente. Además, respaldó su demanda ordenando al XX Cuerpo italiano que permaneciese atrás, en Mersa Brega. A Rommel, le dijo: «Limítese a hacer una incursión y luego regrese.» Pero Rommel no estaba dispuesto a ello, a pesar de que el combustible volvía a escasearle. Su propósito era el de martillear al enemigo mientras este continuara resistiendo. Desde Antelat, se lanzaría hacia el *Sur*, atravesando Saunnu, rodearía la 1.ª División Acorazada y luego reconquistaría Bengasi. Cuando un mando alemán se quejó de la falta de combustible, él se limitó a replicar: «Ya se lo quitaremos a los ingleses», contestación en el estilo de los mejores comandantes de fuerzas móviles desde tiempos inmemoriales.

Desgraciadamente para Rommel, la misma acción destinada a las fuerzas acorazadas inglesas implicó la desaparición de los topes de contención en los demás lugares. Pero la batalla de blindados que se produjo cuando la 2.ª Brigada Acorzada inglesa efectuó un contraataque, compensó la omisión, pese a que, por una vez, la actuación del Afrika Korps estuvo mediatizada por la falta de auxilio mutuo. La 21.ª Panzer alcanzada por el primer ataque inglés, pidió inmediatamente ayuda a la más fuerte 15.ª Panzer. Pero la 15.ª Panzer tenía otra misión que el Cuartel General del Afrika Korps que se negó a suspender a causa de

En guardia. Las huellas de los carros señalan hacia el enemigo.

Control de tráfico: De su eficacia dependía el éxito o el fracaso de las divisiones panzer. Abajo: **Observación. La supervivencia podía depender de quien viese antes al enemigo.**

Gasolina. Aquí vemos una operación de llenado de latas, pero nunca se disponía de cantidad suficiente.



Segunda ofensiva: Rommel obliga a retroceder al Octavo Ejército hasta la línea Gazala.

Alimentación: La dieta alemana era monótona y mal equilibrada.

otras llamadas alarmistas efectuadas anteriormente por la 21.ª Panzer. En la llanura que se extiende entre Antelat y Saunnu la acción se intensificó, produciéndose pérdidas en amboa bandos; pérdidas que, sin embargo, no revistieron caracteres catastróficos. No obstante, los mandos ingleses comenzaron a sentir dudas. El enemigo parecía dotado de un pavoroso poder y los contingentes británicos estaban disolviéndose. En cuanto desaparecieran, la posición de Bengasi se haría insostenible. Se consideró la retirada a Mechili, si bien Ritchie seguía creyendo que el Afrika Korps había llegado a su límite (lo cual era casi cierto), y decidió mantenerse en Msus. Como el día 24 no se produjo ningún nuevo avance, los ingleses recuperaron la confianza hasta cierto punto.

El 25 de enero, el frente volvió a entrar en ebullición. La 15.ª Panzar del Afrika Korps, que se dirigía hacia el Norte, chocó con la 1.ª División Acorazada, reduciéndola a un estado de total confusión. Pero la carga alemana, efectuada a 24 k/h se detuvo en Msus por carencia de combustible. A escala reducida, Rommel se encontraba en la misma coyuntura que en la noche del *Torensonntag*. Las fuerzas acorazadas inglesas se encontraban debilitadas y esparcidas, la infantería aguardaba sólo el golpe de gracia, y el alto mando inglés captaba a medias el significado de aquel fulminante derrumbamiento. Ritchie continuaba hablando de acciones ofensivas pese a que le quedaban menos de cuarenta carros, y se proponía defender Bengasi, aún en la creencia de que sus fuerzas motorizadas podían controlar el flanco del desierto. Pero Bengasi en ningún caso podía ser otro Tobruk, aún en el caso de que hubiera estado provista de un adecuado perímetro defensivo. No obstante, muy poco podía hacer Rommel hasta que le llegasen suministros adicionales y el recién conquistado campo de batalla fuese batido para conseguir el botín que serviría de base a su siguiente acción, devolviendo su movilidad al Afrika Korps.

Al intervenir las conversaciones radiofónicas inglesas, von Mellenthin advirtió que en los altos mandos ingleses reinaba la confusión. Evidentemente, esperaban que el Afrika Korps se lanzase hacia el Este, siguiendo el camino habitual hacia Mechili. Que tal pensasen, y tal simularía hacer el Afrika Korps. Pero en vez de ello, el Grupo Marcks se lanzaría al Oeste desde Msus, para cortar las carreteras que desde Bengasi conducían hacia el Este y el noreste, mientras la 90.ª Ligera avanzaba desde Beda Fomm junto con el XX Cuerpo italiano (asequible al fin para la persecución). El conjunto del engaño fue un soberbio ejemplo de la técnica del ataque indirecto. Rommel cronometró el tiempo de todos sus elementos. Como jefe de estado mayor carente de todo genio militar, Ritchie continuó discutiendo con sus subordinados acerca de cual sería el momento oportuno para efectuar un contraataque, dando casi la sensación de estar efectuando un rutinario ejercicio de academia militar. El 29 de enero aún estaba por llegar a una decisión, aunque para entonces el Grupo Marcks ya había alcanzado los terrenos elevados que dominaban el puerto tras una marcha nocturna increíblemente diestra en medio de la copiosísima lluvia. Con la 1.ª División Acorazada (lo poco que de ella quedaba) totalmente confundida por la falsa

maniobra de Rommel y persiguiendo a un inexistente Afrika Korps hacia Mechili, y con la 7.ª Brigada de Infantería India atrapada en Bengasi, toda posibilidad de acción ofensiva se esfumó.

Rommel se unió al Grupo Marcks en la última etapa de su épica marcha. Por el Sur, el XX Cuerpo y la 90.ª Ligera efectuaron un avance más lento, enfrentados a una mayor oposición, pero al caer la noche Rommel tenía la certeza de haber conseguido otro éxito mientras contemplaba las llamas de los incendiados alamacenes de la ciudad. El mal tiempo le ayudó a aproximarse sin ser visto e impidió a los aviones enemigos despegar para efectuar vuelos de reconocimiento mediante los que hubieran podido detectar su presencia. Pero esas mismas condiciones climatológicas ayudaron ahora a la 7.ª Brigada India de Bengasi. Aquella noche el territorio al sudeste de Bengasi hirvió de actividad cuando la Brigada, marchando en tres columnas, desanduvo el camino recorrido por el Grupo Marcks y atravesó tumultuosamente la retaguardia de ese Grupo y del XX Cuerpo italiano, haciendo gran cantidad de prisioneros a su paso. Tal proeza digna del mismo Afrika Korps e, indudablemente, deslució bastante la victoria del Eje.

Al día siguiente Rommel entró en Bengasi, llevando en el bolsillo un comunicado de Mussolini autorizándole a iniciar el avance que acababa de finalizar; comunicado que fue seguido casi inmediatamente por un segundo cablegrama ascendiéndole a coronel-general (*generaloberst*). Su papel subió vertiginosamente, su nombre se convirtió en un símbolo de la esperanza alemana de contrarrestar los reveses inflingidos por los rusos, que habían obligado a la Wehrmacht a retirarse de Moscú. Ahora Rommel hubiera deseado aumentar sus garantías y atacar más hacia el Este, pero sus reservas de combustible apenas eran suficientes para el viaje, y mucho menos para una batalla, así que ni él mismo se atrevía a pensar en ello. Sólo podía permitirse pequeñas maniobras de hostigamiento, lo cual resultaba enfurecedor, ya que, en material, sus pérdidas habían sido ligeras y los hombres se encontraban descansados y llenos de renovada confianza en él. Además, ahora Rommel podía contar entre sus más fervientes admiradores a los militares del Octavo Ejército que reconocían en él al genio del que ellos carecían en sus mandos. Hasta Mr. Churchill contribuyó a afianzar su reputación, refiriéndose a Rommel como a «un gran general». Quizá en parte lo dijera como una excusa, pero no es menos posible que en el elogio hubiera un matiz de autolamentación.

Sin duda alguna, Churchill demostraba mucho más respeto hacia Rommel que hacia Mussolini o sus generales. Este último no dejaba de asediar a Rommel, aconsejándose que no fuera demasiado lejos, notificándole la defensa de Trípolitania. Ahora como siempre, la ausencia de directrices procedentes de Berlín frustaban a Rommel, ya que Hitler no se ocupaba del frente africano, estando su atención fija en Rusia y, poco después, en los campos petrolíferos del Cáucaso. Para quienes se encontraban en Berlín y Roma durante aquel invierno Oriente Medio era algo excesivamente remoto. La idea de combinar un avance a través del Cáucaso con una marcha hasta Irak cruzando Suez obsesionó en tiempos la imaginación de los países del Eje, pero golpes de estado favorables al Eje en Siria, Irak y Persia fueron laboriosamente sofocados por ingleses y rusos durante el verano anterior. Ahora, en 1942, el mariscal de campo Kesselring, responsable principal de los abastecimientos en la zona mediterránea, poco pudo hacer por influir en los planes del Eje, en los que el objetivo principal y casi exclusivo era Europa.

No obstante, Kesselring poseía la clave del futuro del Afrika Korps: el control de los abastecimientos, y a él debía acomodarse Rommel. Kesselring podía iniciar o prohibir operaciones (como la eliminación de la base ofensiva inglesa de Malta) que podía fortalecer o debilitar las fuerzas de Rommel.

El 30 de enero Ritchie ordenó que el Octavo Ejército se retirase a una línea en Gazala, cubriendo Tobruk, y Rommel le siguió inmediatamente, llevando consigo a la rastra a los desdichados italianos. En ausencia de una estrategia ofensiva del Eje en Africa del Norte, Rommel crearía la suya propia, utilizando el juego limpio o el juego sucio. Se daba cuenta de que los ingleses estaban enviando grandes cantidades de material a Egipto; cantidades ahora incrementadas por la producción norteamericana. De acuerdo en cuanto había que ejecutar un golpe preparatorio como el que terminaba de asestar, a fin simplemente de estabilizar su posición. Pero aquel estado de cosas no podía perseguir indefinidamente, teniendo sobre todo en cuenta que era de esperar que la estrategia británica mejorase y quizá algún día los ingleses encontraran a un general que fuera digno contrincante del alemán. A fin de cuentas, el Afrika Korps no podía permanecer pendiente de un hilo por tiempo indefinido. Este peligro se ejemplificaba en la simple pérdida en batalla de mandos superiores. De los iniciales, sólo Rommel sobrevivía, mientras que cada División Panzar había perdidos dos.

De nuevo Bengasi. En peor estado que antes, pero el cine continúa abierto.

Estrategia: ayudarse así mismo

El año 1942 sería de fortuna cambiante, durante el cual la potencia del Eje rebasaría su cima como consecuencia de un año de agotamiento en el campo de batalla.

Para mérito de los dirigentes del Eje —alemanes, italianos y japoneses por igual—, en sus primeras campañas habían eludido cuidadosamente todo ataque frontal. Casi todas las ofensivas se habían dirigido contra el cerebro más que contra los duros músculos de países como Polonia y Francia, y en la mayor parte de los casos lograron sus objetivos produciendo la parálisis nacional. Sin embargo, a finales de 1941, las tres potencias del Eje se estrellaron contra los duros cráneos que protegían la vitalidad de Norteamérica, Rusia e Inglaterra. Al no poder penetrar esas barreras, los golpes del Eje perdieron potencia y en el futuro su propósito fue más reneter lo ganado que iniciar nuevas conquistas.

Pero existía un blanco estratégico vital cuya concesión parecía asequible sin necesidad de grandes derramamientos de sangre: los complejos petrolíferos del Cáucaso y Oriente Medio. Así, mientras los japoneses se apoderaban de gran parte de los yacimientos de Extremo Oriente, el Eje se disponía a asestar su golpe principal de 1942 en el Cáucaso, hacia los campos petrolíferos rusos, con el propósito de profundizar más posteriormente y hacerse con los campos de Persia e Irak. Por extraño que resulte, el Eje, inicialmente prestó muy poca atención a la idea de eslabonar el golpe en el Cáucaso con otro simultáneo desde la Cirenaica hasta Egipto.

Una serie de conferencias celebradas en Berlín y Roma en marzo de 1942 lanzó un rayo de luz sobre la penumbra de Rommel. Hitler estuvo de acuerdo en que había que eliminar Malta a fin de evitar que las rutas marítimas a Africa del Norte fuesen interceptadas por las fuerzas navales y aéreas británicas basadas en la isla. A tal fin, Kesselring fue autorizado a proyectar un fuerte bombardeo aéreo contra la plaza (durante marzo, abril y mayo) como fase preliminar de un desembarco aeronaval que se efectuaría en junio (Operación «Hércules»). El bombardeo debía también proteger el transporte de provisiones grandemente incrementadas para el Panzerarmee Afrika a fin de capacitarle para efectuar otro devastador ataque contra los ingleses que culminaría con la conquista, al fin, de Tobruk (Operación «Teseo»). Pero Hitler anunció que, una vez logrado tal propósito, el avance sobre Egipto se cortaría, ya que el Fuhrer no planeaba nada de amplia importancia estratégica para aquella zona.

De vuelta a Africa, el núcleo de las esperanzas de Rommel estaba depositado, como de costumbre, en sus propias divisiones acorazadas. Calculaba que debería atacar antes de fines de mayo (y, por consiguiente, antes de «Hércules») a fin de frustar los evidentes preparativos ingleses para acciones ofensivas. Provisto de 332 carros alemanes, incluidos 242 PzKw III, de los que 19 eran «Especiales» dotados de largos cañones de 50 mm. y de blindajes más gruesos, y de 40 PzKw IV, tenía la certeza de poder aniquilar a los ingleses en cuatro días. Luego la Operación «Hércules», sin ser obstaculizada por la aviación inglesa basada en la Cirenaica, conquistaría Malta. Después de eso tal vez él, Rommel, lograse convencer a sus superiores de que le permitieran continuar el avance hacia Suez.

A diferencia de Rommel, el general Auchinleck tuvo que apaciguar los ánimos de sus superiores en Inglaterra. Mr. Churchill deseaba acción inmediata, en contra de la decisión de Auchinleck de atacar sólo cuando se hubiesen ultimado todos los preparativos. No obstante, las posiciones inglesas que crecieron al otro lado de amplios campos de minas desde Gazala a Bir Hakeim se construyeron más como trampolín para una ofensiva que como barrera para mantener a raya a Rommel. En cualquier caso, tanto las posiciones del Eje como las inglesas podían ser fácilmente penetradas por los flancos, y a eso se debió que ambos bandos asegurasen sus frentes con infantería, estacionando en profundidad sus reservas motorizadas a fin de proteger el flanco.

En varios aspectos —aunque no en todos—, el servicio de información militar de Rommel había descifrado la disposición de las fuerzas del Octavo Ejército. Conocían la existencia de *boxes** de brigadas de infantería cerca de la costa y parte de los blindados. Sin embargo, la extensión plena de los campos de minas desde Trigh El Abd, la situación de varios *boxes* —en especial el del centro, que alojaba a la 150.ª Brigada—, y la posición de las Brigadas 22.ª y 32.ª de carros había escapado totalmente a su atención. Tampoco tenían noticias de la llegada de 167 nuevos y potentes blindados Grant norteamericanos que debían reforzar las Divisiones Acorazadas 1.ª y 7.ª. En comentario de von Mellenthin: «De forma quizá afortunada, subestimamos la fortaleza inglesa, ya que, de haber tenido conocimiento pleno de los hechos, puede que incluso Rommel hubiera desistido de atacar a un enemigo tan enormemente superior.»

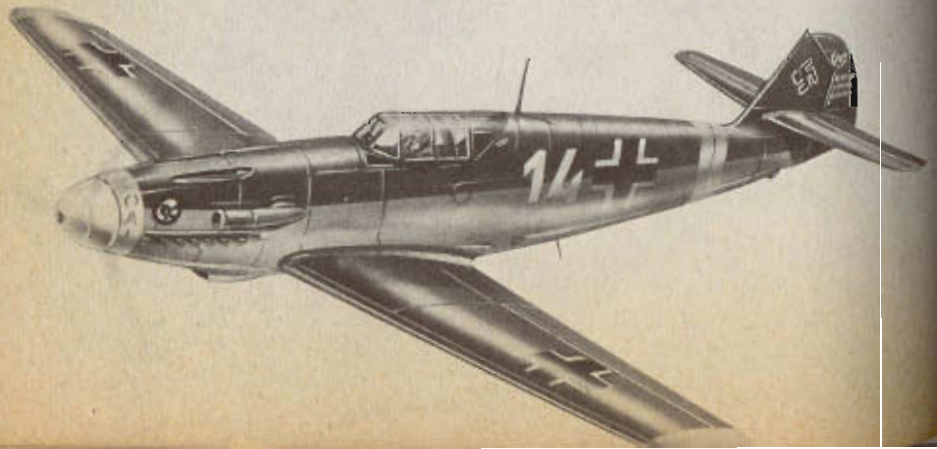
En realidad, las fortalezas relativas de las fuerzas estaban dispuestas en las zonas avanzadas estaban equilibradísimas. Los ingleses tenían el equivalente a tres divisiones de infantería repartidas entre bien surtidos *boxes*. Una cuarta división, la 2.ª Sudafricana, defendía Tobruk, aunque las defensas de la plaza habían sido desprovistas de mucho de lo que el año anterior las hizo formidables. Dos brigadas de carros se encontraban próximas a los *boxes* avanzados de infantería, sin poder hacer uso de toda su movilidad a la insisten-

* Los «boxes» (literalmente «cajas») eran fortificaciones protegidas por alambradas y campos minados y preparadas para resistir largos asedios, estando dotadas de artillería y provisiones. Su misión era, en primer lugar, proteger los campos de minas y evitar que el enemigo abriera pistas a través de ellos y, en segundo lugar, eran puntos de resistencia que el enemigo debía intentar reducir. Por lo demás, las guarniciones también podían efectuar salidas de hostigamiento. N. del T.

Teléfono de campaña. En el desierto, la radio se utilizaba con mayor frecuencia.

Hércules y Teseo. Kesselring y Rommel dan forma a los planes de batalla.

Messerschmitt Bf 109 F-1.
Contra lo escasos Tomahawks P. 40 y los Hawker Hurricane de los Aliados en Africa del Norte, el Bf 109 F-1 dominaba en cantidad y calidad. En consecuencia, el Korps estuvo protegido de casi todos los ataques aéreos.

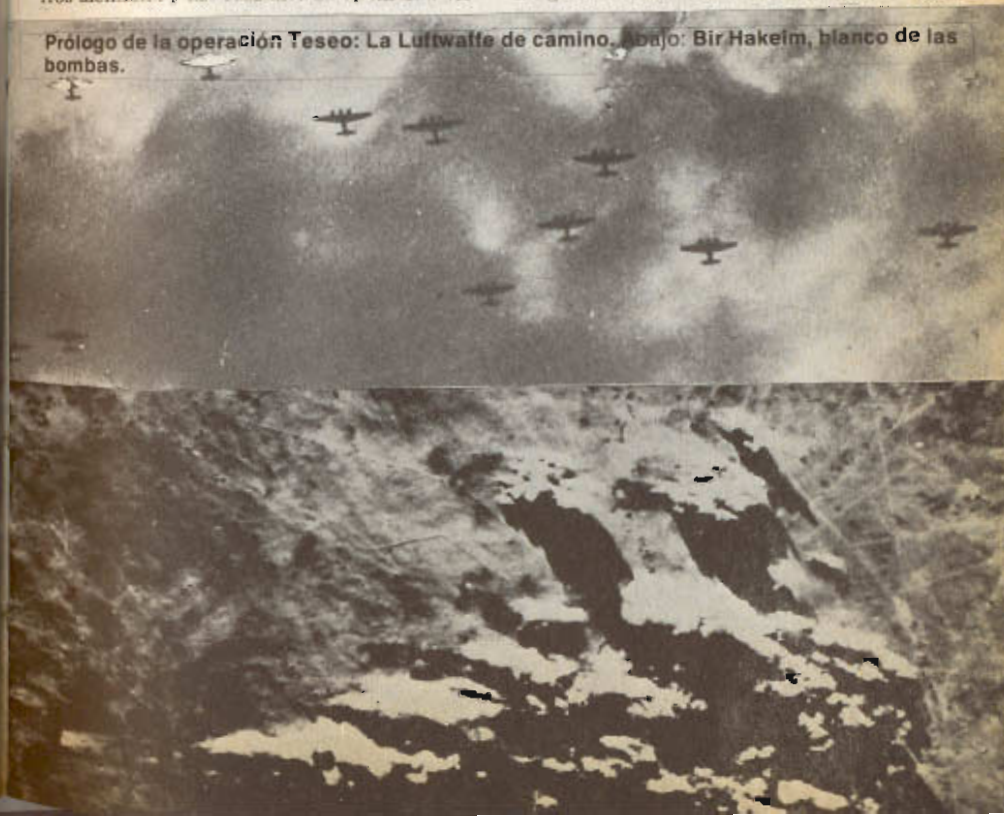


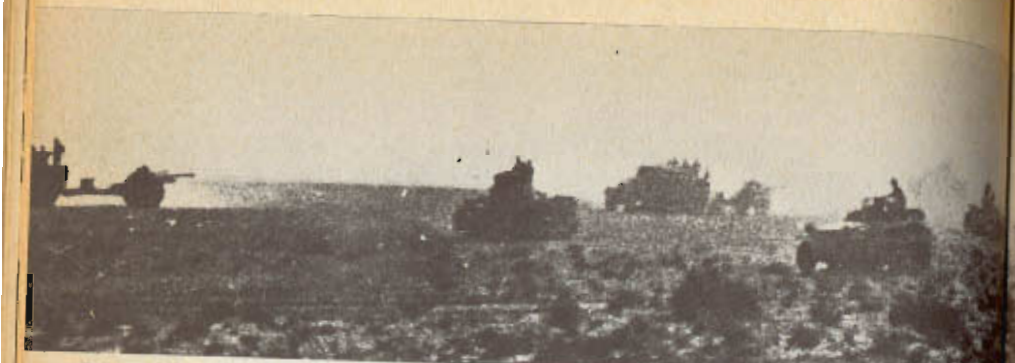
cia de la inmóvil infantería en no verse privada de la asistencia de los blindados, ya que la artillería antitanque de la infantería estaba principalmente compuesta de anticuados cañones de dos libras: sólo habían llegado unas cuantas de las nuevas piezas de seis libras, equivalentes a los cañones de 50 mm. Situadas en el centro y a través del flanco meridional en encontraban la 1.ª y la 7.ª Divisiones Acorazadas, conteniendo la primera sólo una (y no completa) de sus dos brigadas acorazadas. El XIII Cuerpo era responsable de la línea de frente en sí y de la costa, mientras el XXX Cuerpo se encontraba al cargo de las tropas motorizadas y de Birk Hakeim.

Frente a la concentración del general Ritchie, Rommel podía presentar cuatro divisiones italianas de infantería agrupadas en dos cuerpos, el X y el XXI, dotados de perfecta cohesión por grupos escogidos de infantería alemana, y agrupados sobre la línea de Gazala bajo el mando del general Cruewell. Esos contingentes eran llamados «Grupo Cruewell». Los elementos motorizados decisivos eran el XX Cuerpo italiano, con la División Acorazada «Ariete» y la Motorizada «Trieste», y el Deutsches Afrika Korps, con sus dos veteranas divisiones Panzer y la agregada 90.ª Ligera.

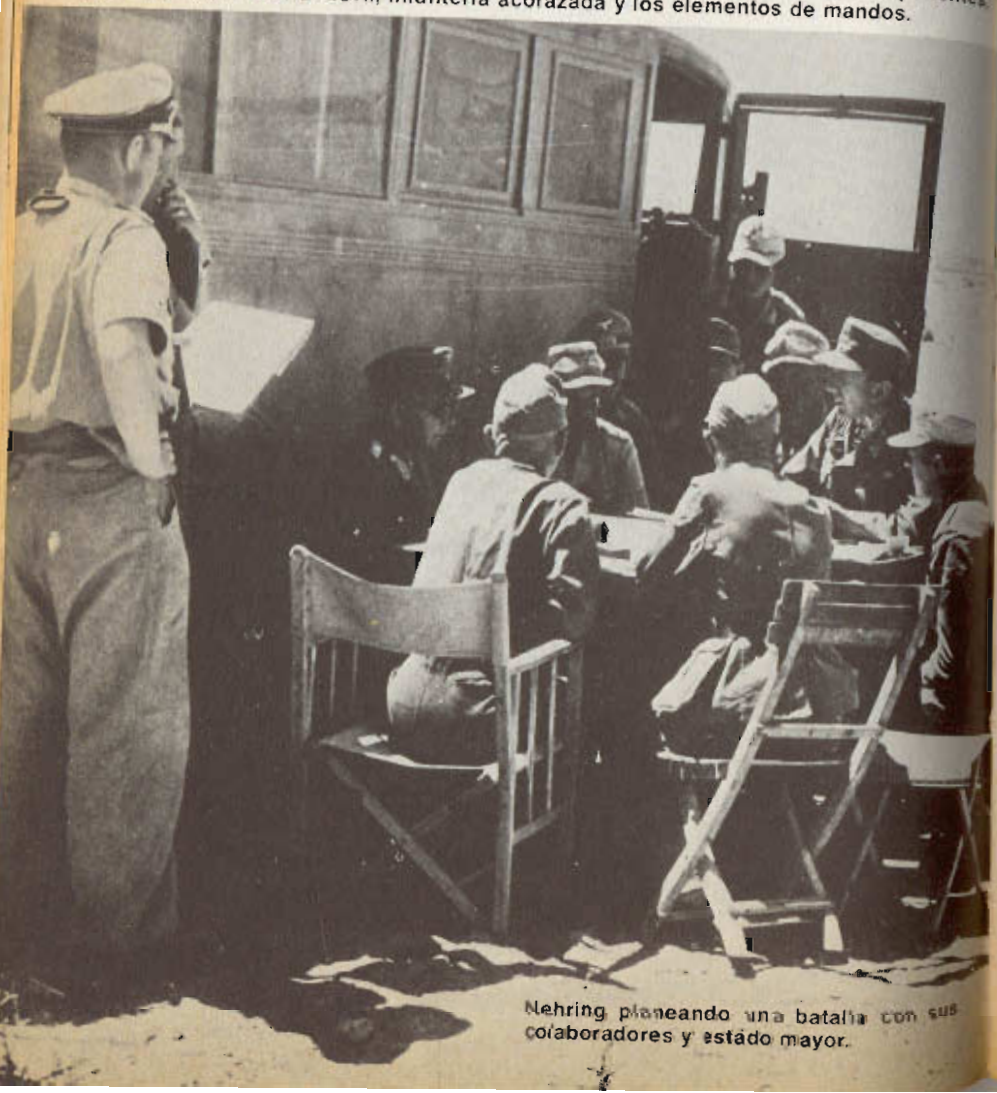
En términos numéricos, 90.000 hombres del Eje se enfrentaban a 100.000 ingleses; 332 carros alemanes y 228 italianos se oponían a 849 británicos; y en el aire, 497 aviones en servicio del Eje superaban a los 190 aparatos en servicio ingleses, si bien ambos bandos podían conseguir muchos más de los teatros de guerra vecinos. De este modo, los alemanes tenían también la primacía en el aire, ya que su caza Messerschmitt Bf 109 F conseguía prestaciones mucho mejores que las de sus rivales. En lo referente a suministros, los ingleses disfrutaban de auténticos lujos si se les comparaba con sus adversarios, con el paso de cada día sus reservas aumentaban. En gran parte, ésto era debido a que la línea férrea procedente de Egipto se extendía ya hasta Belhamed, por lo que había que depender menos de la azarosa ruta marítima hasta Tobruk. En conjunto, la Luftwaffe logró un considerable éxito en obstaculizar los transportes marítimos y terrestres. Pero situando sus bases de abastecimiento cerca del frente con vistas a unas operaciones defensivas, los ingleses no olvidaron la necesidad de redoblar su protección, en caso de que tuviera que emprenderse una acción defensiva. Y hacia mediados de mayo, el general Auchinleck comprendió que el ataque de Rommel imposibilitaría el suyo, considerando posible que la principal embestida se dirigiese hacia el centro, a fin de seguir directamente hasta Tobruk. Pero Ritchie consideraba más probable que el ataque se dirigiese contra el Sur de Bir Hakeim, como

Prólogo de la operación Teseo: La Luftwaffe de camino. Abajo: Bir Hakeim, blanco de las bombas.

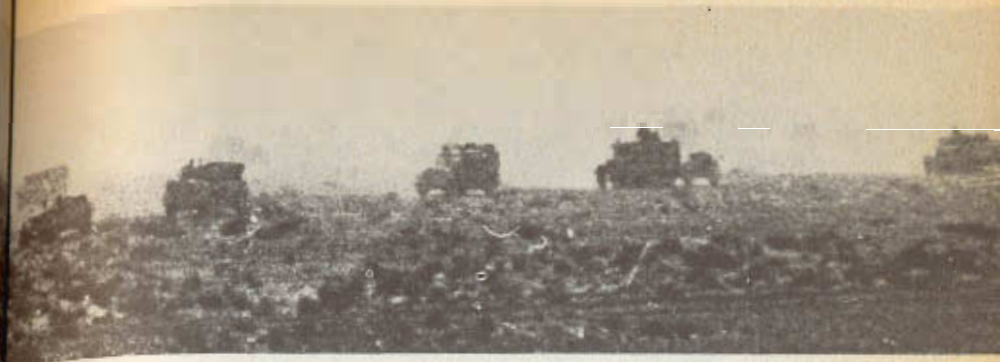




El grupo de combate en avance. Aquí formaron la mayor parte de sus componentes, como carros, artillería móvil, infantería acorazada y los elementos de mandos.



Nehring planeando una batalla con sus colaboradores y estado mayor.



parte de una amplia maniobra de flanqueamiento. En el desierto, las restricciones administrativas son omnímodas: lo mismo se alienta a un jefe de fuerzas a que vaya lo más lejos que pueda y le permitan las líneas de abastecimiento, eludiendo cuantos obstáculos sean posibles en un esfuerzo por ocupar territorios vitales en la retaguardia enemiga, que se le permite martillear a potencia plena utilizando la simple fuerza bruta. En aquel caso, Rommel efectuó una finta, mandando al Grupo Cruewell a que hiciese acto de presencia en el centro durante la noche del 26 de mayo, pero hizo que el Afrika Korps y el XX Cuerpo se dirigieran hacia el Sur, según lo esperado por Ritchie. A continuación se proponía dirigirse hacia Acroma, siendo las instrucciones del Afrika Korps y del XX Cuerpo destruir las fuerzas acorazadas inglesas mientras la 90.ª Ligera atacaba las bases de abastecimiento situadas entre El Adem y Belhamed, aparte de efectuar sobre la marcha cuantas presas fuesen posibles. Toda la masa de ataque sería abastecida por cuatro columnas de transporte durante cuatro días.

Fundamentalmente, el éxito del plan de Rommel dependía de la eliminación del *box* de Bir Hakeim, maniobra que llevaría aparejada la predecible reacción de los blindados ingleses. La Brigada Francesa Libre que ocupaba el *box* podía interrumpir la línea de suministros que abastecía al Afrika Korps. En consecuencia, esta inicial eliminación debiera haber contado con la máxima prioridad. Sin embargo, Rommel asignó la misión —sin darle excesiva importancia— al XX Cuerpo. Se esperaba que las fuerzas acorazadas inglesas luchasen con su acostumbrada falta de cohesión, pero su despliegue más al Sur de lo esperado resultó una sorpresa, revelando la perspectiva con que Ritchie adivinó el plan de Rommel. Además Ritchie, por escrito (aunque no posteriormente de hecho) estuvo de acuerdo con Auchinleck en que los blindados debían actuar al unísono. Por tanto, los planes preliminares ingleses no permitían en absoluto que Rommel lograse los suyos.

Pero los planes son una cosa y su ejecución otra, y la batalla que siguió no se atuvo en lo más mínimo a los planes: inexorablemente, se convirtió en un ejemplo de la capacidad de los altos mandos para sacar conclusiones e improvisar sobre la marcha, y de la habilidad de los soldados para adaptarse a una serie de situaciones inesperadas.

Parte del XX Cuerpo italiano —la División «Trieste»— perdió el rumbo y quedó encallada en la arena camino de Bir Hakeim durante la noche del 26 de mayo, y «Ariete», a la mañana siguiente, no sorprendió en absoluto a la Brigada Francesa Libre del *box*. De todas maneras, las pocas probabilidades que Rommel tenía de actuar por sorpresa se evaporaron en cuanto el Afrika Korps se puso en marcha, ya que el contingente fue detecteado y seguido por carros sudafricanos durante toda la noche. De este modo la abierta actividad de Cruewell y la infantería italiana más los carros prestados por el Afrika Korps desplegaron durante la tarde del 25 no sirvió absolutamente de nada. Los ingleses se encontraban plenamente alertas. Sin embargo, los alemanes no tardaron en advertir que su enemigo no había aprendido nada de las pasadas experiencias, porque en seguida salieron a relucir los mismos errores británicos. La 3.ª Brigada Motorizada, actuando en solitario, fue dispersada casi a placer por «Ariete» y parte de la 21.ª Panzer, y poco después la 4.ª Brigada Acorazada, luchando también aisladamente, perdió casi la mitad de sus efectivos frente a la 15.ª Panzer y, lo que aún fue peor, tuvo que abandonar el campo de batalla.

El Afrika Korps y la 90.ª Ligera siguieron adelante, capturando la segunda al jefe y al estado mayor de la 7.ª División Acorazada, y atacando la primera a la 22.ª Brigada Acorazada cuando compareció en solitario, lo cual costó a la 22.ª Brigada 30 de sus carros. Para inicial delicia (pero no sorpresa) de Rommel,

Regalo para Rommel. Un cañón de campaña inglé de 25 libras abandonado.

Sorpresa para Rommel. Un blindado Grant averiado.

las formaciones inglesas fueron ofreciéndose una a una a la destrucción de sus grupos de combate, mientras la 90.ª Ligera se apoderaba de algunos almacenes de suministros de la retaguardia. Pero llegada la tarde, el contento de Rommel se trocó en inquietud cuando, repentinamente, casi tres brigadas de blindados ingleses convergieron sobre sus columnas desde ambos lados, en el mismo momento en que los alemanes se dirigían contra el *box* ocupado por la 201.ª Brigada de Guardias en Knightsbridge. Inmediatamente, los nuevos blindados Grant hicieron notar su presencia de forma mucho más pronunciada que cuando aquella mañana aparecieron por vez primera. Al ser alcanzados, los PzKw III y IV estallaron en llamas, mientras que los Grant permanecían incolumes a los disparos alemanes. El equilibrio técnico se había vuelto contra el Afrika Korps, el cual tuvo que reajustar inmediatamente su estrategia.

Al anochecer, la posición de Rommel no era en absoluto tan satisfactoria como él había esperado. «Ariete» no logró capturar Bir Hakeim; la 90.ª Ligera se encontraba cerca de El Adem, aislada y sufriendo fuertes ataques aéreos; y la 15.ª Panzer había quedado inmovilizada por falta de combustible en las proximidades de Knightsbridge. Así, el 28, sólo la 21.ª Panzer pudo efectuar un avance ofensivo hacia la costa (capturando el Commonwealth Keep* en la retaguardia de la infantería inglesa de la costa), mientras «Ariete» bordeaba Bir Hakeim sólo para chocar con las fuerzas acorazadas inglesas antes de lograr hacer contacto con el Afrika Korps. Entre tanto, la 90.ª Ligera retrocedió ante la 4.ª Brigada Acorazada y marchó hacia el Sur y el Oeste para evitar ser destruida.

A nadie podía escapársele el hecho de que, llegada la mañana del día 29, las fuerzas motorizadas de Rommel habían fracasado totalmente en su misión, y se encontraban ahora en grave peligro, situación de la que el Panzerarmeee fue tomando paulatina conciencia al irse enterando de que sus líneas de abastecimiento al Sur de Bir Hakeim habían sido cortadas y de que los campos minados ingleses que eslabonaban aquel *box* con el frente septentrional eran mucho más extensos de lo previsto. Se iniciaron los trabajos para abrir una pista a través de la zona de minas, ignorando el hecho de que el extremo de la misma sería bloqueado por el total de la 150.ª Brigada inglesa, que se ocultaba en un *box* de las proximidades de Sidi Muftah. En consecuencia, el Afrika Korps no podía recibir provisiones por aquellas ruta hasta que se despejase un camino a través de las minas y el *box* de la 150.ª Brigada—cuya existencia aún se desconocía—fuese eliminado.

Mientras, con el acercamiento de las fuerzas acorazadas inglesas, las bajas y las dificultades alemanas iban en aumento. Cruewell cayó prisionero: von Vaerst, jefe de la 15.ª Panzer, resultó herido, y varias unidades de infantería alemanas fueron arrolladas. Las provisiones —en especial el agua y el combustible— comenzaron a faltar, y sólo se consiguió que llegaran las suficientes para aquel día porque el mismo Rommel en persona marchó a buscarlas en cabeza de la columna. Pero tan precarias condiciones no podían prolongarse mucho.

Durante todo el día 29, los alemanes que habían llegado al Este de la línea de Gazala se retiraron para concentrarse al Norte y al Este del *box* de la 150.ª Brigada, formando su propio perímetro defensivo—que recibió el nombre de «La Bolsa»—, mientras, desde el Oeste, las divisiones italianas del Grupo Cruewell (mandadas interinamente por Kesselring, que había llegado en visita de inspección) iniciaron la dificultosa apertura en los campos de minas de pistas por las que pudieran enviarse directamente provisiones al Afrika Korps.

Ahora se inició una carrera contra el reloj. Rommel, simultáneamente, debía despejar una pista y mantener a raya a las fuerzas acorazadas británicas. De este modo, durante los días 29, 30 e incluso 31, cupo la posibilidad de que se cuplieran las órdenes del general Ritchie de aniquilar al Afrika Korps mientras se encontraba a la defensiva. En el *box* de la 150.ª Brigada había provisiones para 21 días, si bien, bajo las tensiones del combate, éstas podían consumirse siete veces más de prisa que lo calculado. No obstante, todo el grueso de las tres brigadas acorazadas inglesas se encontraba concentrado en las proximidades, parte de la 1.ª Brigada de carros había pasado al *box*, y la 32.ª Brigada de carros estaba concentrándose al Norte de «La Bolsa», mientras Ritchie aguardaba a que la situación se aclarase. Mientras, los hombres de Rommel trabajaban en la apertura de la pista a través del campo de minas, al tiempo que su concentración en «La Bolsa» iba tomando forma, hasta que, súhitamente, se dieron cuenta de que la proyectada pista de abastecimientos se encontraba dominada por el *box* de la 150.ª Brigada.

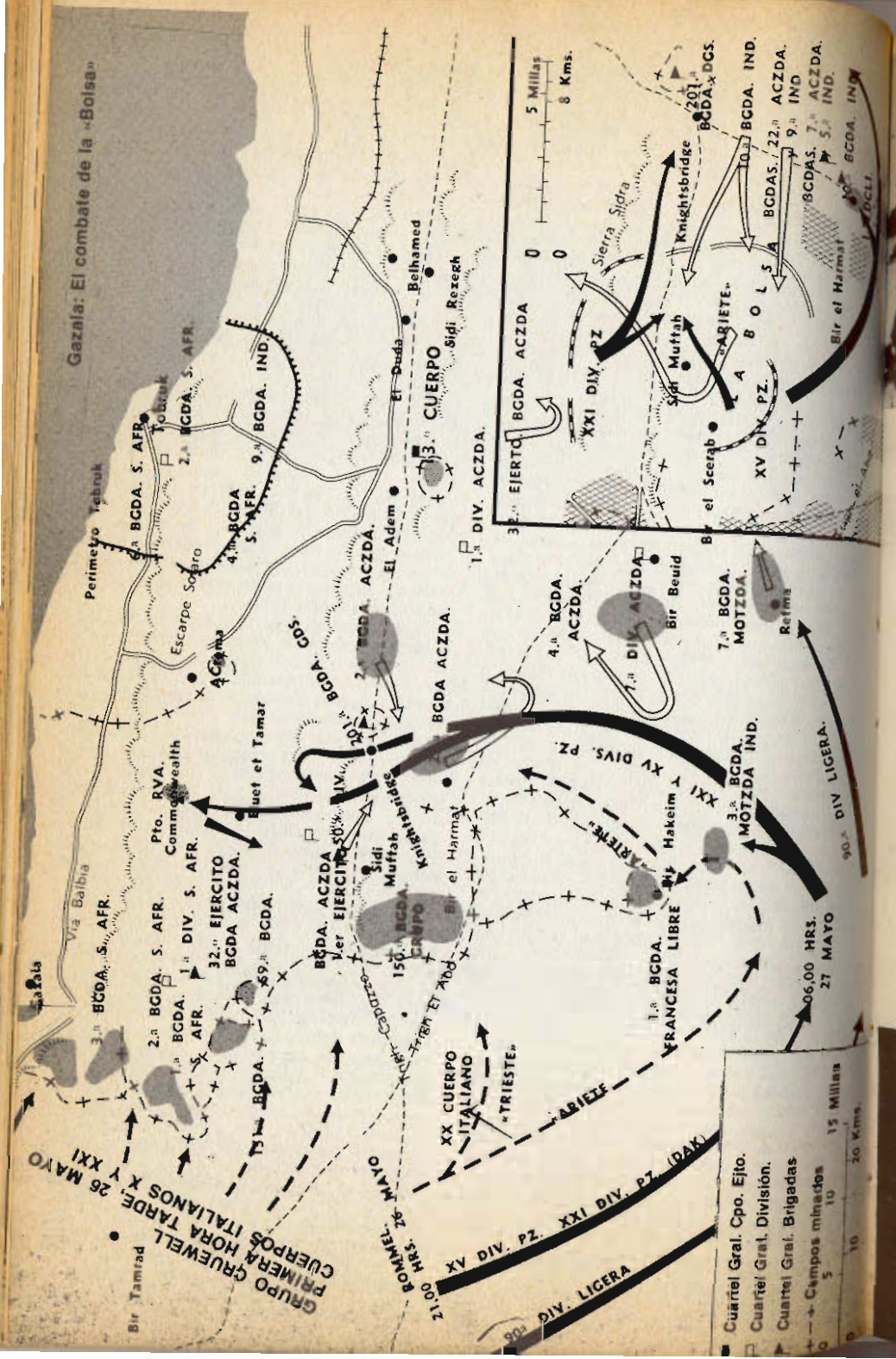
Ese descubrimiento, que se produjo durante la noche del 29 y 30, trastocó totalmente los planes de Rommel. Ya no le era posible proyectar ambiciosas maniobras contra las fuerzas acorazadas inglesas ni contra Bir Hakeim: la simple supervivencia se colocó en un absoluto primer plano.

La sorpresa del Afrika Korps y de Rommel ante la potencia de los carros Grant no fue nada comparada con su asombro ante el hecho de que, encontrándose ellos encajonados contra el campo de minas y el *box* de la 150.ª Brigada, no fueran objeto de un ataque masivo de blindados desde el Norte y el Este. En realidad, los mandos ingleses estaban meditando profusamente sobre el premio que pronto se les vendría a las manos—sin que, quizá, hiciera casi falta luchar en el caso de que a Rommel se le acabasen las provisiones—, pero desgraciadamente para ellos, cuanto hicieron fue meditar—durante una semana entera—, y no efectuaron un solo ataque de importancia hasta el 5 de junio.

El problema radicaba en que en el Octavo Ejército las decisiones del alto mando se tomaban a control remoto, celebrando el general Auchinleck desde El Cairo conferencias a larga distancia con Ritchie y sus jefes de cuerpo, mientras los mandos divisionales con frecuencia debían tomar iniciativas aisladas a falta de una coordinación desde los altos mandos. En el Panzerarmee, las decisiones se tomaban de modo directo e inmediatamente, haciendo uso de todos los datos asequibles, y de forma rápida y segura (acertada o erróneamente), según el criterio de una sola persona: Erwin Rommel.

A última hora del 30, las defensas alemanas de «La Bolsa» parecían bastante seguras, pero la falta de suministros de refresco (debida a que el *box* de la 150.ª Brigada continuaba interponiéndose en el camino) reducía a la nada esa aparente fortaleza. Cuando un

* Lit.: «Alcázar». Bastión de reserva en el que resistir en caso de retirada. N. del T.



Bombardeo: La artillería de campaña del Afrika Korps martillea las posiciones inglesas.

oficial inglés se quejó el día 31 de que la ración de agua no bastaba a las necesidades de los prisioneros, Rommel replicó: «Reciben ustedes exactamente las mismas raciones que el Afrika Korps y yo mismo: media taza. Pero reconozco que no se puede continuar así. Si esta noche no consigue llegarnos ningún convoy, tendré que pedir condiciones al general Ritchie.» Y fijó como límite el mediodía del 1.

Ayudado una vez más a equilibrar sus fuerzas con las del enemigo, por el hecho de que los ataques aislados y carentes de coordinación de la infantería y los blindados ingleses se habían estrellado contra las barreras de antitanques que defendían los escarpes que rodeaban «La Bolsa», Rommel martilleó febrilmente contra el *box* de la 150.ª Brigada, mediante la artillería y los bombardeos en picado, preparándose para un ataque a degüello que se efectuaría a primera hora del 1 de junio. Aquellas sería su última oportunidad.

Entre el asfixiante polvo, el agobiante calor y el clamor de las armas y las máquinas, los sedientos ingleses presentaron una tenaz defensa, agobiados por la desesperación y el aislamiento, aunque siempre en la esperanza de que la ayuda no tardaría en llegar. Por desgracia, el general Ritchie parecía incapaz de hacer otra cosa que exhortarles a resistir, y durante toda la mañana, la infantería y los blindados lucharon enconadamente entre las posiciones británicas. A primera hora de la tarde, todo había terminado. Rommel había superado su límite y ya no quedaba más que enterrar a los muertos y evacuar a los prisioneros. Liego, casi como homenaje de despedida a sus muertos, los ingleses lanzaron un tibio ataque aquella noche, ataque que constituyó un fracaso total y fue tomado por los alemanes como una simple maniobra de reconocimiento, pese a que el nutrido fuego artillero hirió al jefe de estado mayor de Rommel, el general Gause.

En Gazala, los ingleses lucharon intermitentemente, a base de arranques en falso. Toda acción de importancia se desarrolló lenta y trabajosamente. Cada golpe recibido producía una pausa para la recapacitación; pausa que interrumpía la continuidad y la fluidez necesaria para potenciar toda acción de movimiento. El Afrika Korps casi nunca hizo pausas (a no ser por falta de combustible) y, siguiendo el bien probado aforismo de que en la guerra de fuerzas acorazadas uno no se puede permitir la inmovilidad, mantuvo a sus enemigos en constante incertidumbre. De este modo el Afrika Korps, al tiempo que se reeuperaba en el interior de «La Bolsa», martilleó contra el *box* de la 150.ª Brigada, alzó defensas más fuertes en previsión del ataque que, según preveían, les llegaría del Este, y planeó su siguiente golpe ofensivo: la eliminación de Bir Hakeim.

Un 88 por la noche.

Prisioneros ingleses. Los centinelas son italianos, pero los transportes son de origen mixto.

Dejando en «La Bolsa» al Afrika Korps y a «Ariete», la 90.ª Ligera y «Trieste» se dirigieron hacia el Sur para enfrentarse a los franceses libres, y la Luftwaffe efectuó bombardeos en preparación del esfuerzo supremo. Pero aunque los diez días de martilleo—del 2 al 10 de junio—contra aquella formidable posición captaron la atención de todo el frente (y más tarde de todo el mundo), eso no alteró en modo alguno el hecho de que las circunstancias auténticamente defensivas se producían dondequiera que estuviese el Afrika Korps.

A primeras horas del 5 de junio, el general Ritchie lanzó al fin su ataque contra «La Bolsa», y en aquellas fechas el total del Panzerarmee y el cuartel general del Afrika Korps no se encontraban muy lejos del centro de la batalla: por el Norte, la 21.ª Panzer protegía un flanco; por el Sur, la 15.ª Panzer, el otro. En realidad, ambas se encontraban ocupadas en abrir brechas a través del campo minado por las cuales, al día siguiente, se proponían batir la zona de Bir el Harmat, a fin de apoderarse de los carros averiados. «Ariete» defendía la cara oriental de la depresión, y fue en ella donde, a las 02.10 horas del día 5, cayó una lluvia de fuego artillero, haciendo que los vigías de «La Bolsa» escrutasen nerviosamente el horizonte, iluminado por los relámpagos de los disparos. La escena era impresionante pero sus efectos resultaron del todo inútiles ya que «Ariete» no tardó en informar que los artilleros ingleses estaban batiendo zonas vacías del desierto.

No obstante el asalto nocturno de la infantería india que siguió al bombardeo lo arrolló todo a su paso. «Ariete» cedió y los blindados ingleses irrumpieron por la brecha llegando hasta el centro de «La Bolsa» aunque poniéndose tamnbién a tiro de los artilleros del Afrika Korps, cuya eficiencia no se había mermado en absoluto. Se trataba de una emboscada perfecta, de la que la huida era la única salvación. Bastante asombrados por la forma en que a veces los ingleses efectuaban ataques sin utilizar apenas la cobertura artillera, y en que en otras ocasiones enviaban carros cuyas actividades no coincidían en absoluto con las operaciones de la infantería, los del Afrika Korps escogieron sus dianas casi a placer, y a primera hora de la tarde continuaban siendo dueños absolutos de «La Bolsa», excepto de los lugares de la cara Este, donde se produjo la penetración inicial. Un desordenado ataque de la 32.ª Brigada de carros contra el lado Norte fue toralmente rechazado, sufriendo los británicos la pérdida de 60 blindados.

Aquello dio a Rommel su oportunidad. Por las fortuitas brechas abiertas en el campo de minas meridional, salió la 15.ª Panzer y, después de rodear el flanco Sur, se unió a las unidades enviadas desde Bir Hakeim, y luego arrolló casi todas las unidades que aguardaban para atacar «La Bolsa» desde el Este. A continuación, la 21.ª Panzer atacó hacia el Este desde «La Bolsa». A las pocas horas, las unidades inglesas que no habían resultado destruidas se encontraban aisladas, con sus altos mandos o aplastados o disgregados, y pensando únicamente en escapar y autoprotegerse. Y el general Ritchie, según parece, apenas se dio cuenta de lo ocurrido ni de cuáles eran los augurios.

Pero el Afrika Korps y Rommel se dieron perfecta cuenta, en especial cuando al día siguiente no se produjo ningún contraataque serio de las fuerzas acorazadas inglesas. Los británicos habían vuelto a retirarse para recuperar su fortaleza y reanudar el debate sobre el «mando», y deliberar acerca de otro plan estéril. Para los ingleses que dominaban la carretera de la costa, con su línea retranqueada tras Knightsbridge y con las fuerzas acorazadas dispersas, el tiempo permanecía inmóvil. Pero para la Brigada francesa de Bir Hakeim (unos pocos de cuyos miembros, dicho sea de paso, eran alemanes que, en la preguerra, se alistaron en la famosa Legión Extranjera francesa), el tiempo perdió todo significado entre el diluvio de bombas, metralla y ataques. Hasta la derrota inglesa en «La Bolsa» lucharon con convicción; luego, la cosa se convirtió en una cuestión de honor nacional, ya que la única ayuda que podía llegarles era de los aviones dce caza. Comprendiendo esto, Rommel, confiado, dividió al Afrika Korps, enviando una mitad a que vigilase a Ritchie en el Norte, y al resto de las fuerzas a que reforzaran a la 90.ª Ligera y a «Trieste» en sus vanos esfuerzos por imponerse a la guarnición. Rommel calculaba que, con Bir Hakeim en su poder, habría recorrido la mitad del camino hacia su meta inicial de operar libremente en la retaguardia inglesa.

Podría alegarse que Rommel pudo aislar Bir Hakeim con fuerzas ligeras y aprovechar inmediatamente la ventaja conseguida el día 5 en «La Bolsa». Pero en su comportamiento durante esta fase de la batalla de Gazala existe una sutil diferencia con su ejecutoria anterior e, indudablemente, con su empleo del Afrika Korps en los momentos críticos de «Crusader». En esta ocasión, contuvo los impulsos de efectuar un ataque a fondo, concentrándose en la meticulosa destrucción del enemigo. Como hemos visto, llegó al extremo de destacar blindados del Afrika Korps a fin de utilizarlos como parte de un meticulosamente planeado asalto de infantería contra Bir Hakeim, actuando eu forma similar a como lo hubieran hecho los británicos.

En realidad, únicamente la infantería dc la 15.ª Panzer intervino en el ataque final contra los franceses, pero el hecho de que sus blindados ocuparan aquella zona del desierto durante la noche del 10 al 11, cuando los franceses, ya en las últimas, recibieron permiso de Ritchie para retirarse, dejó al Akrika Korps en situación de intentar una vez más lo que no había logrado el primer día de la ofensiva: abrirse paso hasta la costa. En esta ocasión, sin embargo, el Afrika Korps se encontraba a más de mitad de camino de su objetivo, ya que la 21.ª Panzer y «Ariete» continuaban defendiendo «La Bolsa», y sus líneas de abastecimiento funcionaban sin obstrucción alguna. El contingente de carros había disminuído, desde luego. Al Afrika Korps únicamente le quedaban 124, y 60, a «Ariete», y la infantería había sufrido bajas aún mayores; pero la moral era altísima. Los ingleses,cuyos contingentes de blindados era de 285—incluidos 83 Grant—el día 12, estaban totalmente desmoralizados.

Basándose en el pleno conocimiento de que, una vez más, los mandos ingleses se encontraban discutiendo entre ellos (la radio seguía constituyendo una espléndida fuente de información), Rommel desplegó sus fuerzas en abanico desde Bir Hakeim. El segmento derecho del abanico (la 90.ª Ligera) se dirigió hacia el Sur dc El Adem; el centro (la 15.ª Panzer), hacia El Adem, cubriendo «Trieste» la brecha entre «Ariete» y la 21.ª Panzer, que ya proyectaba el segmento izquierdo en torno a «La Bolsa». Teóricamente, el segmento derecho podría haber sido aniquilado en el abierto terreno del desierto, ya que, al apartarse de la entremezclada confusión que reinaba entre Bir Hakeim y «La Bolsa», las columnas en avance se expusieron al ataque de la R. A. F., que hasta entonces no había podido actuar por miedo a bombardear a amigos y enemigos por igual. Además, también se expusieron a sufrir el ataque de dos de las trres brigadas acorazadas inglesas situadas en las proximidades de Knightsbridge.

Durante la mayor parte de los días 11 y 12, mientras las columnas de su flanco derecho avanzavan tentativamente, Rommel aguardó un contraataque británico, pero éste no se produjo. La 15.ª Panzer ascendió lenta y precavidamente desde el Sur, lanzando sólo un ligero ataque de tanteo sobre Knightsbridge. Convencido al fin de que no se trataba de una trampa, Rommel decidió lanzar la ofensiva. Ordenó a la 21.ª Panzer que abandonase «La Bolsa» y atacara por la retaguardia a los ingleses mientras éstos tenían la atención fija en la 15.ª Panzer. Para los alemanes que escuchaban las emisiones radiofónicas británicas, parecía que la falta de actividad fuese producto de una tajante negativa a obedecer las órdenes de avanzar. En realidad, el motivo era casi igualmente grave: se trataba de un desacuerdo típico entre los mandos (que habían adoptado el insidioso hábito de distribuir las órdenes), uno de los cuales se había perdido mientras se dirigía aceleradamente a otra conferencia más. Sumidas en la incertidumbre, la 22.ª y la 4.ª Brigadas Acorazadas inglesas se mantuvieron inmóviles, plenamente expuestas a ser dominadas—destino que no tardaron en correr—para ser luego colocadas al borde de la destrucción cuando la 22.ª Brigada Acorazada, que se dirigía apresuradamente hacia el Sur en respuesta a las llamadas de ayuda de sus compañeros, se vio metida en un diluvio de certerísimo fuego.

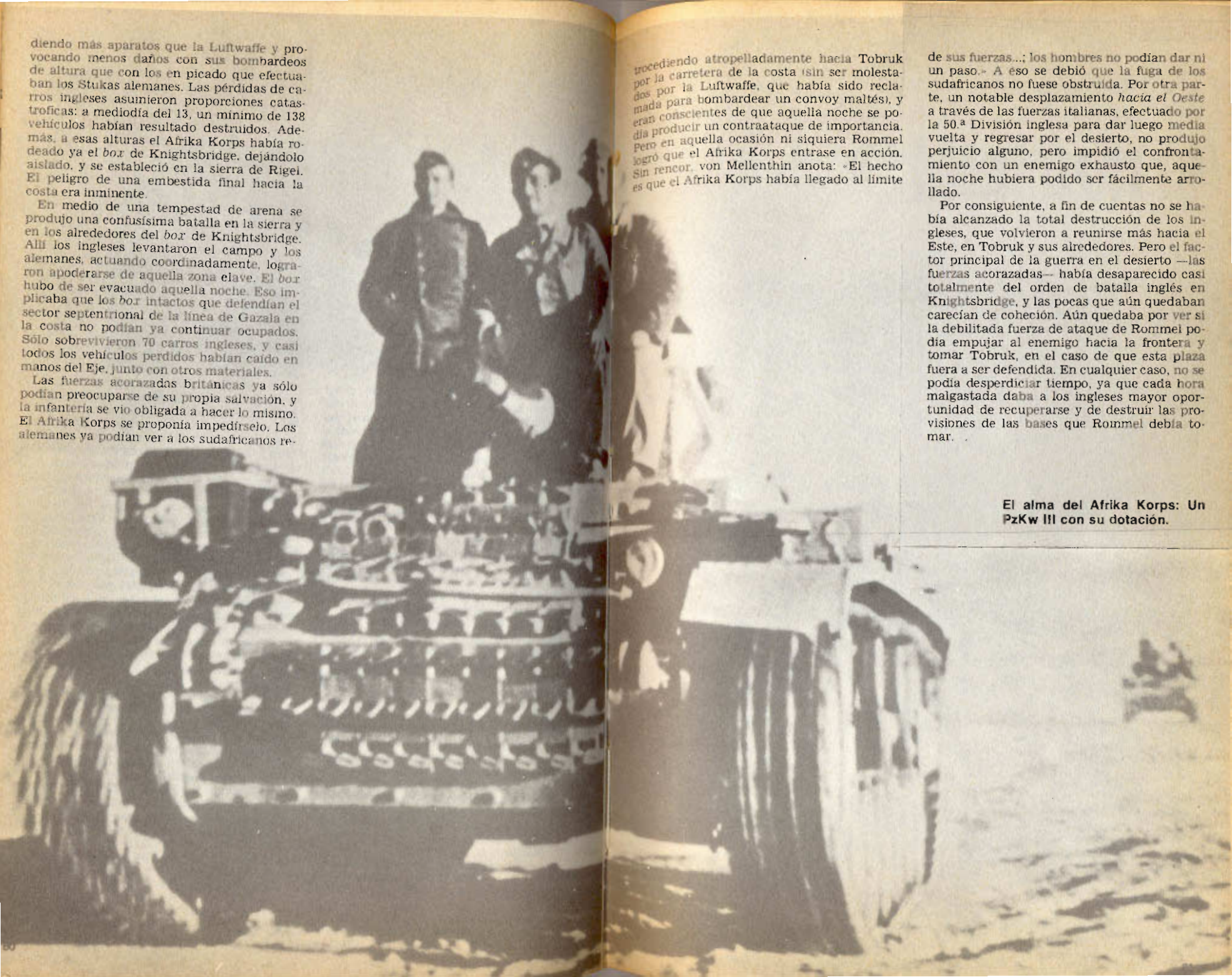
El general Ritchie hubiera tenido motivos para repetir la exclamación del almirante Betty en Jutlandia, cuando sus cruceros de batalla comenzaron a volar uno tras otro: «¿Qué les pasa hoy a nuestros malditos barcos?» En esencia, la respuesta hubiera sido la misma en ambos casos: armas y proyectiles de mejor calidad, apuntados por medio de miras superiores se imponían a un enemigo valeroso y luchador que, en el instante vital, había sido estratégicamente superado. También en el aire llevaron los ingleses las de perder, per-

diendo más aparatos que la Luftwaffe y provocando menos daños con sus bombardeos de altura que con los en picado que efectuaban los Stukas alemanes. Las pérdidas de carros ingleses asumieron proporciones catastróficas: a mediodía del 13, un mínimo de 138 vehículos habían resultado destruidos. Además, a esas alturas el Afrika Korps había rodeado ya el *box* de Knightsbridge, dejándolo aislado, y se estableció en la sierra de Rigel. El peligro de una embestida final hacia la costa era inminente.

En medio de una tempestad de arena se produjo una confusísima batalla en la sierra y en los alrededores del *box* de Knightsbridge. Allí los ingleses levantaron el campo y los alemanes, actuando coordinadamente, lograron apoderarse de aquella zona clave. El *box* hubo de ser evacuado aquella noche. Eso implicaba que los *box* intactos que defendían el sector septentrional de la línea de Gazala en la costa no podían ya continuar ocupados. Sólo sobrevivieron 70 carros ingleses, y casi todos los vehículos perdidos habían caído en manos del Eje, junto con otros materiales.

Las fuerzas acorazadas británicas ya sólo podían preocuparse de su propia salvación, y la infantería se vio obligada a hacer lo mismo. El Afrika Korps se proponía impedírselo. Los alemanes ya podían ver a los sudafricanos retrocediendo atropelladamente hacia Tobruk por la carretera de la costa (sin ser molestados por la Luftwaffe, que había sido reclamada para bombardear un convoy maltés), y eran conscientes de que aquella noche se podía producir un contraataque de importancia. Pero en aquella ocasión ni siquiera Rommel logró que el Afrika Korps entrase en acción. Sin rencor, von Mellenthin anota: «El hecho es que el Afrika Korps había llegado al límite de sus fuerzas...; los hombres no podían dar ni un paso.» A eso se debió que la fuga de los sudafricanos no fuese obstruida. Por otra parte, un notable desplazamiento *hacia el Oeste* a través de las fuerzas italianas, efectuado por la 50.ª División inglesa para dar luego media vuelta y regresar por el desierto, no produjo perjuicio alguno, pero impidió el confrontamiento con un enemigo exhausto que, aquella noche hubiera podido ser fácilmente arrollado.

Por consiguiente, a fin de cuentas no se había alcanzado la total destrucción de los ingleses, que volvieron a reunirse más hacia el Este, en Tobruk y sus alrededores. Pero el factor principal de la guerra en el desierto —las fuerzas acorazadas— había desaparecido casi totalmente del orden de batalla inglés en Knightsbridge, y las pocas que aún quedaban carecían de cohesión. Aún quedaba por ver si la debilitada fuerza de ataque de Rommel podía empujar al enemigo hacia la frontera y tomar Tobruk, en el caso de que esta plaza fuera a ser defendida. En cualquier caso, no se podía desperdiciar tiempo, ya que cada hora malgastada daba a los ingleses mayor oportunidad de recuperarse y de destruir las provisiones de las bases que Rommel debía tomar.



El alma del Afrika Korps: Un PzKw III con su dotación.

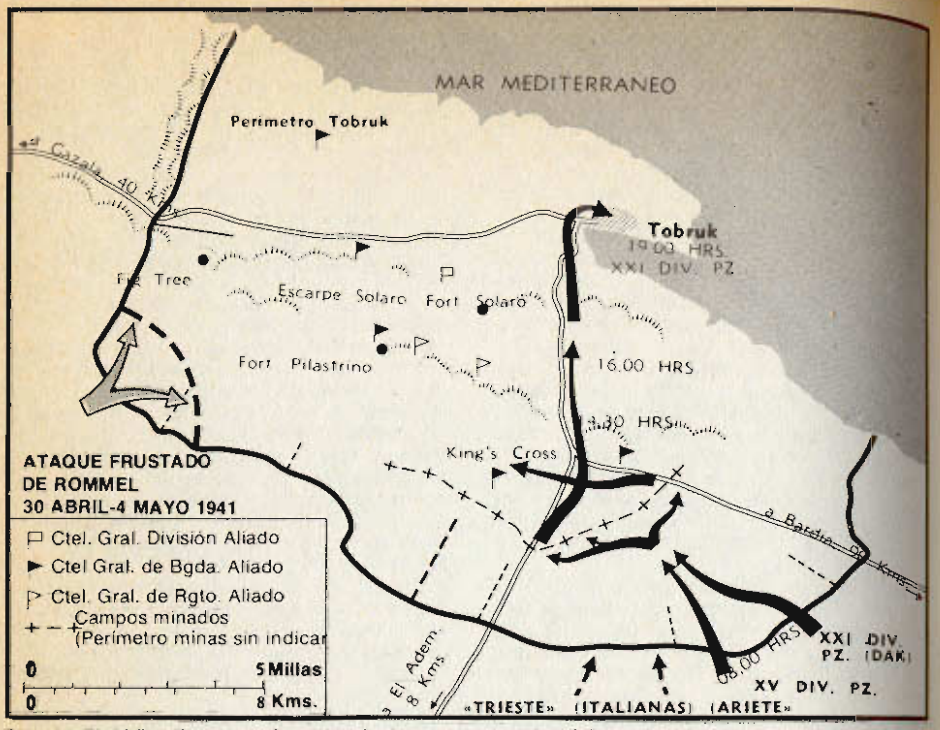
Tobruk el lazo fatal

El 15 de junio, la máxima ambición de Rommel era tomar Tobruk. Por su parte, los ingleses vacilaron, dudando entre luchar o no por la plaza, ya que las defensas carecían de la fortaleza de un año atrás: un miembro del estado mayor que solicitó el plano de los campos de minas lo encontró totalmente anticuado e inútil, ya que muchas minas se habían utilizado para fortalecer la línea de Gazala. Sin enbargo,una decisión de último minuto de fortalecer la guarnición con tropas —predominantemente de infantería— sudafricanas, indias e inglesas, desprovistas de artillería suficiente y con sólo dos débiles batallones de carros, obligó a los ingleses a optar por la lucha, según Rommel esperaba. Y aunque el día 15 algunos fuertes *boxes* ingleses, apoyados por tropas blindadas, obstaculizaron su avance hacia el perímetro de Tobruk Rommel no vaciló. En todos los aspectos —y especialmente en el de la moral—, el Afrika Korps y los italianos demostraron ser un enemigo invencible, ante el cual los ingleses se tuvieron que retirar desordenadamente hacia Egipto.

Rodeando el perímetro por el Sur y arrollándolo todo a su paso (lo cual pordujo nuevas y significativas pérdidas de carros a los ingleses), el Afrika Korps circundó Tobruk el 18, y al día siguiente la 90.ª Ligera ocupó Bardia poniendo una amplia extensión de terreno desértico entre las columnas inglesas más avanzadas y el aislado puerto. El estado mayor del Panzerarmee sólo tuvo que sacar de los archivos los planes inciales de «Crusader» y ponerlos al día; tarea que en un sector fue facilitada al encontrarse un depósito de municiones en el mismo sitio donde se colocó como preparación para las operaciones de noviembre. Rommel dio orden de ataque antes incluso de que se completara el cerco en torno a Tobruk; los ingleses no debían ni tener un respiro ni estar sobre aviso.

De hecho, el plan se basaba en la velocidad. No debía producirse movimiento alguno hacia las zonas de agrupamiento hasta la tarde anterior al ataque, reduciéndose así el reconocimiento y la preparación artillera a una fracción de lo que normalmente hubieran debido ser para una operación de aquellas magnitudes. Teniendo presente que, según los planes iniciales, la toma de Tobruk finalizaría la Operación «Teseo», el cuidadoso empleo que Rommel hizo de sus fuerzas acorazadas indica su premeditada intención de continuar las operaciones de movimientos hacia el Este, una vez Tobruk hubiese caído. Negándose a las sugerencias de utilizar carros para aniquilar los *boxes* británicos aislados entre Tobruk y Egipto, e insistiendo en efectuar el asalto contra el perímetro con infantería e ingenieros apoyados por un fuerte bombardeo —a cargo predominanetemente de la Luftwaffe—, Rommel reservó sus blindados para futuras contingencias.

Ahora Kesselring no escatimó su ayuda, ya que el mariscal del aire creía que una vez Tobruk hubiese caído, «Hércules» (el ataque a



Tobruk: El Afrika Korps se desquita de la penosa prueba del asedio de 1941.

Malta) debía iniciarse inmediatamente, so pena de que la inseguridad en los abastecimientos continuase por tiempo indefinido. Por consiguiente, para el asalto envió cuantos bombarderos pudo reunir en Africa del Norte (unos 150 en total), más unos cuantos procedentes de Creta. El resultado de esto fueron casi 600 incursiones en un solo día, dirigidas en su mayor parte al sector sudeste del perímetro. Por allí se lanzaría todo el peso del Afrika Korps contra un frente reducido que defendía un solo batallón de infantería india. Al mismo tiempo, el XX Cuerpo italiano ampliaría el frente de ataque, lanzándose contra un segundo batallón británico situado a la izquierda. Las líneas defensivas no podían resistir tal ataque.

En cuanto a los defensores, las veinticuatro horas siguientes fueron un inusitado ejemplo de desacertados preparativos para el combate y de estéril pasividad en el frente. Aisladamente, las unidades y los soldados británicos lucharon con valor; pero eso fue todo. Por lo demás, la actuación inglesa careció de toda cohesión; fue sólo una serie de magníficas luchas aisladas. En las abiertas zonas del desierto, el Afrika Korps se había acostumbrado a combatir y derrotar brigadas acorazadas aisladas: en Tobruk se enfrentaron a baterías y a escuadrones blindados aislados en solitaria sucesión, motivo por el cual nunca existieron dudas sobre el resultado final de la batalla.

Ninguna operación bélica se ciñe totalmente al plan, pero el que la inercia del ataque se atenga a un horario planeado puede resultar enormemente alentador, y eso ocurrió con el Afrika Korps desde el principio. En la misma formación en que se agrupó durante la noche, la infantería avanzó con anterioridad al ataque de la Luftwaffe contra las posiciones frontales inglesas, efectuado al amanecer. Menos de dos horas más tarde —a las 07,00— los ingenieros alemanes comenzaron la tarea de salvar el foso mientras la infantería protegida por cortinas de humo, se infiltraba en el perímetro, yendo de trinchera en trinchera, dejando a su paso el terreno limpio de enemigos. A las 08,30, cuando los primeros carros de la 15.ª Panzer cruzaron el foso, los indicios de victoria eran inconfundibles, ya que la réplica inglesa careció de la controlada violencia de hacía un año, el fuego artillero se inició tarde y los tiros cayeron largos, deficiencia crítica en toda defensa. El ritmo del avance se comenzó a aeelerar, dirigido desde la vanguardia por el general Nehring. Sólo se produjeron momentáneas detenciones al entrar en acción baterías enemigas aisladas o cuando aparecieron solitarios escuadrones de blindados. A las 14,00 el Afrika Korps dominaba el fuerte Pilastrino, desde donde podía bombardear el puerto. Destruidas ya las últimas fuerzas acorazadas inglesas, la guarnición se encontraba a merced de un enemigo predominantemente móvil.

Casi ninguno de los defensores logró escapar, ya que el derrumbamiento fue tan rápido que no hubo tiempo para planear una retirada: las últimas tropas inglesas depusieron de mala gana sus armas el día 22 por la mañana, si bien la mayoría ya lo había hecho el 21 por la noche. Para citar las palabras de un italiano: «Todo ocurrió rapidísimamente. En el plazo de unas horas se reconsquistaron las fortificaciones, el puerto y la ciudad. La enorme masa de cascotes y metales retorcidos se encontraba aún caliente, como un inmenso cuerpo recién sacrificado... Pero el caos no impidió a los alemanes colocar centinelas en los almacenes... Había grandes pilas de latas de cerveza, depósitos repletos de blanca harina, cigarrillos y comestibles; whisky por galones; comida enlatada de todo tipo; y toneladas de uniformes...»

El estado mayor de Rommel no tardó en hacer otros hallazgos aún más importantes: considerables reservas de agua y, sobre todo, de vehículos y combustible que habían eludido la destrucción y constituirían la savia vital para toda iniciativa que Rommel decidiera tomar a continuación, puesto que, naturalmente, antes de que en Tobruk sonasen los últimos disparos, Rommel ya estaba afanándose en conseguir que la estrategia del Eje se acomodara a sus criterios. El 21 de junio por la noche Kesselring, satisfecho y cordial, llegó por avión al Cuartel General del Panzerarmee, donde fue recibido por un vibrante Rommel que insistió en que no había que malgastar los frutos de la victoria. Si tenía que efectnarse una invasión de Egipto hasta el canal de Suez antes de que los ingleses se recuperasen, no había tiempo para esperar la toma de Malta. Friamente, Kesserling replicó que, sin apoyo aéreo pleno, un avance como el propuesto fracasaría, y todo el apoyo aéreo iba a ser acaparado por Malta (plaza que incidentalmente, volvía a interferir en las rutas marítimas en cuanto la Luftwaffe dejaba de dedicarle su plena atención para ocuparse en batallas terrestres). Von Melethin dice: «... la discusión se hizo en exceso acalorada». Los dos militares no lograron ponerse de acuerdo y Rommel envió un emisario personal a que expusiera a Hitler sus criterios, y mandó a Mussolini un mensaje en similar sentido.

Al día siguiente, 22 el Afrika Korps toma la fortaleza derrotada

Al día siguiente, Rommel se enteró de que Hitler le había aseendido a mariscal de campo, noticia que celebró ordenando al Afrika Korps que se dirigiese hacia la frontera egipcia, en el supuesto de que Hitler le concedería su permiso a título retroactivo. No se equivocó, ya que Hitler tuvo siempre una tibia opinión acerca de «Hércules» dehido a que temía el fallo de la fuerza de ataque italiana, lo cual implicaría que el Eje tuviera que efectuar un nuevo rescate inmediatamente después de iniciada una gran ofensiva contra el Cáucaso. El 23 de junio, Rommel entró en Egipto, con permiso de ambos dictadores, que habían decidido retrasar «Hércules» hasta septiembre. Para Rommel, aquello no era ningún rubicón: en teoría, siempre estaba a tiempo de retirarse si la oposición aumentaha en exceso.

Frente a él, una asombrada fuerza inglesa se fortificó en Marsa Matruk —de vuelta al lngar donde los británicos se encontraban al principio de la Guerra del Desierto—, ya que su jefe supremo no creía que Rommel contase con recursos para llegar al El Cairo. Su criterio era: «Al Este de Halfaya no existe ninguna posición natural que el enemigo pueda defender con éxito frente a fuerzas superiores.» ¿Volvería a estar en un error, como tan a menudo le había demostrado el Afrika Korps?

El Alamein: la camisa de fuerza

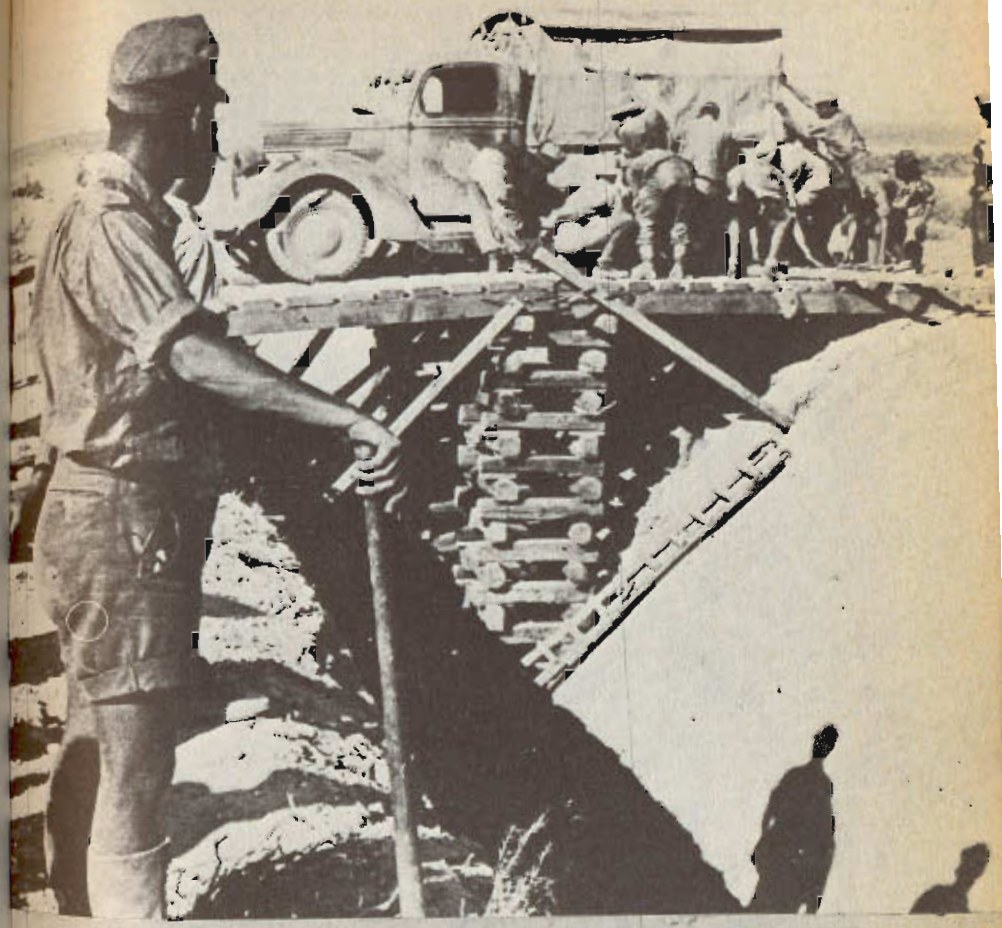
En el campo de la estrategia de campaña, el oportunismo puede ser una virtud, pero el movimiento táctico de tropas hacia el campo de batalla es, por su propia naturaleza, una maniobra a largo plazo, que requiere previsión y cuidadosos planes; de ahí que, inherentemente, se oponga a todo oportunismo. Sin embargo, durante toda la segunda guerra mundial, la estrategia alemana se vio lastrada por el mismo deformado oportunismo que impulsó al Eje —consecuencias del derroche de doctrina y propaganda.

El 25 de junio de 1942, un enorme ejército alemán se disponía a emprender una marcha de 200 kilómetros hasta el campo petrolífero ruso más próximo, situado en Maikop, hasta los de Baku, que se encontraban a más de 1.100 kilómetros más allá, y quizá hasta el petróleo de Irak, a otros 800 kilómetros de distancia, a través de un territorio dificilísimo. En la misma fecha, el Panzerarmee, con sólo 60 carros alemanes y 3.500 soldados de infantería, apoyado por 44 blindados italianos y 6.500 hombres de infantería que se habían demostrado indignos de confianza, se encontraban a sólo 1.800 kilómetros de Irak y a únicamente 900 de las bocas de descarga del oleoducto iraquí de Haifa. Nadie sabía cómo había soportado el invierno el ejército ruso que defendía la ruta al Cáucaso; lo único seguro era que no se había disgregado. Por otra parte, el ejército inglés que defendía Egipto se encontraba visiblemente debilitado y carecía de refuerzos asequibles a plazo inmediato. Mediante oportunistas tácticas, Rommel y el Afrika Korps habían ofrecido al Alto Mando del Eje la oportunidad de invertir su planeada estrategia, tentándole con la jugada de enviar una pequeña fuerza a la extremidad de una línea de abastecimientos terrestres y marítimos, ninguno de los cuales podían ser fortalecidos en un futuro inmediato. Pero ya estaba decidido y preparado que la acometida principal del Eje se lanzase contra la extremidad de su línea fronteriza continental, y todos los preparativos ya efectuados no podían alterarse de un plumazo.

Tácticamente, Rommel mantuvo su superioridad, fortalecida por la llegada de unos cuantos carros del nuevo modelo PzKw IV F, con blindajes más seguros más gruesos y potentes cañones de 75 mm. Los ingleses vacilaron ya que, pese a que sus fuertes contingentes de infantería recibieron el apoyo de nuevos cañones antitanque de seis libras, eso no compensaba su escasez de carros; únicamente contaban con 50 Grant y 100 vehículos variados provistos de cañones de dos libras. Por experiencia sabían que era necesaria una superioridad de 3 a 1 en los segundos y una igualdad en carros Grant a fin de enfrentarse al Afrika Korps. Por eso, cuando el día 25 el Afrika Korps llegó frente a Marsa Matruk, ya se había tomado la decisión de no librar más que una acción de entretenimiento en El Alamein. La decisión la tomó Auchinleck, que aquel mismo día había enviado al general Ritchie de permiso y asumido el mando del Octavo Ejército personalmente.

En consecuencia, cuando Rommel, el día 26, atacó Marsa Matruk, lo hizo con perfecta oportunidad, ya que sorprendió al ejército británico en el momento crítico de un cambio en el mando, antes de que los jefes subalternos pudieran captar o entender detalladamente los criterios de su nuevo superior. Además, los ingleses se encontraban también en el proceso de cambiar su organización haciendo que las brigadas asumiesen el mando de su propia artillería (convirtiéndose en

Ayudas al transporte: Cruce del foso anticarro de Tobruk.



Obstáculos al transporte: Minas anticarro.

grupo-brigada), lo cual produjo una eventual pero crítica desaparición de la concentración y la flexibilidad vitales en la estrategia artillera.

Rommel no sabía nada de todo ésto cuando, el 26 de junio, lanzó el Afrika Korps al ataque (los italianos aún no habían llegado a su altura). Creía que los ingleses defendían un amplio campo de minas con cuatro divisiones de infantería hasta la cara septentrional del escarpe de Sidi Hamza y que la 1.ª División Acorazada protegía el flanco del desierto, cuando en realidad, la infantería británica se encontraba congregada en torno a Matruk, estando el grueso al Sur del escarpe y débilmente —muy débilmente— en el centro, con sus carros situados en el desierto, aún más hacia el Sur. Así, el poco profundo avance del Afrika Korps, que pretendía apartar a la 1.ª División Acorazada, falló su blanco, pero abrió brecha en el débil centro, mientras que la 15.ª Panzer, en el flanco del desierto, se vio metida en una batalla aislada con toda la fuerza acorazada británica, apoyada por la División Nueva Zelanda. De haberse encontrado los ingleses en plena forma, el futuro del avance de Rommel hacia Egipto se hubiese zanjado allí, ya que la 15.ª Panzer, lógicamente, no hubiera podido derrotar a una fuerza cuatro veces superior a la suya y, caso de disgregarse la 15.ª Panzer, la suerte de la 21.ª Panzer y de la 90.ª Ligera, atrapada entre las victoriosas fuerzas acorazadas inglesas del desierto y la infantería británica de Matruk, hubiera estado echada.

Pero el general Gott, al mando de las fuerzas acorazadas inglesas del XIII Cuerpo, mostró una extraña inquietud a medida que la tensión fue aumentando el día 27. Se había contenido a la 15.ª Panzer con facilidad, y la División Nueva Zelanda frenó a la 21.ª Panzer cuando ésta giró hacia el Sur para sorprender por la retaguardia a la 1.ª División Acorazada a fin de aliviar la presión sobre la 15.ª Panzer. El hecho no resultó sorprendente, ya que los efectivos de la 21.ª Panzer eran únicamente 23 carros y 600 exhaustos soldados de infantería. Sin embargo, el Cuartel General del Octavo Ejército consideró que la maraña de informes procedentes del desierto significaban que las tropas se encontraban al borde de la disolución, y decidió enviar en un ataque de auxilio a parte de la infantería del X Cuerpo situado en Matruk. Mientras, también el general Gott llegó a la conclusión de que los neozelandeses se encontraban en las últimas.

A última hora de la tarde del 27 —a las 19,00—, la 90.ª Ligera cortó la carretera de la costa por Ras Hawala, muy al Este de Matruk. Media hora más tarde, dos brigadas inglesas procedentes de Matruk debían lanzar un ataque hacia el Sur para apoyar al XIII Cuerpo, pero en aquellos precisos momentos el general Gott decidió que había que iniciar una retirada acorde con la política delatoria de Auchinleck. A las 19,20 dio orden a tal efecto a la 1.ª Acorazada, pero no a los neozelandeses. Asombrosamente, tampoco informó al Cuartel General del Octavo Ejército.

Para el Afrika Korps, los acontecimientos que siguieron fueron una especie de milagro. Excepción hecha de la 90.ª Ligera, el ataque había frenado, y la llegada de los retrasados italianos por el Oeste mejoró la situación en muy poco. Los ataques ingleses de infantería desde Matruk constituían una amenaza fácilmente salvable mediante la aplicación de nutrido fuego artillero, pero la ominosa presencia de gran cantidad de blindados ingleses en lo alto del escarpe implicaba unas terribles posibilidades. Y de pronto, la apurada situación desapareció y, sin motivo aparente, los carros ingleses desaparecieron hacia el Este dejando al Afrika Korps en posesión de un campo de batalla que no había conquistado. Además, todo el X Cuerpo inglés se encontraba embotellado en Matruk.

A fines de junio de 1942, un observador imparcial situado en la línea de avance del Panzerarmee hubiera quedado estupefacto, preguntándose quién combatía a quién. En el aire, las identidades estaban claras: ola tras ola de bombarderos de la RAF alzaban el vuelo desde el Este, dejaban caer sus bombas sobre las tropas del Eje que avanzaban y volvían a reabastecerse. Las apariciones de la Luftwaffe eran escasas, debido simplemente a que los alemanes no habían podido establecer pistas de despegue al mismo ritmo con que sus fuerzas de tierra avanzaban. Pero en la superficie, casi todas las unidades utilizaban transportes ingleses (y muchos de los soldados llevaban uniformes británicos, independientemente de su nacionalidad). El hipotético observador hubiera visto un flujo de camiones, artillería e infantería británicos dirigiéndose hacia El Alamein (y, según algunos pensaban, hacia Palestina), sin abandonar su apresurada marcha hacia el Sur más que para detenerse momentáneamente y replicar al fuego de sus perseguidores más próximos. Detrás de estas fuerzas iban grupos de blindados y motoristas alemanes precediendo a unas cuantas piezas de artillería (algunos cañones ingleses de 25 libras), grupos que se enzarzaban en breves escaramuzas con la retaguardia inglesa. Estas escaramuzas hacían que unas cuantas máquinas quedasen en llamas, que se hicieran algunos prisioneros británicos y que unas cuantas ambulancias alemanas partieran hacia el Oeste.

Más tarde llegaba otra ola de vehículos ingleses transportando a los soldados que lograron huir en el último minuto de la trampa de Matruk, ya que el Afrika Korps no tuvo efectivos suficientes para bloquear la ciudad y seguir hacia El Alamein. En aquellos hombres se reflejaba el desconcierto y la aprensión, ya que muchos de ellos apenas habían visto a los alemanes y, sin embargo, ahora huían con el constante temor a las emboscadas de un enemigo que parecía infestar la costa. Y más hacia el Sur, en las profundidades de la arenosa expansión, se encontraban los desorientados restos de la 1.ª División Acorazada inglesa, sin contacto con el mando superior y demasiado lejos para intervenir en la primera colisión de El Alamain.

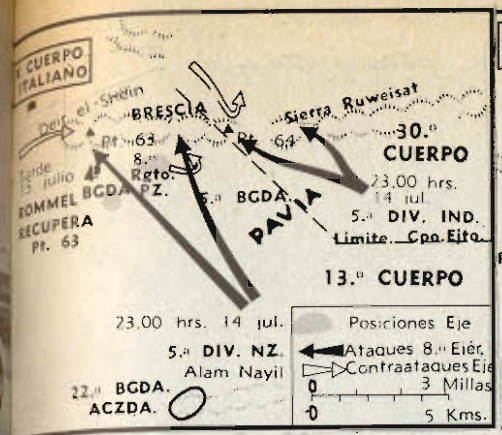
Luego llegaba el Afrika Korps con unos cuantos italianos. Los soldados, los vehículos y el equipo constituían una tesonera fuerza de la que dependía el futuro de Africa del Norte y quizá de la guerra —e, incidentalmente, la reputación del mariscal de campo Rommel—. Aquellos eran hombres que habían rebasado los límites de la fatiga y la falta de sueño. A su izquierda quedaba el mar, al que ansiaban lanzarse para librarse del polvo que obstruía cada uno de sus poros; pero no había tiempo para ello. De sus máquinas, pocas se habían fabricado en Alemania o Italia; gran parte de sus uniformes era de procedencia inglesa, una gran proporción de su artillería era o inglesa o, en algunas unidades, rusa (botín de la primera campaña, hacia un año). Pero los blindados eran alemanes en su mayoría; algunos veteranos de un centenar de batallas y de docenas de reparaciones, y casi todos funcionando al límite de su resistencia, igual que los hombres que los tripulaban.

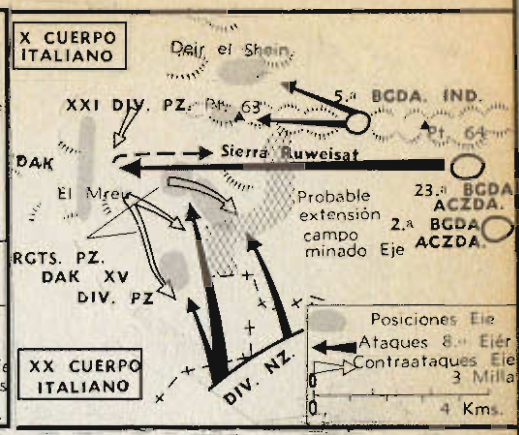
A lo largo de la carretera de la costa se amontonaba el botín; parte de él, el combustible, tenía el valor del oro puro; pero fuera lo que fuese, de él tenía que nutrirse un ejército carente de reservas propias y que, desde el principio mismo, dependió de los suministros que pudiese capturar al enemigo. En realidad, aquel era un ejército parásito de otro.

Mando desde el aire. Un Storch sobrevuela una columna de carros que marcha por el desierto.

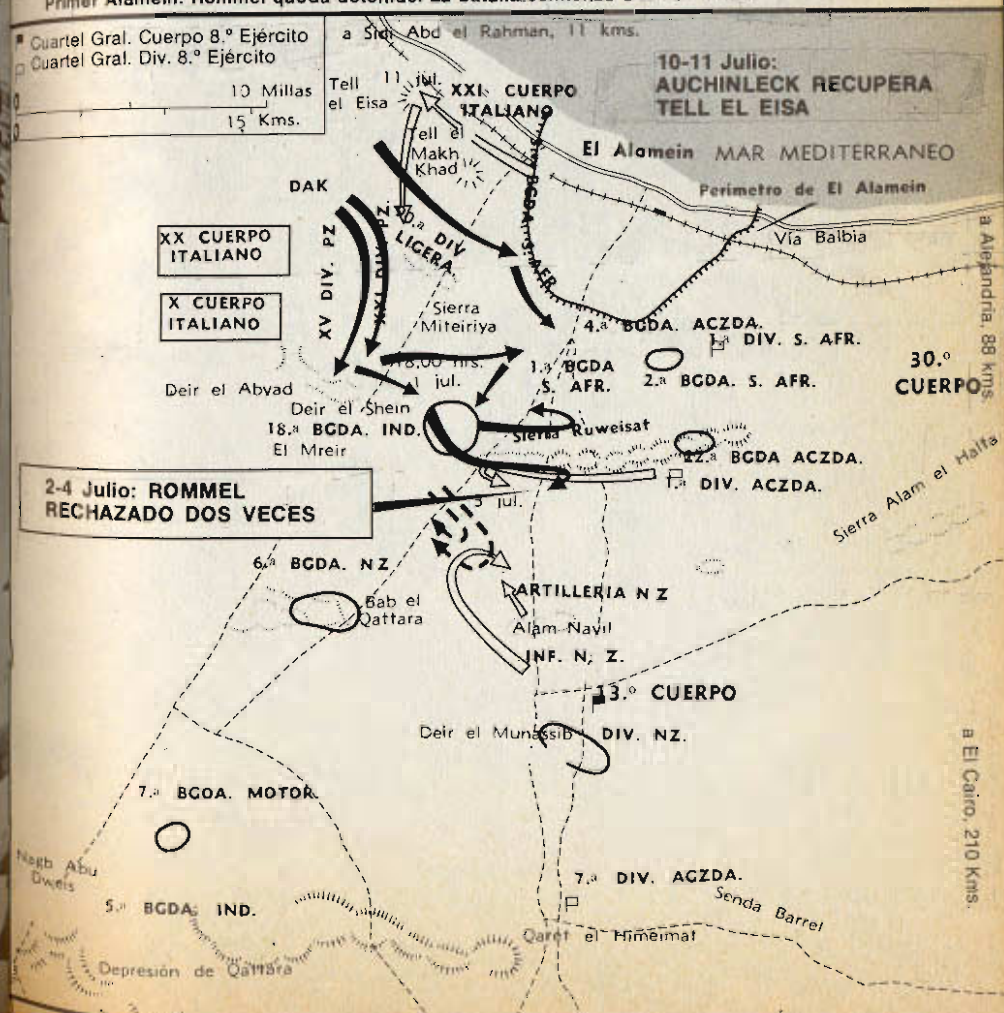
El mar en el flanco septentrional: Como línea de abastecimiento con prisioneros ingleses e indios para cargar los barcos.

Como lugar para librarse del polvo





Primer Alamein: Rommel queda detenido. La batalla comienza a tomar forma.



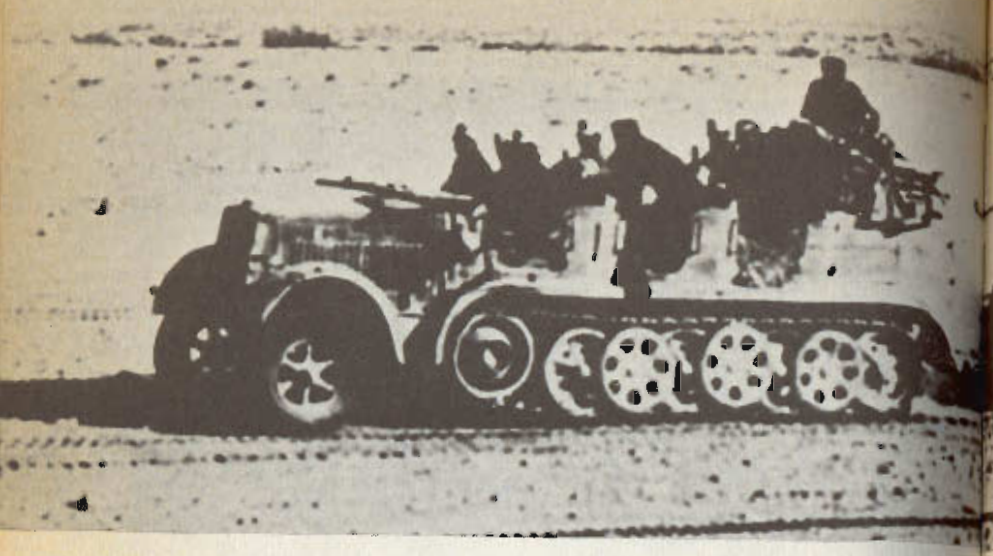
Ganando lentamente el terreno perdido —resulta triste que haya que repetir ésto acerca de un ejército en el que había muchos hombres valerosos— se encontraban los italianos, cuyos mandos volvían a sentir el temor de estarse encaminando a la destrucción.

Pero a sus hombros iba montado el diablo mismo: Erwin Rommel, que iba y venía montado en lo alto de su Mammoth (un vehículo inglés capturado), hostigando inexorablemente a alemanes e italianos hacia el clamor de la batalla. El mariscal estaba más delgado que un año atrás, no tan en buena forma física, pero sí en un mejor momento de su genio militar. Consideraba que aquel ataque tenía una posibilidad de éxito con sólo que su inercia se mantuviera. Creía que su fatigado ejército no corría un riesgo serio, ya que siempre le quedaba la posibilidad de una retirada. Pero su enemigo podía derrumbarse si una vez más optaba por retirarse hacia el flanco y la retaguardia, como ocurrió en Matruk. Aquella era, en esencia, la estrategia de Rommel: eludir el contacto directo lo más posible, pero *sacar* a los ingleses de sus defensas por medio de la amenazadora presencia del Afrika Korps entre y alrededor de los británicos. Aquello podía lograrse siempre y cuando el equipo inglés no lograra ponerse a nivel del suyo y si los mandos británicos continuaban con su deficiencia.

En realidad, las disposiciones del general Auchinleck sobre los 65 kilómetros que se extendían entre el Mediterráneo y las marismas de Qattara, eran una invitación a la estrategia planeada por Rommel. Auchinleck, simplemente, no tenía bastantes hombres para mantener una línea continua, y sólo podía estacionar sus maltrechas unidades en posiciones

Camino de El Alamein: Un grupo de combate mixto en todos los sentidos. Los vehículos son alemanes e ingleses.

Marcha hacia El Alamein: Un 88 mm. remolcado por su vehículo oruga.



La prisa del Afrika Korps en la persecución es evidente: Una comida tomada sobre la torreta de un carro de combate.

dominantes, con la esperanza de que permaneciesen allí durante el tiempo suficiente para que sus alejadas fuerzas acorazadas regresasen e interviniesen efectivamente, contra las penetraciones que se hubieran producido entre los distintos puestos. Aquella era la última oportunidad de Auchinleck de afirmar su jefatura y disciplina, sobre un ejército obstaculizado por la burocracia y en el que las órdenes eran discutidas por los jefes subalternos, como si fueran temas de un coloquio abierto. Ahora quizá lograse congregar y controlar un fuerte brazo artillero, a fin de extenderlo y envolver al Afrika Korps en una camisa de fuerza formada por nutrido fuego de metralla.

En consecuencia, diseminó focos de resistencia en densidad menguante desde el mar hasta la depresión. A los destacamentos les ordenó que se esforzaran en concentrar el fuego artillero, en actuar de acuerdo con los blindados, en mantener su movilidad (ya que al fin se encontraban plenamente motorizados y no atados a los *boxes*), y que confiasen también en la demora que los campos minados infligirían a los ataques alemanes. Si se producía una paridad de fuerzas de batalla, la inmmente lucha se convertiría en un conflicto de voluntades entre Auchinleck y Rommel.

El día 30 por la mañana, la 90.ª Ligera llegó frente a la posición principal de El Alamein. El Afrika Korps hubiera podido estar ya allí, de no ser porque Rommel le había dado orden de seguir la ruta del desierto, en la esperanza de aprehender a los fugitivos de Matruk. Sin embargo, la iniciativa tuvo como único resultado una escaramuza con la 1.ª División Acorazada. Ningún bando sufrió daños, ya que ambos carecían de la vitalidad suficiente. Como de costumbre, los italianos habían quedado rezagados. El general Nehring tenía orden de conseguir una penetración por medio del empleo de la fórmula de Matruk: la 90.ª Ligera rodearía el *box* de El Alamein en la costa mientras el Afrika Korps cortaba a través del desierto para aislar y atacar la retaguardia del XIII Cuerpo. No era que a Rommel ya no se le ocurriesen nuevas ideas (aunque la fatiga produce errores además de retardar todo tipo de reacción): estaba auténticamente convencido de que se enfrentaba a un enemigo débil y con moral de derrota. En cualquier caso, los abastecimientos escaseaban y Mussolini, con caballo blanco y todo, había llegado a Africa del Norte para encabezar el Desfile de la Victoria a través de El Cairo.

De aún mayor importancia era el hecho de que el 28 de junio se había iniciado la ofensiva alemana contra el Frente Ruso Meridional, y aunque sus objetivos del Cáucaso aún no habían sido plenamente evaluados por los ingleses, éstos comenzaban a sentir inquietudes. Si recibían un nuevo golpe, los británicos tal vez quedaran maduros para cometer un impulsivo error estratégico.

El día 1, sin reconocimiento previo, la 90.ª Ligera se lanzó hacia las brigadas de Auchinleck, y como apenas se sabía nada de su disposición, la fuerza alemana chocó contra los contingentes británicos en vez de pasar entre ellos, viéndose envuelta en el tipo de enmarañada lucha que más deseaba eludir. Cuatro horas más tarde, debido en parte a la desorientación y en parte a la fatiga, el Afrika Korps se tropezó con otra localidad defendida, situada al Sur de la 90.ª Ligera (la posición de Deir el Shein), y, en vez de eludirla, intentó tomarla. Para desesperación de los alemanes, la posición les resistió durante todo el resto del día, y aunque los blindados ingleses no hicieron su aparición, ahora comenzó a revelarse la fortaleza real de la posición de El Alamein, ya que todo movimiento hacia el Sur fue recibido con una lluvia de fuego artillero procedente de un enimigo que ya no permanecía inmovilizado como antes. Y cuando, a hora más avanzada, las fuerzas acorazadas inglesas —que hasta entonces habían permanecido ociosas— hicieron su cautelosa aparición, avanzando recelosamente por la sierra Ruweisat hacia Deir el Shein, arrollaron por completo a la 15.ª Panzer.

El 2 de julio, toda esperanza que Rommel pudiese abrigar acerca de desbordar rápidamente El Alamein, como en Matruk, se había esfumado. Haría falta otro asalto minuciosamente planeado, como en Gazala, pero, como ocurrió en Tobruk en abril de 1941, no se disponía de tiempo ni de recursos. Al Sur de la sierra Ruweisat, el XIII Cuerpo inglés comenzó a presionar en el momento en que el Afrika Korps se disponía a tomar dirección Este de nuevo, moviéndose paralelamente a la 21.ª Panzer hacia la parte septentrional de la sierra. Ninguna de ambas llegó muy lejos, si bien lograron provocar el sintomático coro de infelices ayes entre los fatigados mandos ingleses. Pero el día 3 de julio Rommel, pese a darse cuenta de que había llegado al límite de sus posibilidades, ordenó al Afrika Korps que efectuase otra avanzada hacia el Norte, enviando al XX Cuerpo italiano («Ariete» y «Trieste») en un ataque hacia el flanco meridional con el que pretendía retener al XIII Cuerpo. Podría haberse ahorrado tan estéril esfuerzo, ya que no era pausible que el Afrika Korps consiguiera el 3 lo que no había logrado el 1 en la misma zona y con mayores efectivos. Por su parte, los italianos se estrellaron con una barrera de fuego artillero que les inmovilizó por completo, exponiéndoles a un aniquilante contraataque a la bayoneta de la infantería neozelandesa.

Como instrumento ofensivo, el Afrika Korps, y por tanto el Panzerarmee, había perdido su eficacia. Si se le dejaba por algún tiempo tras las divisiones italianas de infantería (que avanzaban para establecer un frente sólido lo más tierra adentro posible) a fin de que recuperase fuerzas, quizá más adelante Rommel volviera a concederle la iniciativa, pero en aquellos momentos el Afrika Korps se vio obligado a reforzar a los italianos, cuyos contingentes habían disminuido de modo catastrófico desde lo de Gazala. En realidad, si los ingleses hubieran efectuado un buen ataque en aquellos momentos, quizá habrían logrado arrollar toda la estructura del Eje, ya que casi toda la munición artillera «alemana» era inglesa; los cañones fabricados en Alemania sólo tenían dos proyectiles para cada uno, y los efectivos totales de carros del Afrika Korps ascendían a sólo 50. El 4 de julio, en la sierra Ruweisat, la 15.ª Panzer fue práctica-

mente puesta en fuga por la 1.ª Acorazada aunque ésta última se detuvo ignominiosamente en cuanto sonaron los estampidos de unos cuantos cañones de 88 mm. situados en una lejana posición.

Ninguno de ambos bandos tenía deseos —ni mucho menos energías— de continuar; pero entre los dos existía una significativa diferencia: mientras el Afrika Korps sólo podía conseguir refuerzos mínimos y tenía que continuar con su fatigado personal y equipo de antaño, el Octavo Ejército disfrutaría pronto de la vivificadora inyección de nuevos hombres y materiales, y podría retirar sus elementos exhaustos.

Los australianos comenzaron a instalarse en la sierra Ruweisat: la 7.ª División Acorazada, equipada a escala menor, se situó en el flanco medional; en la Zona del Canal desembarcaron fuerzas bisoñas; y la RAF intensificó sus ataques en toda la zona de batalla, cortando repetidamente las líneas costeras de abastecimiento del Eje. Con la convicción de que Rommel se enfrentaba a una crisis, y confiando en que sus tropas podrían avanzar ya, Auchinleck, el 10 de julio emprendió una serie de ataques. Por desgracia para Rommel, se produjeron en el lugar y el momento en que él menos esperaba, ya que tenía la convicción de que toda iniciativa británica sería vacilante, débil y torpe. Así, cuando, por imperativos tácticos, los neozelandeses se retiraron de Bab el Qattara, en el flanco meridional, Rommel, al día siguiente, actuó con enorme violencia con la 21.ª Panzer, efectuando un furioso bombardeo contra las posiciones evacuadas, creyendo estar asestando otro demoledor golpe contra un enemigo que, según su creencia, estaba desmoronándose.

Aquello era el oportunismo llevado a la locura: el Afrika Korps ya no se podía permitir operaciones ofensivas, aunque sólo fuera por motivos mecánicos, ya que sus carros se encontraban en las últimas. Inadvertidamente, la iniciativa había escapado de las manos de Rommel, y un fuerte ataque nocturno efectuado por los australianos el 10 de julio dispersó a la división italiana «Sabratha». Sólo la intervención de la 164.ª División alemana, recién llegada de Creta, y mandada personalmente por von Mellenthin, del estado mayor del Panzerarmee, evitó una retirada total. Sorprendido a muchos kilómetros del punto crítico, Rommel dio media vuelta y se lanzó hacia el Norte, recogiendo por el camino a parte de la 15.ª Panzer y lanzáncola contra el duro flanco del ataque australiano. Pero ahora el Afrika Korps tenía que bailar al son de los ingleses.

En realidad, el ataque de Auchinleck se había planeado cuidadosamente para que incidiera sobre los italianos «Sabratha» cayó hecha pedazos, y luego «Trieste» recibió un severo golpe, obligáando a los fatigados alemanes que acudieron en su auxilio a abandonar el descanso y volver al frente de batalla. Una

Izquierda: **Los generales Cruewell y von Bismark.** Abajo: **El general Fritz Bayerlein.**

vez más los ataques y contraataques se alternaron en las proximidades de El Alamein, y se volvió a una situación de tablas en la que el furioso fuego artillero envolvía en una camisa de fuerza a todos los situados entre los campos de minas. Pero, pese a todo lo que Rommel pudiera desear dar un descanso al Afrika Korps, ya no le era posible dejar a los italianos sin la «guía» de tropas alemanas. Volvió a ponerse en vigor el antiguo sistema iniciado en Gazala.

Dondequiera que los italianos se hallasen, era de esperar un ataque inglés (el siguiente de alguna consecuencia cayó sobre «Brescia» y «Pavía» en la sierra Ruweisat). En el plazo de un año, la estrategia inglesa había variado totalmente. A comienzos de «Crusader», el Afrika Korps era un imán de los blindados ingleses; ahora la presencia del Afrika Korps repelía a los carros ingleses con idéntica intensidad. Naturalmente, sucedía con cierta frecuencia que el Afrika Korps lograse entablar batalla con fuerzas atacantes británicas, pero cuando esto sucedía, los ingleses, por lo general, habían establecido ya una posición defensiva suficiente para rechazar con facilidad cualquier contraataque alemán. Comprendiendo ésto,, Rommel no se limitó a incorporar a las fuerzas italianas hombres escogidos: comenzó a estacionar formaciones completas del Afrika Korps dentro de los sectores italianos, reduciendo así la distancia que debían recorrer para interceptar las incursiones británicas; simultáneamente, intentó demorar toda agresión tendiendo campos de minas entre la depresión de Qattara y el mar, y aunque la lucha continuó centrada en los escarpes debido a que éstos proveían los mejores puntos de observación, los campos de minas implicaron la aparición de un elemento artificial en la zona de batalla.

Tropas indias atacaron a «Pavía» en la sierra Ruweisat el 14 por la noche, mientra la 2.ª División Nueva Zelanda se lanzaba contra «Brescia», que llegaba por el Sur, procedente del desierto. Al principio, el Cuartel General del Panzerarmee, cuya atención estaba distraída por una acción que libraba la 21.ª Panzer para reducir la penetración australiana cerca de la costa, juzgó que el ataque de Ruweisat no era más que un raid. Pero al amanecer se evidenció la enorme catástrofe de que habían sido víctimas las dos divisiones italianas. Los fugitivos que llegaban de la batalla hicieron cundir el pánico en la retaguardia, y pareció que toda la sierra había caído en manos de los ingleses, ya que el ataque neozelandés había atravesado limpiamente el 8.º Regimiento Panzer, situado al Sur de la sierra.

Sin embargo, su jefe reaccionó con energía, atacó a un batallón neozelandés, barrió su artillería antitanque y, con los prisioneros hechos, partió a unirse al Afrika Korps, concentrado en grueso al Oeste de la sierra, dando así la vuelta a la batalla. Si los ingleses hubieran sido capa-

Soldados enemigos: ingleses rindiéndose cerca de El Alamein.

Carros enemigos: Carros ingleses Valentine destruidos en la Sierra Ruweisat

:s de enviar a sus carros en seguimiento de la infantería, hubieran podido producir una de-:ota; pero las minas, la incertidumbre, y la alta de confianza mantuvieron inmóviles a las ierzas acorazadas británicas, de resultas de lo ual nada se opuso a un huracán artillero ale-án que a continuación barrió el escarpe como :rólogo a una característica carga del Afrika Korps que reconquistó el terreno perdido y lo-ró hacer prisioneros a 1.200 neozelandeses. Veinte mil italianos que, bien agrupados, iguardaban ser conducidos a El Cairo, fueron ahora liberados y corrieron a ver cómo sus cap-ores eran hechos prisioneros. Materialmente, el reparto de honores fue casi equitativo; sicológicamente, las fuerzas acorazadas inglesas quedaron afrentadas, y su inadecuada actuación hizo que un general neozelandés expresase la «intensa desconfianza, casi odio» del Octavo Ejército.

Lo cierto es que las dotaciones de los carros británicos eran veteranas y, de su amarga experiencia, habían extraído una tendencia a la cautela; son las tropas bisoñas las que efectúan los más atrevidos avances. El 21 de julio, Auchinleck recibió refuerzos: la 23.ª Brigada Acorazada, que acababa de llegar del Reino Unido. Sus componentes pasaron a tripular nuevos blindados Valentine, dotados de una artillería críticamente escasa. El lugar que se escogió para su primera actuación fue la sierra Ruweisat; el método, un ataque de Este a Oeste con infantería india una vez los neozelandeses hubieran hecho retroceder al enemigo de las laderas meridionales. La escasa semejanza que existía entre ésto y el plan del anterior ataque poseía una importancia sólo marginal, ya que todo el sector había sido ocupado en el interín por el Afrika Korps, la densidad de minas era mayor, la barrera de cañones antitanque más nutrida y mejor oculta, y toda la fuerza acorazada del Eje se encontraba muy próxima a la línea de frente, dispuesta a efectuar un contraataque inmediato. Carentes de fe, los neozelandeses apenas se molestaron en ponerse de acuerdo con las fuerzas acorazadas (que, con tanta frecuencia, no se atenían a los planes) y no lograron abrir adecuadas pistas en los campos de minas para que, a través de ellas, los carros acudiesen en su ayuda.

Por consiguiente, pocos ataques en el desierto tuvieron menos probabilidades de éxito que éste. Nehring el 22 de julio por la mañana, tras arrollar a la inerme infantería neozelandesa, y mientras contemplaba a la 23.ª Brigada Acorazada avanzar en cerrada formación por la zona Sur de Ruweisat, sufriendo enormes bajas en hombres y material a causa de las minas y el fuego de los cañones de 88 mm., Nehring hubiera podido repetir las palabras de Wellington: «Llegaron en la forma tradicional y les detuvimos en la forma tradicional.» En todas partes, incluida su participación en un ataque australiano contra la sierra Miteiriya, la 23.ª Brigada Acorazada, dejó un rastro de vehículos destrozados, perdiendo más de 100 carros y por encima de 200 hombres en acciones caracterizadas por su enorme arrojo y su total estupidez. Las decaídas esperanzas de Rommel fueron avivándose, comprendiendo que aquel considerable éxito defensivo era un factor estabilizador para obtener la cohesión que él deseaba imbuir a sus posiciones.

Más ataques británicos estaban por venir, aunque ninguno tan costoso como el del 22. Los raids aéreos eran frecuentes, y las incursiones de largo alcance efectuadas por grupos armados que recorrían el desierto, lograron interrumpir repetidamente las débiles líneas de comunicación, pero Rommel había superado el momento crítico y podía concentrarse en trazar planes a largo plazo en vez de verse obligado a improvisar. No obstante, la situación distaba mucho de ser satisfactoria. Los mariscales Kesselring y Cavallero habían ido a ver a Rommel en el preciso momento en que las disponibilidades del Afrika Korps estaban a un nivel más bajo; en consecuencia, aquel no era momento para hacer peticiones específicas, ya que faltaba de todo, desde hombres a blindados, ropa y combustible. Desgraciadamente, los únicos refuerzos de alguna importancia que se encontraban a mano estaban constituidos por las fuerzas aerotransportadas destinadas para la Operación «Hércules» contra Malta que tendría lugar en septiembre, y Kesselring se aferraba obcecadamente a la operación, arguyendo que el aumento del número de hombres en Africa, significaría sólo un aumento en la carga que debían soportar las líneas de abastecimiento, que se veían constantemente hostigadas por las fuerzas de la isla.

El tremendo dilema al que se enfrentaba Kesselring queda inmejorablemente expuesto en sus propias palabras: «Al fin, hasta yo mismo me vi obligado a decidir en contra de ella [la Operación «Hércules»], dado que las posibilidades de éxito habían desaparecido por completo. La cancelación de aquella empresa fue un golpe mortal para toda la estrategia en el Norte de Africa. Ahora pasé a abogar por la continuación de la ofensiva con el mismo vigor con que me opuse a su iniciación después de la de Tobruk.»

Batalla de frustración

El turbulento revés que se produjo en Ruweisat hizo que Mr. Churchill y sus consejeros llegasen a la conclusión de que la existencia del Panzerarmee en las proximidades de Egipto amenazaba el prestigio inglés en Oriente Medio hasta extremos totalmente imprevistos. El equilibrio de la estrategia en aquella zona se estremecía. Si la base de Suez cambiaba de manos, podían producirse terribles repercusiones, aparte de los demoledores efectos que tendría el cese del tráfico marítimo inglés por el Mediterráneo. Si los alemanes lograban avanzar más allá de las fronteras rusas —cosa probable, ya que no parecían estar encontrando oposición— y seguían hacia el Cáucaso, se unían al Afrika Korps en Irak y hacían contacto con los japoneses que actuaban en el Indico, era muy probable que se produjese un derrumbe total de la resistencia aliada. Camino de Moscú, adonde se dirigía para celebrar una acre entrevista con Stalin, Churchill hizo escala en El Cairo el 3 de agosto para examinar personalmente la situación. Según su criterio, Rommel sólo esperaba la primera oportunidad adecuada para continuar su avance. Al fracasar, Auchileck había perdido la confianza del Primer Ministro. Al cabo de unos días, el general Alexander le sustituyó en el mando supremo, mientras el general Montgomery se ponía al frente del Octavo Ejército.

Estos sucesos, trascendentales para los ingleses, sólo muy paulatinamente fueron captando la atención de Rommel. Su efecto inmediato más probable fue el de elevar el orgullo del Afrika Korps, que los interpretó como una victoria moral más, ya que de todos los caudillos del desierto, sólo Rommel sobrevivía. Además, el Afrika Korps podía jactarse de que los mandos que había perdido fueron muertos, heridos o hechos prisioneros; no destituidos. Indudablemente, el Cuartel General del Panzer-armee tardó en calibrar a sus nuevos contrincantes; sin embargo, a fin de cuentas Alexander sólo se había distinguido por efectuar limpias retiradas en circunstancias críticas, y Montgomery, fuera del ejército británico, carecía casi por completo de reputación. Pero quizá Rommel se hubiese sentido más intrigado de saber que Montgomery —que también pertenecía a la infantería— era, lo mismo que él, autor de manuales oficiales de instrucción para la infantería. Así Rommel, un intuitivo experto en la guerra de movimiento, se encontró enfrentado a un experto en la guerra de posiciones, cuyo conocimiento de las técnicas de las fuerzas blindadas emanaba del estudio y los ejercicios tácticos.

Con el Alto Mando alemán exigiendo que Rommel permaneceise en El Alamein, donde su presencia implicaba una amenaza suplementaria al avance alemán hacia el Cáucaso, la atención de Rommel se centró en la consecución de los enormes aumentos en los suministros y refuerzos de todo tipo que le habían prometido. Pero, según costumbre, surgieron dificultades para cumplir tales promesas. Malta resistía aún, si bien bajo fuertes presiones de la Luftwaffe, y, aunque su capacidad para interrumpir las líneas marítimas de abastecimiento había menguado, la isla continuaba teniendo una gran importancia, ya que los abastecimientos del Panzerarmee continuaban llegando vía Trípoli y Bengasi, y ahora debían ser transportados hasta el frente a lo largo de casi mil kilómetros adicionales. El puerto más próximo —Tobruk— podía reducir esa distancia en sólo 500 kilómetros, y, en cualquier caso, únicamente podía atender 600 toneladas de carga diarias, una ínfima parte de las necesidades totales. Más aún: la ruta costera se encontraba plenamente expuesta a los ataques aé-

La tierra de promisión: Miembros del Afrika Korps miran hacia El Cairo.

Transportes enemigos. Una sección alemana transportada en un vehículo inglés.

Mas, para la infantería, la marcha es dura.

La RAF entra en acción. El Afrika Korps marcha hacia el escarpe de Alam Halfa, pero la RAF le castiga con sus bombas y la vital gasolina arde.

reos y a las incursiones de superficie; en ella, los camiones en llamas no eran un espectáculo infrecuente. Los refuerzos aerotransportados desde Creta tenían sus ventajas (la División 164.ª alemana, la Brigada Paracaidista Ramcke y la División Aerotransportada italiana Folgore llegaron de aquel modo una vez «Hércules» fue cancelada), pero como medio seguro del grueso del transporte, fracasó.

Durante aquella época, los escritos de Rommel son los de un hombre desalentado y también muy enfermo. Redactó un completo catálogo de calamidades, clamando contra los administradores italianos y alemanes, de puntos tan distantes como Trípoli y lugares situados en los más remotos rincones de Europa, por no satisfacer sus demandas, y haciendo acres comentarios sobre el hecho de que las unidades italianas recibían sus suministros, mientras el sufrido Afrika Korps se veía privado de ellos. En determinado momento describía la escasez de hombres entre la infantería italiana, y al siguiente prorrumpía en quejas porque hubieran enviado una nueva formación completa de infantería al teatro de guerra.

Sin embargo, lo cierto es que su fortaleza fue en aumento, tanto en cantidad como en calidad; el 30 de agosto, el Afrika Korps poseía 166 carros PzKw III (73 de ellos dotados del largo cañón de 50 milímetros) y 37 PzKw IV (27 de ellos modelo especial con cañón de 75 mm.). Sus quejas, por tanto, son las de un hombre cuya precaria salud le ha sumido en la desesperación; pero al mismo tiempo, también son sinceras: corresponden a un general que detestaba imponer penalidades a unos soldados que tan bien le habían servido.

Ahora, una vez más, Rommel tuvo que meterles en batalla en condiciones menos propicias que nunca, aunque no totalmente sin esperanza. Teniendo en cuenta de que casi todas las provisiones británicas recorrían la larga ruta que doblaba el cabo de Buena Esperanza, el Cuartel General del Panzerarmee calculó que las pérdidas que el enemigo sufrió en junio no serían cubiertas hasta mediados de septiembre. Si el Afrika Korps podía efectuar un esfuerzo supremo a primeros de mes, quizá lograse conseguir una de las aplastantes victorias que eran su especialidad, pues, que ellos supieran, nada había alterado las calidades relativas de su equipo de batalla sobre el de los ingleses. En cuanto a los alemanes, las dos claves de la victoria continuaban siendo las fuerzas acorazadas y las provisiones, si se lograba que sus fuerzas acorazadas, técnicamente superiores, pudieran permanecer situadas en la retaguardia enemiga durante el tiempo suficiente para quebrantar la voluntad de resistencias, la posición de El Alamein podría caer, reanudarse la guerra de movimiento, y quedar abierto hacia las abundantísimas provisiones del Delta.

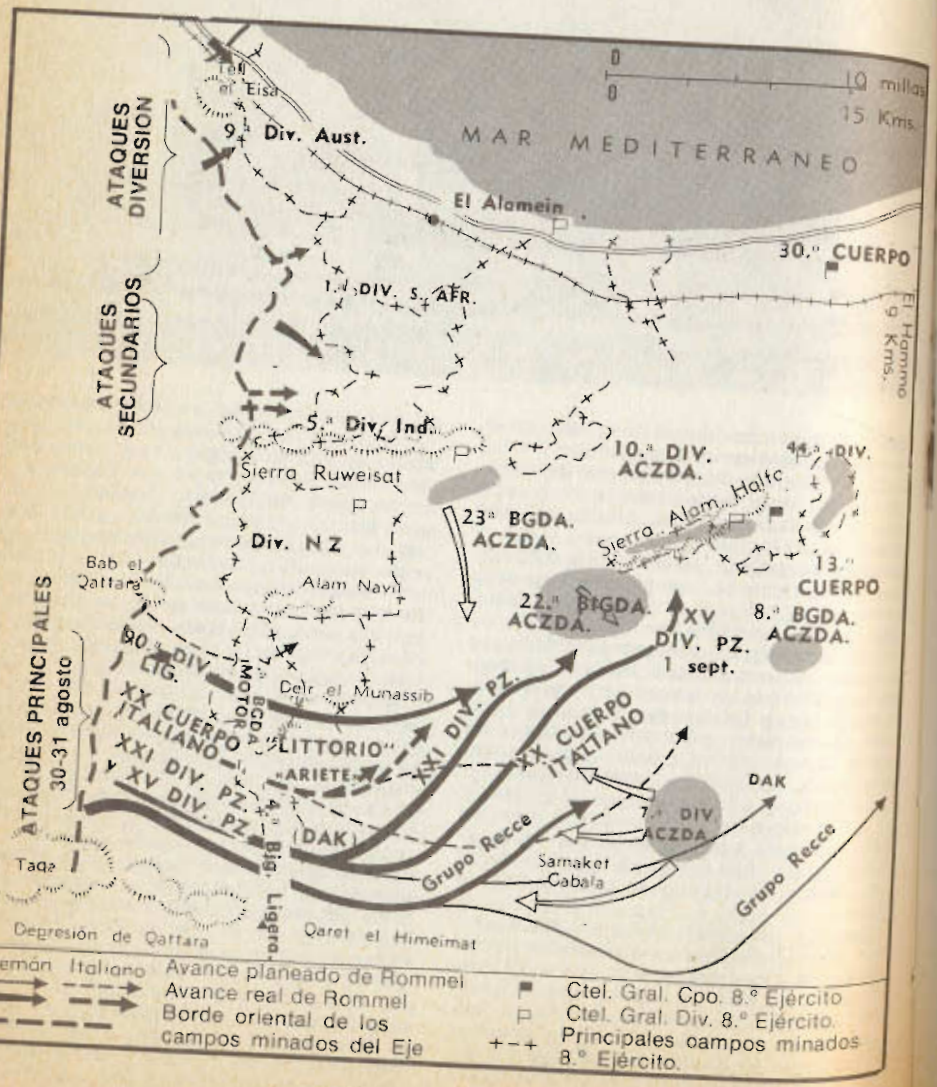
El servicio de Información Militar indicaba que en el flanco meridional de la posición inglesa, entre la depresión de Qattara y Alam Nayil, existía una amplia brecha defendida sólo por minas y fuerzas ligeras: si se podía romper rápidamente aquella brecha, el Afrika Korps tal vez lograse avanzar hacia el Este y luego hacia el Norte, para cortar la ruta costera por El Hamman, tras pasar al Este de la sierra Alam Halfa, que se sabía estaba defendida por el Octavo Ejército.

Rommel esperaba conseguir la victoria por sorpresa, comenzando por avanzar a lo largo de 50 kilómetros de terreno inexplorado durante la noche. Carecía de reservas de hombres y máquinas y, sobre todo, le faltaban reservas de combustible, a pesar de que, cuatro días antes del ataque, Cavallero había dicho a Rommel: «Ya puede empezar la batalla; el combustible viene de camino.» Pero las 6.000 toneladas a las que se referían no llegaron a tiempo; en su mayor parte, se hundieron en el interior de un buque torpedeado frente a Tobruk.

Una inevitable fatalidad hacia que todos los movimientos del Eje fueran conocidos por los británicos. Aun en el caso de que la RAF no hubiera detectado los indicios de una fuerte concentración en el sector meridional, hubiera resultado posible calcular en esquema la estrategia de Rommel. Los ingleses se daban cuenta de que, dado que no poseía unos contingentes de infantería dignos de confianza, no resultaba probable que Rommel optara por lanzar un ataque contra las fuertes posiciones de infantería inglesa en el Norte. Falto de tiempo y teniendo en los blindados su punto fuerte, debía buscar espacio para maniobrar y, por consiguiente, sólo podía llegar por el Sur. En consecuencia, Montgomery sólo tenía que calcular la profundidad y la fortaleza de aquel movimiento de flanqueamiento. No obstante, estacionando fuertes contingentes en la sierra Alam Halfa, con las fuerzas acorazadas refugiadas a su amparo, Montgomery, como máximo, esperaba lograr que Rommel efectuase un ataque directo contra aquella posición preparada o, como mínimo, lanzar a los carros alemanes a terreno abierto, donde se podía entablar batalla con ellos en los momentos en que se encontraban al extremo de sus muy tirantes líneas de abastecimiento. En uno u otro caso, la batalla sería enconada, pero las cosas estarían siempre en favor de Montgomery, ya que éste no estaba dispuesto a jugárselo todo a una sola carta como tan excelentemente habían hecho en el pasado Rommel y el Afrika Korps. Además, evitando una enmarañada batalla, se conseguía que las fuerzas aéreas pudieran escoger sus blancos con mayor facilidad.

La concentración del Afrika Korps frente a la «brecha» dejó de ser un secreto antes del anochecer del 30. A partir de ese momento, mientras avanzaba hacia el Este a la luz de la

luna, a través de los campos minados y de las barreras protectoras de las fuerzas inglesas, bajo la luz de las bengalas y siendo bombardeado en la retaguardia por la RAF, el Afrika Korps no dejó de ser blanco de un constante fuego de hostigamiento. El apretado horario sufrió retrasos causados por campos de minas que no figuraban en los mapas alemanes, y zonas de arenas sueltas obstaculizaron el avance, produciendo atascos, fatiga y confusión, además de aumentar de modo imprevisto el consumo de combustible. En unos momentos críticos como aquellos, se hace imperiosa la aplicación de una enérgica jefatura y, en el pasado Rommel hubiera estado allí en el centro de la acción; pero en esta ocasión su precaria salud le obligó a quedarse atrás, escuchando los informes que iban llegando. En la línea de frente, el general Nehring se encontraba herido en el Cuartel General del Afrika Korps, y el general von Bismarck, jefe de la 21.ª Panzer, resultó muerto por una mina. Aunque el coronel Bayerlein, Jefe de Estado Mayor del Afrika Korps, se puso inmediatamente al mando y continuó el lento avance, las tropas de cabeza apenas ha-



bían salido al amanecer de la zona minada, dejando atrás un rastro de destrozados vehículos.

En realidad, no había demasiado motivo para seguir adelante. El factor sorpresa se había perdido; el Afrika Korps, con el XX Cuerpo italiano, se encontraba inmóvil hacia el Sur, y por el Norte, la 90.ª División Ligera estaba por completo desorganizada; el combustible era escaso y todo el grupo, aislado y a buena distancia del enemigo, se encontraba plenamente expuesto a ser bombardeado a placer. El rápido avance hasta el Hamman ya no podía intentarse; ahora sólo se podía elegir entre la prudencia y la osadía, entre la cuerda retirada y el peligrosísimo avance.

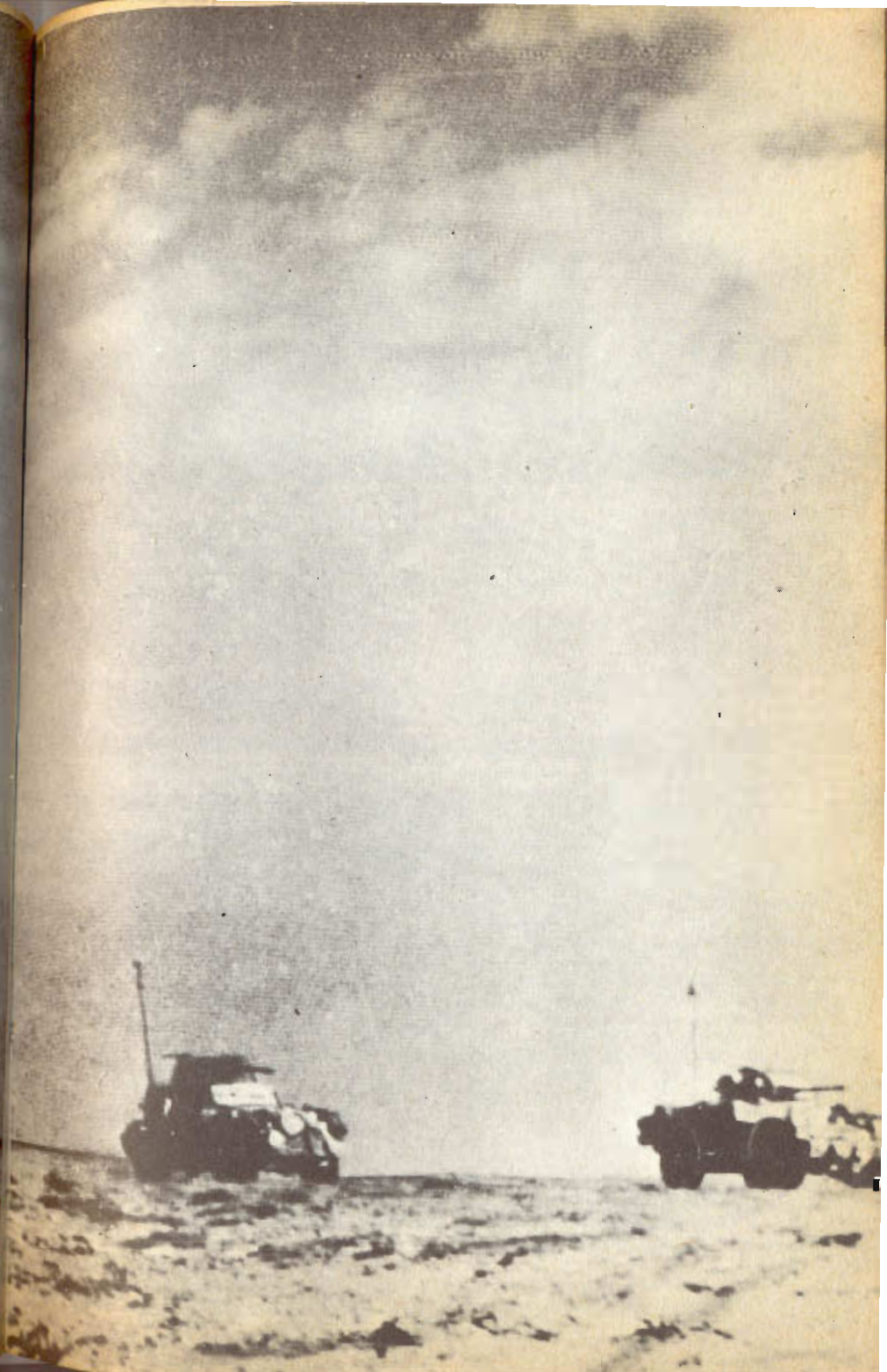
Cuando partió hacia el frente, Rommel dijo a su médico: «La decisión de avanzar hoy es la más difícil de cuantas he tomado. Una de dos: o el ejército de Rusia logra llegar hasta Grozny y nosotros en Africa conseguimos alcanzar el canal de Suez, o...», y concluyó la frase con un ademán de derrota. Por consiguiente, no resulta difícil entender que el 31 de agosto decidiera perseverar frente al fracaso. Se trató de un acto de desesperación, un último golpe doblementen inseguro, por el hecho de que sólo se podía asestar contra el sector más fuerte de la sierra Alam Halfa. En cierto aspecto, al Afrika Korps no le falló su tradicional fortuna, ya que se desató una tormenta de arena que ocultó a los alemanes de la vista de los bombarderos enemigos. Luego, bajo el mando del general von Vaerst (en ausencia de Nehring), el contingente de fuerzas, dividiéndose en pequeños grupos, tomó la dirección de su objetivo, si bien careciendo de todo informe, ya que los grupos de reconomiento se encontraban plenamente absorbidos en la tarea de mantener a raya a la 7.ª División Acorazada que se cernía amenazadoramente en torno al indefenso flanco oriental. Así, en vez de lanzarse con todos sus recursos concentrados contra una posición bien reconocida, el Panzerarmeee se limitó a enviar al Afrika Korps en una mortal carga contra la porción más fuerte de unas defensas enemigas cuya disposición se ignoraba.

La 15.ª Panzer abrió marcha, haciendo caso omiso de un grupo de carros Crusader que se dieron a la huida hacia el Norte, y concentrándose en flanquear la posición inglesa la 21.ª Panzer, y, en su momento «Littorio» y «Ariete» comenzaron a llegar por la izquierda. Pero sobre el horizonte empezó a revelarse una barrera móvil de blindados ingleses, y desde nidos artilleros ocultos, los cañones antitanque abrieron fuego al unísono contra el Afrika Korps. En su intento de trabar combate con los carros de la sierra, el Afrika Korps se expuso a la plena furia de los cañones de seis libras, cayendo así en una trampaa en el punto vital, asediado por un enemigo que le superaba en número, posición y técnica.

Ambos bandos perdieron carros, y algunos de los cañones antitanque fueron arrollados, pero básicamente, la posición de la sierra Alam Halfa, cuyas defensas no fueron calibradas en ningún momento por los alemanes, permaneció por completo incólume, y al aproximarse la noche, von Vaerst suspendió el inútil ataque. En lo referente al Afrika Korps, no quedaba alternativa: sus pérdidas no habían sido demoledoras pero la grave escasez de combustible cohartaba sus movimientos y hacía insegura la retirada. Sobre el frente de batalla descendió momentá-

El campo de batalla perdido: La infantería inglesa pasa frente a un PzKw III en llamas.

El Afrika Korps devuelve el golpe. Los blindados ingleses caen bajo el fuego y no pueden explotar el éxito.



Paracaidistas en el desierto: Componentes de la Brigada Ramcke llegan al frente.

neamente una calma extraordinaria. Rommel pasó la noche intentando decidir qué hacer a continuación. Montgomery ajustó sus posiciones y se negó en redondo a lanzar un violento contraataque.

En cuanto la tormenta de arena pasó, la RAF volvió a martillear la retaguardia del Eje, sometiéndola a un bombardeo sin precedentes. La lluvia de bombas se prolongó durante horas, produciendo graves daños que sólo eran precedidos en importancia por el impacto que el ataque hizo en las mentes de unos hombres exhaustos y faltos de sueño.

Rommel debió retirarse el 31 por la noche, pero su capacidad para tomar decisiones rápidas parecía haberle abandonado. Se aferró a la esperanza, no a la razón. Anhelaba que Montgomery cometiese un suicidio táctico, como lo habían hecho sus predecesores. Y, por encima de todo, esperaba que le llegase suficiente combustible para salvar a su ejército. Nada de ello ocurrió, así que a primera hora del 1 de septiembre suspendió todo movimiento a gran escala, optando por efectuar unos cuantos ataques locales, en la optimista esperanza de que la situación se arreglase de una u otra forma, con lo que sólo consiguió exponer a sus hombres durante otras veinticuatro horas al inmisericorde bombardeo. Aquella mañana, al recorrer el frente, pasando entre vehículos destrozados o en llamas, Rommel fue blanco del mismo incesante ataque aéreo, y al volver al Cuertel General sus nervios estaban deshechos.

Sólo quedaba el combustible suficiente para volver a sus propias líneas. Los ataques de diversión contra la infantería inglesa de la costa habían fracasado, así que un devastador contraataque podía esperarse en el plazo de horas. Rommel ya no podía seguir esperando.

Ya estaban produciéndose amenazadores movimientos al Oeste de El Alamain, donde la infantería australiana estaba efectuando incursiones del mismo tipo de las que tachonaron la ofensiva de julio de Auchinleck. Si el frente se rompía allí, con el Afrika Korps a gran distancia e incluso más allá de las líneas enemigas, todo el Panzearmee se encontraría en gravísimo riesgo por falta de una reserva móvil. No obstante, en su plan de retirada, Rommel dio muestras de una fría y desafiante cautela, yendo sistemáticamente paso a paso, decidido a no obrar con prisas a fin de eludir desórdenes de los que desembocan en el pánico.

Fueran cuales fueran los planes de Montgomery de cortar la retirada de Rommel, la obstrucción de las salidas de los campos de minas fue lo único que llegó a tomar forma. E incluso en este caso, la operación no debía efectuarse hasta el 3 de septiembre por la noche, y para entonces el Afrika Korps ya iba avanzando en su retirada, con el flanco Norte bien protegido y con la Luftwaffe desempeñando un papel más enérgico en la supresión de las constantes incursiones de bombardeo. Poco a poco, todo pasó a centrarse en la crítica zona del desierto que se extendía entre Deir el Munassib y Quarat el Himeimat, en las que grandes nubes de humo y polvo se levantaban a causa del constante bombardeo y los incesantes movimientos que allí tenían lugar.

El día 3, a las 10.30, los ataques de la infantería inglesa y neozelandesa con carros Valentine, se vieron restringidos a la zona delimitada por los campos de minas y se extendieron por estrechos corredores, en el lugar exacto donde los alemanes e italianos los esperaban. Una brigada inglesa de infantería llegó tarde y desapercibida aquélla, su primera acción —desmostrando lo acertado de la oposición de Montgomery de que muchas de sus tropas no estaban capacitadas para una ofensiva— una lluvia de fuego defensivo cayó sobre todo el frente. Los ingleses se tambalearon, aunque en los puntos donde los neozelandeses perforaron las defensas estallaron enconadas luchas, pero en el Cuartel General del Panzerarmee no se produjeron temores serios, aunque el comunicado de que los atacantes habían sufrido 1.000 bajas no dejaba lugar a dudas acerca de que aquel había sido un ataque serio que se podía repetir.

No obstante, el final de la batalla se produjo según el programa de Rommel cuando, el 6 de septiembre, colocó sus fuerzas a la defensiva entre las posiciones tomadas a los ingleses inicialmente. La lucha fue menguando. Los carros y cañones se mantenían a raya respetando la distancia, el fuego artillero fue en descenso, y las incursiones aéreas se hacían menos frecuentes y enérgicas debido a la creciente oposición de los aviones de caza. Las bajas se habían repartido equitativamente: las grandes pérdidas de carros que Rommel sufrió en Alam Halfa fueron posteriormente compensadas por los muchos Valentine destrozados en Deir el Munassib. En el desenlace, el Afrika Korps pareció quedar dominando la situación, sin merma alguna en su prestigio, dado que los comunicados oficiales alemanes habían calificado a la operación sólo de reconocimiento.

Pero el orgullo había sufrido un duro golpe, en absoluto mitigado por las excusas de Rommel a su esposa, a la que dijo que fue preciso cortar la acción por dificultades en los abastecimientos y por la superioridad de la fuerza aérea enemiga «...aunque, por lo demás, la victoria era nuestra».

Los hombres de Rommel llamaron a aquello «La carrera de los seis días». Montgomery lo consideró como un interludio inevitable para su propia batalla de aniquilación, y lo cita como modelo de estrategia defensiva. Todo elogio que se haga del jefe inglés y de sus tropas por su firmeza en unos momentos vitales —quiza los decisivos de la guerra en el desierto— debe hacerse extensivo al Afrika Korps, con la salvedad de una tajante crítica al modo en que Rommel condujo la batalla. Desde el principio careció de los requisitos de una operación bélica práctica: no contó ni con el poder suficiente, ni con el elemento sorpresa, ni con medios de mantenimiento. Totalmente directa en su ejecución, no planteó problemas ni tensiones graves a los defensores.

Naturalmente, hacia fines de agosto, toda la posición del Eje en Africa era falsa. No habiéndose logrado tomar Egipto en un arrollador avance, lo adecuado hubiera sido retirarse a las fuertes defensas naturales de Halfaya. Como eso no satisfacía a la fluctuante actitud político-militar del Eje, el ataque a la sierra Alam Halfa debió cesar en cuanto desapareció el elemento sorpresa, en la primera noche. Permanecer en la casi pasividad durante otras cuarenta y ocho horas, bajo el fuego enemigo, después de haber sido inicialmente rechazados, era algo por completo inusitado en Rommel; algo que, sin lugar a dudas, fue fruto de su precaria salud.

El mariscal de campo Erwin Rommel recibe su bastón de mando de manos de un Führer agradecido.

Segundo Alamein: Perdida la iniciativa

Rommel, lo mismo que Montgomery, se daba cuenta de que la batalla de Alam Halfa significaba que, irremisiblemente, el Panzerarmee había cedido la iniciativa al Octavo Ejército. Naturalmente, transcurrieron varias semanas antes de que el hecho fuera de dominio público, pero las subsiguientes decisiones adoptadas por el Eje hicieron que el Afrika Korps no le cupiese duda de que, a partir de aquel momento, el papel que deempañase sería el de aguardar a la defensiva, mientras que los copiosos preparativos que estaban efectuándose tras las líneas inglesas eran por completo ofensivos.

Bajo el mando de Montgomery, fueron acumulándose enormes contingentes de hombres y material. Los bombarderos y cazas despegaban a ritmo cada vez mayor para machacar las líneas de abastecimiento terrestres y marítimas, los aeródromos y las posiciones artilleras del Eje. En el frente, los puntos defendidos actuaban sólo como escudo para el agresivo reagrupamiento que tras ellos estaba efectuándose, y los hombres que iban a intervenir, desde los mandos a los soldados rasos, se daban cuenta de que el próximo ataque —previsto para el 23 de octubre, luna llena— sería demoledor.

Los planes de Montgomery eran muy sencillos: se proponía distraer la atención del Afrika Korps con ataques de entretenimiento contra el flanco meridional, aparentemente más vulnerable, mientras machacaba con fuego artillero de inusitada intensidad las mejor defendidas localidades situadas entre Tell el Elsa y los montes Miteiriya, todo esto como preludio al ataque de la infantería. Luego los ingenieros abrirían pistas a través de los campos minados, y por ellas un cuerpo acorazado de dos divisiones pasarían a ocupar los dominantes montes de Kidney y Miteiriya. Montgomery esperaba atraer al Afrika Korps hasta tales montes y lograr que efectuase los mismos autodestructivos ataques que se produjeron en Alam Halfa. Es interesante, parece como si Montgomery hubiera leído con enorme penetración los pensamientos de Rommel, deduciendo que éste optaría por luchar y no por retirarse. En aquellos momentos aún no habían salido a relucir ni la fobia de Hitler a las retiradas ni ningún cambio radical de la estrategia del Eje en el desierto.

El 23 de septiembre, Rommel regresó a Austria, vía Berlín, para someterse a tratamiento médico dejando interinamente el mando del Panzerarmee al general von Thoma, uno de los veteranos del Panzerarmee, hasta que el general Stumme fuese transferido desde el frente ruso; a partir de ese momento, von Thoma estaría al mando del Afrika Korps. Antes de partir, Rommel pasó dos atareadísimas semanas organizando el frente para la defensa, adoctrinando a Stumme y von Thma en los misterios de un tipo de guerra desconocido para ambos, y asediando a sus superiores, de Kesselring a Cavallero, y de Mussolini a Hitler, para que enviasen los suministros sin los cuales no había esperanza de supervivencia, y mucho menos de victoria.

Preámbulo de El Alamein. Aviones Baltimore de la RAF bombardean el Afrika Korps.

Rommel no tenía confianza en el grueso y sanguíneo Stumme, cuya experiencia procedía principalmente de su actuación en Rusia, y desconocía las características especiales de la lucha en el desierto contra los bien equipados ingleses. El plan defensivo era de Rommel, y constituía una extensión de la norma de utilizar formaciones alemanas como «guías de las italianas, creando dos rimeros de grupos de batalla dispuestos a lo largo y ancho del frente. Ahora, por primera vez, el Afrika Korps se vio dividido a fin de fusionarse con las divisiones acorazadas italianas —la 15.ª Panzer con «Littorio» en el Norte y la 21.ª Panzer con «Ariete» en el Sur—, dividiéndose en tres partes cada uno de los grupos.

Las trincheras de la infantería serían protegidas por los campos de minas y el fuego artillero. Los carros de combate, situados en retaguardia, actuarían como puntales de la defensa, contrarrestando las penetraciones que se produjesen, lo cual era una inversión de toda la estrategia anterior de Rommel: evidentemente, la falta de combustible tuvo algo qur ver con aquello, pero la completa destrucción que podía causar una fuerza aérea enemiga actuando contra tropas móviles en el desierto debió de ser el factor decisivo. Durante el día, los blindados sólo podían hurtarse del ataque aéreo permaneciendo bien ocultos o bien trabados en estrecho combate con el enemigo; los movimientos a gran escala tendrían que efectuarse en la oscuridad y esperando librarse de la detección de las bengalas enemigas.

Por consiguiente, Rommel y el Afrika Korps fueron los primeros alemanes que se enfrentaron a la supremacía aérea aliada, que pronto iba a imperar en todos los campos de batalla. Rommel, más rápido que la mayoría en captar y contrarrestar los nuevos giros de la situación, se vio en inmensas dificultades para convencer a sus colegas de Enropa de todas las implicaciones de la superioridad material anglonorteamericana. Mientras, los soldados del Eje, a impulsos del instinto de conservación, hicieron sus trincheras más hondas y se acostumbrarona estar pendientes en todo momento del cielo y de los aviones enemigos que en él pudieran aparecer, ya que la Luftwaffe se mostraba más inactiva que nunca.

Por desgracia, el Afrika Korps tampooo se encontraba en su mejor momento, debido en parte a la falta de imaginación táctica y a que muchos de sus mandos más expertos habían vuelto a Alemania para descansar y recuperarse. Sin embargo, la moral continuó siendo muy alta, aunque sería interesante sa-

Construcción de una barrera artificial. Un alemán poniendo minas.
La barrera de fuego inglesa se inicia el 23 de octubre, mientras su infantería espera.

ber cómo hubieran reaccionado los miembros del Afrika Korps de enterarse de que sus efectivos combinados de 104.000 hombres (incluidos 54.000 italianos), 489 carros (de los que sólo 30 eran PzKw IV Especial y 278 eran anticuadas máquinas italianas), y 675 aviones (sólo 275 alemanes), se enfrentaban a 195.000 ingleses provistos de más de mil carros y 750 aviones. Además, la llegada del nuevo blindado norteamericano Sherman introdujo un elemento de sorpresa técnica comparable a la aplicación por parte de los ingleses de nuevas técnicas a un complemento artillero que doblaba en tamaño al del Panzerarmee.

El día antes del ataque de Montgomery en El Alamain, el general Stumme había condecorado a los italianos y les exhortó a cumplir con su deber. Sobre sus cabezas, los aviones pasaban constantemente camino de sus objetivos: los aeródromos y depósitos del Eje en retaguardia. Sombríamente sabedor de que el momento supremo estaba ya próximo, y dándose perfecta cuenta de que, en cuanto a abastecimientos, la situación había empeorado y de que sólo se mantenía gracias a los restos de los depósitos capturados en junio, Stumme esperaba lo peor.

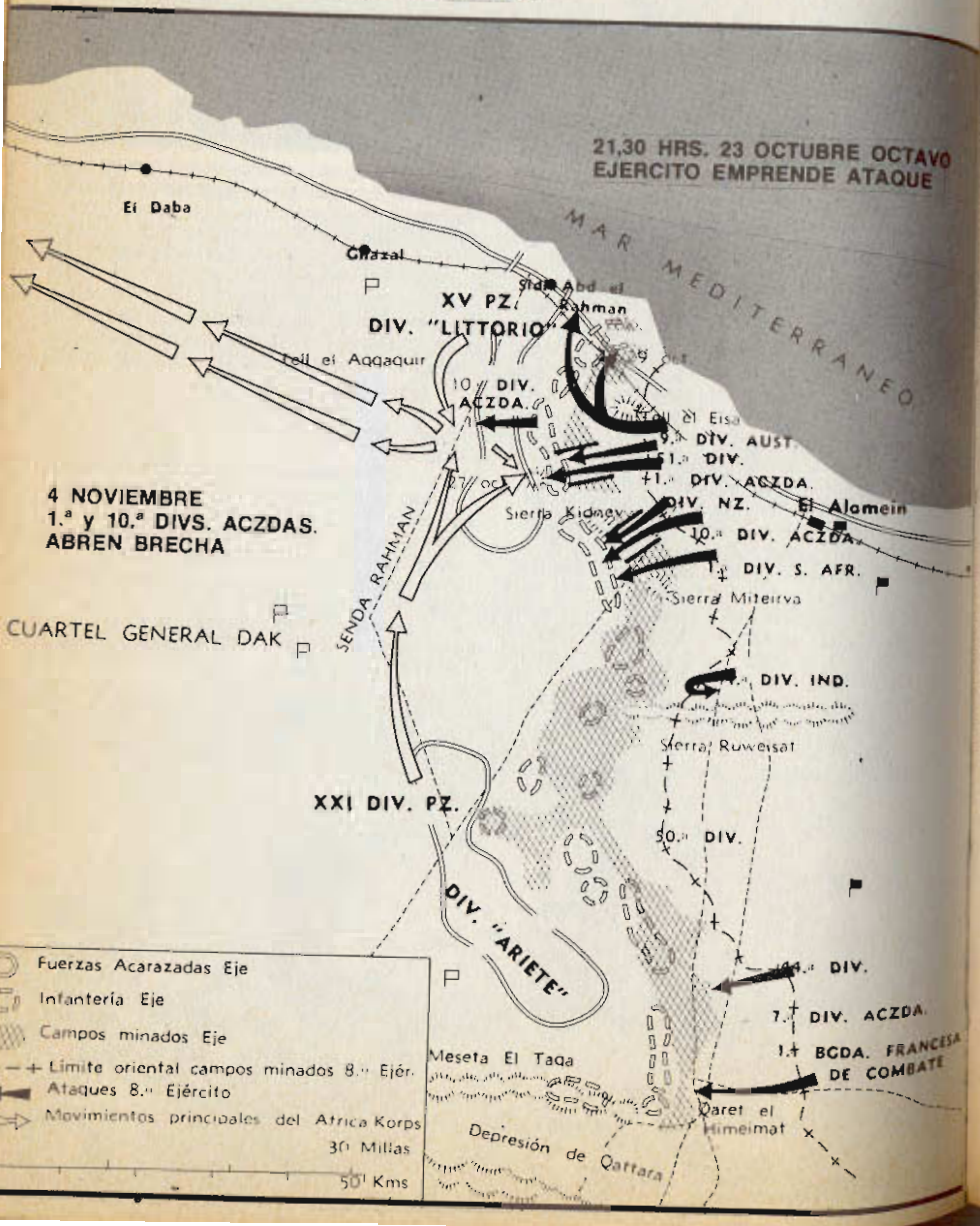
A las 21,30 del 23 de octubre, una tormenta de fuego artillero cayó sobre el frente del Eje, concentrándose especialmente en el Norte, donde se centraba el principal objetivo inglés, pero siendo de considerable volumen en el resto de las zonas. Como sucede siempre en las acciones nocturnas, la situación fue filtrándose muy lentamente en el Cuartel General de Operaciones. La jefatura se centraba defectuosamente en Stumme, en el Cuartel General (CG) del Panzerarmee, mientras el CG del Afrika Korps, junto con el CG del XX Cuerpo, se encontraban situados a distancia equidistante de ambos grupos acorazados, y desempeñaban sólo un papel de vigilancia, lo cual era síntoma de la impotencia a la que les había reducido la escasez de combustible. Falto de información, Stumme, al amanecer, se dirigió al CG de la 90.ª División Ligera, próximo a la costa, y, en medio de un fuerte bombardeo artillero, sufrió un ataque car-

Exhortados a resistir. Mandos italianos condecorados por los alemanes.

díaco que le produjo la muerte. No se puede decir que su presencia fuera muy echada en falta.

El día 24 por la tarde podía ya trazarse un esquema de la batalla. Un ataque inglés secundario por el Sur había quedado virtualmente detenido entre los campos de minas, permitiendo que la 21.ª Panzer y «Ariete» quedasen optimistamente al margen: pero en el Norte, el grupo meridional de la 15.ª Panzer-«Littorio» se dio cuenta con inquietud de que el enemigo había instalado infantería y blindados en la sierra Miteiriya, con lo que amenazaba toda la posición y tal vez incluso

Segundo Alamein: El Octavo Ejército se impone y derrota a las reservas acorazadas de Rommel



total del frente. Aún más amenazador parecía la penetración que estaban efectuando los Highlanders y los australianos hacia la sierra Kidney (un punto casi indefinible, pero de vital importancia para el grupo centro de la 15.ª Panzer, ya que se encontraba en el preciso centro de su territorio). El bombardeo aéreo y artillero británico prosiguió sin pausa, mientras los grupos de combate acorazados del Eje, con el creciente apoyo de la artillería y los antitanques, reaccionaban con energía contra cada una de las incursiones principales.

En Alemania, una llamada de Hitler hizo que Rommel abandonase el sanatorio sin haber completado su cura, pero deseando de todo corazón partir hacia Africa. A la noche siguiente se encontraba ya de regreso en el frente, y una serie de intendentes italianos y alemanes habían escuchado la inequívoca declaración de que, si no se enviaban más provisiones, el Panzerarmee estaría condenado a la destrucción. Mientras tanto, von Thoma había estado al mando, luchando sobre las líneas restrictivas trazadas por Rommel y sancionadas por Stumme, y no sin éxito, ya que toda penetración inglesa más allá de la línea alcanzada el primer día, había sido rechazada, testimonio de lo cual daban los destrozados vehículos situados en las inmediaciones de las sierras MiteirMiteiriya y Kidney. Las pérdidas alemanas de carros aún no eran críticas, pero la capacidad de los nuevos blindados Sherman para permanecer indemnes y disparar contra los expuestos y vulnerables cañones del 88, constituía un inquietante factor que ya estaba resultando fatal.

Los ingleses ya habían llegado a la conclusión de que el enemigo no iba a retirarse fácilmente: Rommel fue más lejos, declarando que había que expulsar a los británicos, a fin de ocupar de nuevo las posiciones iniciales. Esta decisión fue crítica, ya que implicaba que el Afrika Korps abandonase sus posiciones preparadas y saliera a terreno descubierto en una serie de incursiones del tipo que Montgomery más deseaba, puesto que le daría oportunidad de abatir a las fuerzas acorazadas alemanas. Rommel comenzaba ya a dar muestras de la misma depresión que padeció en Alam Halfa, demostrando que en la guerra de posiciones no daba su máximo rendimiento. Von Thoma observó los repetidos cambios de opinión, factor que se refleja en los propios escritos de Rommel del 26 de octubre, cuando, en una línea, declara que sacar fuerzas del Sur sería imposible, debido a la falta de combustible, y en la siguiente anota su decisión de enviar a la 21.ª Panzer al Norte, y al final del párrafo decide que más y más artillería se vaya transfiriendo gradualmente del Sur al Norte.

Para Montgomery, la llegada de la 21.ª Panzer a las proximidades de la sierra Kidney el día 27 constituyó una oportunidad, pero la irrupción de aquella magnífica formación entre las tropas inglesas hubiera podido ser catastrófica de no estar los británicos en tan abrumadora superioridad numérica, y un solo batallón inglés destruyó más de 30 carros. Aquel ataque de la 21.ª Panzar representaba el máximo intento de Rommel por hacer que los ingleses retrocedieran a los campos de minas, pero cuanto se consiguió fue una nueva demora, a costa de perder blindados insustituibles. Junto con la infantería, el Afrika Korps comenzó a desmoronarse: sus efectivos el día 28 se reducían a sólo 81 carros, y su papel en el combate carecía de concentración.

La constante intención de Montgomery había sido llevar al Afrika Korps a la autodestrucción, con lo cual la infantería del Eje se quedaría sin protección móvil y para anularla bastaría una simple operación de limpieza. Pero, pese a las seguridades de Montgomery, el día 27 se evidenció que el Africa Korps aún no estaba acabado, que las fuerzas acorazadas inglesas no habían logrado la libertad de acción y que los cuatro días de penosos combates habían socavado el entusiasmo de sus propia infantería.

En aquellas circunstancias, Montgomery varió de táctica, pasando a intensificar los ataques nocturnos contra las defensas alemanas próximas a la costa. La 15.ª Panzer, con la 90.ª Ligera, se encontraba profundamente envuelta en la zona, y ahora, obligatoriamente, tuvo que dedicar cada vez más y más atención a una batalla en la que la infantería y la artillería predominaban en un sector vital, ya que si en la carretera de la costa se producía una penetración, poco podría hacerse por salvar a las unidades abandonadas en el desierto. En la noche del 28 al 29 de octubre, los australianos, atacando por el Norte, produjeron dos brechas en la línea próxima a la costa, en dirección a Sidi Abd el Rahman, infligiendo fuertes bajas a la 90.ª Ligera. Los alemanes esperaban que aquel éxito inicial fuese explotado más a fondo, pero, por extraño que parezca, nada de importancia ocurrió. No obstante, debido en parte al falso informe de que una inmensa fuerza aliada procedente de la depresión de Qattara, iba a atacar la retaguardia alemana, y también en parte al desaliento que le produjo la noticia del hundimiento de otro buque tanque más, Rommel ordenó que en Fuka se situase una unidad de contención. De mayor importancia fue el hecho de que sustituyó a la 21.ª Panzer, situada frente a la sierra Kidney, por la División de Infantería italiana «Trieste», y envió a los elementos motorizados de la 21.ª Panzer al desierto, haciendo que al fin se unieran a los que quedaban de la 15.ª Panzer.

Pero en cuanto la 21.ª Panzer se retiró, una lluvia de furioso fuego cayó sobre la 90.ª Ligera, anunciando la fase final de la batalla, lo cual hizo que nuevos contingentes de tropas alemanas fuesen absorbidas por el torbellino de la costa; esto se tradujo en que las fuerzas italianas del centro, paulatinamente, fueron quedándose sin sus «guías» alemanes y, al

El 88 en peligro. En El Alamein, el cañón de 75 mm. del carro Sherman comienza a imponerse al arma clave del Afrika Korps.

verse desprovistas de cohesión, se convirtieron en víctimas propiciatorias para el golpe final de Montgomery, ya que el ataque australiano que disgregó a la 90.ª Ligera en Thompson's Post y sus alrededores, durante la noche del 30 al 31 fue un simple prólogo de la «Supercarga», un golpe muchísimo más fuerte que sería asestado dos noches más tarde contra el sector que los alemanes habían dejado sin protección. Indudablemente, el comprender que los alemanes ya no servían de guía a las fuerzas italianas hizo que Montgomery trasladase el grueso del ataque más hacia el Sur, a fin de concentrarlo en los italianos, aunque eso implicase retrasar «Supercarga» 24 horas.

Una furiosa lucha que se prolongaba ya desde hacía dos días había estallado en el lugar donde los australianos, el 31, cortaron la ruta de la costa, y la batalla estaba absorbiendo más y más unidades alemanas. Debido a ello, cuando la infantería inglesa atacó al Sur de aquel torbellino de fuego durante la noche del 2 al 3 de noviembre, y dos de sus divisiones acorazadas cruzaron la senda de Rahman, el Afrika Korps se encontraba desapercibido en gran parte, aunque no totalmente. En los alrededores del Tell el Aqqaquir estalló una gran batalla de carros, actuando los ingleses con la orden de abrirse paso, sin tener en cuenta las pérdidas, mientras lo artilleros antitanque alemanes luchaban desesperadamente por contenerles, ya que si no lo lograban el conflicto entraría en una fase móvil que ellos no se podían permitir.

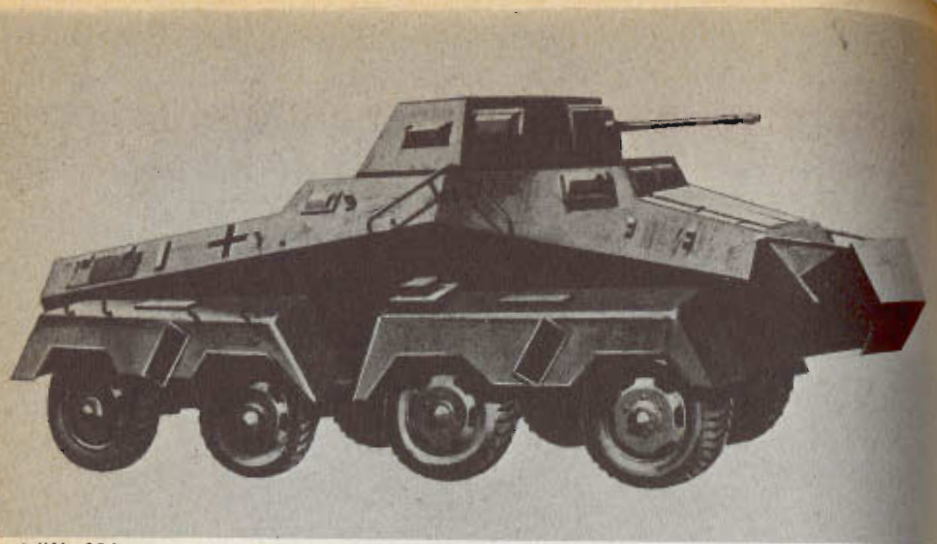
En realidad, aun antes de que los contingentes acorazados principales chocasen los blindados ingleses habían sobrepasado con un rodeo a los últimos contingentes del ataque de infantería, y efectuaron incursiones en profundidad contra los débiles vehículos de la retaguardia del Afrika Korps, mientras la colisión directa en la línea del frente diezmaba a los carros de combate alemanes. La disparidad en los efectivos de carros dejó casi de tener importancia, ya que, aunque una brigada inglesa perdió 70 de sus 94 blindados, varios centenares de vehículos con dotaciones de refresco permanecían dispuestos para aplastar a 35 agotados vehículos alemanes.

Rommel comprendió que había llegado el momento de retirarse a toda prisa de la línea Fuka; quizá para las tropas italianas no motorizadas atrapadas en la línea de frente inicial ya fuese demasiado tarde, pero toda demora tendería a hacer cierta esa probabilidad. El día 2 transmitió su decisión a Hitler y, al mismo tiempo, hizo que los primeros escalones del ataque iniciaran la marcha hacia Fuka. Con todo ello, Rommel volvió al tipo de guerra de movimiento, que era el que mejor cuadraba a su carácter. Von Thoma, que mantenía un inestable dominio del frente con el Afrika —la única fuerza de choque que podía proteger una retirada—, tenía en su poder la clave de la escapatoria del Panzerarmee.

Desgraciadamente, Hitler escogió aquel momento para enviar un mensaje exhortativo, indicando a Rommel que resistiera hasta el fin, que sólo podía ser la victoria o la muerte. El comunicado, que llegó el día 3, después de que Rommel hubiera enviado el suyo (y que había sufrido nuevas demoras para ser descifrado), fue interpretado por Rommel como una respuesta a su mensaje del 2: una negativa absoluta a concederle permiso para retirarse. Rommel optó por obedecer, y a causa de ello abandonó el control de la retirada en su etapa más crítica, ya que las tropas que aún se encontraban en el debilitado frente recibieron orden de resistir, mientras las que estaban camino de Fuka tuvieron en algunos casos que volver a la batalla.

Todo aquello produjo un auténtico torbellino emocional. De ser fielmente obedecida, la orden de Hitler sentenciaba al Afrika Korps a la destrucción. Rommel, viéndose por primera vez desautorizado en campaña por Hitler, perdió la fe en su Fuhrer. Sin embargo, los soldados alemanes reaccionaron ante la orden recobrando los ánimos y disponiéndose para una defensa desesperada, ya que el Afrika Korps siempre reaccionó con enorme entereza ante las mayores adversidades.

El día 3, el Panzerarmee defendía tres posiciones, ninguna de las cuales era viable. En Fuka, contingentes avanzados de la 90.ª Ligera, junto con algunas unidades italianas, defendían una pequeña posición retranqueada plenamente expuesta a ser envuelta por los flancos. En El Alamein, el frente inicial contenía unos cuantos elementos intactos de la 164.ª División, la Brigada paracaidista Ramcke y algunas unidades de infantería ita-



SdKfz 231.

El Afrika Korps dependía de los vehículos motorizados y de los vehículos blindados como parte vital de sus unidades de reconocimiento. De los segundos, había tres tipos básicos, de cuatro, seis u ocho ruedas. Este último tipo era el más tosco y fácilmente detectable, pero también era el que mejor rendimiento daba campo a través. En algunas zonas del desierto, los vehículos blindados podían actuar con eficacia igual o mayor a la de los carros de combate orugas, pero en las cuestas o en las zonas de arena blanca se encontraban en grave desventaja, al tiempo que su limitado tamaño restringía su cantidad de armamento. Peso: **8 toneladas.** Velocidad: **80 km/h.** Blindaje (máximo): **18 mm.** Tripulación: **4** Armas: **1 cañón de 20 mm., 1 ametralladora de 7,9 mm.**

Vencedor y vencido. El general Montgomery, jefe del Octavo Ejército Inglés, recibe al capturado jefe del Afrika Korps, el general von Thoma

lianas, todas en plena retirada o esperando que llegaran los ingleses a efectuar capturas. Al Oeste de la ruta Rahman, el Afrika Korps, con restos de «Ariete» y de la 90.ª Ligera, se preparaban para la inmolación, en cumplimiento de los deseos de Hitler. Y, a su alrededor, los ingleses intentaban avanzar más hacia el desierto, para flanquear al Afrika Korps y, al mismo tiempo, se esforzaban por deshacer su centro. Sin ningún género de dudas, el 4 de noviembre por la mañana, el Panzerarmee, salvo el pequeño destacamento de Fuka, se encontraba al borde de la rendición. Sin embargo, el ataque masivo inglés que debió producirse el 3 por la tarde fue un fracaso, debido en parte a la confusión que se produjo en las brechas abiertas en los campos minados, pero también por la presencia del Afrika Korps, dispuesto a luchar hasta el fin en defensa de sus prestigio.

El 4 por la mañana, Rommel, asombrado por encontrarse aún libre, volvió a pedir permiso a Hitler para retirarse paulatinamente a Fuka, y aquella tarde, al fin, consiguió el «visto bueno». Sin embargo, para entonces, «Ariete» y la matyoría de las otras formaciones italianas habían dejado ya de existir, el Afrika Korps estaba viniéndose abajo, y von Thoma, que iba en un carro, en cabeza de la columna, había caído prisionero. Una retirada paulatina resultaba ya imposible, puesto que, una vez en marcha, nada podía detener a los supervivientes. Durante toda la noche del 4, marcharon a toda velocidad hacia el Oeste, por el desierto, eludiendo los peligros de la ruta costera, como lo hiciese la 1.ª División Acorazada británica tres meses antes.

En los alrededores, el más completo caos sumía en la confusión a amigos y enemigos. Aquí y allí, columnas enemigas tropezaban unas con otras; pero en la oscurísima noche, los alemanes lograron avanzar con mejor fortuna que los ingleses, llegando a la posición de Fuka un poco por delante de sus perseguidores. Inmediatemente, los italianos, ya presentes allí, partieron con rapidez hacia el Oeste, dejando a Rommel que se las apañase lo mejor que pudiera para organizar una defensa antes de que el enemigo llegase a su altura. Una somera cuenta mostró lo endeble de su posición: alrededor de 40 carros, ningún cañón del 88, una veintena de piezas de artillería antitanque y de campaña y unos mil soldados de infantería como máximo. Hacia el Este, otros camaradas en especial la Brigada Paracaidista Ramcke— habían iniciado la larga marcha de retirada, pero tanto su posición como las condiciones en que se encontraban eran una incógnita.

Como de costumbre, la gasolina escaseaba, no había casi agua y los hombres se encontraban exhaustos. Los bombardeos aéreos se prolongaban día y noche. Sin embargo, hasta el mediodía del 5 de noviembre, las tropas perseguidoras no eonstituyeron un peligro real, y para entonces, el breve respiro había capacitado a Rommel para ejercer un cierto control sobre lo que se había convertido casi en una retirada total.

Una solución para los campos de minas: Un carro manguel inglés en marcha. Las cadenas de metal, al golpear el suelo, debían detonar las mias. Sin embargo, el método más eficaz, aunque también más lento, era la detección manual por grupos de soldados.

Abierta retirada

El sistema de primera alarma. Un vehículo ligero del Grupo de Reconocimiento esperando a los ingleses avanzando.

Por lo general, las fuerzas en retirada escogen posiciones naturales fuertes, seguras, desde las que entretener a los perseguidores, a fin de que el grueso de las tropas escape, de que se puedan evacuar los depósitos de material más esenciales y de que sea posible establecer una posición en la retaguardia. Por lo general, las posiciones de entretenimiento se sitúan en accidentes topográficos muy específicos, y, en el Desierto Occidental, tales accidentes se encuentran en las proximidades de la costa —en Matruk, Halfaya, Aghella, etc.—, y la seguridad de cada uno de ellos dependía de que el flanco del desierto estuviese asegurado por la presencia de una fuerza acorazada móvil. El 5 de noviembre, el Panzearmee no contaba con fortaleza suficiente para sostener una posición de entretenimiento ni con bastantes carros para cubrir su flanco, y aun en el caso de enfrentarse a un enemigo cuatro veces menor que el Octavo Ejército. Sólo la velocidad,unida a un rígido control del tráfico, podía salvar a las fuerzas del Eje.

Al contraerse sobre su base, todo el ejército se ve obstaculizado por sus unidades administrativas. Estas han de ser evacuadas antes de que la retaguardia pueda ceder terreno, mientras, simultáneamente, otros escalones de combate deben ser retrasados a fin de preparar sucesivas líneas de resistencia. En el caso del Panzerarmee, la escasez de combustible impuso una mengua en los efectivos de la zona avanzada. El 6 de noviembre sólo quedaba suficiente gasolina para abastecer a la 15.ª Panzer entre Fuka y Marsa Matruk, motivo por el cual la 21.ª Panzer quedó desamparada y tuvo que enfrentarse sola a la 7.ª División Acorazada, con catastróficos resultados. Sólo cuatro blindados de los 30 que se salvaron en El Alamain lograron regresar.

Para Bayerlein, que volvía a estar al mando del Afrika Korps, las acciones de entretenimiento se hicieron cada vez menos factibles. La Unidad de Reconocimiento Voss actuó como sistema de primera alarma, diseminando patrullas por todo el desierto. Lo que quedaba del Afrika Korps y de la 90.ª Ligera constituía una reserva móvil para utilizarla en caso de extrema emergencia, y el resto de las tropas se limitó a seguir hacia El Aghella, en la esperanza de que la copiosa lluvia que estaba cayendo obstaculizase la marcha de los ingleses. Así ocurrió, y el día 7 se produjo un atasco total, agravado por la escasez de combustible, ya que las columnas de abastecimiento inglesas transportaban demasiada munición y no suficiente gasolina. Hasta los paracaidistas Ramcke, totalmente descorazonados por el hecho de haberse quedado sin medios de transporte, hicieron su aparición en los camiones de una columna inglesa a la que tendieron una emboscada. Gradualmente, el Panzerarmee fue aumentando a medida que retrocedía, recogiendo supervivientes y absorbiendo reservas. Además, los alemanes se sentían algo más tranquilos, puesto que sabían que en Bengasi habían desembarcado reservas de combustible. El 7, el Afrika Korps salió de Marsa Matruk hacia Halfaya en la esperanza de que quizá allí pudiera conseguirse una demora ligeramente mayor, ya que las retaguardias eran cada vez menos hostigadas.

Pero aquel día Rommel recibió el aviso de que en su retaguardia estaba a punto de producirse un desembarco que probablemente tendría lugar entre Tobruk y Bengasi. El 8 llegaron noticias de algo mucho peor, una gran invasión de toda la costa norteafricana, desde Casablanca a Argel. «Esto —escribió Rommel— marcó el fin del ejército de Africa.» Los aliados podían llegar muy pronto a Túnez y luego a Trípoli... y entonces ya no habría escapatoria.

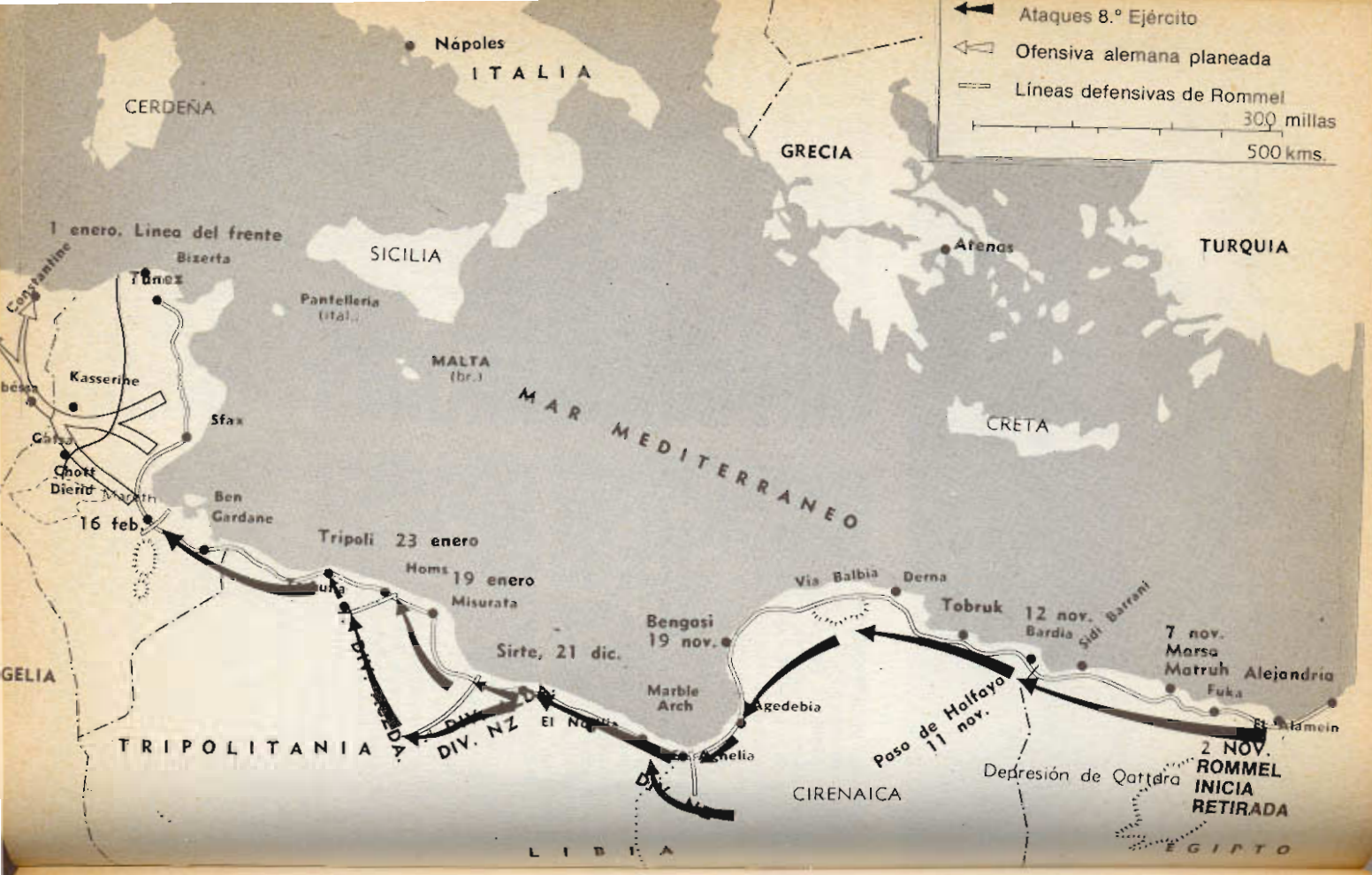
Quedarse en Halfaya resultaba ya imposible. La siguiente parada debía ser El Aghella, e incluso esa sería una detención provisional en el camino hacia Túnez: de ahí que se produjera un cambio focal, desplazándose el centro 3.200 kilómetros. En realidad, ya no había ningún motivo lógico para permanecer en Africa, ya que, de modo inevitable, los angloamericanos aplastarían cualquier fuerza que el Eje pudiera enviar desde Italia. Súbitamente, las rosadas esperanzas de victoria que florecieron en julio se marchitaron. Y no sólo les ocurrió eso a las esperanzas de victoria en Africa del Norte. También en Rusia había surgido una amenazadora resistencia, ya que, tras avanzar fácilmente por el Cáucaso, los victoriosos alemanes quedaron detenidos ante Grozny, mientras en Stalingrado el Sexto Ejército se encontraba en proceso de aniquilación.

En el desierto acababa de producirse lo que Rommel temía: el enemigo había logrado aunar la igualdad táctica con la superioridad técnica. Su retaguardia sintió pronto un gran respeto hacia los carros Sherman de alta torreta, que podían disparar sus cañones antitanque con devastadora eficacia y sin ponerse a tiro de los alemanes. Además, los veteranos que luchaban en los habituales campos de batalla cinerarios no dejaban de renegar de las tropas de refresco que, debido a su inferioridad táctica, no dejaban de perder confrontamientos aislados.

Poco después de evacuar Halfaya el 11 de noviembre, el grueso del Afrika Korps dejó atrás al Octavo Ejército, dejando la carretera por el desierto hacia Aghelia a las fuerzas acorazadas ligeras. El 13 de noviembre cayó Tobruk, y una semana más tarde Bengasi, tras una serie de apresuradas demoliciones. Mientras, fuerzas alemanas de refresco —en un volumen que, en junio, hubiera sido la clave del triunfo para el Afrika Korps— iban llegando por aire y mar a Túnez para mantener abierta una cabeza de puente en la que el Panzerarmee pudiese encontrar refugio. Eventuales líneas defensivas se lanzaron en torno a El Aghella: una cerca de Agedabia, una segunda entre el mar y las marismas de Marsa Brega, y la tercera en el mismo El Aghelia. El 23 de noviembre, el Afrika Korps había regresado a su punto de partida.

La llegada a El Aghelia del Afrika Korps, con numerosos vehículos a remolque, constituyó un momento crítico. Entre los alemanes, la disciplina seguía siendo ejemplar, aguantando como una roca los embates que habían hecho que los italianos se vinieran abajo. Pero con la pérdida de Bengasi los reabastecimientos se hicieron aún más inseguros, y encontrándose Trípoli a 800 kilómetros de distancia y la única carretera de la costa bajo constante ataque, el Afrika Korps se encontraba en la más precaria condición. En cualquier caso, la posición de El Aghelia (que nunca había sido sometida a ninguna prueba seria por el Este), ofrecía sólo un refugio temporal, debido en gran parte a la facilidad con que podía ser flanqueada, si bien, sobra decirlo, Hitler ordenó que fuera defendida, aduciendo que una nueva retirada socavaría la moral, pese al hecho de que la aniquilación del Panzerarmee anularían sus razones para meterse en Túnez, ya que dejaría a la parte meridional del territorio convertida en un saco sin fondo.

A Rommel no le cabía duda de que debía retirarse apresuradamente a la línea Mareth, que cerraba las estribaciones meridionales de Túnez, ya que era evidente que Montgomery sólo se había detenido a fin de acumular material suficiente para llegar a Trípoli. En Mareth, con sus fuerzas unificadas, Rommel tuvo la oportunidad de efectuar una acción defensiva, y entre allí y Aghelia, ciertas posiciones de Buerat y Tathuna podían ofrecer momentáneamente seguridad. Respecto al Afrika Korps, las tortuosas conversaciones entre su general y los altos mandos permanecieron en secreto, aunque los rumores referentes a los



Fatiga en la retirada. Los rostros de la tripulación del carro alemán reflejan signos de depresión.

Los estragos de la guerra: Un maltrecho carro alemán. Adviértanse las marcas de los impactos, la utilización de sacos terreros para aumentar la protección y el desvaído emblema del Afrika Korps.

efectivos que iban llegando a Túnez suscitaban comentarios sardónicos. De haber sabido que Hitler y Mussolini decidieron defender El Agheila por motivos exclusivamente políticos, sin importarles el inevitable sacrificio del Afrika Korps, su reacción podía haber cambiado.

Llegado el momento Rommel, en el último minuto, chasqueó a los políticos utilizando, como siempre, un peligroso sistema. El 11 de diciembre, el Octavo Ejército avanzó hacia Marsa Brega y envió fuertes contingentes móviles hacia Marble Arch, en la retaguardia del Afrika Korps. Las divisiones italianas de infantería no motorizada habían sido ya enviadas de regreso (pese a las instrucciones permanentes del Dictador), motivo por el cual la defensa fue responsabilidad única de las fuerzas móviles. A su debido tiempo, el servicio de reconocimiento aéreo informó de la llegada de los ingleses en dirección a Marble Arch y, pese a las órdenes, aquella fue la señal para que el Afrika Korps, dos divisiones acorazadas italianas y la 90.ª Ligera se pusieran de nuevo en movimiento, dirigiéndose hacia Buerat.

El trayecto resultó extraordinario. Desentendiéndose de las exigencias tácticas, las formaciones del Eje en retirada tuvieron que calcular cada paso con arreglo al combustible disponible. Las detenciones se debían más a la escasez de gasolina que por la necesidad táctica, aunque hubiera sido preferible retirarse antes o contraatacar más aprisa, a fin de evitar angustiosas crisis. En consecuencia, cada vez que se partía con retraso el peligro era enorme, y las pérdidas en hombres y material copiosas. Sólo se escapaba del cepo inglés en el último minuto, cuando ya caían sobre ellos los proyectiles británicos. El incesante bombardeo sólo sirvió para aumentar la enorme confusión y el hecho de que el grueso de los fugitivos llegase a Buerat, mientras los ingleses «limpiaban» una vacía bolsa cercana a Nofilia, se debió tanto a la buena suerte y a la sangre fría como a la organización adecuada.

Ahora el futuro del Afrika Korps dependía de la habilidad de Rommel para saltarse las órdenes permanentes de triunfo o muerte. Aquí el jefe alemán recibió la ayuda de los italianos y del general Montgomery, ya que los primeros tenían órdenes de sostener su posición y luchar, pero pudieron ser convencidos de que se retirasen ante la amenaza de quedarse rezagados, como en El Alamein; al propio tiempo, el jefe inglés, en su decisión de disponer en todo momento de unos aplastantes efectivos, por si el Afrika Korps contraatacaba, estaba preocupado por extender demasiado sus líneas de abastecimiento; pese a que su material hubiera sido envidiado por Rommel. De haber contado con la mitad de los recursos de Montgomery...

El Afrika Korps, en la retirada hacia Bierat (lugar al que llegó el 26 de diciembre) permaneció en un plano secundario a fin de permanecer intacto, y la 15.ª Panzer, decidida a tomar la cena de Navidad en Sirte, tuvo que ponerse apresuradamente en marcha ante la noticia de que una columna inglesa estaba rodeándola. La 21.ª Panzer, que estaba ya protegiendo el flanco meridional de Buerat, dio la bienvenida a la 15.ª Panzer, con lo cual se produjo una eventual reunificación del Afrika Korps. Mientras, el Alto Mando había llegado a la conclusión de que ya no podían defender Tripolitania, y accedieron a la retirada al ritmo que Montgomery marcase, aunque mostrándose remisos a dar órdenes específicas para la evacuación de las tropas no motorizadas.

Es poco probable que los hombres del Afrika Korps, tuvieran noticia de las batallas diplomáticas que su jefe estaba librando contra la intransigencia del Alto Mando, mientras ellos defendía de los ingleses la retaguardia. Cuando veían pasar a Rommel demostraban una alegre confianza, aunque algo menor que en otros tiempos. Los atolladeros en que ponía a sus soldados no dañaron en absoluto su prestigio a ojos de su tropa, puesto que generalmente conseguía sacarla de apuros, y les alentaba mucho el hecho muy infrecuente de que los ingleses les persiguieran de cerca. Ahora, a la luz de las noticias de Túnez, parte de las tropas estacionadas en Buerat comenzaron inmediatamente a replegarse hacia las defensas próximas a Mareth. De ahí que el primer retroceso de los italianos hacia Tarhuna, y la retirada de la 21.ª Panzer el 13 de enero a Gabes, fueron militarmente sensatos; por haberse advertido ya los primeros indicios de un ataque anglo-norteamericano desde el Norte y contra Mareth.

La reducción del Afrika Korps inicial en Tripolitania, demostraba inmejorablemente que Rommel desistía de toda nueva operación ofensiva en la zona, y cuando el Octavo Ejército reemprendió el avance el 15 de enero, se vio atrapado en un mar de minas y hostigado por un enemigo que hacía fuego sin dejar de retroceder. El Afrika Korps constaba de la 15.ª Panzer (con sólo 36 carros), la 90.ª Ligera, la 164.ª División y la Brigada Ramcke. La retirada fue prolongándose paso a paso, cada vez más aprisa, sin detenerse apenas en Tarhuna y mucho menos en Trípoli. No obstante, el avance inglés mostró el debido respecto al aguijón que armaba la cola del Afrika Korps, temiendo siempre un posible contraataque como el que se produjo en Buerat, en el que, a costa de sólo dos carros, los alemanes lograron eliminar una docena de blindados ingleses.

El 22 de abril, el Afrika Korps se despidió de Trípoli, volviéndose hacia Túnez y la línea Mareth, en la esperanza de poder efectuar allí una prolongada defensa, ya que resultaba evidente que los ingleses, en sus operaciones en el Túnez Septentrional habían sufrido un considerable desgaste. Sobre el papel la línea Mareth, construida por los franceses contra los italianos antes de la guerra, y formada por profundos obstáculos, con un flanco meridional que según se aseguraba era impenetrable, prometía ser una posición casi inexpugnable. Y, lo que era mejor, ofrecía la posibilidad de resistir con la infantería, mientras las tropas móviles descansaban y se preparaban para la ofensiva.

Sin embargo, a Rommel la vieja posición francesa le parecía mal situada y muy vulnerable a ser arrollada por el flanco. Por todo esto prefería una posición situada más hacia el Norte y alineada con Wadi Akarit. Pero su prestigio personal había sufrido una fuerte merma, y su salud era precaria. Sus superiores estaban disgustados por la forma en que el militar eludió sus órdenes, efectuando una retirada apresurada. En consecuencia, el 26 de enero se enteró de que iba a ser sustituido por un italiano: el general Messe. En lo primero en que pensó fue en sus hombres. «Me eran enormemente queridos», escribió.

El júbilo de la victoria. Una columna inglesa avanza. Al fondo izquierda, un carro Sherman; en el centro, transportes de infantería y vehículos de impedimenta, incluido un jeep; a la derecha, un cañón anticarro trasportable de 6 libras.

Las batallas demoledoras

Blindados alemanes en Túnez

En múltiples aspectos, todas las ofensivas que emprendió el Afrika Korps —excepción hecha del improvisado avance desde Tobruk, que finalizó con la contención en Alam Halfa— se iniciaron con una acción demoledora destinada a mermar las fuerzas inglesas antes de que pudieran encontrarse a punto. Dentro de la embarullada estrategia del Eje en Túnez, tal tónica prevaleció hasta el fin, y nunca fue más aguda que en las ofensivas procedentes del Túnez meridional. Para empezar, las fuerzas del Eje destacadas en Túnez operaban como cuerpos separados, coordinados deficientemente por el Jefe Supremo de Roma, con los mariscales Kesselring y Cavallero yendo y viniendo en sus intentos por resolver los equívocos producidos entre los mandos en campaña y los políticos en la metrópoli.

La retaguardia del Panzerarmee se adentró en Túnez el 13 de febrero, dejando una línea de destacamentos en Medenine a fin de contener al Octavo Ejército. El grueso de la fuerza asumió la responsabilidad sobre la zona situada al Sur de Gafsa, adoptando un nuevo nombre, el Primer Ejército Italiano, bajo la nueva jefatura del general italiano Messe; nombramiento que en principio fue sólo nominal, ya que Rommel consiguió demorar su propia partida. Del Afrika Korps inicial sólo quedaba una debilitada 15.ª División Panzer, aunque las divisiones alemanas 90.ª y 164.ª rellenaban brechas en las maltrechas formaciones italianas destacadas en la línea Mareth.

Al Norte de Gafsa, el Quinto Ejército Panzer del coronel-general von Arnim había establecido su frente desde Faid hasta el mar, a través de Fondouk y Medjez el Bab, y terminando en las proximidades de Cabo Serrat. Von Arnim, según su temperamento, planeaba ahora una operación defensivo-ofensiva contra los norteamericanos situados entre Faid y Gafsa, a fin de tomar posiciones defensivas más favorables. De secundaria importancia era la destrucción de las fuerzas de la zona de Tebéssa, aunque le parecía poco probable que sus dos divisiones panzer, la 10.ª y la 21.ª (ambas con fuertes contingentes acorazados cuando la segunda recibió rápidos refuerzos), Pudieran cumplir tal misión.

Característicamente, Rommel asumió una posición contraria y propuso un ataque demoledor de todas las fuerzas unidas bajo un solo mando y efectuado a través de Gafsa, a fin de librarse de la amenaza norteamericana contra la retaguardia de Mareth. De hecho, los propios norteamericanos se sentían igualmente vulnerables y emprendieron repliegues locales que incitaron a Rommel a pedir a von Arnim el empleo de la 10.ª Panzer en Faid, actitud típica del cisma jerárquico existente entonces en el Eje. En consecuencia, el Mando Supremo estuvo una semana negociando (ya que ordenar no podía) en su intento de convertir los múltiples ataques locales en un fuerte ataque común. Ni Rommel ni von Arnim estaban dispuestos a prescindir el uno de fuerzas en favor del otro, ya que Rommel no podía sacar a la evacuada 15.ª Panzer de su puesto en la línea Mareth, y von Arnim no veía razón para desistir de sus propios proyectos en beneficio de otro.

Al final, von Arnim se salió más o menos con la suya, y envió a su lugarteniente —el general Ziegler— para que mandase a la 10.ª y la 21.ª Panzer en el ataque principal contra la 1.ª División Acorazada USA desde Faid hasta Speitla (iniciándose el 14 de febrero de 1943), mientras Rommel organizaba el denominado Grupo de Asalto Afrika Korps bajo el mando del general Buelowius, a fin de operar contra Gafsa en la dirección de Kasserine. Sin embargo, este contingente era tan débil (sus elementos de asalto constaban sólo de 26 carros PzKw III y IV procedentes del 8.º Regimiento Panzer, más 23 italianos M 13 de la División «Centauro»), que su misión sólo podía considerarse como una de protección del flanco de Ziegler. Pero los planes proponían un rápido avance hacia Tebessa en cuanto Ziegler, una vez lograda su misión inicial, pudiera devolver la 21.ª Panzer. Al menos sobre el papel, Rommel presentaba la posibilidad de reunificar al Afrika Korps y asestar un enorme golpe estratégico.

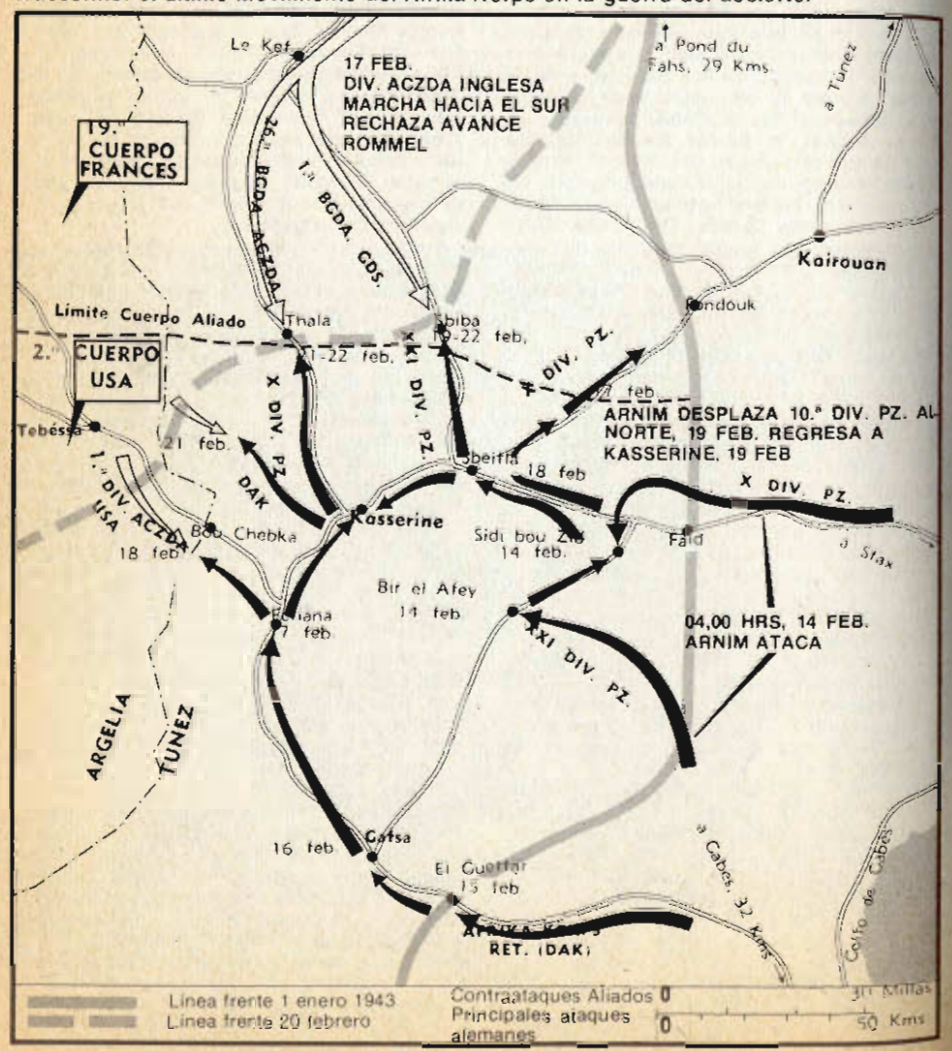
Pero Ziegler y von Arnim no compartían las ambiciosas miras de Rommel, pese a que, encontrándose el borde del desastre en Stalingrado, era necesaria una victoria alentadora. Naturalmente, nadie soñaba siquiera que la falta de experiencia de los norteamericanos se tradujese en un levantamiento del campo como el que se produjo en la 1.ª División Acorazada cuando la 1.ª y la 21.ª Divisiones Panzer, convergiendo desde dos direcciones, la envolvieron. Al anochecer del 17, dos tercios de la fuerza norteamericana fueron virtualmente aniquilados. Ziegler se encontraba a las puertas de Sbeitla, y el Grupo de Asalto Afrika Korps, encontrándose con que los norteamericanos habían evacuado Gafsa durante la noche del 14, avanzaron hacia Thélepté en violenta persecución. Esta victoria táctica total ofrecía inmediatamente la posiblilidad de una decisión estratégica. Encontrándose las fuerzas acorazadas norteamericanas destruidas, y las inglesas del Primer Ejército reequipándose con carros Sherman, sólo pequeños contingentes podían oponerse a una incursión concentrada hacia la retaguardia a través de Tebéssa; incursión que posiblemente podría alcanzar un punto tan septentrional como el importante puerto abastecedor de Bonne. Tampoco era posible que el Octavo Ejército interviniese a tiempo, ya que el puerto de Trípoli aún no había recuperado el pleno rendimiento, y las fuerzas ligeras de Medinine carecían de la fortaleza y de las provisiones necesarias para una ofensiva, pese a que Montgomery hizo cuanto pudo por simular una.

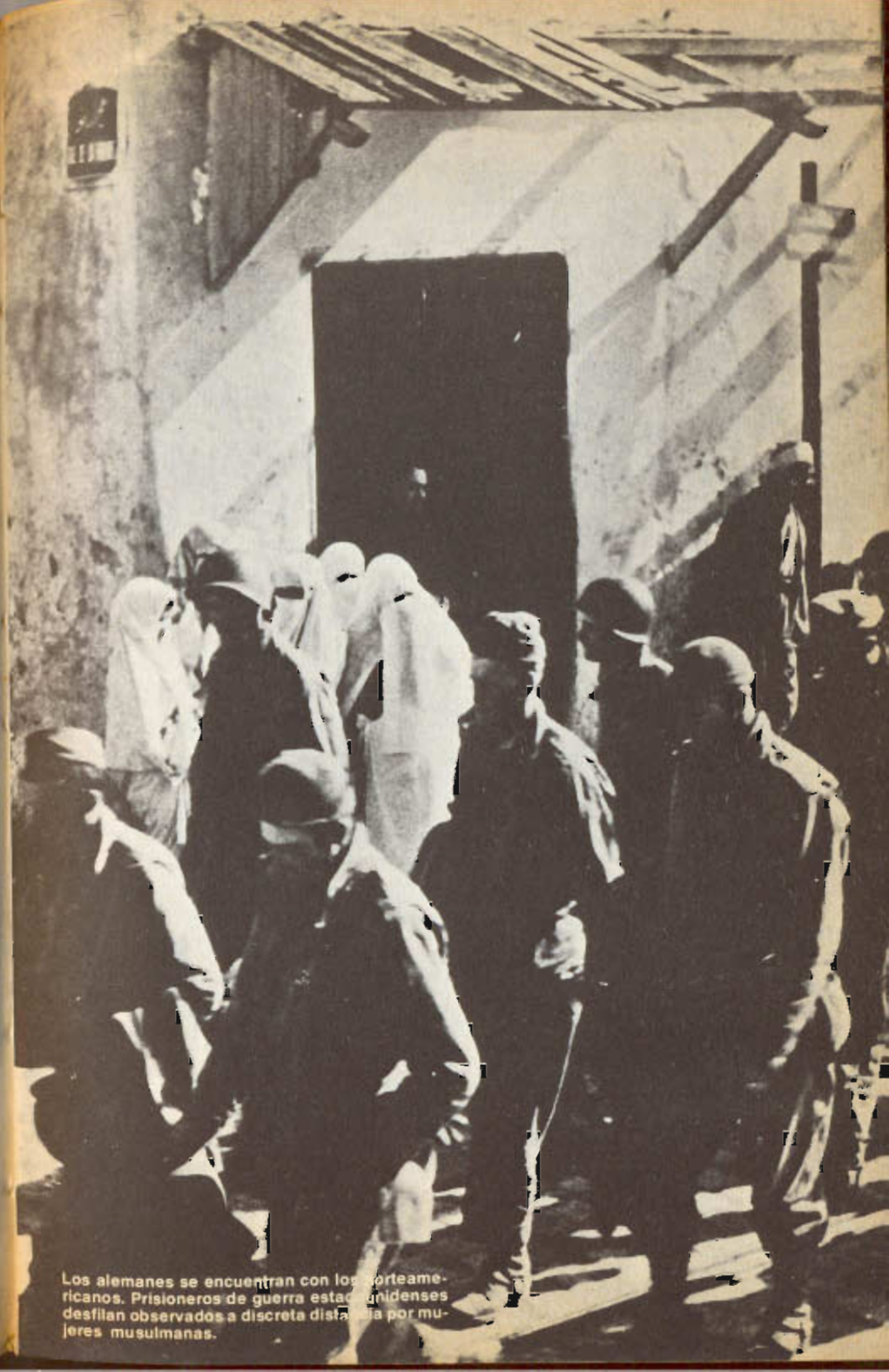
Si en aquellos momentos los alemanes hubieran creado un mando unificado propio, el

Afrika Korps, contando de nuevo con la 21.ª División Panzer —y puede que incluso con la 10.ª Panzer— hubiera podido arrollar toda resistencia. El hecho de que tal mando único no se estableciera se debió a varios factores: la estrechez de las miras predominantemente defensivas de von Arnim; las confusas maniobras tácticas de Ziegler; y el hecho de que Rommel había caído en desgracia del vacilante Mando Supremo. Concentrándose únicamente en el incial ataque de obstaculización, von Arnim ordenó a Ziegler que destruyese los almacenes aliados de Sbeitla y que luego asestase un golpe local hacia el Norte contra Fondouk, enviando a la 21.ª Panzer a un reñido combate en Sbeitla, y haciendo que la 10.ª Panzer emprendiese una inútil persecución, ya que los aliados se habían retirado de Fondouk.

Entre tanto, el Afrika Korps actuó con eficacia, pese a sus mermados efectivos. Volvió a reinar la animación inicial y los mandos y la tropa se sentían unidísimos. El combustible y el equipo norteamericanos reabasteció a las fuerzas del Eje como en tiempos lo hicieron los depósitos del Octavo Ejército, mientras, en el frente, bisoñas unidades enemigas abandonaban con frecuencia vehículos intactos y, en la retaguardia, montañas de material ardían. En Rommel resucitó su propósito inicial: el avance unificado a través de Tebessa hacia el Norte y cuando el día 18 se encontró

Kasserine: el último movimiento del Afrika Korps en la guerra del desierto.





Los alemanes se encuentran con los norteamericanos. Prisioneros de guerra estadounidenses desfilan observados a discreta distancia por mujeres musulmanas.

PzKw IV con cañón L/48 de 75 mm.
Construidos inicialmente para oponerse al excelente carro ruso T34/76, esta versión mejorada del PzKw IV era rival más que digno de todos los carros aliados existentes en 1942, salvo los Sherman. Este vehículo espléndidamente armado y blindado formaba sólo una mínima parte de los efectivos del Afrika Korps, pero a partir de Alam Halfa se convirtió en la columna vertebral de sus divisiones Panzer.
Peso: **23 toneladas:** Velocidad: **40 km/h.** Blindaje (máximo): **50 mm.** Tripulación: **5.** Armamento: **1 cañón de 75 mm., y 2 ametralladoras de 7,9 mm.**

con que von Arnim se negaba a oírle, dirigió directamente su proposición a Kesselring y al Mando Supremo.

El antiguo ayudante de campo de Rommel, el teniente Schmidt, declaró en una ocasión que su jefe no era ni un genio ni un superhombre, pero poseía una aguda imaginación unida a una plena captación de las posibilidades del Afrika Korps. Desgraciadamente para él, sus dotes de percepción, nada convencionales, abrumaban tanto a amigos como a enemigos, y ni Halder y Kesselring, ni Wavell y Alexander lograban captar la extensión de los planes de Rommel. Del mismo modo que Halder y Wavell no vieron las posibilidades que Rommel tenía de éxito en abril de 1941, tampoco Kesselring ni el general Alexander (jefe supremo de operaciones Aliado en Túnez, bajo el mando del general Eisenhower) creían que Rommel pudiese efectuar una penetración tan amplía en el campo de operaciones como la necesaria para efectuar un avance a través de Tebéssa. Así Kersslring accedió a una componenda cuando el Mando Supremo decidió conceder a Rommel el mando de dos divisiones Panzer, aunque sólo para un breve ataque a través de Thala. En el bando opuesto, Alexander en previsión reforzó aquellas posiciones en vez de las de Tebéssa.

Naturalmente, nadie puede decir qué impacto hubiera tenido el más ambicioso plan de Rommel caso de que éste se hubiera salido con la suya y recuperado la antigua 21.ª Panzer y la 10.ª Panzer para obrar al unísono con el Grupo de Asalto Afrika Korps. Posiblemente, el efecto sicológico sobre el Ejército anglo-norteamericano hubiera resultado decisivo; aunque también es posible que se hubieran visto obligados a retirarse a Argelia, en cuyo caso sus pérdidas materiales habrían sido enormes. Luego, las operaciones posteriores del Octavo Ejército lo mismo hubiera podido pecar de precipitadas y peligrosas o de morosas, a causa de la cautela de Montgomery ante un irresistible enemigo.

Al final, ni siquiera el limitado ataque pudo iniciarse adecuadamente. Como la 21.ª Panzer estaba ya comprometida por Ziegler para asestar un golpe contra Sbiba, la 10.ª División Panzer tuvo que suplirla, uniéndose al Afrika Korps en Kasserine, cosa que no logró hasta el día 20. El Grupo de Asalto Afrika Korps, para mantener a los americanos en fuga no tuvo más que atacar el paso de Kasserine a fin de franquear el camino hacia Thala para la 10.ª Panzer, y al hacer ésto, confirmó el criterio de Alexander acerca de dónde residía la principal amenaza. Pero el Afrika Korps no logró adaptarse a un terreno al que no estaba habituado ya que de pronto sus componentes se encontraron en una zona montañosa que nada tenía que ver con las amplias llanuras del desierto. En aquel accidentado terreno resultaba imprescindible apoderarse de las alturas antes de adentrarse en los valles.

El 19 de febrero por la tarde, la 33.ª Unidad de Reconocimiento hizo un minucioso reconocimiento de los montes que se alzaban a uno y otro lado del paso, y al hacerlo casi expulsó a los norteamericanos. Al día siguiente un asalto más en regla efectuado por dos batallones del Regimiento Panzer de Granaderos Afrika, seguido por carros del 8.º Regimiento Panzer tuvo dificultades para avanzar debido en parte al certero fuego de la artillería norteamericana y también a que no logró asegurarse las alturas. Al anochecer aún estaban por alcanzar su objetivo, si bien los defensores norteamericanos se encontraban al borde del derrumbamiento. Más o menos lo mismo le ocurrió a la 21.ª Panzer en Sbiba: también allí un paso defendido por infantería inglesa y norteamericana resultó un hueso difícil de roer para los carros, cada uno de cuyos

El botín del Paso Kasserine. Un transporte acorazado de infantería alemán encabeza una columna constituida en su casi mayor parte por vehículos norteamericanos.

movimientos les enfrentaba indefectiblemente a cañones antitanque certeramente dispuestos en el solitario camino. Las pérdidas aumentaron y el avance se desvaneció: el flanco derecho del golpe doble que Rommel pretendía asestar había fallado.

El día 20, las cosas mejoraron en Kasserine, a pesar de que los renovados ataques de la infantería italiana y alemana no consiguieron resultados dignos de mención, a las 13.00 horas un aplastante golpe de la 12.ª Panzer desarticuló finalmente a los norteamericanos, dejó expedito el camino, destruyendo todos los carros de un grupo de batalla inglés que iba camino de Kasserine, y al final del día llegó a encontrarse cara a cara con la 26.ª Brigada Acorazada inglesa, dieciéis kilómetros al Sur del objetivo: Thala. El Afrika Korps avanzó con igual rapidez, persiguiendo a los norteamericanos por los montes occidentales, asegurando el flanco de la 10.ª Panzer y convirtiéndose en una amenaza para Tebéssa.

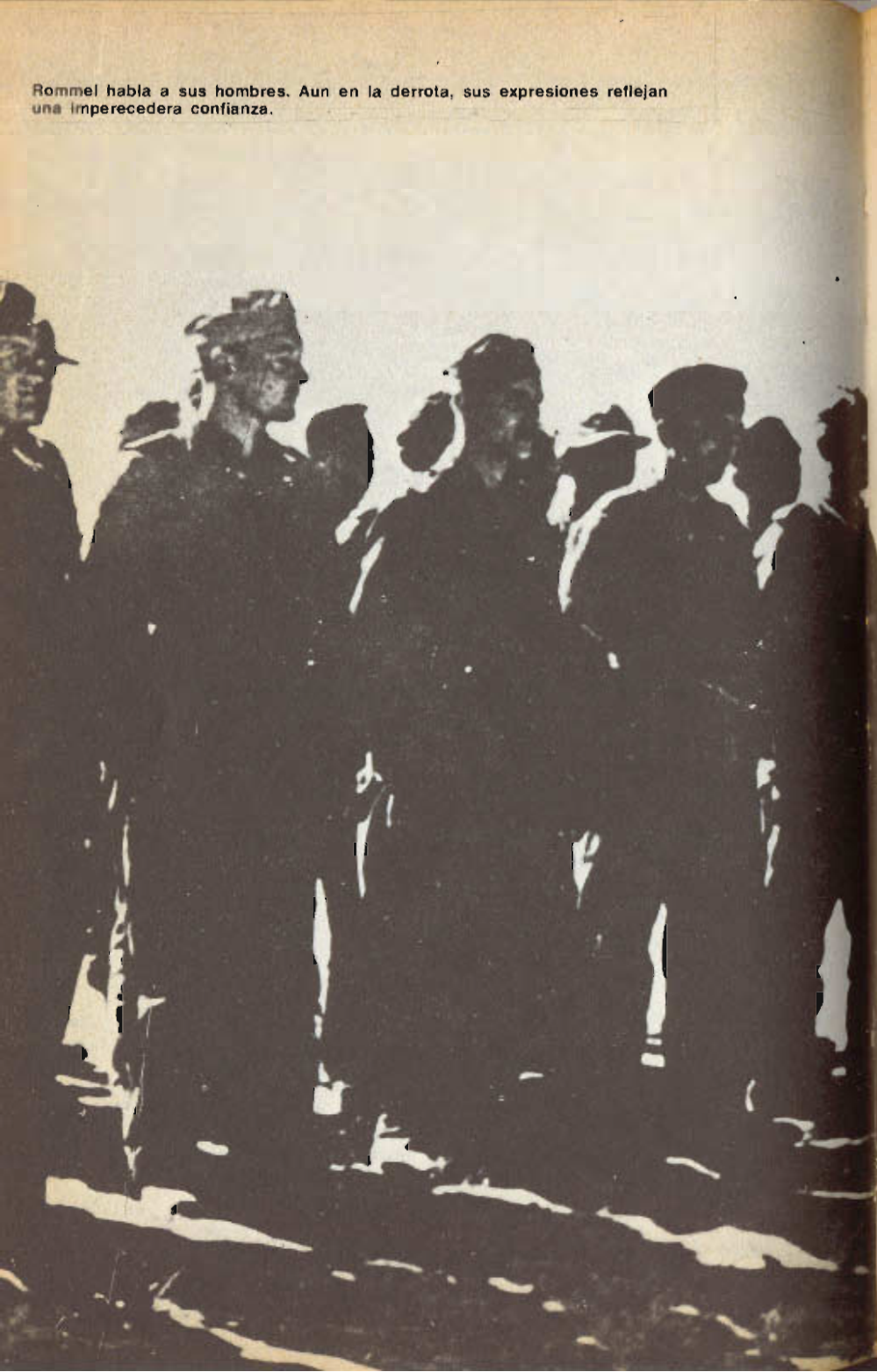
En ambos bandos de la línea de frente, un tono de pesimismo predominaba en los estados mayores. Los mandos aliados temían por la seguridad de sus frágiles líneas defensivas de Sbiba y Thala; estos temores se demostraron plenamente justificados, ya que durante todo el 21 de febrero, la 21.ª Panzer no dejó de atacar a la 26.ª Brigada Acorazada, obligándola a replegarse a cinco kilómetros de Thala. En aquel instante el general Anderson, jefe del Primer Ejército británico, ordenó a los defensores de Sbiba que se pusiesen a retroceder más de 60 kilómetros, ya que, caso de caer Thala, su posición se haría insostenible.

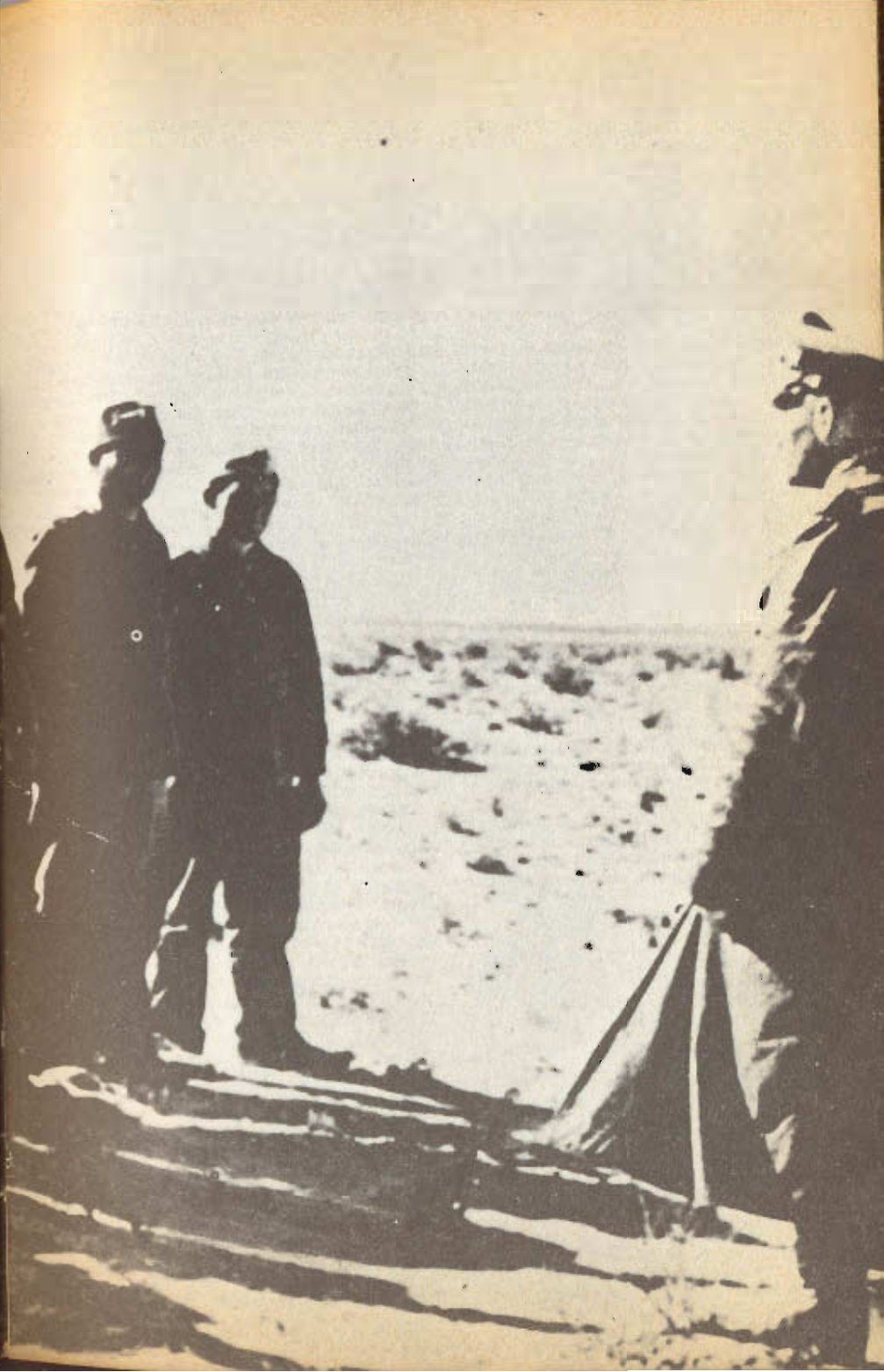
Pero las pocas mejoras del día 21 y la lentitud de la 10.ª Panzer (junto con su aparente agotamiento) hicieron mella en el criterio de Rommel, el cual juzgaba que sólo las acciones rápidas conseguirían éxito, mientras la tenaz resistencia inglesa demostraba que el avance estaba siendo contrarrestado por las enormes reservas enemigas, cosa que él siempre temió que sucediera.

Al anochecer, los carros alemanes avanzados, que iban pisándo los talones a la 26.ª Brigada Acorazada, que estaba retirándose, se introdujeron sin ser detectados en el centro de la principal fortificación inglesa, y procedieron a entablar estrecho combate con los defensores. La enconada batalla prosiguió durante la noche hasta que, en la retaguardia inglesa la llegaba de tres batallones de artillería norteamericanos aportaron un elemento que resultó decisivo, ya que cuando aquellos cañones abrieron fuego al amanecer, los alemanes lo tomaron por un contraataque y se pusieron a la defensiva en vez de continuar la ofensiva. Al mediodía del 22, ambos bandos aun permanecían inmovilizados por las dudas. Entre tanto, la 21.ª División Panzer se limitaba a observar en amenazadora actitud sobre Sbiba, mientras el Afrika Korps era impotente para perforar las improvisadas defensas norteamericanas de montaña hacia el Oeste.

Tierras de Túnez. El Paso Kasserine. Algo muy distinto al desierto.

Rommel habla a sus hombres. Aun en la derrota, sus expresiones reflejan una imperecedera confianza.





Pero los alemanes no podían permitirse la inmovilidad y menos aún cuando comenzaba a mejorar el mal tiempo, que hasta entonces había impedido los vuelos. Rommel, que aquella tarde se entrevistó con Kesselring en Kasserine, tuvo que decidir entre seguir adelante o retroceder y, dadas las circunstancias —teniendo bien en cuenta la latente amenaza aérea y el hecho de que el objetivo de la ofensiva fue elección suya— el que adoptara la segunda alternativa no tiene nada de sorprendente. Sin embargo, la magistral ejecución de la maniobra suscitó la admiración hasta del enemigo ya que, en primer lugar, ni los ingleses ni los norteamericanos se dieron cuenta inmediata de que sus atacantes se habían marchado, y cuando lo adivinaron y emprendieron la persecución, encontrando su camino obstaculizado por una serie de ingeniosísimaas barreras de demoliciones y tramplas explosivas, el mismo Eisenhower opinó que aquella era «virtualmente, una nueva arma de guerra».

En cinco días, el frente volvió a estabilizarse aproximadamente en los límites del día 14. Pero en el bando del Eje, Rommel recibió un nuevo nombramiento, el de Jefe del Grupo de Ejército «Afrika», recuperando así el favor del Alto Mando, y confiriéndole a partir del 24 de febrero autoridad suprema sobre el Quinto Ejército Panzer de von Arnim y sobre el Primer Ejército italiano de Messe. En cierto modo tal decisión resulta extraordinaria, ya que, en Kasserine Kesselring observó que Rommel parecía física y mentalmente exhausto. No obstante, Rommel pudo al fin combinar todas las fuerzas acorazadas del Eje según deseara, como una unidad ofensiva bajo control de su más selecto elemento: el Afrika Korps.

La reorganización llegó tarde para impedir la última de la serie de inconexas acciones: el inminente ataque de von Arnim contra Medjez el Bab el 26 de febrero, utilizando la mayor parte de la 10.ª y la 21.ª Panzer. Aquello impedía un fulgurante ataque conjunto contra el Octavo Ejército, no obstante si la 10.ª, la 15.ª y la 21.ª Divisiones Panzer hubieran sido avanzadas contra Medenine inmediatamente después de la retirada de Kasserine, se habrían conseguido resultados definitivos, ya que la obligadamente prematura ofensiva de Montgomery para distraer la atención alemana de la zona de Kasserine le debilitó, imposibilitándole para efectuar una rígida defensa. De hecho, el 27 de febrero sólo una división de infantería respaldada por la 7.ª División Acorazada defendía la línea que, desde la costa, llegaba a las afueras de Medenine, y hasta el 4 de marzo no llegaron una división de infantería reforzada, más una brigada acorazada. Entre las dos fechas, el Octavo Ejército fue muy vulnerable. Pero posteriormente, mientras planeaba un asalto contra la línea Mareth, Montgomery hizo saber que un ataque del Afrika Korps contra Medenine sería rechazado como lo fue el efectuado contra Alam Halfa.

Por parte de Rommel, la concentración de las tres divisiones Panzer bajo el Afrika Korps, para un ataque cuyo objetivo él anunció como «Tripoli», no tenía parecido alguno con la situación del 31 de agosto de 1942 en Alam Halfa. Lo que entonces pretendía era asestar un golpe demoledor; ahora sólo deseaba conseguir un respiro. No había tiempo para efectuar una limpieza al Sur de la posición inglesa, así que el ataque debía ser directo y por rutas separadas. La 15.ª Panzer cruzaría la abierta llanura partiendo de Mareth, la 21.ª descendería desde las alturas situadas más allá de Toujane, y la 10.ª se movilizaría desde Hallouf; las tres confluirían sobre Medepine, punto situado en la retaguardia inglesa, y atacarían las defensas separadamente en el espacio y, según fueran las cosas, también en el tiempo.

El Afrika Korps, recuperada su potencia una vez más, con unos efectivos combinados de 140 carros, se daba a pesar de todo cuenta de que la misión que le esperaba podía ser la más dura de todas. Pocos informes se conocían sobre la infantería inglesa, sobre la localización de los campos de minas y de los quinientos y pico cañones anticarro. Tampoco se sabía que entre aquellos cañones agnardaban los nuevos de 17 libras, ni el lugar donde acechaba preparada la reserva acorazada.

Las intenciones alemanas no fueron ninguna sorpresa para los ingleses. El 3 de marzo se produjo una escaramuza con la 15.ª Panzer, y durante el 4 y el 5 el reconocimiento aéreo captó las tres columnas que se aproximaban. A primera hora del 6, la niebla cubría el frente, pero eso no impidió que la Luftwaffe y la artillería machacaran el frente inglés, y sin embargo logró ocultar los movimientos alemanes preliminares.

Luego, a las 09,00 horas aparecieron los panzer, y el ataque se generalizó en todo el frente, centrándose al Norte de Medenine. Desconcertados por la pasividad reinante en el interior de las líneas de los defensores, los panzer llegaron a menos de 400 metros de las líneas defensivas, antes de que una tupida barrera de artillería abriese fuego y los nidos de cañones antitanque se desprendieran de su camuflaje, para entrar en acción. Sólo la 15.ª Panzer, logró alcanzar su objetivo de ataque sufriendo pérdidas proporcionadas. La 21.ª Panzer permaneció indecisa, y la 10.ª pareció remisa a entrar en combate.

Llegado el mediodía, el primer ataque alemán perdió empuje; ni el Cuartel General del Afrika Korps, ni el Primer Ejército italiano del general Messe, y ni siquiera el mismo Rommel, situado en Hallouf, desde donde dominaba el campo de batalla, desearon asumir el control, de los acontecimientos. Mientras, los ingleses se abstenían de sacar a batalla sus blindados. Quizá todos los jefes alemanes, tan acostumbrados a que Rommel

Arriba: **Una pieza de artillería semipesada del Afrika Korps pasa frente a un incediado vehículo de transporte aliado.** Abajo: **Las divisiones Panzer adentrándose en las montañas.**

interviniese personalmente, esperasen su aparición; o quizá el Afrika Korps hubiera perdido para siempre su potencia. Lo cierto era que Rommel, por su aspecto y forma de conducirse, parecía un hombre muy enfermo.

Al fin, los tres jefes de división alemanes lograron coordinar entre ellos la siguiente tentativa y en el segundo ataque, lanzado por la tarde, colocaron a la infantería en cabeza, tras una barrera de fuego artillero y aéreo, y los carros fueron detrás. Pero otra vez el nutrido cañoneo rechazó a los atacantes, que en ningún caso llegaron a ponerse a tiro de las armas portátiles. Ninguna ofensiva del Afrika Korps había sido rechazada con tal energía. Lo que aquello presagiaba era evidente.

Y aquella tarde, mientras los alemanes se retiraban confusamente, nadie supo interpretar los augurios mejor que el mismo Rommel. Cincuenta carros habían quedado atrás y apenas quedaban cien para enfrentarse en el futuro a más de 400 enemigos. La de Medenine fue la última gran ofensiva del Afrika Korps, y el canto del cisne de Rommel. Pocos días más tarde von Arnim asumió el mando del Grupo de Ejército Afrika, y el enfermo re-

La línea Mareth. Desde el interior de un fortín se divisan los terrenos cubiertos por este sistema defensivo construido por los franceses.

gresó a Europa para siempre, dejando atrás una situación que quizá era aún más desesperada que cuando él llegó.

El Uadi Zigzaou es una profunda trinchera natural que se extiende 35 kilómetros tierra adentro desde el Mediterráneo hasta los montes Matmata. Como tal, constituye un formidable obstáculo para los blindados y fue la base de la línea Mareth. Los áridos montes Matmata son también una escarpada barrera, cuya eficacia se vio redoblada por las minas y que se podía defender con sólo fuerzas ligeras. Pero una expansión de desierto abierto —el Dahar—, carente casi por completo de caminos, situada al Oeste de los montes Matmata y que luego, a través de un estrecho paso —la quebrada Tebaga— conducía hacia el Hamma y Gabes constituía una vía directa hacia el flanco abierto y la retaguardia de la línea Mareth. Antes de la guerra, los franceses consideraron que el Darar no podía ser cruzado por una fuerza motorizada. En 1943, Rommel puso en duda tal aseveración y Montgomery poseía pruebas de que aquel rodeo era practicable.

Ya algunas patrullas inglesas habían penetrado por la quebrada Wilder, rebasado Tebaga y llegado a la llanura de El Hamma. Fueron seguidas por una columna francesa de mayor importancia que al mando del general Leclerc, había llegado a Trípoli desde el Africa Ecuatorial Francesa; en marzo, ocupó una base en el Dahar, en Ksar Rhilane. Debil en aquella zona, el 10 de marzo Messe envió unidades alemanas de reconocimiento, apoyadas por Stukas, para localizar las fortificaciones de Leclerc y retrocedieron, con grandes pérdidas. A partir de entonces, la probabilidad de un ataque por el flanco a través del Dahar estuvo presente en los cálculos del Primer Ejército Italiano, que se vio obligado a tener bajo constante vigilancia esa zona, lo mismo que las estribaciones de la línea Mareth.

Protegidas por puestos avanzados —en especial los hitos en un accidente geográfico llamado La Herradura— las defensas de Uadi Zigzaou se encontraban en su mayor parte a cargo de fuerzas italianas a las que, según lo habitual, daban cohesión destacamentos alemanes; la 90.ª Ligera defendía el sector central y la 164.ª Ligera se encontraba en los montes Matmata. Destinada a contraatacar inmeditamente, la 15.ª Panzer (con sólo 50 carros) permanecía oculta a ocho kilómetros del Uadi. En la quebrada Tebaga, un grupo irregular de tropas fronterizas italianas, unidas a fuerzas libias mandadas por el general Mannerini, denominadas Grupo Sahara, intentaban protegerse a lo largo de una muralla romana antigua, temerosos, sin el valor de los legionarios de antaño. El Afrika Korps, según costumbre, desempeñó el papel principal, con la 10.ª Panzer vigilando a los norteamericanos de Gafsa y la 21.ª Panzer en la Reserva General de Gabes, dispuesta a intervenir ya en Mareth o en Gafsa. De este modo, el Afrika Korps actuó como grupo de reserva.

Ausente Rommel, las relaciones entre los italianos y alemanes del Primer Ejército italiano experimentaron un cambio... para peor. El genral Bayerlein, nombrado enlace alemán ante Messe (a pesar de su declarada desconfianza hacia los italianos) asumió enseguida el mando directo de todas las tropas alemanas, coaccionando a los italianos para que aceptasen las órdenes alemanas les gustase o no. En las arterías del sistema defensivo tunecino se infiltró y proliferó un microbio que anteponía el orgullo nacional al espíritu de equipo.

El plan inglés era, sencilla y claramente, obra de un solo cerebro: el de Montgomery. Primero, el 16 y 17 de marzo, debían ser anuladas las posiciones que cubrían la línea Mareth. Luego, el 20, cruzarían el Uadi Zigzaou cerca de su embocadura, para que los fuertes contingentes de infantería y fuerzas acorazadas pudieran congregarse en el otro lado, antes de verse enzarzados en una lucha de hombre contra hombre y carro contra carro, según la tónica de El Alamein. Como operación secundaria, aunque de gran importancia, la 2.ª División neozelandesa y una brigada acorazada debían avanzar en secreto por la quebrada Wilder, unirse a Leclerc, e intentar una penetración por sorpresa de la quebrada Tebaga, en el preciso momento en que el ataque principal contra el Uadi llegase a su clímax.

De nuevo las fuerzas aéreas del desierto volarían masivamente, unidas a contingentes de la US Air Force procedentes de Túnez, al tiempo en qne el II Cuerpo americano recuperado de su revés, iniciaría un avance hacia Gabes. Ahora más que nunca, la Luftwaffe padeció un eclipse. Los servicios de información del Eje carecían ya de cohesión y claridad, y con frecuencia más que excesiva los sucesos se revelaban por sí mismos, sin previo aviso. Pero aún así, resultaba muy difícil atrapar desapercibidos a los soldados alemaes; la operación preliminar de Mareth, que no pudo limpiar La Herradura, resultó particularmente costosa a los ingleses, y fue un estímulo para la fuerza defensora la 90.ª Ligera. A continuación Messe y Bayerlein dieron por descontado que iba a efectuarse una operación a gran escala para cruzar el Uadi Zigzaou, y reforzaron las estribaciones del lugar con un batallón de infantería alemana. Pero inicialmente no se produjo confirmación alguna de sus sospechas en lo referente a un movimiento de importancia a través del Dahar, motivo por el cual no reforzaron la quebrada Tebaga hasta el 20.

No obstante, aquella mañana los neozelandeses, que sólo avanzaban por la noche e iban en dirección a Ksar Rhilane, recibieron un despacho del general Montgomery en el que

La infantería aguarda la orden de retirada.

A la defensiva: una dotación artillera alemana observando si sus tiros caen largos o cortos.

El coche del centro ha sido arrollado por un blindado.

afirmaba (con fundamento en cierto modo dudoso) que el enemigo sabía dónde estaban. Al recibir tal noticia, los neozelandeses dejaron de ocultarse y reemprendieron la marcha de día. Aquella tarde llegaron a las estribaciones de la quebrada Tebaga. Al abandonar toda cautela, sus intenciones quedaron totalmente manifiestas y quizá era eso lo que Montgomery había pretendido. La orden de Messe a la 164.ª Ligera de que abandonase los montes Matmata y fuese a cubrir la brecha en la quebrada Tebaga desencadenó, aunque lentamente, la reacción deseada; sin embargo, aún así, los neozelandeses hubieran perforado fácilmente la débil muralla del Grupo Sahara a la mañana siguiente, con incalculable impacto, ya que para entonces todas las miradas se centraban en el Uadi Zigzaor.

El 20 de marzo, a las 20,30 horas, una característica barrera de fugeo artillero inglés cayó sobre los Jóvenes Fascistas italianos próximos a la costa, e inmediatamente después la infantería británica se abrió en abanico para establecer una cabeza de puente, tras la cual podrían alzarse pasos para los carros y los cañones. Al amanecer, tras intensa lucha, la cabeza de puente quedó afirmada, pero entonces cedió el débil terreno del cauce del Uadi y aquella noche el paso sólo pudieron cruzarlo cuatro carros ingleses y unos cuantos cañones antitanque. En realidad, esta carencia de progreso ayudó a los ingleses, ya que tan poco impresionados se sintieron Messe y Bayerlein que retiraron la orden de contraataque en la creencia de que aquella cabeza de puente había sido sólo un ataque de diversión. De haber intervenido en aquellos momentos, la 15.ª División Panzer hubiese podido aniquilar a los ingleses, pero se limitaron a observar y a arrojar grandes cantidades de explosivo sobre el lugar donde se había alzado el paso. Pasada la segunda noche durante la cual los ingleses ampliaron su cabeza de puente y lograron cruzar 40 carros, ya no cabía duda alguna acerca de que allí iba a descargarse el grueso del ataque.

De forma casual, la 15.ª Panzer descargó su golpe con enorme oportunidad, saliendo a descubierto en unos momentos en que un fuerte chaparrón obligaba a la fuerza aérea inglesa a permanecer en tierra e impedía la visibilidad a los observadores artilleros. Muy deficientes en armamento, los carros ingleses Valentine perdieron dos terceras partes de sus contingentes en una retirada hacia el cauce del Uadi, pero al anochecer, con la cabeza de puente cubierta por el polvo y el humo con la infantería exhausta era evidente que el asalto inglés había fracasado. La 15.ª Panzer regresó a su situación de reserva. El Octavo Ejército se colocó a la defensiva.

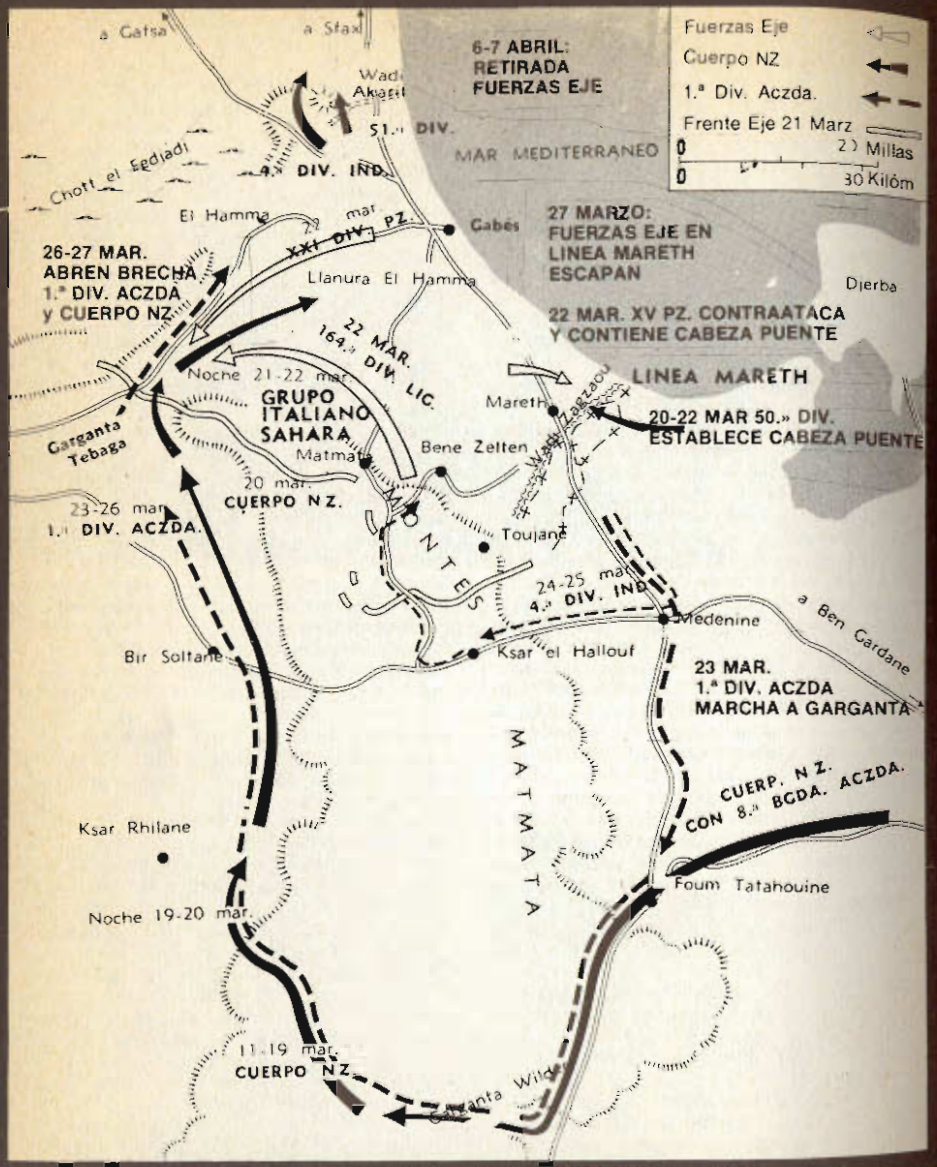
El centro de interés se trasladó ahora a los montes Matmata y a la quebrada Tebaga donde, el día 21, una paralizadora inercia dominaba a los neozelandeses mientras observaban cómo el Grupo Sahara gastaba gran cantidad de municiones inútilmente, mientras ellos preparaban minuciosamente su asalto para la noche del 21 al 22; ataque que logró su objetivo de inmediato. El Grupo Sahara se desintegró, el camino quedó expedito y los carros hubieran podido avanzar. ¿Por qué, entonces, no lo hicieron? La respuesta a tal pregunta se encuentra en los temores del general Freyberg de que, si avanzaban, quedaría expuesto al fuego del Afrika Korps y a la furia de Rommel (ignorante de que éste ya no se encontraba al mando). ¡Tal es el peso de la reputación! En consecuencia, el día 22 se llegó a un punto muerto que se prolongó durante cuatro días. Montgomery se retiró al otro lado del Uadi Zigzaou, mientras la 164.ª Ligera y la 21.ª Panzer se situaban en Tebaga frente a los neozelandeses.

En el momento del fracaso, Montgomery, temerariamente, cambió de posición su centro de gravedad, enviando a la 4.ª División de Infantería India a las montañas para que, dando un rodeo, atacase la línea Mareth en las proximidades de Beni Zelten; al mismo tiempo mandó la 1.ª División Acorazada, para unirse a los neozelandeses cruzando la quebrada Wilder. Antes de su llegada a última hora de la tarde del 26, la operación de Tebaga se había convertido en un duelo artillero cuyo objetivo era la lenta eliminación de las posiciones alemanas que dominaban la muralla romana, aunque el 25 Kesselring visitó la zona y juzgó que la 164.ª Ligera no corría grave peligro, e intentó convencer a Messe de que efectuara una contraofensiva.

Pero los cálculos de von Arnim fueron más lejos, influidos por el espectro de un ataque norteamericano a través de Maknassy para aislar a su Primer Ejército Italiano. En un debate típicamente estéril, convenció a todos para retirarse al Uadi Akarit, al Norte de la llanura de El Hamma que, se iniciaría con el traslado de las formaciones italianas no motorizadas, en la noche del 25 al 26 de marzo.

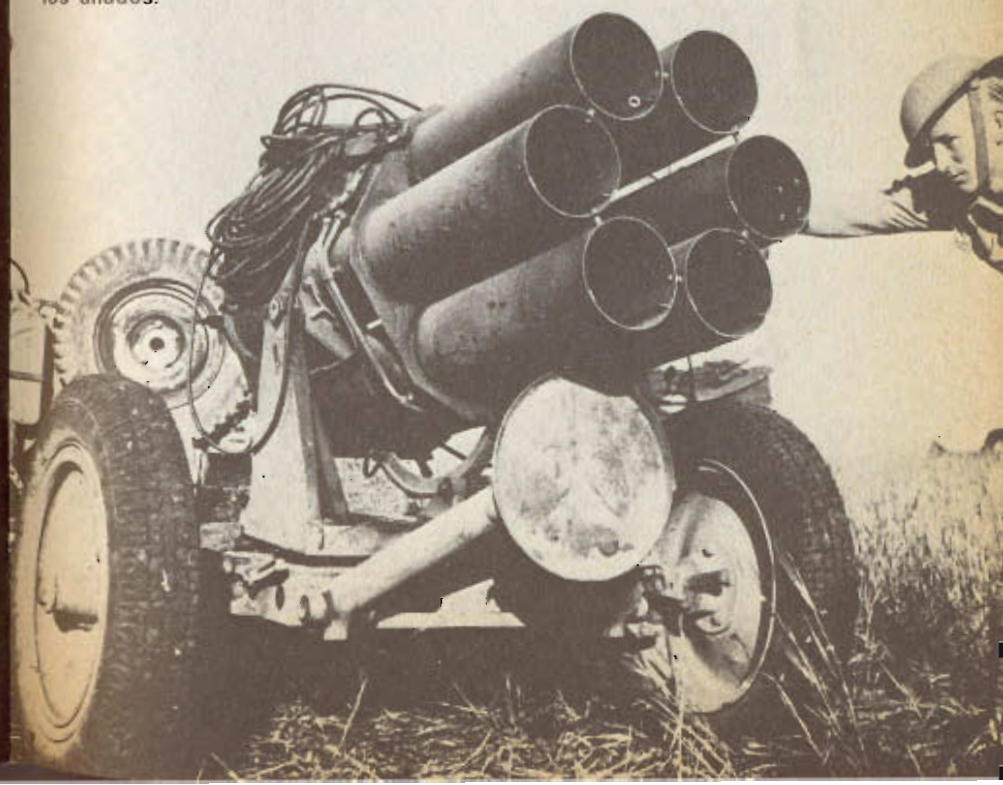
Durante el día 26 , salvo por una momentánea pausa impuesta por una tempestad de arena que azotó sus aeródromos, las fuerzas aéreas aliadas machacaron las pistas de aterrizaje y despegue del Eje y media hora antes del ataque por tierra, lanzaron una serie de oleadas de caza-bombarderos contra las tropas alemanas que bloqueaban las salidas de la quebrada Tebaga. Aquel ataque consiguió lo que ningún otro anterior: paralizó y aisló el frente, destrozando armas y equipo, cortó las comunicaciones e inmovilizó a las formaciones del Afrika Korps. Luego, sorprendiendo a los alemanes en plena ofuscación, las fuerzas acorazadas y la infantería mecanizada inglesas, tras una fuerte barrera artillera, les rodeó; al anochecer, la línea se encontraba hecha pedazos; la 21.ª Panzer había quedado a un lado y la 1.ª División Acorazada inglesa marchaba hacia El Hamma.

Ejércitos menores se hubiesen desmoralizado, y hubiera resultado fácil que aquella no-



Mareth: El «gancho izquierdo de Montgomery obliga al Afrika Korps a retirarse de nuevo.

Un viejo PzKw III con un tripulante muerto permanece inmóvil en Mareth. Adviértase el uso de orugas extras para reforzar el blindaje.



Nuevas armas: Un Nebelwerfer de 150 mm. tras su primera aparición contra los aliados.

che el pánico se apoderase del Cuartel General, a medida que iba llegando el aluvión de confusos y contradictorios informes sobre destacamentos arrollados y unidades diezmadas. Los carros ingleses avanzaban rápidamente a la luz de la luna, acelerando la huida de todas las posiciones del Eje en el Túnez meridional, y los italianos regresaban a toda prisa al Uadi Akerit desde Mareth, protegiendo una vez más su retaguardia la fiel 90.ª Ligera. En las proximidades de El Hamma se agruparon unos cuantos cañones antitanque alemanes salvados del desatre de Tebaga. En El Guettar, donde el II Cuerpo norteamericano presionaba sobre la 10.ª Panzer, el Afrika Korps luchaba diestra pero desesperadamente, intentando mantener seguro el flanco y la retaguardia de la posición del Uadi Akarit, a fin de que sus antiguos camaradas del Sur pudieran escapar.

Una de las claves del éxito para las penetraciones efectuadas por medio de fuerzas acorazadas es que el movimiento debe mantenerse para evitar que el enemigo se consolide. Enfrentados a un sin número de focos de resistencia en las retaguardias alemanas, los ingleses no lo consiguieron aunque podían jactarse de haber destruido y capturado grandes contingentes enemigos, en su mayor parte italianos, era evidente que el principal resorte móvil —el Afrika Korps— de nuevo había conseguido salir libre.

Pero el Afrika Korps ya había perdido la capacidad ofensiva. El contraataque organizado por la 15.ª Panzer con sus diez carros supervivientes contra los neozelandeses próximos a El Hamma fracasó de tal forma que los neozelandeses ni siquiera se dieron cuenta de que empezaba y acababa. Mayor significación tuvieron las operaciones contra los norteamericanos en las proximidades del paso Maknassy.

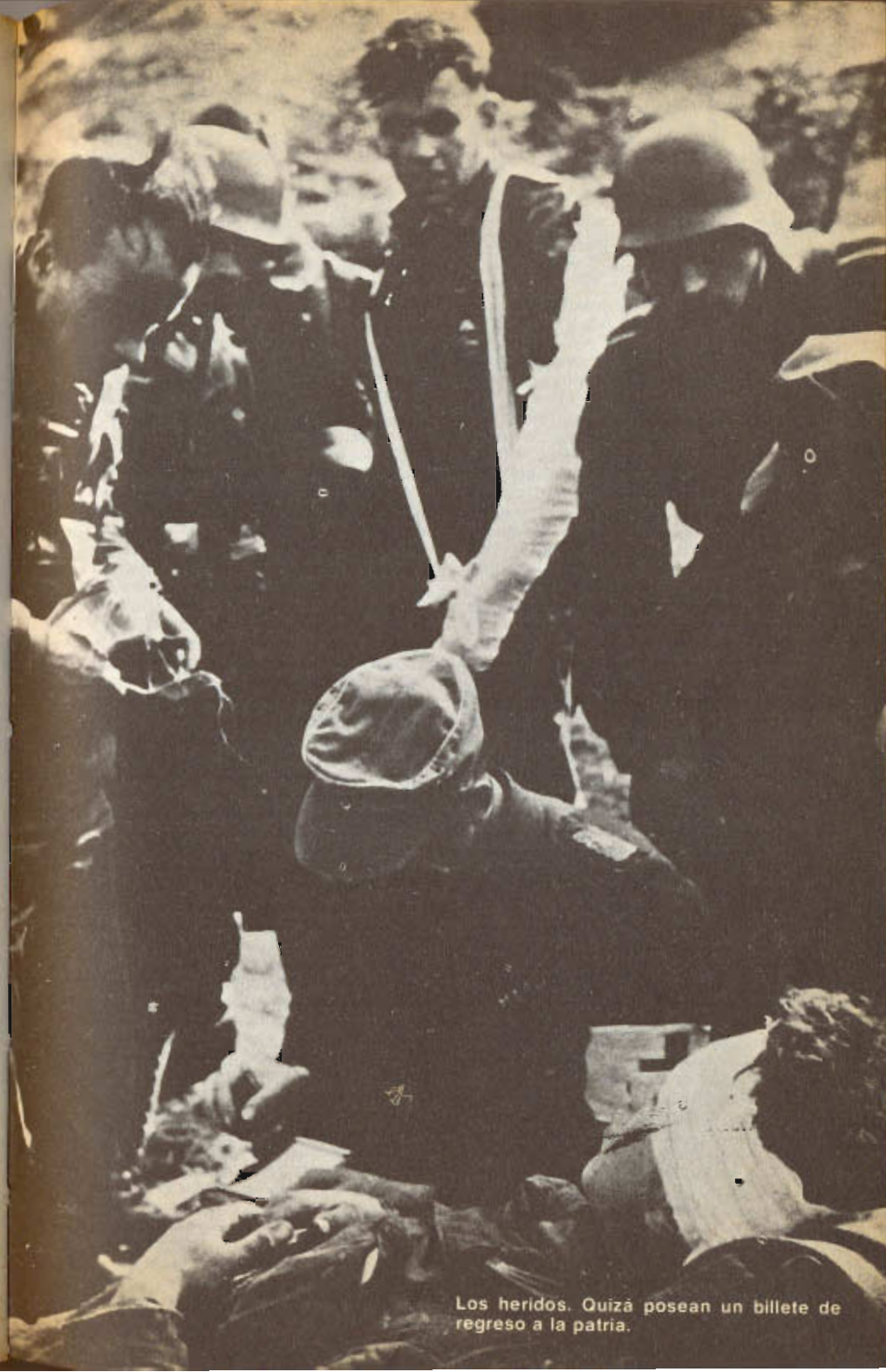
Los alemanes no sentían mucho respeto hacia los contingentes norteamericanos, motivo por el cual el cauto avance gemelo del II Cuerpo estadounidense mandado por Patton hacia Maknassy y El Quettar fue mesuradamente contenido a fin de cubrir los preparativos de un contragolpe en el momento oportuno: en la cima de la defensa en la línea Mareth. Durante la noche del 22 al 23 de marzo, los norteamericanos parecieron a punto de lograr abrirse paso por el paso Maknassy, mientras otros contingentes de ataque marchaban en dirección Este desde El Guettar, cerca de Bou Hamran. En el paso Maknassy, la guarnición del Eje se encontraba a punto de retirarse cuando llegó la antigua escolta personal de Rommel, mandada por el coronel Lang. Este calibró la situación de un solo vistazo, la estabilizó mediante unas cuantas escaramuzas locales, y recuperó el control de aquel importante accidente geográfico. Grandes elogios merece el grupo Lang por quitar la iniciativa a los norteamericanos; pero el principal motivo del cese de la presión contra Maknassy radicaba en realidad en lo que ocurría en las proximidades de El Guettar.

Allí la 10.ª Panzer, que se concentró en secreto en la noche del 22 al 23, se lanzó fuera del territorio montañoso, vigilada por Cramer desde las alturas, atacando a la 1.ª División de Infantería americana que avanzaba por la llanura. La sorpresa, la densidad y la inercia del ataque lo arrolló toda ante sí. Los alemanes llegaron hasta las líneas de la artillería, y sólo les detuvo un campo de minas apresuradamente dispuesto. Tras una pausa para reorganizarse y recuperar los vehículos dañados, la 10.ª Panzer atacó por la tarde, sintiendo confianza en su superioridad sobre un vacilante enemigo.

Entonces ocurrió lo que describe el 18.º Grupo de Combate norteamericano:

«De todas direcciones comenzaron a aparecer tropas, principalmente carros. La Compañía Antitanque y el 3.º Batallón atacaron. Nuestra artillería les castigó con granadas explosivas, y cayeron como moscas. Los carros parecían ir marcha atrás; eso, los que podían moverse.»

El ataque alemán se cortó. El Afrika Korps ya no podía tratar desdeñosamente a los norteamericanos por mucho que el Alto Mando del Eje fomentara la impresión contraria.



Los heridos. Quizá posean un billete de regreso a la patria.

En la línea del frente

Como en el fondo de un raído saco, el Primer Ejército Italiano se encontraba en Uadi Akarit, donde se fortificó y recibió a los últimos contingentes de retaguardia alemanes el 29 de marzo. Por fortuna, el Octavo Ejército se retrasó en la persecución, pero las tropas italianas cesaron virtualmente de combatir. la 164.ª Ligera prácticamente ya no existía, y la 15.ª y la 21.ª Panzer sólo poseían unos cuantos carros, y sus grupos de batalla se encontraban perdidos en la vorágine de la retaguardia. Unicamente se encontraba cierto orden en la 90.ª Ligera, que participó con menos intensidad en la lucha. Los dos cuerpos italianos destacados para bloquear el formidable, aunque inconsistente gollete de Akarit, sólo alinearon en el frente una mezcla de unidades dispersas, y unas escasas aunque fuertes unidades alemanas, como indispensable reserva móvil: el 6 de abril, la 15.ª Panzer sólo contaba con 22 carros. En consecuencia, una posición que carecía de profundidad y también de las reservas esenciales para una estabilidad duradera.

El Afrika Korps no intervino en la defensa estática de Uadi Akarit, aunque sí uno de sus antiguos componentes. Pero, con la 10.ª y la 21.ª Panzer, jugaron al gato y al ratón con el II Cuerpo norteamericano del general Patton, frenando su avance en Maknassy y El Kuettar. Pero el insistente estruendo procedente de aquella dirección durante toda la batalla de Mareth restringió el uso de la Reserva General del Eje, y fue el factor decisivo para persuadir a von Arnim de retirarse a Akarit. Además, el pausado avance norteamericano presagiaba algo más peligroso, ya que, aunque los alemanes no podían saber que el general Alexander prohibió todo avance más allá de la línea Maknassy-Faid-Fondouk, la amenaza de una repentina penetración hacia el mar, tras Akarit, no podía desestimarse. Incontables malos augurios se cernían sobre el flanco del Eje, exigiendo la presencia de cuantos elementos móviles pudieran reunirse.

Las declaraciones de todos los mandos del Eje, desde von Arnim para abajo, adoptaron un característico tono a lo Rommel. Las viejas exigencias de equipo y combustibles se mezclaban con peticiones de retirada total al continente (lo cual era imposible), o de instrucciones respecto a los métodos de acordar la rendición. Todo ello resonaba con gran fuerza en los oídos de Hitler, Mussolini y de sus consejeros. Y, naturalmente, la respuesta volvió a ser conminaciones a la resistencia hasta la muerte. Sin embargo, refiriéndose a las defensas de Akarit, von Arnim informó que no tenía «nada de particular», y las abandonarían a imposición del enemigo, no del Primer Ejército Italiano.

El Octavo Ejército escogió el 6 de abril para atacar directamente, ya que las marismas cubrían el flanco occidental y el mar el oriental. Extendiéndose más allá del Uadi, un foso constituyendo una barrera antitanque, cubría las brechas entre los terrenos altos y dominantes, mientras campos de minas obstruían las estribaciones del foso. Sin duda, las máximas alturas, Djebel Fatnassa por el Oeste y Djeble Roumaua en el centro, eran la clave para la penetración del Uadi y de los fosos. En consecuencia, el método de ataque ofrecía pocas alternativas y la única sorpresa que se llevó el general Messe fue el momento en que se produjo. La mayoría de los ataques importantes de Montgomery tuvieron lugar en noches de luna; pero sin luna no parecía urgente retirarse a la extrema cabeza de puente tunecina de Enfidaville.

Messe se proponía obligar a los ingleses a que pagaran un alto precio por cruzar el foso. Pero Fatnassa cayó el 6 de abril por la noche, en manos de la 4.ª División India, cuyos hombres estaban habituados al terreno montañoso. Esto amenazaba que la posición del Uadi Akarit fuera arrollada, sin resistencia suficiente para contraatacar y estabilizar la situación. Al amanecer atacaron dos divisiones, precedidas de una fuerte barrera artillera, y cruzaron ambos fosos tomando el monte Roumana y enseguida, casi todo el frente estalló en llamas.

Los italianos se rindieron a las primeras conminaciones, mientras los alemanes continuaban luchando, bajo la ansiosa vigilancia de los generales von Arnim, Messe, Cramer (del Afrika Korps) y Bayerlein, del Cuartel General de Messe; ellos decidirían cuándo se había consumido la última reserva, y en qué momento podía producirse el derrumbamiento, y con qué rapidez debía retirarse el Primer Ejército Italiano a Enfidaville. Cramer retiró 80 carros de El Guettar para colocarlos en reserva tras Akarit; la retirada de los vehículos frente al avance norteamericano desencadenó una serie de nuevas presiones contra la retaguardia de Akarit. Al mediodía, la 90.ª Ligera se lanzó contra Roumana pero, tras un éxito inicial, el avance encontró una insuperable oposición en la cumbre. Hacia el Este, la 15.ª Panzer luchó hasta el agotamiento mientras cuarenta carros del Afrika Korps fracasaban en un débil intento que se produjo en las proximidades de Fatnassa.

A decir verdad, el deseo de luchar había abandonado parcialmente al alto mando, muchos de cuyos miembros prominentes pasaron la tarde recriminando acremente a los italianos y discutiendo entre ellos qué hacer a continuación. Cada uno tenía su propia opinión, pero a nadie le importaban demasiado las ideas ajenas. En toda la zona, las fuerzas aéreas enemigas bombardeaban todo cuanto se movía frenando el contraataque del Afrika Korps sin necesitar casi el auxilio de las tropas de tierra. Esto convenció finalmente a von Arnim de que Akarit no podía seguir resistiendo y de que aquella noche todos debían emprender una rápida retirada hacia Enfidaville.

Sin duda alguna, la decisión no tuvo nada de precipitada ya que, debatiéndose desesperadamente toda la reserva móvil, el general Alexander se disponía a asestar el golpe de gracia. Maknassy fue abandonado el 22, pero el Afrika Korps continuó defendiendo los montes del Este, absorbiendo la atención de los norteamericanos. No obstante, el IX Cuerpo (o Primer Ejército Inglés) permanecía en la Reserva General, en los alrededores de Sbiba, listo a descargar un rápido golpe que cortase la retaguardia alemana en Kairouan. Con tantos cuerpos distintos y tantos contingentes aéreos convergiendo sobre el desventurado Primer Ejército Italiano, situado en terreno abierto, al Sur de Enfidaville, lo difícil era distinguir a amigos de enemigos.

Inicialmente, Messe sólo advirtió las presiones del Octavo Ejército mientras se dirigía a toda prisa hacia una posición retardada en la carretera Faid-Sfax. Pero durante la segunda noche de retirada, del 7 al 8 de abril grandes movimientos de la infantería inglesa desde detrás de las posiciones de la infantería francesa al Oeste de Pichon, anunciaron temida amenaza de envolvimiento. Al amanecer, algunas tropas alemanas decamparon, y sólo unas cuantas unidades menores bloqueaban el importantísimo paso de Fonduk; si caía en plazo inmediato, ya nada impediría al IX Cuerpo arrollar la llanura Kairouan.

Pero, por fortuna para el Eje, ni la infantería inglesa ni la norteamericana que debían atacar el paso y otros territorios más al Norte poseían la experiencia necesaria para avanzar velozmente por terreno difícil despejando a su paso la resistencia. Además los extensos campos de minas y barreras de cañones antitanque que cubrían las estribaciones, produjeron desproporcionados daños a los anglonorteamericanos, agravados por encarnizadas cargas frontales. Esta crítica demora impidió que las fuerzas acorazadas del IX Cuerpo quedaran libres hasta el 10 de abril por la mañana.

Para entonces, la mayor parte del Afrika Korps ya había pasado de largo hacia el Norte. Mientras los ingleses, inseguros acerca de la situación del grueso de las fuerzas del Eje, esperaron inmóviles nuevas órdenes, y éstas no llegaron hasta el anochecer, aunque demasiado tarde, ya que para entonces la llanura sólo la cruzaban pequeñas fuerzas retirándose apresuradamente hacia los montes que rodeaban Enfidaville. Aparte de los rezagados, el Primer Ejército Italiano había escapado, lo cual presagiaba un cambio total en el posterior curso de las operaciones.

De aquí en adelante, la movilidad pasó a un segundo plano, ocupando el primero la guerra de posiciones en el montañoso terreno; acción a la que el Afrika Korps no se había enfrentado anteriormente. Un cerco de montes rodeaba los puertos básicos y los aeródromos agrupados alrededor de Bizerta y Túnez, formando un cerrado complejo cuyo asalto, el Primer Ejército Inglés y el Tercer Ejército Panzer sabían, resultaría tremendamente costoso.

El Primer Ejército Italiano ocupó los montes que protegían las estribaciones de la costa, reteniendo a la 90.ª y la 164.ª Ligera con la 15.ª Panzer, mientras el Afrika Korps defendía temporalmente una bolsa del frente al Sur de Pont du Fahs. Así, cuando en el teatro norteafricano se iniciaba el acto final, el Afrika Korps se vio divorciado de su principal oponente, el veterano Octavo Ejército inglés, y en vez de a él se enfrentó al débil Cuerpo francés, el XIX, restos deficientemente equipados de un anticuado ejército cuya lealtad, hasta hacía poco, estaba sujeta a muchas tensiones políticas. Sólo en el valle Medjerda el terreno era adecuado para que las fuerzas mecanizadas actuasen rápida y decisivamente, y hacia esa zona marcharon los elementos móviles del Afrika Korps, que pronto serían seguidos por su cuartel general.

Sin embargo, el simple hecho de trasladar fuerzas de un frente a otro (y más el de mantenerlas móviles una vez llegadas a su destino) planteaba problemas logísticos que ya no podían resolverse. Durante semanas, el Grupo de Ejército Afrika se había esforzado en operar con el mínimo consumo imaginable. El 31 de marzo, el Primer Ejército Italiano, estabilizado entre acciones de movimiento, apenas poseía combustible para que cada vehículo recorriese unos 65 kilómetros (no podían conseguirse reservas en 160 kilómetros a la redonda), la escasez de munición era similar. El Quinto Ejército Panzer se encontraba en situación igual o peor y hacia mediados de mes

las condiciones se agravaron más. Las Fuerzas Aéreas aliadas y la Marina Real inglesa estrangulaban las líneas de abastecimiento del Eje. No se reponía el material desgastado y, sin embargo, paradójicamente, continuaban llegando hombres. La cabeza de puente tunecina se había convertido en un infierno.

Pero, mientras los mandos del Eje se negaban ciegamente a admitir lo desesperado de la situación que habían creado en Túnez, y prestaban oídos sordos a las súplicas de los comandantes de campo que pretendían suprimir sus pérdidas, las jerarquías de Túnez comenzaron a salvar sutilmente a algunos de los miembros más expertos a fin de que volvieran a la lucha en Europa. El antiguo ayudante de campo de Rommel, Schmidt, obtuvo permiso para ir a casarse a Alemania, varios mandos enfermaron y otros volvieron a la metrópoli para asistir a conferencias. Que no se vea en estas palabras una crítica, la que pueda formularse acerca de unas circunstancias como las que nos ocupan, debe dirigirse contra un sistema que sacrificó inútilmente a tantos buenos soldados, pocas semanas después de que la crema del ejército alemán fuese aniquilada en Stalingrado.

Poco después de llegar a Enfidaville, el Octavo Ejército atacó fuerte e insistentemente a fin de abrirse paso entre las montañas, sin conseguirlo. Mientras, una serie de ataques aliados iniciados el 22 de abril se produjeron en todo el frente de forma ininterrumpida y con intensidad variable. Para von Arnim no constituyó ninguna sorpresa que los ataques fueran en el valle Medjerda o en sus alrededores. Dicho valle, cuyo extremo occidental se encontraba en manos aliadas (aunque sus flancos eran defendidos por los alemanes) constituía una daga apuntada contra el corazón de la resistencia del Eje: Túnez.

A comienzos de mayo, pese a la protesta de Kesselring, von Arnim decidió concentrar en Medjerda sus más potentes efectivos, muchos de ellos pertenecientes al Afrika Korps, incluido el total de sus fuerzas acorazadas. Naturalmente, tales iniciativas eran totalmente inútiles, y para el 30 de abril las fuerzas acorazadas llegaron ya a su fin, pero del modo más glorioso posible.

Según certeramente predijo von Arnim, la línea de ataque escogida por los Aliados se centraba en el valle Medjerda, aunque ataques paralelos norteamericanos hacia el Norte, en dirección de Bizerta, contribuirían grandemente al éxito de la empresa. El 27 de abril pareció llegar el momento crítico. Los ingleses limpiaron las alturas, incluso el notorio monte Longstop, tomando la última barrera, Djebel Bou Aoukaz. Esperando aprovechasen el éxito, von Arnim puso todas las fuerzas acorazadas que le daban a las órdenes del coronel Irkens del 8.º Regimiento Panzer, la célebre formación que luchó por primera vez con el Afrika Korps durante la Operación «Battleaxe». Pero, no pudieron aprovecharse por estar las fuerzas acorazadas inglesas detrás del Octavo Ejército, o atascadas en la llanura Goubellat.

En la creencia de encontrar la infantería inglesa temporalmente exhausta (como en gran parte sucedía), y calculando que por ello el enemigo utilizaría los tres días siguientes en reagruparse (como normalmente hacía antes de un nuevo ataque), von Arnim tomó personalmente el mando del 8.º Regimiento Panzer y, el 28 de abril, lo lanzó contra Djebel Bou Aoukaz. El ataque era muy arriesgado y carecía casi por completo de posibilidades de éxito. Sin embargo, esta última carga valkiriana del Afrika Korps llevaba en sí la esperanza de una salvación espiritual y era un emotivo adiós al combate. El orden de combate del Grupo de Batalla de Irken asumió un simbolismo casi místico, ya que comprendía destacamentos de:

5.º Regimiento Panzer (que figuró en la 5.ª Ligera y más tarde en la 21.ª División Panzer).
7.º Regimiento Panzer (que figuró en la 10.º División Panzer).
8.º Regimiento Panzer (que figuró en la 15.ª División Panzer).
Una compañía del 501.º Batallón Panzer (carros Tiger).
2.º Batallón del 47.º Batallón de Granaderos.
Escolta del Comandante Jefe (dos secciones y media).
Una batería de campaña.
Una compañía antitanque.
Dos baterías de cañones antiaéreos de 88 mm.
Y varios cañones y carros italianos.

Lanzándose contra Bou Aoukaz, este heterogéneo grupo alcanzó resultados de los que el mismo Rommel se hubiese enorgullecido, y en la intensa lucha que siguió llegó sin cejar hasta el agotamiento, el 30 de abril, expulsando a los ingleses del Djebel.

Y aquel fue el fin del Afrika Korps. Su última acción estuvo a la altura de su prestigio. De haber podido luchar más, lo hubiera hecho. En realidad, quedaban 69 carros aptos en todo para el combate excepto en combustible, por eso las tripulaciones sólo pudieron resistir inmóviles el fin. Y el fin estaba próximo porque en los momentos en que el 8.º Regimiento Panzer abandonaba la batalla, el general Alexander emprendió los preparativos finales para acabar con el Grupo de Ejército «Afrika».

La última acampada de Afrika Korps. Miles de prisioneros ingresan en los campos de concentración de Túnez.

Balance final

El Tigre I. El último y más pesado blindado alemán fuera de combate en Túnez.

El 6 de mayo Alexander avanzó hacia Túnez una concentración de las fuerzas en la que figuraban la 7.ª División Acorazada y la 4.ª India, la 201.ª Brigada de Guardias (de Enfidaville), y la 4.ª de Infantería inglesa y la 6.ª División Acorazada (de la parte alta del valle Medjerda). Este avance estuvo complementado por un intenso bombardeo aéreo y artillero. Nada podía resistirse a la presión del ataque, y muy poco se intentó para impedirlo veinticuatro horas después, todo el castillo de naipes que el Eje alzó en Africa se derrumbaba.

Bizerta cayó ante los norteamericanos, Túnez ante los ingleses. Aquí y allá veteranos miembros del Afrika Korps, carentes ya de carros, lucharon hasta la muerte, pero la mayoría se agrupó para rendirse con la misma disciplina que les ganó el respeto de sus enemigos. En su marcha hacia el cautiverio, todos se comportaron con admirable dignidad.

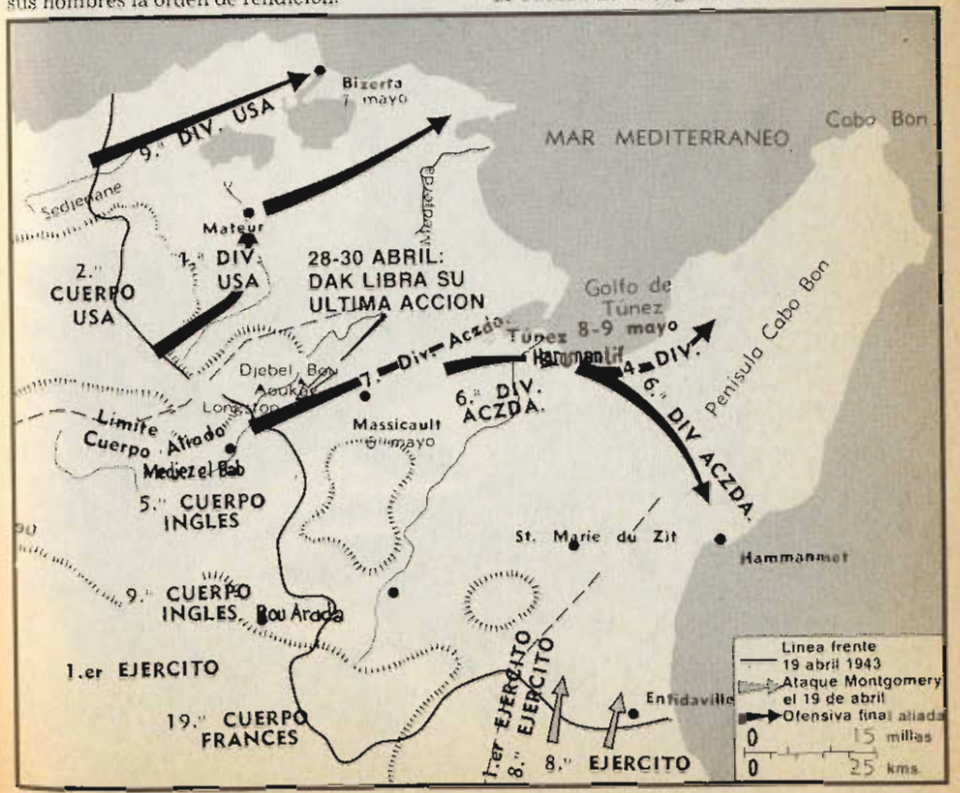
Desgraciadamente, llevado por un exceso de celo, el general von Arnim quedó a menor altura. Con su estado mayor y el general Cramer se retiró a un refugio en las montañas, y decidió llevar a sus últimos extremos la resistencia mediante la destrucción de todo su equipo de comunicación a fin de evitar dar a sus hombres la orden de rendición.

Mensajes de despedida se habían cruzado ya entre los grupos del Eje y Alemania. El último de Cramer fue para Rommel, que convalecía en Austria. Allí el militar se dijo que al menos sus «africanos» en cautiverio se librarían del inminente holocausto europeo. El último mensaje oficial del Cramer al Grupo de Ejército «Afrika» y al Alto Mando alemán cerró la vida del Afrika Korps con una nota de esperanza típicamente desafiante.

«Munición consumida. Armas y equipo destruidos. Según órdenes recibidas DAK ha luchado hasta el límite de sus fuerzas. El Afrika Korps alemán debe volver a levantarse. Heia Safari. Cramer, General Jefe.»

¿Qué habían conseguido?

Primero, y sin duda alguna, una reputación inigualable. Llevada a inmensas hazañas por Rommel (cuyo nombre y prestigio son, a fin de cuentas, sinónimos a los del Afrika Korps), esta extraordinaria formación adquirió en tiempo relativamente breve un pavoroso prestigio que le ayudó a ganar batallas contra enemigos superiores. Lo que es más, se ganó profundo respeto de sus enemigos debido a una rectitud, una pericia y una caballerosidad que no tienen paragón en ningún otro frente de batalla de la Segunda Guerra Mundial. No



Túnez: El fin. Pero para el Afrika Korps no es un Dunkerque.

El general von Arnim entra en el cautiverio.

se produjeron atrocidades premeditadas en el desierto, y tanto Rommel y el Afrika Korps como sus enemigos hicieron todo lo posible para evitarlas.

En la técnica y equipo, el ejército alemán de Africa consiguió ventaja, en muchos aspectos, hasta el amargo final, y lo hizo mediante las más asombrosas improvisaciones. De este modo, enseñaron a las fuerzas anglonorteamericanas gran parte de lo que luego fueron prácticas comunes hasta el fin de la guerra. El Octavo Ejército adoptó incluso una de las canciones favoritas del Afrika Korps, «Lili Marlene». Hasta aquí, el balance se inclina marcadamente en favor del Afrika Korps.

Superficialmente, el Afrika Korps también puede apuntarse en su haber las victorias más aplastantes y dramáticas, obras maestras equiparables a las otras infligidas por las armas alemanas en casi todas las campañas, desde 1939 hasta mediados de 1942. Pero después de 1942, el balance se hace más difícil de establecer ya que, entre todas las victorias del Eje, las que se produjeron en el Desierto Occidental fueron las menos bienvenidas, puesto que, por sus implicaciones políticas y propagandísticas, apartaron a la estrategia del Eje de su curso previsto.

Hitler hubiera preferido no tener que dispersar su fuerza de ataque para ayudar a su maltrecho aliado italiano y, por consiguiente, consideraba al Afrika Korps como un simple sostén político para apuntalar una organización que se venía abajo. A no ser que Alemania estuviera dispuesta a convertir Africa del Norte en un campo de batalla de principal importancia, apoderándose de toda la costa, desde Casablanca hasta Port Said e invadiendo Malta, ninguna fuerza de tierra considerable podía operar allí con cierta seguridad. De que a Hitler le hubiera sido posible una operación a tan gran escala en 1941 (en vez de lanzarse contra Rusia), pocas dudas pueden caber, teniendo sobre todo en cuenta la escala a que se efectuaron las últimas operaciones en Túnez. El hecho de que hubiera podido o no mantener su posición es ya otra cosa.

Pero Hitler, lo mismo que Napoleón, siempre vaciló al llegar a la costa, y el Mediterráneo le inquietaba tanto como el canal de la Mancha. Así el Afrika Korps le arrastró, de mala gana pero cada vez más profundamente al continente africano, y por la misma magnitud de su éxito la formación firmó su sentencia de muerte y también se convirtió en un factor de gran importancia en la formación de la estrategia inglesa y del Eje.

Las conjeturas suelen resultar estériles, pero permítasenos hacer algunas. Supongamos que el Afrika Korps, mandado por alguien menos anticonvencional y agresivo que Rommel, hubiera adoptado y mantenido una posición defensiva desde el principio, como Halder deseaba y Wavell hizo en la Cirenaica. Con los calamitosos sucesos de Grecia, los levantamientos de Oriente Medio, y luego con la invasión alemana de Rusia, ¿hubieran los ingleses dirigido sus esfuerzos hacia el Oeste y Trípoli, o no resulta más probable que hubiesen buscado medidas para acudir directamente en ayuda de Rusia rodeando las estribaciones meridionales de Europa? A juzgar por la celeridad con que Inglaterra se lanzó hacia Grecia, por la vital necesidad de asegurarse los yacimientos petrolíferos de Oriente Medio, podemos descartar todo enérgico movimiento hacia el Oeste hasta 1943 como muy pronto.

A continuación, supongamos que en fecha posterior de 1941 Rommel hubiera tomado la ofensiva y fracasado sin que ello crease un excesivo júbilo por parte de los ingleses. ¿No hubieran los británicos podido dar un enfoque más mesurado a los sucesos de Oriente Medio, conservando su reserva central para utilizarla en otra parte? ¿No es posible que el Afrika Korps actuase como un imán de potencia desproporcionada a su tamaño, atrayendo ingentes cantidades de fuerzas inglesas que se invirtieron en una campaña que se convirtió en una batalla de prestigio igual que de inteligencia?

Recordemos otros escogidos cuerpos profesionales que, en el pasado, desecharon las convenciones y derrotaron una y otra vez a enemigos muy superiores a ellos. Pensemos en David, los griegos y espartanos, los arqueros ingleses en Francia, Cortés y su puñado de hombres en México, y un sinfín de minúsculos ejércitos revolucionarios, desde el de Washington al de Garibaldi y, en nuestros propios tiempos, los israelitas en Sinaí. Finalmente, recordemos el destino de esos catalizadores una vez su empuje mermó y se vieron consumidos por el fuego de la respetabilidad.

Sin embargo, en el análisis final, es la calidad de los hombres —y sobre todo de los hombres situados en la cumbre—, lo que más cuenta. A este respecto, el Afrika Korps fue doblemente afortunado, por su jefe y por la forma en que superó en inteligencia a sus enemigos durante casi dos años. Lo que nos da una medida de las proezas del Afrika Korps es el hecho de que, aún cuando se enfrentó a enemigos tan hábiles y resueltos como él, supo luchar hasta el amargo fin.

Una página desconocida

Por Vicente Talón

Cementerio francés de Bir-Hakeim. En el centro, un cañón anticarro de los que participaron en la batalla.

Al comenzar el año 1942, sobre los escenarios de guerra norteafricanos se alineaban dos brigadas pertenecientes al ejército de la Francia Libre: la 1.ª, al mando del general Koening, y la 2.ª, comandada por el general Cazaud. Los efectivos de ambas unidades sumaban doce mil hombres de los que, al menos tres mil, eran de nacionalidad española. Junto a ellos, desperdigados en otras fuerzas aliadas, se batían contra italianos y alemanes otros muchos compatriotas nuestros. Esta aportación hispana a la campaña del desierto constituye uno de los capítulos más desconocidos de la Segunda Guerra Mundial.

Múltiples fueron los caminos seguidos por los españoles desde que dejaron su país, como soldados en fuga del derrotado ejército republicano, hasta que se enfrentaron a las divisiones del Eje entre El Alamein y Túnez. Allí estaban, como voluntarios de la 13 Media Brigada de la Legión, numerosos españoles veteranos en Noruega, Eritrea y Siria así como los que, militando en otras unidades de la Legión, habían seguido un itinerario parecido para acabar integrándose en la 1.ª División francesa libre. Allí estaban, también, los veteranos de los Batallones de Marhca Extranjeros que más tarde, al producirse el desembarco aliado, se incorporaron a las fuerzas norteamericanas tras ser armados y reorganizados por éstas; los que acompañaron a Leclerc en su epopéyica marcha desde el Chad al Mediterráneo, a lo largo del desierto del Fezzan; los que, prisioneros en los infernales campos de trabajo del Sahara, fueron liberados para entrar en las filas del ejército de Giraud; los que se alistaron en el Cuerpo Franco, creación del internacionalista comandante Putz quien, desde Begoña, dirigió una parte de la última batalla por Bilbao; los que militaban en la 361.ª Compañía de Pioneros británicos y los que, seleccionados por O.S.S. americano, fueron especialmente entrenados con vistas a misiones de un carácter harto particular (la hipotética invasión de España por los aliados).

Por desgracia, si bien es cierto que los historiadores británicos menosprecian o simplemente se olvidan de reseñar en sus escritos el papel desempeñado por las unidades de la Francia Libre en el Norte de Africa, no lo es menos que los historiadores galos suelen dejarse también en el tintero toda mención a la contribución hispana. Sin embargo, los españoles actuaron de forma destacada y con buena parte de su sangre está escrita, precisamente, la más brillante página de la actuación francesa en la guerra del desierto: Bir-Hakeim. Quien como yo la ha hecho llega hasta Tobruk, vía Bengasi y Derna, para dirigirse luego al «cementerio francés» de Bir Hakeim, encuentra allí unas cruces espartanas en las que abundan los nombres y apellidos ibéricos: Muñoz, Castaño, Treviño, Ruiz, Millet, García... Y, en casi todas las cruces figura la nomenclatura de la 13 Media Brigada de la Legión.

La batalla de Bir-Hakeim, considerada por el general De Gaulle, como el hecho de armas que proclamó la mayoría de edad de la Francia Libre, comenzó realmente en el momento mismo en el que el empuje alemán situó la línea de resistencia aliada en un arco comprendido entre Ain el Gazala y Bir-Hakeim. Por aquel entonces Bir-Hakeim era un sólido fortín («box») anclado, como un acorazado, en medio de un paisaje desabrido. Se hallaba en una aguada que servía de cruce a varias pistas del desierto y donde la simple supervivencia era ya de por sí difícil, en razón de las condiciones del terreno y del enorme calor reinante. El campo fortificado, de forma triangular, contaba con dieciséis kilómetros cuadrados de superficie y ante la imposibilidad de aprovechar defensa natural alguna, por ser un terreno prácticamente llano, se enterraron desde los depósitos de vituallas al puesto de mando y equipo quirúrgico. Estos dos últimos funcionaban, por cierto, a bordo de sendos camiones hundidos hasta las ventanillas en la arena. El improvisado dispositivo de resistencia se veía apoyado por un extenso campo de minas, densas redes de alambradas y mil doscientos nidos de tirador y ametralladoras. Los abastecimientos llegaban desde Bir el Gobi, en camiones generalmente tripulados por españoles.

Al iniciarse la ofensiva contra Bir-Hakeim, eran las nueve horas del 27 de mayo de 1942. El primer ataque estuvo encomendado a la división italiana «Trieste» y a la también italiana «Ariete», apoyadas por las divisiones alemanas 15.ª, 21.ª y 90.ª Los carros de la «Ariete», pese a las minas y a la férrea reacción de los defensores, consiguieron introducirse en la posición con lo que, ya en el primer momento, todo estuvo a punto de irse al traste. Salvó la situación un legionario español apellidado Artola quien, después de ser rebasado por los carros enemigos, le dio la vuelta a su cañón de 60 mm. y, disparando a cero, consiguió destruir a los blindados que iban en cabeza y a la cola. Esto desorientó a los tanquistas desatando el entusiasmo de los legionarios quienes, abandonando sus posiciones, pasaron al ataque personal con botellas de gasolina y bombas de mano. Según se afirma en la crónica de ese día el grito fue, «¡Como en Madrid!», recordando que fue precisamente durante la batalla por la capital de España, en el otoño de 1936, cuando se acreditó este original y arriesgado método de combate. Treinta y dos carros calcinados, fueron el resultado de la intentona italiana.

El 30 de mayo, de nuevo son detectados frente a Bir-Hakeim importantes concentraciones enemigas. Se trata de la división «Trieste» y de la 90.ª Ligera alemana a las que, más tarde, se uniría la 15.ª División Panzer. Al mediodía del 2 de junio, después de rechazar el general Koening una oferta de capitulación, se inició el ataque dirigido, personalmente, por el mariscal Rommel. A lo largo

de días enteros, Bir-Hakeim se convirtió en un infierno. La aviación martilleaba de continuo las posiciones, la artillería no se daba descanso, los blindados y la infantería probaban fortuna una y otra vez. Escondidos en sus pozos de tirador y en sus trincheras, o en los cráteres abiertos por las explosiones, rodeados de cadáveres que se sepultaban y a los que de pronto una nueva explosión volvía a desenterrar, enceguecidos por el brillo del sol, ensordecidos por el tronar de las piezas propias y el reventar de los proyectiles contrarios, muertos de sed, los defensores de Bir-Hakeim seguían resistiendo. Resistían porque no ignoraban que, manteniéndose allí, comprometían todo el despliegue estratégico de Rommel y amenazaban seriamente el usufructo de sus últimos éxitos. Resistían también, porque tenían el orgullo de haber sobrevivido al primer ataque alemán que, sin embargo, destruyó a la 3.ª Brigada India y obligó a retirarse, seriamente diezmadas, a las brigadas británicas 7.ª Motorizada y 4.ª Acorazada.

El 11 de junio, después de haber sufrido un demoledor ataque por parte de doscientos Stuka de bombardeo en picado, los defensores de Bir-Hakeim se retiraron dejándole el campo libre a la 90.ª División Ligera italiana. Gran número de legionarios, la mayor parte de ellos españoles, murieron mientras cubrían la retirada a sus compañeros y quinientos combatientes, de los que muchos estaban heridos, cayeron en manos enemigas. Por cierto que el barco en el que viajaban, desde Bizerta a los campos de concentración de Italia, fue torpedeado por un submarino y, en el naufragio, perecieron todos. Casi doscientos eran españoles.

Bir-Hakeim fue todo un hito. Costó a los alemanes muchas bajas, así como la pérdida de un tiempo precioso, y el propio mariscal Rommel, tras elogiar en su cuaderno de guerra la irreductibilidad y el arrojo de sus defensores, escribió: «Con frecuencia tomé personalmente el mando de las fuerzas atacantes y he de reconocer que rara vez tuvimos en Africa unas jornadas más activas.»

Febrero de 1941 - Mayo de 1943.

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

BATALLAS Rojo

Pearl Harbour, por A. J. Barker.
La Batalla de Inglaterra, por E. Bishop.
Kursk. Encuentro de fuerzas acorazadas, por G. Jukes.
Golfo de Leyte. Una armada en el Pacífico, por D. Macyntire.
Midway. El punto de partida, por A. J. Barker.
Día-D. Comienza la invasión, por R. W. Thompson.
Tarawa. Ha nacido una leyenda, por H. Shaw.
La Defensa de Moscú, por G. Jukes.
Batalla de la Bolsa del Ruhr, por Ch. Whiting.
El Sitio de Leningrado, por A. Wykes.
La Batalla de Berlín. Final del Tercer Reich, por E. Ziemke.
Salerno. Un pie en Europa, por D. Mason.
Beda Fomm. La victoria clásica, por K. Macksey.
Dien Bien Phu, por J. Keegan.
Iwo Jima, por M. Russell.
Okinawa. La última batalla, por B. M. Frank.

ARMAS Azul

Armas Secretas Alemanas. Prólogo a la Astronáutica, por B. Ford.
Gestapo SS, por R. Manvell.
Comando, por P. Young.
Luftwaffe, por A. Price.
Lanchas Rápidas. Los bucaneros, por B. Cooper.
Armas Suicidas, por A. J. Barker.
La Flota de Alta Mar de Hitler, por R. Humble.
Armas Secretas Aliadas, por B. Ford.
Paracaidistas en Acción, por Ch. Macdonald.
T-34 Blindado Ruso, por D. Orgill.
ME-109. Un caza incomparable, por M. Caidin.
La Legión Cóndor. España 1936-39, por P. Elstob.
La Flota de Alta Mar Japonesa, por R. Humble.
El Caza Cohete, por W. Green.
Waffen SS. Los soldados del asfalto, por J. Keegan.
División Panzer. El puño acorazado, por K. Macksey.
El Alto Estado Mayor Alemán, por Barry Leach.
Armas de Infantería, por J. Weeks.
Los Tigres Voladores. Chennault en China, por R. Heiferman.
Cero. Un caza famoso, por M. Caidin.
Los Cañones 1939-45, por I. V. Hogg.
Granadas y Morteros, por I. V. Hogg.
El Jeep, por F. Denfeld y Fry.
Las fuerzas acorazadas alemanas, por D. Orgill.
Portaviones el arma maestra, por D. Macintyre.
B-29. La superfortaleza, por Carl Berger.
Chinditas. La gran Incursión, por M. Calvert.
Submarinos. La amenaza secreta, por David Mason.

CAMPAÑAS Verde

Afrika Korps, por K. Macksey.
Bombardeo de Europa, por N. Frankland.
Incursiones.. Fuerzas de choque del desierto, por A. Swinson.
Barbarroja. Invasión de Rusia, por J. Keegan.
Operación Torch. Invasión anglo-americana de Africa del Norte, por V. Jones.
La Guerra de los Seis Días, por A. J. Barker.
Tobruk. El asedio, por J. W. Stock.
La Guerra del Yom Kippur. Enfrentamiento árabe-israelí, por A. J. Barker.
Guerra de Invierno. Rusia contra Finlandia, por R. W. Condon.

PERSONAJES Morado

Patton, por Ch. Withing.
Otto Skorzeny, por Ch. Withing.
Hitler, por A. Wykes.
Tito, por P. Auty.
Mussolini, por C. Hibbert.
Zhukov. Mariscal de la Unión Soviética, por O. Preston Chaney Jr.
Rommel, por Sibley y Fry.
Stalin, por Rose Tremain.
Mountbatten, por Arthur Swinson.

POLITICOS Negro

Conspiración contra Hitler, por R. Manvell.
La Noche de los Cuchillos Largos, por N. Tolstoy.
La Juventud Hitleriana, por H. W. Koch.

SAN MARTIN

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

campañas libro n.° 1

En febrero de 1941, las fuerzas del Eje en Africa del Norte se enfrentaban a un negro panorama. Una reducida fuerza acorazada había infligido derrota tras derrota al Ejército Italiano. Dos meses más tarde, todo había cambiado, y los ingleses eran presa de la confusión, mientras el Eje se encontraba a las puertas de Egipto. ¿Cómo fue eso posible?